

# *¿Próximo destino?* **EL AMOR**



*Adriana Rubens*

¿Próximo destino?

EL AMOR

Adriana Rubens

Título: ¿Próximo destino? El amor

1ª Edición: abril, 2020

© Beatriz Calvet Sánchez, 2020

ASIN:

Diseño de portada y maquetación: Beatriz Calvet

Corrección: Carmen Cayuela

*Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.*

# Contents

[Title Page](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Notas de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

«A donde tú vayas, iré yo»

Ida Straus

# Prólogo

Aquella noche, no era ella misma. Lucía sentía las emociones a flor de piel: ansiedad, desasosiego, frustración... una bola que se había ido acumulando durante los últimos meses y que se arremolinaba en su interior dejando un sentimiento de vacío que no conseguía llenar. Sus amigos decían que estaba apática y de mal humor. Y no se equivocaban.

Observó a Hugo desde el otro lado de la habitación atestada de gente mientras él bromeaba con Diego, su hermano y el anfitrión de aquella velada.

No podía haber dos polos más opuestos. No en apariencia, era evidente a simple vista que los dos eran familia por su parecido físico: altos, atléticos y morenos. La diferencia estaba en el interior, en concreto en la forma en la que tenían de relacionarse con las féminas. Diego era hombre de una sola mujer y buscaba la estabilidad en una relación, algo que había logrado junto a Elena, la mejor amiga de Lucía. Hugo, en cambio, iba de chica en chica, sin compromisos ni ataduras, cosa que lograba a fuerza de un encanto irresistible y un cuerpazo de escándalo.

Él era su némesis particular. Lo había conocido en la farmacia donde ella trabajaba y le había llamado la atención a primera vista... Suponía que como a todas las mujeres que se cruzaban en su camino. Hugo era guapo a rabiar, pero de una forma pícaro y desenfadado, y destilaba *sex appeal* por cada poro de su piel. Era un hombre diseñado para seducir: una combinación letal de mirada intensa y sonrisa canalla.

Que siempre que lo hubiese visto por el barrio fuese acompañado de una chica diferente y que comprase cantidades ingentes de condones, no había hecho sino confirmar lo que ya sospechaba: que era un mujeriego. Algo que a ella le hubiese traído sin cuidado si no hubiese mostrado interés por Ana, su amiga y compañera de trabajo. Razón por la que, Lucía había sacado a relucir su lado protector y había comenzado a

mostrarse borde con él cada vez que iba a la farmacia. Lo curioso es que, desde entonces él parecía buscarla a propósito, como si su desprecio lo atrajese.

¡Dios, cómo lo envidiaba en aquellos momentos! Se le veía exultante de felicidad, satisfecho y sonriente. En tres días cogería un avión rumbo a Japón para cumplir su gran sueño: hacer un curso de dos años de manga y anime en la escuela Nihon Kogakuin, una de las más prestigiosas del mundo. Aquella, de hecho, era su fiesta de despedida.

Lucía, en cambio, sentía el peso del mundo sobre sus hombros y la sensación era cada vez más asfixiante. Desde que nació, su vida había estado encaminada hacia un único propósito: convertirse en la sucesora de la farmacia de sus padres. No es que sus padres la hubiesen obligado a punta de pistola, pero era algo que se daba por hecho y ella había querido complacerlos. Así que había acabado por estudiar Farmacia en lugar de Turismo como, en el fondo, hubiese deseado hacer.

Con todo, trabajar en la farmacia le había resultado más satisfactorio de lo que nunca hubiese imaginado, sin embargo, no se quitaba de encima la sensación de que las decisiones que había tomado hasta el momento la estaban llevando hacia un camino que no terminaba de encajar con ella. Tal vez por eso se sentía incompleta desde hace un tiempo, algo incomprensible cuando no le faltaba de nada: trabajo, dinero, salud, amor...

—Te veo muy pensativa esta noche —susurró una voz familiar en su oído y se dejó abrazar desde atrás.

Hablando de amor...

Lucía se giró hacia Edu y sonrió. Sus padres habían sido grandes amigos y ellos se conocían desde que iban en pañales, pero no empezaron a salir como pareja hasta que cumplieron veinte años. La suya había sido una historia de amistad que con el tiempo había pasado a ser algo más. Ella lo quería y él la quería a ella. Simple. Y lo simple no era malo, ¿verdad?

«Entonces, ¿por qué no se te acelera el pulso al observar sus hermosos ojos grises?», inquirió una vocecita insidiosa en



su cabeza.

Ella la acalló al instante, pero logró que su sonrisa se desvaneciera. Últimamente, esa vocecita no paraba de importunarla y había conseguido que la vida que tenía, que hasta entonces parecía idílica, ya no le resultase tan satisfactoria.

—Estoy cansada, hoy no he dormido bien —respondió por fin Lucía. Era verdad, en los últimos tiempos se sentía tan inquieta que le costaba conciliar el sueño—. Creo que necesito unas vacaciones —añadió cuando en su mente se fraguó una idea que impulsó su ánimo—. ¿Sabes? Podríamos tomarnos una semana libre. A mi madre no le importaría y a ti aún te deben varios días de vacaciones, ¿verdad?

—No es mala idea —respondió Edu, sorprendiéndola, y consiguió que su sonrisa apareciese de nuevo, para después volver a esfumarse cuando lo escuchó decir: —En esta época el pueblo estará muy tranquilo y podremos descansar.

—Me refería a hacer algún viaje, no a ir al pueblo.

—Viaje, ¿a dónde? —repuso Edu con el ceño fruncido—. Sabes que me da miedo volar y me mareo en los barcos.

Sí, lo sabía, y era algo que le frustraba muchísimo, porque a ella le encantaba viajar. Conservaba recuerdos maravillosos de los viajes que había realizado con sus padres en la adolescencia: París, Egipto, Roma, Londres... Incluso había hecho varias escapadas en la universidad, aunque siempre con amigas. Tenía la esperanza de que, con el tiempo, Edu cambiase en ese aspecto, que cediera a la hora de vivir alguna aventura fuera de su zona de confort, pero era un hombre muy casero y su idea de vacaciones era ir al pueblo de sus padres, en Teruel. A lo máximo que lo había convencido el verano pasado fue a alquilar un apartamento en Benicasim durante dos semanas.

—También existe el tren. No te digo que nos vayamos al otro lado del mundo, pero podríamos ir a Andalucía. —Ante su gesto de desagrado, añadió: —O al norte. Nunca he ido a Galicia y me encantaría...

—Son muchas horas de viaje —objetó Edu.

—Serían menos si fuésemos en avión —masculló Lucía, cruzándose de brazos frustrada, porque aquel mismo tipo de conversación lo habían tenido muchas veces y siempre acababan yendo al pueblo.

—Ya lo hablaremos en otro momento —musitó Edu poniendo fin a la discusión—. Mira, voy al baño y cuando salga, si estás cansada, podemos irnos a casa, ¿vale? —agregó antes de darle un beso en la sien y alejarse de ella.

Ella clavó una mirada ceñuda en su espalda mientras lo veía marchar.

—¿Problemas en el paraíso?

Lucía dio un respingo de sorpresa ante la inesperada intromisión. Sabía quién había hecho la pregunta antes de girarse hacia él: Hugo *Casanova*, apodado así por su propia familia, los Montoya. Aunque ella le había puesto el sobrenombre menos poético de «el follador de la pradera».

Su corazón empezó a latir descontrolado al alzar la vista y encontrarse con su mirada. Tenía unos ojos preciosos: podían parecer castaños a simple vista, pero si los observabas de cerca apreciabas que eran de un dulce tono avellana con un suave matiz en verde rodeando la pupila. Y si encima tenías en cuenta que estaban enmarcados por unas espesas y largas pestañas negras, el resultado era demoledor. Se notaba que ese hombre cuidaba su aspecto y sabía sacarse partido, no había más que ver cómo iba vestido: un toque de gomina en el pelo, lo justo para que pudiera modelar el cabello a su gusto, pero sin que pareciese que lo había lamido una jirafa; una camisa de color granate cuyo color le favorecía y que enmarcaba a la perfección sus hombros anchos; unos vaqueros desgastados que le hacían un buen culo; unos zapatos *casual* y un sutil toque de colonia, que si el olfato no la fallaba era *Sauvage* de Dior, que le hizo desear enterrar el rostro en su cuello para aspirar mejor su fragancia.

—No sé de qué hablas.

—Niégalo cuanto quieras, pero en el fondo sabes que ese hombre no te hace feliz.

Ella se irguió en toda su estatura, que no era demasiada pues apenas alcanzaba el metro sesenta y cinco, y lo encaró al tiempo que le clavaba un dedo en el centro del pecho.

—Tú no tienes ni idea de lo que me hace o no me hace feliz.

—Tal vez no, pero lo que sí sé es lo mucho que te gustó que yo te besara.

Aquel comentario inesperado le cerró la boca de golpe y extendió un suave rubor incriminatorio por sus mejillas.

Meses atrás, cuando un grupo de indeseables le dio una paliza a Diego que lo llevó al hospital, Hugo la había besado después de que el médico les comunicara la noticia de que su hermano se iba a recuperar. Solo había sido un *pico*: algo breve y superficial. Ella no le había dado mayor importancia al gesto, lo había achacado a la mezcla de nervios, alivio y a su carácter impulsivo y seductor.

Sí, lo había disfrutado y la había dejado con ganas de más; pero si hasta el momento no lo había reconocido ni ante sí misma, ni loca lo iba a hacer frente a nadie, mucho menos ante él.

—¡Estás borracho! —espetó con un bufido.

—Yo no... —comenzó a decir él en tono ofendido, aunque al instante se quedó callado y una sonrisa ladeada hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla—. Bueno, tal vez un poco sí —reconoció mientras se frotaba la nuca con la mano. Después, acercó su rostro al de ella y añadió en un susurro confidente: —Pero no se lo digas a nadie.

Con un mechón de pelo sobre el ojo y aquel condenado hoyuelo tenía un aire travieso y encantador. Sin poder evitarlo, los ojos de Lucía quedaron presos de sus labios, a tan solo unos centímetros de ella.

Dejó de escuchar la música y las voces de la habitación. En sus oídos solo percibía el eco atronador de su propio corazón, que golpeaba con fuerza en su pecho.

—Te mueres por volver a besarme, ¿verdad?

Aquel comentario rompió el hechizo al instante.

—No te besaría ni en tus mejores sueños —aseguró, pero hasta ella le pareció que su tono era defensivo.

—Te aseguro que en mis sueños sí lo haces —replicó él y su sonrisa se tornó lasciva cuando agregó: —No sabes las veces que he fantaseado con que tus labios apresen con dulzura mi...

Había muchas formas de evitar que terminara aquella frase: tirándole una copa a la cara, aunque por desgracia, no tenía ninguna a mano; dándole una bofetada, pero con Edu por allí, podía significar el inicio de una pelea; «con un beso», se atrevió a sugerir su vocecita interior, a la que ignoró como de costumbre. Finalmente, optó por taponarle la boca con la mano.

—No te atrevas a decirlo —advirtió con los ojos entornados y el rostro a escasos centímetros del suyo.

Sin previo aviso, sintió una ligera humedad serpentear en su mano y un calorillo que le provocó un escalofrío que se extendió por el brazo. No tuvo duda de lo que era cuando la mirada de Hugo se llenó de malicia y sensualidad: le acababa de acariciar con la lengua.

Con un sonido inarticulado, retiró la mano al instante.

—¡Eres imposible! —farfulló mientras frotaba la palma contra su vaquero para eliminar los rastros de humedad.

—Y tú deliciosa —replicó él y se relamió los labios de forma lenta, como si saborease su esencia con ello.

Los ojos traidores de Lucía volaron de nuevo a sus labios sin que su razón lo pudiese evitar. Como siempre sucedía cuando se enfrentaban, sintió el corazón desbocado y una opresión en el estómago. No sabía lo que tenía aquel hombre que le resultaba tan detestable como atractivo, pero no se podía engañar: sí, deseaba besarlo.

—¿Nos vamos ya?

Aquella imprevista interrupción le hizo dar un respingo. Miró con sorpresa a Edu, que acababa de aparecer a su lado.

Por unos segundos se había olvidado por completo de él.

Observó por el rabillo del ojo a Hugo, sintiéndose un poco culpable por haber sentido deseos de besarlo hacía tan solo unos segundos antes. Sin embargo, él no había perdido el tiempo, se había girado y ya estaba coqueteando con otra chica tan tranquilo, como si aquel intenso momento entre ellos nunca hubiese existido. Aquello consiguió que tomase conciencia de golpe de que estaba comportándose como una tonta.

—Sí, por favor —musitó, cabizbaja para ocultar su turbación—. El ambiente está cargado y me ha empezado a doler la cabeza.

En aquel momento, Jacobo, uno de sus amigos con el que Edu compartía su afición por el fútbol, se acercó y empezó a hablarle a su novio del último partido del Valencia.

—Ahora vengo, voy a por el bolso —indicó Lucía, y Edu asintió distraído, inmerso ya en la conversación.

Ella se encaminó hacia la habitación de Diego, donde los invitados habían dejado sus chaquetas y bolsos en un batiburrillo encima de la cama. Tardó varios segundos en localizar su bonito bolso de Anekke entre todas las prendas. Lo cogió con un gesto de triunfo y, cuando se giró para salir, se encontró con Hugo parado a solo dos pasos de distancia.

—¿Te vas ya?

—Sí, lo siento, pero hoy no estoy de ánimos para fiestas. Sé feliz en Japón —atinó a decir a modo de despedida y, con el bolso abrazado contra su pecho como si fuese un escudo, se dirigió hacia la salida.

—Yo seré feliz —aseguró él sin dudar—. En cambio, tú... —Dejó la frase sin terminar, pero la conclusión estaba implícita.

Aquello la detuvo al instante.

—¿Qué quieres dar a entender? —inquirió crispada, al tiempo que se giraba hacia Hugo para volver a enfrentarlo a pesar de que estaba deseosa por alejarse de él.

—Te conozco, Lucy Liu, tal vez más de lo que tú misma te atreves a conocerte —declaró él con una mirada incisiva, usando el nombre con el que la había apodado—. Tu problema es que te metieron en una burbuja nada más nacer, flotas al son del viento que te rodea y eres incapaz de tomar tu propio rumbo. ¿Y sabes por qué? —No esperó a que ella contestara antes de añadir—: Porque te has acomodado en esa burbuja y tienes miedo a hacerla explotar.

Aquello dolió, y lo hizo porque estaba muy cerca de la realidad. Tanto, que la dejó sin palabras. Paralizada. Solo atinó a observarlo con los ojos desorbitados.

¿Cómo? ¿Cómo él, que casi no la conocía, podía intuir lo que bullía en su interior desde hacía meses?

El silencio se alargó entre ellos, enzarzados en un cruce de miradas en el que no cabían las palabras. Los ojos de él danzaron sobre su rostro hasta detenerse en su boca y, por un momento, leyó en sus ojos lo que ella se esforzaba por ocultar.

Deseo.

—Ni se te ocurra —advirtió con un murmullo bajito, pero sus pies, en lugar de escapar, se quedaron inmóviles. Su cerebro la instó a huir, sin embargo, su cuerpo aguardó expectante, como si hubiese tomado el control sobre su mente.

Él salvó la pequeña distancia que los separaba con un paso.

—Lo siento, pero no puedo irme a Japón sin probarte de verdad.

No le dio tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera replicar algo o detenerlo, Hugo puso la mano detrás de su nuca y la besó. Entonces, cualquier intención de réplica o de detenerlo se esfumó de la mente de Lucía, pues su voluntad quedó cautiva por sus labios.

¡Madre del Amor hermoso! Ese hombre sabía besar.

No se apresuraba.

No exigía.

No tomaba.

Tal y como había dicho, la estaba probando, degustándola de una forma lenta y profunda, como quien se decide a saborear a placer un alimento que sabe que es exclusivo y que no volverá a tomar.

Hugo la sedujo con su lengua para que ella se uniese a su juego, tentándola de una manera que la hizo jadear y aferrarse a él. El pequeño ronroneo que escapó de su garganta hizo que él levantase la cabeza y la mirase de nuevo, esta vez perplejo, como si no terminara de creer a quién había besado o como si no hubiese esperado que ella reaccionase de aquella forma.

Tomó su barbilla con la mano y su pulgar acarició el labio inferior de Lucía, hasta acabar introduciéndose ligeramente en la boca. Ella lo acarició con la lengua por instinto y lo apresó entre sus dientes. ¿Por qué hizo algo así? Ni idea. Algo se había apoderado de ella. Algo sensual y desinhibido que se había despertado con aquel beso. Solo sabía que quería que él lo volviese a hacer... y no la decepcionó.

Esta vez, sí: su beso fue exigente y salvaje, sus brazos la rodearon para apretarla contra él y profundizar en su exploración, y ella, sin ser plenamente consciente de lo que hacía, dejó caer su bolso y le correspondió rodeándole el cuello y restregándose contra él para mitigar el vacío que comenzó a palpitar entre sus muslos.

Unas risas cercanas los obligaron a separarse y en cuanto sus labios quedaron libres del embrujo de Hugo, Lucía volvió a la realidad. Y la realidad era que había besado a un hombre que detestaba mientras su novio la aguardaba en el salón.

La vergüenza y el arrepentimiento pronto hicieron mella en ella y se llevó la mano a los labios, como si quisiera borrar el beso mientras clavaba una mirada de culpabilidad en Hugo.

—Yo... Esto no debería de haber pasado.

Él no dijo nada. Solo le dedicó una mirada inescrutable mientras un músculo palpitaba en su mejilla, como si estuviese conteniendo algún tipo de emoción.

Lucía recogió su bolso del suelo con manos temblorosas y los ojos nublados por las lágrimas que habían acudido a ellos y luego se alejó evitando su mirada, pero él no parecía estar dispuesto a dejarla escapar sin más porque la detuvo cogiéndola por el brazo.

—¿Y ahora qué? —gruñó con la vista al frente, no dispuesta a volver a mirarlo.

Primero solo hubo silencio, como si estuviese esperando a que ella se girase; después, un suspiro aleteó sobre su cabello y, un segundo después, un murmullo ronco llegó a sus oídos.

—Nunca serás feliz si vives para complacer a los demás en lugar de perseguir tus propios sueños. Vive tu propia vida, Lucía.

Ella no respondió. Tampoco lo miró. Se soltó de su agarre con una sacudida y se alejó presurosa de allí, pero por mucho que huyera aquellas palabras la persiguieron hasta su casa.

«Vive tu propia vida».

¿Por qué aquellas palabras la habían sacudido tanto? ¿Por qué le resultaban tan familiares? Entonces recordó un regalo que había dejado olvidado en su joyero durante años. Un regalo muy especial que nunca había sabido apreciar ni entender. Fue directa a su habitación, buscó aquel pequeño objeto y lo tomó reverencia. Entonces, leyó la inscripción y recordó.

En aquel instante entendió.

Entendió que no podía continuar como hasta entonces.

Entendió que había llegado el momento de ser un poco egoísta y que debía dejar de complacer a los demás para complacerse a sí misma.

Entendió que había llegado el momento de hacer la maleta, enfrentarse a sus miedos y luchar por sus sueños.

Y así, al fin, Lucía hizo explotar su burbuja, abrió las alas y emprendió el vuelo.



# Capítulo 1

*Dos años después...*

Nueva Delhi vibraba de color en un caleidoscopio de pigmentos brillantes al grito de «Happy Holi». Hindúes y turistas, pobres y ricos, hombres y mujeres, vestían las calles con los tonos del arcoíris para dar la bienvenida a la primavera. Todos reían y se abrazaban, celebrando el Festival del Color.

Era la Fiesta del Amor.

Un día para olvidar y perdonar.

Un día de tregua.

Un día que marcaba un nuevo comienzo.

Hugo se sentía flotar en una nube mientras lanzaba polvos rojos al aire. La alegría lo desbordaba. Tal vez fuese por la felicidad que se respiraba en el ambiente, que era contagiosa.

Hacía tiempo que había perdido de vista a los dos amigos con los que había viajado a la India, pero no le preocupaba. Su hotel estaba solo a una manzana de allí y habían quedado en que si alguno se despistaba, se verían allí al anochecer.

Un niño hindú lo apuntó con una pistola de agua y, esbozando una sonrisa pícaro en su rostro salpicado de verde y amarillo, le lanzó un chorro de agua colorida al pecho. Hugo trastabilló hacia atrás con las manos en alto, rindiéndose ante aquel ataque infantil y chocó con alguien. Se giró dispuesto a pedir disculpas, pero en cuanto observó a la mujer con la que había colisionado, la voz se le quedó atrapada en la garganta.

Todo a su alrededor se desenfocó. Solo existían sus ojos. Oscuros, almendrados y dulces, enmarcados por un largo abanico de pestañas espesas y negras. Sensuales, audaces y... tremendamente familiares.

Oyó que ella murmuraba algo, sin embargo, su cabeza embotada no lo procesó.

Su visión en túnel comenzó a ampliarse para descubrir un rostro de facciones delicadas y elegantes con trazas de azul, rojo y verde por su piel. Entonces, su atención se fijó en su boca. Sus labios no eran demasiado gruesos, pero se curvaban flexibles e incitadores en una sonrisa provocativa que era pura tentación. Y otra vez lo invadió aquella sensación de familiaridad.

Un segundo después tenía la punta de una pistola apuntándole a la cara. El chorro de agua le dio de lleno, sacándolo de su estupor, a tiempo para ver cómo aquella chica se escabullía entre la multitud dejando una estela de risas tras de sí.

Aquella risa...

Un flashazo repentino dio lucidez a su cerebro y le hizo abrir los ojos, incrédulo, al reconocer a aquella mujer.

Lucía.

Imposible.

Elena le había contado que había dado un giro completo a su vida y que se había convertido en una *Travel Blogger* que viajaba por todo el mundo, pero las probabilidades de que se encontraran por casualidad en un país como la India eran escasas. Debían ser imaginaciones suyas, seguro.

Entonces, su mente por fin desentrañó el significado de lo que ella había susurrado.

«*Happy Holi, Hugo*».

Hugo.

Lo había llamado por su nombre.

Era ella, sin duda.

Con esa certeza, salió en su persecución. No le costó volver a tenerla en su campo visual. Se movía entre la gente como un hada traviesa, lanzando polvos de colores a su alrededor y disparando con su pistola de agua.

La detuvo, cogiéndola por el hombro, y se escabulló de él lanzándole otro chorro de agua al rostro.

Era la guerra.

Los dos se movieron entre el gentío usando a personas como escudo mientras se lanzaban polvos de colores el uno al otro. Hasta que al final Hugo la atrapó con un gruñido victorioso. Con un solo brazo, rodeó su cintura desde atrás y apretó contra su torso la espalda femenina; mientras, con el otro, aceptó encantado la botella de agua azulada que un adolescente le ofreció adivinando sus intenciones.

No tuvo piedad.

Vació la botella sobre la cabeza de Lucía mientras ella se revolvía en sus brazos gritando y riendo. El juego pronto se convirtió en algo más cuando sintió el trasero de la mujer rozarse contra su entrepierna en su intento de huida. Fue consciente entonces de las curvas suaves que sostenía contra sí. La camiseta de tirantes que ella llevaba había quedado empapada y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Con el forcejeo se le había subido un poco y la mano de Hugo tomó contacto directo sobre su vientre suave.

Ella se quedó quieta de repente, como si hubiese intuido el deseo que se había apoderado del cuerpo masculino. O puede que hubiese sentido la erección que comenzaba a apretarse contra sus nalgas. La cuestión es que dejó de forcejear y se giró entre sus brazos, encarándolo.

Tenía el cabello oscuro recogido en una coleta apretada y el rostro chorreoso por el agua y los pigmentos; la camiseta y los pantalones cortos que vestía presentaban un aspecto lamentable; y, a pesar de todo, en aquellos momentos era la mujer más deseable del mundo.

Para su completo asombro, Lucía se puso de puntillas y lo besó. Tan sorprendido estaba que no reaccionó, solo se dejó hacer y pudo sentir su cálido aliento cuando lamió sus labios de forma lenta y audaz. Luego se separó de él y lo miró con intensidad.

—Lo que pase en la India se quedará en la India —  
susurró en tono de advertencia.

Hugo solo atinó a asentir. Su cuerpo había tomado el control absoluto sobre su mente adormecida por la marihuana y hubiese hecho cualquier cosa porque ella volviese a besarle de aquella manera. Entonces, ella dejó aflorar una sonrisa que empalidecía a la de la Gioconda por la cantidad de secretos que parecía esconder y volvió a besarle.

En aquella ocasión, él también se puso en acción. La rodeó con sus brazos para apretarla contra sí y devoró su boca. Casi gimió cuando ella entreabrió los labios y lo dejó entrar. O tal vez sí gimiera. Había perdido por completo el control de sus reacciones y se guiaba solo por las sensaciones.

La sensación de placer que obtuvo cuando su lengua se adentró en la cueva húmeda y cálida de su boca.

La sensación de anticipación que experimentó cuando la cogió por las nalgas, la alzó y la apretó contra sí, embistiéndola con frenesí a pesar de la ropa que se interponía entre ellos.

La sensación de placidez que sintió cuando el mullido colchón acomodó su cuerpo mientras ella lo desnudaba.

Un momento.

¿Colchón?

¿Qué colchón?

Miró a su alrededor, confundido, y reconoció su habitación de hotel. No tenía ni idea de cómo había llegado allí, pero no le importó. Lo único importante en aquel momento era la mujer que estaba dejando un reguero de besos sobre su torso desnudo en dirección descendente.

Se incorporó con torpeza para mirarla, sentada de rodillas entre sus piernas, justo cuando Lucía comenzó a desabrocharle los pantalones y le pareció una escena tan erótica como surrealista. Entonces ella dejó libre su miembro, se lo llevó a la boca y ya no pudo pensar más. Se dejó caer otra vez sobre el colchón con un gemido ahogado.

—Dios, si esto es un sueño no quiero despertar jamás.

No supo que lo había dicho en voz alta hasta que la oyó murmurar:

—¿Acaso esto te parece un sueño?

Que lo dijera justo antes de engullir su miembro hasta la campanilla hizo que gritara un «sí» con voz desgarrada.

No puedo aguantar por demasiado tiempo aquella dulce tortura y se esforzó por adoptar un rol activo. Y sí, tuvo que esforzarse porque una extraña languidez se había apoderado de su cuerpo, pero tener a Lucía en su cama, receptiva y dispuesta, era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Por eso, la atrajo hacia sí. Lo primero que hizo fue soltarle el pelo, aprisionado por una de esas gomas elásticas que usaban las chicas, hasta que cayó en ondas todavía húmedas sobre sus hombros. Luego le subió la camiseta y se la quitó por la cabeza, descubriendo el top del bikini que se había puesto debajo de la ropa.

Llegados a ese punto, la besó. Instó a que se tumbara en la cama y se puso sobre ella. Sus manos comenzaron a descubrir el cuerpo femenino, comenzando por sus senos, que dejó libres para poder explorarlos con la boca. Después bajó hasta su ombligo. Cuando la acarició allí con la lengua, el vientre de ella se contrajo y dejó escapar una risita. Tenía cosquillas. Su risa le resultó contagiosa. Deliciosa. Pero no se detuvo. Le desabrochó el pantalón y se lo bajó junto con la parte de abajo del bikini.

Entonces, ya no hubo lugar para más risas. La besó mientras sus dedos encontraban el suave vértice entre sus muslos. Cuando acarició el pequeño botoncito que concentraba su placer, ella gimió. Cuando introdujo un dedo con suavidad en su interior, la mujer arqueó el cuerpo.

Húmeda.

Ávida.

Dispuesta.

Había llegado el momento.

Se colocó encima de Lucía y el movimiento hizo que todo le diese vueltas. Cerró los ojos un momento mientras sentía la suavidad del cuerpo que se retorció debajo de él, tan cálido y acogedor. Cuando abrió los ojos disfrutó de la increíble visión que tenía frente a sí. Los ojos negros como una noche sin luna, las ondas color azabache de su cabello sobre las sábanas blancas, enmarcando un rostro transido de placer.

Lucía era su dama oscura.

Las piernas de la mujer rodearon sus caderas animándole a que penetrara en ella. Y lo hizo, o eso creyó, no estaba muy seguro. Se frotó contra ella un par de veces al tiempo que las manos femeninas lo acariciaban por la espalda, provocándole estremecimientos de placer. Sí, aquello se sentía muy bien. Tan bien que llegó al orgasmo de forma súbita con su nombre escapando de los labios.

En medio de la neblina en la que se estaba sumiendo, oyó que ella gritaba su nombre sumida por el placer, y sonrió. Puede que no estuviese muy lúcido, pero Hugo *Casanova* siempre dejaba satisfechas a sus compañeras de cama. Acto seguido, se durmió.

Un chorro de agua en plena cara hizo que se incorporara de golpe. Miró a su alrededor desorientado para encontrarse con el rostro de Toshi y Katsuo, sus dos amigos y compañeros de viaje en aquella visita a la India.

—¿Qué hacéis aquí?

—Te perdimos de vista entre la multitud hace unas horas y, tal y como quedamos, hemos venido al hotel a buscarte.

Entonces, unos ojos oscuros se abrieron paso entre su memoria adormecida. Lucía. Volvió a explorar la habitación con la vista. Miró debajo de la cama y luego se levantó con paso tambaleante para buscar en el baño...

—¿Has perdido algo además de la ropa? —inquirió Toshi mirándolo de forma significativa.

Hugo siguió su mirada para descubrir que estaba desnudo. Su piel estaba tan manchada por los pigmentos de

color como las sábanas blancas de la cama en la que había estado tumbado.

—Yo... ¿Habéis visto a alguna mujer por aquí?

—Te lo dije —codeó Toshi a Katsuo y este se sacó un billete de dos mil yenes del bolsillo y se lo dio a regañadientes—. Nunca falla: Hugo siempre acaba una fiesta desnudo y en los brazos de una mujer, y por lo revuelta que está la cama parece que hicieron algo más que dormir en ella.

Los ojos de Hugo volaron hasta allí mientras un montón de imágenes inundaban su mente, pero estaban tan borrosas que no conseguía verlas con claridad. Besos, caricias, placer... Lucía gritando su nombre presa del éxtasis. Porque se había acostado con Lucía, ¿verdad?

¡Mierda! No lo podía recordar con claridad.

¿Qué narices le había pasado?

Soltó un bufido de frustración mientras se llevaba las manos a la cabeza e hizo una mueca cuando sintió un pinchazo en las sienes.

—Te dije que no bebieras tanto *bhang* —sermoneó Toshi y chascó la lengua con desaprobación.

¿Qué tenía que ver el *bhang* con su dolor de cabeza y la sensación de aturdimiento que lo envolvía? Según la amable señora que se la había servido, era una bebida típica hindú hecha a base de leche y especias.

—Pero me dijiste que no llevaba alcohol —adujo él.

—No, alcohol no. Lo que lleva es un alto contenido en marihuana, pensé que lo sabías.

Hugo masculló un taco.

Las dudas comenzaron a asaltarlo.

¿En verdad había estado con una mujer o había sido fruto de su mente drogada y calenturienta?

Una mancha de color negro sobre las sábanas llamó su atención. Se acercó con el ceño fruncido y cogió el pequeño objeto.

—¿Qué es eso? —inquirió Katsuo con curiosidad.

—Una goma de pelo.

Un fogonazo llenó su cabeza con la imagen de una melena oscura cayendo sobre unos hombros suaves y redondeados.

Aquella era la prueba de que sí había habido una mujer en su habitación. Con él.

La cuestión era... ¿había sido Lucía o no?

Cogió su móvil con manos temblorosas y la buscó en Instagram. Una tras otra comenzaron a aparecer en su pantalla imágenes con un pie de foto que decía: «¿Próximo destino? La India». La última de ellas era una imagen de una plaza llena de gente en plena fiesta Holi. La plaza que había justo delante de su hotel.

Debía haber sido ella, sin embargo, ¿por qué aquel cambio de actitud hacia él? Siempre había habido mucha química entre ellos, pero era un hecho que Lucía nunca había aceptado de forma abierta.

Y otra pregunta más a tener en cuenta: ¿por qué se había ido de allí sin mirar atrás?

Recordó entonces las palabras que ella susurró después de besarle la primera vez: «Lo que pase en la India se quedará en la India».

Y una mierda.

La próxima vez que la tuviera delante averiguaría lo que había pasado en aquella maldita cama, y si había sido tan bueno como se imaginaba, lo repetiría.



## Capítulo 2

—Hoy, en *¿Próximo destino?*, quiero hablaros de Hachiko —comentó Lucía dirigiéndose en directo a los miles de seguidores que tenía en su blog—. Si habéis visto la película *Siempre a tu lado*, seguro que ya sabéis de quién os hablo, y si no... —Desvió la cámara para enfocar la pequeña estatua de bronce que estaba a su lado que representaba a un bonito perro sentado sobre los cuartos traseros—. Se trata de un perro de raza Akita que se ha convertido en un símbolo de la fidelidad. Pertenecía a un profesor de la Universidad de Tokio que se lo encontró cuando era apenas un cachorro. Hachiko adoraba a su dueño y lo acompañaba cada día hasta la estación de Shibuya, desde donde cogía el tren para ir a la universidad, y al final del día, el animalito volvía a la estación para esperar su regreso. Pero un día el profesor no regresó. El pobre hombre sufrió una hemorragia cerebral y falleció mientras daba clase. ¿Cómo hacerle comprender eso a un animal? Imposible. Hachiko permaneció en la puerta de la estación aguardando a su dueño durante más de diez años. Los comerciantes de los alrededores conocedores de la triste historia del *perro fiel*, como empezaron a llamarlo, lo cuidaron durante todo ese tiempo hasta que finalmente falleció. —Se le quebró la voz en la última palabra y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos—. ¡Mierda! Este tipo de cosas siempre me emocionan —admitió con una sonrisa temblorosa mientras se secaba los ojos. No detuvo la grabación ni se ocultó. Aquella naturalidad en sus reacciones era lo que gustaba tanto a sus seguidores—. Para que luego llegue el idiota de turno para decir que los animales no tienen emociones ni sentimientos —gruñó con disgusto. Respiró hondo y prosiguió: —En honor a esa muestra de lealtad, una cualidad muy respetada en la cultura japonesa, se erigió esta estatua aquí, en el cruce de Shibuya, junto a la estación. Hoy en día, este lugar se ha convertido en un punto de encuentro frecuente entre los jóvenes de Tokio —explicó mientras hacía un barrido a su alrededor con la cámara para que se pudiera apreciar la cantidad de personas que se apiñaban a su alrededor—. Y justo aquí es donde he quedado con mi amiga Yumi —En aquel

momento, la japonesa se puso a su lado y saludó con entusiasmo a la cámara— que se ha ofrecido para ser mi guía por el barrio de Akihabara. ¿Nos acompañáis? —preguntaron las dos al unísono antes de cortar la grabación.

—¿Ha quedado bien?

—Ha quedado perfecto. Será otro éxito —aseguró con convicción.

Llevaba cuatro semanas recorriendo Japón; la última de ellas allí, en Tokio, y estaba fascinada por la mezcla de tradición y modernidad que convivía en aquel país.

Aquel viaje era parte de la gira que estaba haciendo por la zona asiática. Ya había recorrido China, Corea del Sur, Vietnam, Tailandia, Nepal e India. Puede que no siguiera un itinerario demasiado lógico a nivel geográfico, pero intentaba que la visita que hacía a un país coincidiera con alguna festividad o época de interés para sus seguidores. Por ejemplo, había seleccionado el principio de la primavera para su visita a Japón por el *Hanami*, que era la tradición japonesa de contemplar la belleza de la *sakura*, la flor del cerezo, y no se había equivocado al hacerlo. Los jardines resplandecían con un suave tono rosado, los paisajes tenían un encanto especial y la temperatura era muy agradable.

Aunque también había elegido aquellas fechas para poder asistir a una curiosa festividad que se celebraba el primer domingo de abril en Kawasaki, a veinte kilómetros de Tokio: *Kanamara Matsuri*. Literalmente, significaba Festival del falo de metal. Se trataba de un festival de la fertilidad donde el tema estrella era el pene, ya fuera en forma de dulces, globos, accesorios, vegetales esculpidos, dibujos... Varios porteadores paseaban un falo negro metálico de grandes dimensiones por las calles, seguido de cerca por otro de color rosa transportado por unos travestis que era un pequeño chascarrillo a la homosexualidad. En una sociedad aquejada de una fuerte represión sexual, aquel ensalzamiento tan extravagante del aparato reproductor masculino era fascinante. No era de extrañar que el vídeo que había grabado sobre el evento hubiese sido uno de los que había recibido mejor acogida por parte de sus seguidores.

Sus seguidores.

Todavía se sorprendía ante la cantidad de personas que seguían entusiasmadas su blog *¿Próximo destino?* y su canal de YouTube. Casi medio millón de seguidores, que eso para un *Travel Blogger* era una cantidad muy respetable. Puede que sus vídeos no tuvieran la calidad de otros blogueros ni sus recursos técnicos fueran los más avanzados, pues ella no usaba cámaras de video profesional ni drones para hacer tomas, pero procuraba dar un toque humano a sus entradas y compartía muchos *tips* que resultaban muy útiles, sobre todo para jóvenes *singles*, que era el perfil de la mayoría de sus fans: mujeres solteras y con ganas de viajar que no estaban dispuestas a dejar de hacerlo porque no tuvieran compañía para ello.

A ella siempre le había gustado el tema de los blogs y las redes sociales. De hecho, cuando trabajaba en la farmacia llevaba un blog al que había llamado *La botiga loca* y en el que contaba anécdotas de la profesión, pero apenas había sobrepasado los mil seguidores. Por eso, cuando se dispuso a emprender aquella aventura decidió crear un nuevo blog de viajes en el que recoger sus experiencias. Lo que no esperaba es que, gracias a uno de sus vídeos que se hizo viral y del que no estaba muy orgullosa, pasaría a conseguir tantos seguidores y el patrocinio de una agencia de viajes especializada en solteros que le había dado la oportunidad de hacer de aquella afición su nueva profesión. La verdad es que nunca hubiese imaginado que su decisión de coger un año sabático para recorrer el mundo hubiese dado un giro tan inesperado.

Recordaba como si fuera ayer el día en que decidió sincerarse con su madre mientras cenaban en la casa de esta, como todos los lunes.

—Mamá, quiero decirte algo, pero no sé cómo te lo vas a tomar —empezó a decir, en un murmullo suave con la vista pegada a su plato mientras usaba el tenedor para jugar con los guisantes que acompañaban a una cortada de emperador de buen tamaño.

—No eres feliz.

Eso le hizo levantar la vista de golpe con una mirada de sorpresa.

—Esa mirada me ofende. ¿Qué clase de madre sería si me dejase engañar por esa falsa sonrisa que luces últimamente? — rezongó Amparo con un bufido, para después mirarla con preocupación—. ¿Qué es lo que te ocurre?

Pese a que había ensayado aquel discurso varias veces, las palabras no le salieron con facilidad y tuvo que dar un buen trago a su Coca-Cola Zero para deshacer el nudo que le cerraba la garganta.

—Soy consciente de lo mucho que os sacrificasteis papá y tú para lograr abrir la farmacia y todo lo que habéis trabajado por convertirla en lo que es ahora. Y sé que lo habéis hecho por mí —empezó a decir con lentitud—. Me ofrecisteis la mejor educación, me pagasteis la universidad y me habéis dado trabajo de por vida, uno que hasta mis hijos van a poder heredar. ¡Incluso me regalasteis un piso!

—Eres nuestra única hija, siempre hemos querido lo mejor para ti —murmuró su madre al tiempo que fruncía el ceño, sin entender muy bien a dónde quería llegar ella. — Es nuestro legado —añadió citando las palabras que siempre decía el padre de Lucía, fallecido varios años atrás, y ella sintió un pellizquito en el corazón al recordarlo, porque lo que tenía que decir a continuación sonaría a traición.

—¿Y si lo mejor para mí no es el camino que me habéis construido vosotros?

—¿Qué quieres decir? ¿Es que acaso no te gusta trabajar en la farmacia?

—Sí, me gusta, pero...

Por absurdo que fuera, a su mente acudió la canción de *El universo sobre mí*, de Amaral, cuyo estribillo describía a la perfección sus deseos, y que su vocecita interior no paraba de tararearle:

*Quiero vivir*

*Quiero gritar*

*Quiero sentir*

*El universo sobre mí*

*Quiero correr en libertad*

*Quiero encontrar mi sitio*

—Estoy cansada de flotar al son del viento —farfulló, en cambio, al recordar las palabras que Hugo le dijo en la fiesta de despedida—. Tengo que hacer explotar la burbuja.

—¿Burbuja? ¿Qué burbuja? —Su madre la miró de hito en hito y luego dejó fuera de alcance su vaso, para después husmearlo con el ceño fruncido, como si esperara que hubiese aderezado el refresco con alcohol—. ¿Has bebido algo antes de venir?

—¡Mamá! Hablo en serio. Lo que trato de decirte es que he estado pensándolo mucho y me gustaría tomarme un año sabático para poder viajar.

Una emoción que no supo identificar cruzó el rostro de su madre. Se mantuvo en silencio durante unos segundos con la mirada perdida en algún recuerdo y, sin decir palabra, se levantó y salió de la habitación.

Lucía sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Los cerró, en un intento por contenerlas, pero fue inútil. Lo último que había querido era herir a su madre y eso justo era lo que acababa de hacer. Era la peor hija del mundo. Se había comportado como una desagradecida y una egoísta. Debía...

El sonido de un golpe cercano la sobresaltó. Abrió los ojos y vio que su madre acababa de dejar una caja de tamaño medio encima de la mesa baja del salón que estaba frente al sofá, para después tomar asiento allí.

—Anda, sécate las lágrimas y ven aquí que quiero enseñarte algo —pidió Amparo y palmeó el espacio vacío a su lado instándola a que se sentara allí.

Lucía obedeció al instante, presa de la curiosidad.

—¿Qué es esa caja?

—Esto es lo que tu padre llamaba: «Nuestro proyecto de jubilación» —explicó la mujer con una sonrisa tierna y abrió la caja con cuidado.

Para el asombro de Lucía, comenzó a sacar guías de viaje: Australia, Egipto, Kenia, Francia, Italia, Noruega, Indonesia, China, Japón... Un montón de países de todo el mundo se fueron amontonando encima de la mesa en formato libro.

—Creo que ya te he hablado de cómo nos conocimos tu padre y yo —comenzó a decir con voz suave.

Sí, lo había hecho muchas veces y ella nunca se cansaba de escucharlo. Su amor no había sido fruto de un flechazo ni una historia rocambolesca, pero cuando los sentimientos son reales, las grandes historias de amor no necesitan de florituras extravagantes. Solo hacía falta amor del bueno, y eso nunca les había faltado a sus padres.

Su nexo había sido un simple árbol. Un enorme ficus de hoja grande en los Viveros de Valencia que tenía justo lo que los dos buscaban: sombra en una cálida tarde de julio. Ricardo y Amparo se habían sentado en el césped, a pocos metros de distancia, cada uno sumido en sus propias aficiones: ella, la lectura, y él, el dibujo. Durante una semana habían compartido aquella sombra, tarde tras tarde, sin intercambiar palabra hasta que por fin un día, él se acercó y le mostró lo que había estado dibujando: a ella leyendo, o eso dijo él, porque el dibujo era un amasijo de líneas de forma irreconocible. Puede que a Ricardo le gustara dibujar, pero se le daba fatal. A partir de aquel momento y durante el resto del verano, se sentaron juntos debajo de aquel árbol, y poco a poco, entre charla y charla, surgió el amor entre ellos.

Lucía levantó la mirada hacia la pared del comedor donde estaba enmarcado aquel dibujo de su madre con el ficus de fondo y sintió un nudo de emoción en la garganta. La última voluntad de su padre había sido que sus cenizas reposaran entre sus raíces a la espera de que, en un futuro que esperaba fuera lejano, Amparo lo acompañase.

—¿Sabes lo primero que me llamó la atención de él? — preguntó su madre y no esperó respuesta porque continuó diciendo: —La ilusión que tenía por vivir y descubrir el mundo. Creo que eso lo has heredado de él —añadió mientras le palmeaba la rodilla con ternura—. Sin embargo, cuando se enamoró de mí, decidió posponer su sueño, puesto que sabía que yo quería acabar mis estudios. Luego todo se complicó: surgió la oportunidad de comprar la farmacia, decidimos formar una familia... «Ya encontraremos la ocasión de viajar», decía. Y alguna vez lo hicimos, pero no como a él le hubiese gustado. —Comenzó a rebuscar en la caja mientras seguía hablando—. En sus ratos libres, empezó a trazar un plan para dar la vuelta al mundo cuando nos jubilásemos. ¡Aquí está! — exclamó cuando dio con una libreta.

La cogió con reverencia y acarició con nostalgia las tapas azules.

—Cinco años —se lamentó Amparo con los ojos llenos de lágrimas—. Solo nos faltaban cinco años para jubilarnos y hubiésemos emprendido el viaje de sus sueños, pero murió antes de poder hacerlo.

Lucía sintió una opresión en el pecho. Amparo todavía no había superado del todo la muerte de su marido, tal vez nunca lo hiciera. Había sido tan repentina, consecuencia de un ataque al corazón fulminante que, tanto su madre como ella, habían necesitado ayuda profesional para aceptar su pérdida.

—No debes sentirte culpable, él tomó su decisión.

—Sí, él tomó su decisión, y quiero pensar que fue feliz aunque no llegara a hacer realidad su mayor sueño —musitó con voz suave. Luego miró a Lucía con todo el amor que una madre es capaz de expresar con los ojos—. Ahora eres tú la que debe de tomar una decisión, y si estás segura de lo que quieres, no voy a ser yo quien te detenga.

—Quiero viajar —afirmó Lucía, más resuelta que nunca.

—Entonces toma esta libreta, a tu padre le hubiese gustado que la tuvieras.

Lucía la cogió de forma solemne y la abrió. Sintió una presión en el pecho al ver la letra ordenada y fluida de su padre entre las páginas en las que había escrito un sinfín de anotaciones sobre los países que quería visitar.

—¿Y respecto a faltar un año al trabajo? —preguntó, pues le preocupaba dejar sola a su madre.

—Creo que podremos arreglarlo. Después de todo, alguna ventaja deberías de tener por ser la hija de la dueña, ¿no? —añadió y luego esbozó una suave sonrisa que inundó de alivio el corazón de Lucía—. Es cierto que siempre has hecho lo que te hemos pedido y nunca te has quejado, no te voy a impedir tomarte un merecido descanso.

Sus palabras consiguieron que Lucía dejara escapar una risita nerviosa. Había esperado reticencia no aquel apoyo absoluto. Abrazó a su madre con ímpetu mientras su mente comenzaba a trazar un listado de los lugares que quería visitar primero. Se sentía feliz, entusiasmada...

—Pero tienes que explicarme cómo has conseguido que Edu acceda a ir contigo. Ese chico se marea hasta en un ascensor, no le veo espíritu de trotamundos.

Aquel comentario borró la sonrisa de Lucía y parte de su alegría.

—Todavía no lo he hablado con Edu, primero quería hacerlo contigo.

—Hija, ¿te van las cosas mal con él?

Aquella pregunta le sorprendió.

—¿Por qué lo dices?

—Me parece un buen chico y siempre he creído que hacíais buena pareja, pero me he dado cuenta de que no te hace brillar.

—¿Y se supone que debo brillar como una bombilla? —inquirió ella con una risa esquiva.

—Se supone que debes brillar como una mujer enamorada —repuso su madre con absoluta seriedad.



—Llevamos juntos desde los veinte años, mamá y el enamoramiento se pierde con el tiempo. Supongo que eso pasa en todas las relaciones.

—Pasa en las relaciones en las que se ha perdido la chispa o en las que te has dado cuenta de que estás con el hombre equivocado y, aun así, permaneces a su lado. Tu padre nunca dejó de hacer que me sintiera radiante, aun después de más de treinta años de matrimonio —murmuró y un brillo de dolor enturbió sus ojos.

—Me va a ser imposible irme si te veo así.

—No digas tonterías. Tú ve y convence a ese novio tuyo para que haga las maletas y te acompañe a recorrer el mundo, pero prométeme que, si te dice que no, te irás igualmente aunque sea sin él.

—Ese era el plan —confesó ella.

Un suave codazo la sacó de sus pensamientos y la trajo de vuelta al presente.

—¿Nos hacemos un *selfi* con Hachiko antes de irnos?

## Capítulo 3

Hugo deslizó el lápiz por el papel con trazos firmes. Las líneas se curvaban con mimo, una tras otra para dar forma a una figura que se había vuelto muy familiar para él en las últimas semanas.

Dakuredi.

Al principio había sido algo abstracto, un pensamiento fugaz que se había convertido en una idea. Una chispa. No supo de dónde vino, solo se levantó un día con un cosquilleo en las manos y una imagen en la cabeza y se pasó horas hasta que consiguió plasmar la forma que deseaba. Poco a poco, aquella figura femenina se había convertido en un sueño. Un proyecto que lo llenaba de ilusión y le robaba horas de sueño.

Estaba tan concentrado en el dibujo que no oyó que se abría la puerta de entrada, por eso el estruendo del portazo al cerrarse de golpe lo sobresaltó hasta el punto de dar un respingo en la silla.

Levantó la vista, desorientado y observó consternado que ya había anochecido. No debería sorprenderlo, cuando dibujaba se abstraía tanto que las horas se le pasaban volando.

Se apresuró a cubrir su obra, pero fue demasiado tarde. Toshi, su compañero de piso y mejor amigo en Japón, tenía los ojos clavados en la mesa de dibujo con una mirada de interés.

—Déjame ver eso.

Hugo maldijo en silencio aquel minúsculo piso de cuarenta metros cuadrados que les obligaba a tener el espacio de trabajo en el salón, lo que suponía una falta total de privacidad. Le mostró su dibujo a regañadientes, pues todavía era reacio a compartirlo con nadie, ni siquiera con él.

Mientras el japonés estudiaba en silencio los trazos del papel, él esperaba el veredicto con un nudo en el estómago. Su amigo era un *mangaka* de mucho talento y respetaba mucho su opinión.

Toshimitsu Sakamoto, Toshi para los amigos, procedía de una familia muy tradicional que contaba con ilustres antepasados como Ryōma Sakamoto, considerado un héroe del periodo Edo. Su padre era propietario de Sakamoto Company, una empresa especializada en inversiones inmobiliarias, todo un tiburón de los negocios. Toshi acababa de cumplir treinta años, apenas alcanzaba el metro setenta y tenía el cuerpo delgado como un junco. Dentro de la cultura japonesa no carecía de atractivo pues su rostro tenía facciones agradables y simétricas. Sin embargo, poseía una mata de pelo negro tan tupida y rebelde que era difícil de controlar y lo llevaba por la calle de la amargura. Hugo pensaba que aquel cabello era el reflejo de la personalidad del japonés que tanto se esforzaba por ocultar últimamente.

Lo había conocido en la escuela Nihon Kogakuin, donde Hugo había realizado una especialidad de dos años en manga y anime, y Toshi impartía clases de anime. Eso era lo que los había unido: su mutua pasión por el dibujo. En él había encontrado un gran mentor y el mejor de los amigos. Amistad que se había afianzado un año atrás, cuando decidieron compartir el pequeño apartamento que el japonés tenía alquilado.

Pese a que su familia tenía mucho dinero, vivía de forma modesta en base a sus ingresos de profesor, por lo que no le quedaba más remedio que compartir piso para poder pagar un alquiler en Shibuya.

Gracias a la ayuda de Toshi, Hugo había conseguido la mejor nota en el trabajo de fin de curso de su promoción, con un corto de animación que había sido todo un éxito de crítica. Tal era así, que lo había conseguido vender por una suma impresionante de dinero. Y lo que era mejor, Studio Ghibli, uno de los mejores estudios de animación del mundo, le había hecho una oferta laboral. Se trataba de un trabajo temporal como dibujante, solo por unos meses, que era justo lo que él estaba buscando: algo que le permitiese aprender de los mejores del sector, que le permitiera obtener un currículum más atractivo y que lo dejara libre para regresar a España en cuanto quisiera.

Lo cierto era que, por mucho que lo había intentado, no se encontraba a gusto dentro de la cultura japonesa. Demasiadas normas y formalismos, una sobredosis de excentricidad tras otra y muchísima gente por todas partes, por lo general, agobiada de estrés. Él, que había nacido y crecido en Cuenca, una ciudad pequeña y tranquila, sentía que no terminaba de encajar allí.

Echaba de menos a su familia, en especial a su hermano Diego; las tardes relajadas con amigos, tomando una copa o jugando a los dardos; y las mujeres. Sí, echaba de menos a las españolas. Según las experiencias sexuales que había tenido en aquel país, las japonesas eran de naturaleza más sumisa, al menos las que él había conocido, algo que no le terminaba de gustar. Y muchas incluso tenían tendencia a vestir y comportarse como colegialas, incluso en la cama; una fantasía muy habitual entre los japoneses, pero que a él lo dejaba completamente frío.

Hugo prefería a las mujeres con carácter, fuertes y sexis al mismo tiempo, que fueran seguras de sí misma y que supusieran un reto a la hora de seducirlas. Aunque esto último, por desgracia, rara vez ocurría. No es que se lo tuviera creído, no era el caso; es que era un hecho: tenía un don con el sexo opuesto y, en la mayoría de los casos, le bastaba con sonreír y hacer algún comentario simpático para que lo mirasen con buenos ojos.

Que él recordase, solo había habido una mujer que no se había cegado por su cara bonita a las primeras de cambio: Lucía. Bueno, tal vez fuese una exageración y hubiese habido alguna más, pero ninguna que lo hubiese llamado «caca». Sí, ella se lo había soltado así, de golpe y sin anestesia, como cuando riñes a un niño por coger algo del suelo porque sabes que se lo va a llevar a la boca y no es bueno para su salud.

Aun así, había sentido la necesidad de acercarse a ella a pesar de sus ceños fruncidos y sus miradas de disgusto. Y es que no todo habían sido miradas de disgusto. La química entre ellos había sido tangible e imposible de obviar. Además, ¿para qué negarlo! Era muy divertido sacarla de sus casillas. Aunque le había gustado mucho más besarla.

A su mente acudió el encuentro que habían tenido en la India. ¿O debía decir *supuesto* encuentro? Todavía no tenía claro si la mujer con la que se había acostado había sido ella o no. Sus dedos comenzaron a jugar de forma distraída con la goma negra que había encontrado en la cama de Nueva Delhi y que desde aquel momento envolvía su muñeca.

Cuando Elena le comentó que Lucía había dado un giro completo a su vida, Hugo no se imaginó cuánto. Fue ella la que le habló de su nuevo blog, *¿Próximo destino?*, y no pudo resistir la curiosidad de indagar en él. Quedó cautivado por la imagen de Lucía que descubrió allí, la mujer que él siempre había intuido en ella: apasionada y aventurera, capaz de subir al volcán Etna, en Sicilia, o de bañarse entre tiburones en la costa de Sudáfrica.

Desde entonces, se pasaba por su blog de vez en cuando y la seguía por las redes sociales para ver los lugares a los que viajaba. Por eso, había podido verificar que ella había estado en la India el mes pasado, igual que sabía que llevaba varias semanas recorriendo Japón y que en aquellos momentos estaba en Tokio... Y no había hecho ningún intento por ponerse en contacto con él.

Eso era lo que lo estaba volviendo loco, porque si su encuentro en la fiesta Holi hubiese sido real, lo lógico es que ella hubiese dado algún paso para contactar con él a su llegada a Tokio, ¿no? Puede que nunca hubiesen intercambiado números de teléfono, pero tenían amigos en común que podían proporcionárselo en caso de necesidad: como llegar a una ciudad desconocida y poder contar con alguien familiar que te hiciera de guía.

Y quien dice de guía por la ciudad... ¡Joder! Para que negarlo, se ponía tan cachondo como un conejo en celo cada vez que pensaba en ella. Tenía grabado a fuego el momento en que cogió su miembro y lo engulló hasta el fondo de su garganta.

Sí, la mujer de la fiesta Holi había sido ella.

Estaba seguro. Casi seguro.

—Es bueno, muy bueno —musitó por fin Toshi, ajeno a los derroteros por los que navegaban sus pensamientos—. Me recuerda al estilo de Masashi Kishimoto, pero has conseguido darle un toque particular muy interesante.

Hugo dejó escapar el aliento que estaba conteniendo con un suspiro audible que hizo que su amigo lo mirase con diversión, y luego se revolvió en su silla al darse cuenta de que el recuerdo de Lucía lo había excitado más de lo esperado.

—¿Acaso dudabas de que me fuera a gustar? ¿Por eso pareces tan incómodo?

Él sintió que se ruborizaba ligeramente. Mejor que pensara que estaba incómodo por el dibujo que por la erección que tensaba sus pantalones. Para disimular su turbación, se quitó las gafas que usaba para dibujar, buscó motitas en las lentes al trasluz y comenzó a limpiarlas con diligencia.

—No dudaba de que te fuera a gustar, pero no quería que lo vieses hasta que tuviese el proyecto más madurado —mintió con soltura.

—¿Y qué proyecto es ese?

—Las aventuras intergalácticas de Dakuredi, la princesa de un planeta lejano que se rebela contra el destino que le tienen planificado y decide escapar en busca de su propio camino.

—Dakuredi —murmuró el japonés como saboreando el nombre, y luego hizo un gesto de aprobación que dio alas a su entusiasmo.

—He pensado que podría ser un buen argumento para un manga —continuó explicándole Hugo con entusiasmo—. Dakuredi iría viajando de planeta en planeta y cada uno de esos viajes sería una historia diferente con principio y final.

—Aunque podría haber un nexo de unión en la trama, como la búsqueda de algún objeto o tesoro —propuso Toshi, que enseguida había captado la idea.

—Exacto.

—Es muy buena idea, Hugo. Creo que podría funcionar muy bien —sentenció el japonés—. Y tal vez también podrías plantearte hacerlo en formato *web anime*. De esa forma puedes llegar a más público.

No había pensado en ello, pero le pareció una gran idea. Los *web anime* eran series de anime que se veían a través de plataformas de internet, algo que estaba funcionando tan bien que incluso Netflix se había interesado en su distribución.

—Estoy preparando un capítulo piloto para presentarlo en varias editoriales de Japón.

—Puedo echarte una mano si necesitas ayuda con el texto.

Hugo se lo agradeció. Su japonés era bastante bueno, pero no tan fluido como para poder escribir un manga. Aunque él buscaba algo más...

—La verdad es que me vendría bien un socio para este proyecto, sobre todo alguien que esté especializado en anime y que me ayude a crear los personajes —comentó con toda la intención mientras lo miraba de reojo.

Por un momento, el rostro de Toshi se iluminó, pero al segundo siguiente bajó la mirada y compuso una expresión indiferente.

—Podría darte un par de nombres que...

Hugo suspiró exasperado.

—No quiero a otros, te quiero a ti.

El semblante de su amigo se oscureció.

—Ya sabes que ahora no tengo tiempo de dibujar.

Sí, lo sabía, y era algo que no terminaba de comprender. Toshi había dejado a un lado lo que en verdad le apasionaba por un trabajo que odiaba en la empresa de su padre; todo por un absurdo sentido del deber hacia su familia.

—¡No entiendo cómo puedes aceptar todo así, sin más!  
—exclamó Hugo. Se puso de pie y comenzó a dar vueltas por aquel salón de quince metros cuadrados como si fuese un león

enjaulado—. Un futuro que no quieres y un trabajo que odias. ¡Dios, si hasta llevas corbata! ¿En serio quieres pasar el resto de tu existencia con ese trozo de tela atado a tu cuello?

—Los japoneses somos de naturaleza conformista y sumisa —atajó Toshi mientras se encogía de hombros.

—No me extraña que luego haya tantos suicidios —masculló por lo bajo.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Miró a su amigo con una expresión de disculpa y él la aceptó en silencio, pues sabía que lo había dicho sin pensar. Y es que, el hermano de Toshi se había quitado la vida seis meses atrás ahorcándose en su sala de estar. Como era de esperar, aquel tema era especialmente delicado para él.

—Hemos hecho de la represión nuestra forma de vida. Lo importante es mostrar un *tatamae* cordial —explicó con una falsa sonrisa, para luego añadir con voz seca: —aunque tengas que aguantar a un padre insufrible y déspota.

El *tatamae* era un concepto propio de la filosofía nipona. Era algo así como la «fachada» afable y servicial que se esperaba de cualquier hombre de cara al público. Por el contrario, el *honne* era el sentimiento real de una persona, aquel que dejaba aflorar solo ante un círculo muy reducido de personas de confianza.

—Por el portazo que has dado al entrar, adivino que no has tenido un buen día —comentó Hugo para cambiar de tema.

Su amigo se pasó la mano por el cabello revuelto, en un gesto de frustración.

—Lo intento, de veras que sí, pero me cuesta centrarme en un trabajo monótono y aburrido que no me aporta nada —musitó desanimado—. Creo que necesito algo que me haga evadirme un rato de la realidad.

—Lo sé —repuso Hugo.

Llevaba meses intentando que su amigo tuviera una vía de escape para que el estrés no acabase con él. El viaje a la India había sido una muestra de ello, un lugar al que el japonés siempre había deseado ir y en el que pudo escapar de la rutina



por unos días. Organizar el viaje no le costó tanto como convencer a Toshi para que se tomara un descanso laboral.

—Por eso te tengo reservada una sorpresa —añadió con una sonrisa.

Toshi lo miró con desconfianza.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa? Espero que no sea otro viaje, porque mi empresa no me lo va a permitir. Todavía estoy haciendo horas extra para compensar el retraso que supuso en mi trabajo la escapada a Nueva Delhi.

Hugo no respondió. Fue a su habitación y salió con dos fundas enormes de ropa. Luego, le tendió una de ellas a su amigo con una sonrisa.

Minutos después, Toshi se observaba fascinado en el espejo mientras Hugo prefería evitar ver su reflejo. De entre todas las cosas que había hecho desde que estaba viviendo en Japón, algunas de lo más frikis, aquella sin duda se llevaba la palma, pero era la mejor idea que se le había ocurrido para animar a su amigo aquella noche.

—¿De dónde los has sacado? —inquirió el japonés, tan emocionado como un niño pequeño al recibir el regalo de sus sueños.

—Son alquilados. Y será mejor que no los estropeemos o no me devolverán el depósito —añadió a modo de advertencia.

—¿Cómo has conseguido una invitación para la fiesta de Ken Sugimori? —En su tono podía intuirse todavía la incredulidad.

—Tengo mis contactos —respondió Hugo con una sonrisa enigmática.

—Déjame adivinar: joven, preciosa y de piernas largas.

Pues sí, Aiko, una de las asistentes de Ken Sugimori, el director artístico del universo Pokémon, encajaba a la perfección con la descripción de Toshi. La había conocido por casualidad en un bar y habían quedado un par de veces. Hugo le había dejado claro que no quería nada serio y ella parecía no

hacerse ninguna expectativa respecto a él, así que su relación era perfecta.

—Todavía no me explico cómo tienes tanto gancho con las mujeres —bufó Toshi al ver que su sonrisa se ampliaba.

—Es el exotismo extranjero.

—Por esa regla de tres, en España yo ligaría más que tú.

—Pues ya sabes... Acompáñame cuando regrese a casa y lo comprobaremos.

Su amigo era uno de esos japoneses que sentían pasión por todo lo relacionado con España, sobre todo por el flamenco, el jamón serrano y la tortilla de patata, pero principalmente por las mujeres. Incluso había ido a clases de español y se defendía muy bien con el idioma.

Los ojos de Toshi brillaron de vida por un segundo como tanteando la idea, pero cuando la realidad se impuso se oscurecieron otra vez.

—El único defecto que le veo a este disfraz es el calor que da —musitó el japonés después de subirse la cremallera, en un cambio de tema poco sutil.

—Aiko me ha dicho que iba a organizar la fiesta en la azotea del edificio. Cuando sea de noche y las temperaturas bajen, agradecerás llevar este disfraz —repuso Hugo, aunque sintió una sensación de asfixia cuando subió su propia cremallera y el tejido mullido y espeso lo envolvió.

Por un segundo, en la boca de Toshi destelló una sonrisa.

—¿Qué? —inquirió Hugo con curiosidad.

—Me ha venido a la memoria la fiesta del Zodiaco del invierno pasado.

Hugo soltó un gruñido al recordar aquella velada celebrada a la intemperie en pleno mes de enero. En su vida había pasado tanto frío, vestido de Seiya de Pegaso, un personaje de los Caballeros del Zodiaco, con un pantalón de licra fina y una armadura de plástico sobre su torso desnudo que dejaba los brazos al aire.

—Bueno, si tenemos calor, siempre podemos quitarnos el traje.

—Solo llevamos puestos los calzoncillos, ¿recuerdas? — bufó Toshi, y luego lo miró con un brillo pícaro en los ojos al añadir: —Aunque se me olvidaba que eso no es ningún impedimento para ti.

Hugo hizo una mueca. En varias ocasiones había perdido su ropa en medio de una fiesta, quedándose casi desnudo, pero siempre por causas justificadas o ajenas a su voluntad.

Una había sido en su primera fiesta *cosplay*, en el sótano de un local. Hacía tanto calor que tuvo que elegir entre sufrir una lipotimia o quitarse el disfraz de Mario Bros que llevaba puesto. Como la sed le había hecho beber más de lo que estaba acostumbrado, que eso para él equivalía a unas tres copas, no le importó acabar la fiesta en ropa interior.

Otra ocasión fue en una fiesta en una casa con un bonito jardín y una gran fuente central. Todavía no sabía cómo había acabado cayendo de cabeza en ella echando a perder su disfraz de Chewbacca, pero así había sido, y se había tenido que quitar la ropa para no coger una pulmonía.

Tampoco podía olvidar la vez en que se le ocurrió visitar un Maid Café con varios amigos, Toshi incluido. Se trataba de locales en que los clientes eran servidos por camareras disfrazadas como doncellas francesas, otro de los muchos fetiches de los japoneses. No eran lugares que diesen pie a encuentros sexuales, todo lo contrario, tenían normas muy estrictas y ni siquiera podías hacer fotos a las chicas a no ser que pagases, mucho menos tocarlas. Sin embargo, una de las camareras se encaprichó de él y le proporcionó un rato de sexo en el pequeño almacén de la trastienda del lugar. Todo fue bien hasta que descubrió que sus pantalones habían desaparecido y le había tocado regresar a casa sin ellos, acompañado de las burlas de sus amigos. Estaba seguro de que ellos habían sido los responsables del robo de la prenda en cuestión, pero nunca había podido demostrarlo.

Sin embargo, la que lo perseguía sin tregua era la fiesta Holi: acabar desnudo en la habitación sin recordad cómo había

llegado allí y sin saber con seguridad con quién había estado...

«Lucía, había sido Lucía»

—No te juzgo —continuó diciendo Toshi y agregó con mordacidad: —Si yo tuviera un cuerpo como el tuyo buscaría cualquier excusa para quedarme desnudo delante de una mujer.

Hugo esbozó una sonrisa ante aquel pequeño ataque verbal que había devuelto una chispa de vida al rostro taciturno de su amigo, pero su sonrisa se esfumó cuando captó su imagen disfrazada en el espejo. Debía de haber sufrido locura transitoria cuando se le ocurrió aquella idea, eso era.

—¿Qué pasa? —inquirió Toshi al ver que ponía los ojos en blanco.

—Que acabo de darme cuenta de lo ridículos que son estos disfraces.

—No digas tonterías, son unos disfraces geniales.

—Si tú lo dices —gruñó Hugo.

La verdad es que era consciente de que muchos matarían por poder asistir a aquel evento, aunque él no era uno de ellos. Si había conseguido las invitaciones había sido única y exclusivamente por su amigo.

—Venga, no refunfuñes tanto —le reprendió Toshi, cada vez más animado—. Vestido, desnudo o disfrazado, apuesto a que terminas la noche acompañado por alguna preciosidad.

—¡Ah, no! Nada de chicas. Esta noche es solo para los colegas —prometió Hugo con convicción.

Toshi lo observó unos segundos en silencio y en su mirada pudo leer el agradecimiento y un brillo sospechoso que prometía lágrimas. ¡Mierda! Lo que menos quería era que el talante de su amigo se oscureciera.

—¡Venga, terminemos de ponernos los disfraces y demostrémosles a todos que somos los putos amos del *cosplay*! —exclamó para insuflarle aliento, y terminaron de colocarse las cabezas de sus respectivos atuendos entre risas y bromas.

Después, se miraron en el espejo para valorar el resultado del disfraz completo.

—¡Vamos a causar sensación! —sentenció el japonés, entusiasmado, a través de la redecilla negra que estaba situada de forma estratégica en la boca de sus trajes, y por la que podían ver y respirar.

Hugo reprimió su opinión al respecto mientras miraba con resignación las orejas puntiagudas y la cola en forma de trueno que tenía en la parte de atrás. Si Diego lo viese...

—¿Qué llevas ahí? —preguntó al ver que su amigo cogía una mochila. Le extrañó porque los disfraces llevaban un bolsillo grande con cabida para la cartera, el móvil y las llaves.

—Algo que creo que te puede hacer falta —respondió Toshi, enigmático, pero no le quiso dar ninguna explicación más. Conociéndolo, bien podía haber llenado aquella mochila de condones.

Minutos después, se abrían paso por la marabunta humana que se paseaba por el centro de Shibuya, una de las zonas de moda de la ciudad, atrayendo las miradas curiosas de los turistas y la indiferencia de los tokiotas, acostumbrados a convivir con frikis disfrazados de personajes de anime.

Hugo andaba despacio, esforzándose por ver a través de la redecilla que tenía delante de la cara y concentrado en no tropezar con sus propios pies mientras escuchaba el parloteo animado de Toshi que, por la agilidad con la que se movía, parecía haber nacido con aquel chisme encima.

Y entonces, cuando estaban casi llegando, la vio... o eso creyó.

Se detuvo de golpe, haciendo que la persona que iba detrás de él se estrellase contra su espalda y soltara un par de maldiciones en japonés. Ni siquiera se giró para ver si se había hecho daño, pues supuso que habría rebotado contra su mullida coraza. También ignoró a Toshi que le preguntaba por qué se habían parado en medio de la acera congestionada de gente.

Ajeno a todo, agudizó la mirada por encima de las cabezas de los viandantes —algo bueno debía tener el medir metro noventa en un país en el que la estatura media de los hombres era de un metro setenta— y se concentró en la chica que se estaba haciendo un *selfi* junto con una amiga a los pies de la estatua, a tan solo cinco metros delante de él. Dudó por un instante. Si encontrársela en Nueva Delhi había sido una coincidencia improbable, tropezar con ella en Japón un mes después, era algo imposible, ¿verdad? Su parte racional insistió en que no podía ser ella. Sin embargo, al ver su sonrisa y el efecto que provocó en él, no le cupo la menor duda de quién era.

Lucía.

Ahora solo tenía que llegar a ella antes de que se escapara.

Sin pararse a pensar que la española nunca podría reconocerlo cubierto con un disfraz, empezó a hacer aspavientos con los brazos en un intento por llamar su atención. Lucía y su amiga lo miraron con curiosidad, pero fue Katsuo, parado al lado de ellas, el que le devolvió el gesto interpretando que iba dirigido a él.

Habían quedado con Katsuo, su amigo, frente a la estatua de Hachiko. Era tan friki del manga como ellos y también le habían invitado a la fiesta, por lo que los tres habían decidido llevar disfraces a juego. Así como Toshi resultaba medianamente atractivo, Katsuo era un verdadero adonis oriental; aunque embutido en aquel disfraz de Squirtle nadie lo diría.

Con frustración, vio como Lucía intercambiaba unas palabras con su amiga y comenzaban a alejarse de allí rumbo a la boca del metro. Gritó su nombre, pero su voz, amortiguada por el disfraz se perdió entre los sonidos de la ciudad.

Sin pensarlo dos veces, empezó a correr tras las dos muchachas. Bueno, correr lo que se dice correr... El disfraz era tan aparatoso que no le permitía doblar casi las rodillas y mantenía sus piernas separadas, por lo que solo podía

desplazarse como si tuviese las dos piernas entablilladas, aunque eso no lo detuvo.

Sus amigos debían estar desconcertados al verlo salir disparado, pero no se paró a explicarles lo que pasaba, y ellos acabaron por seguirlo con premura. Tampoco pensó en el espectáculo que estaban protagonizando los tres corriendo por las calles de Tokio uno tras otro, disfrazados de mullidos Pokémon.

Solo tenía una cosa en mente: alcanzar a Lucía a toda costa.

## Capítulo 4

—Creo que este Pokémon nos está haciendo señas.

Lucía se giró para ver cómo un peluche de Pikachu de más de dos metros de altura hacía aspavientos en medio de la calle. A su lado había otro peluche, un poco más pequeño, de Charmander. Sí, lo reconocía, había sido una de esas viciadas a cazar a esos bichos cuando se puso de moda el juego y todavía se acordaba de los nombres de algunos de ellos.

—Estamos rodeadas de personas, ¿por qué crees que se dirige a nosotras? —repuso con tono razonable, barriendo con los ojos al centenar de jóvenes que tenían alrededor.

Como para apoyar su reflexión, apareció al lado de ellas la figura rechoncha de otro Pokémon, uno parecido a una tortuga azul que, si la memoria no le fallaba, se llamaba Squirtle, y que devolvió el saludo a sus amigos con un ademán.

—Pues tenías razón —respondió Yumi con una risita—. Venga, vamos hacia la estación que tenemos mucho que ver y tu última noche en Japón tiene que ser memorable.

Lucía asintió y se dejó guiar con una sonrisa entusiasmada. Había conocido a Yumi tres días atrás, y durante ese tiempo se había convertido en su guía por la ciudad de Tokio.

Yumi Takashi era una joven empresaria que había abierto un pequeño *Neko Café*, en el que podías pasar las horas muertas acariciando gatos. Sí, gatos. Era algo así como una terapia relajante para contrarrestar el estrés de la vida diaria, y eso en Japón no faltaba, por lo que ese tipo de locales se había puesto muy de moda. Sobre todo por el hecho de que la inmensa mayoría de los residentes de Tokio vivían en pisos alquilados en donde no se permitían animales domésticos.

Lucía había entrado en su establecimiento, se habían puesto a hablar —en inglés, eso sí, su japonés era nulo— y habían congeniado al instante. Por eso, cuando Yumi le preguntó si quería que le enseñara alguno de los lugares más emblemáticos de la ciudad no lo dudó. Aquello era lo que más



le gustaba de viajar: la variedad de gente que se había encontrado por el camino. Personas de lo más interesantes que le habían ofrecido con amabilidad su tiempo y su compañía y que le habían abierto los ojos en más de un aspecto.

Cuando se decidió a emprender aquella aventura nunca imaginó que su mundo iba a cambiar tanto, empezando por ella misma. Ser una trotamundos la había hecho evolucionar como persona hasta convertirse en alguien más abierta de mente, tolerante y relajada.

Aquella noche iba a ser su última en Japón y, como colofón final de su visita a aquel singular país, habían quedado frente a la estatua de Hachiko, que estaba cerca de su hotel, para ir a dar una vuelta por el barrio de Akihabara, una zona que se había convertido en el epicentro de los amantes del anime y el cómic, lleno de tiendas de pasatiempos y de locales en el que se organizaban encuentros *cosplay*, karaokes especializados en canciones manga y muchas otras curiosidades.

Comenzaron a andar hacia la estación del metro cuando creyó escuchar su nombre. Se giró extrañada, pero no vio ninguna cara familiar a su alrededor. Lo que sí vio, en cambio, fue al Pikachu gigante avanzando a ridículos saltitos hacia ellas mientras la gente se hacía a un lado para dejar paso a su enorme y mullido corpachón. Por instinto, apresuró el paso.

\*\*\*

«¿Y ahora por qué anda más rápido?», pensó Hugo, ofuscado. ¿Es que no se daba cuenta de que estaba tratando de alcanzarla?

Se esforzó por ir más rápido al tiempo que le hacía señas con las manos en un inútil intento porque se detuviera.

\*\*\*

«Hay gente que no tiene sentido del ridículo y hace lo que sea por llamar la atención», pensó Lucía cuando, al volver la mirada atrás de nuevo, vio al Pikachu moviendo los brazos sin control mientras avanzaba de forma bamboleante.

Charmander y Squirtle iban detrás de él, en fila india, despertando la curiosidad de muchos viandantes que se habían detenido para observarlos y los grababan con el móvil riendo por el espectáculo.

—Cuidado con las escaleras, que están muy empinadas — advirtió Yumi cuando llegaron a la entrada de la estación.

\*\*\*

Hugo se detuvo de forma atropellada en el borde de la escalera con una mezcla de alivio por haber podido parar a tiempo y frustración al ver que Lucía se le escapaba escaleras abajo. No pensó en descender tras ella, con ese disfraz sería la crónica de una muerte anunciada. Tampoco trató de volver a gritar su nombre, sería inútil pues había mucho ruido alrededor. La única opción era ir en ascensor, pero debía darse prisa o ella se le escaparía.

Con esa idea en la cabeza, se giró, y vio con sorpresa que Toshi y Katsuo se habían unido a ciegas a su persecución, y que estaban justo detrás de él. Al verlo parado, Toshi consiguió detenerse a tiempo. Katsuo, no. Su cuerpo impactó con el de Toshi, el de Toshi con el de Hugo, y Hugo salió propulsado hacia atrás, perdiendo pie y cayendo escaleras abajo.

\*\*\*

Lucía y Yumi estaban en la mitad del descenso cuando escucharon el grito de una mujer que miraba horrorizada a algún punto detrás de ellas. Se volvieron al unísono y dieron un respingo al ver que el Pikachu bajaba las escaleras rodando.

—¡Corre! —gritó Yumi y comenzó a descender a toda velocidad.

Lucía la siguió un segundo después. Por un momento se sintió como Indiana Jones en la película de *En busca del arca perdida*, pero en lugar de ser perseguida por una piedra gigante, lo que rodaba tras ella amenazando con aplastarla era una mullida bola de pelo amarillo con un idiota dentro.

No dispuesta a entrar en el Top Diez de las formas más ridículas de morir, comenzó a bajar los escalones de dos en

dos, y en el último tramo, saltó. Se giró a tiempo para ver cómo el Pikachu llegaba al suelo despatarrado y estuvo tentada de rematarlo de una patada por haberle dado semejante susto, aunque luego se percató de que había una persona dentro de aquel ridículo disfraz, alguien sin cerebro y con instintos suicidas, pero que tal vez se había hecho daño. Además, ninguno de los allí presentes daba indicios de prestarle ayuda. Los que no lo habían grabado todo con su móvil, pasaban de largo, como si estuviesen acostumbrados a ver escenas como aquella todos los días o tuvieran demasiada prisa para detenerse.

Se acercó dubitativa y escrutó el rostro inanimado del muñeco.

—¿Te encuentras bien? —inquirió en inglés.

Cuál fue su sorpresa cuando escuchó que le contestaban en español, en un tono de lo más airado: —Acabo de rodar por diez metros de escalera, ¿cómo me voy a encontrar bien?

Lucía frunció el ceño y trató de ver más allá de la redecilla negra desde donde parecía hablar. Esa voz había sonado tan familiar, tan...

—¿Hugo?

—No, Pikachu, no te jode —masculló él, de malhumor—. ¡Pues claro que soy Hugo!

—Pero ¿qué...?

—Hay una cremallera por la zona del cuello —indicó, cortando su pregunta—. Ábrela y ayúdame a quitarme la cabeza, ¿quieres? Necesito respirar.

Ella se puso en cuclillas e hizo lo que le indicó. Después de tirar un par de veces, consiguió deshacerse de la cabeza de Pikachu y se encontró con el rostro familiar de Hugo: el corte de pelo que dejaba caer un mechón oscuro sobre sus ojos, la mirada intensa debajo de unas cejas bien definidas y con un arco atrevido, la nariz recta, los labios carnosos y la mandíbula fuerte. Incluso con el cuerpo todavía cubierto por aquel estúpido disfraz amarillo, seguía siendo el hombre más guapo que había visto en su vida.

Cuando sus ojos se encontraron, sintió que el estómago se le contraía.

—¿Te ayudo a levantarte?

—Dame un segundo. ¡Todo me da vueltas! —musitó Hugo y cerró los ojos.

—¿Quién es el Pikachu? —preguntó Yumi, que asomó la cabeza por encima de su hombro.

—Solo es un conocido.

Su respuesta hizo que Hugo abriera los ojos de golpe y le lanzara una mirada de reproche que no entendió. ¿Qué esperaba, que dijera que eran amigos? No lo eran. Nunca lo habían sido. Ni siquiera tenía claro si le caía bien.

Justo en aquel momento, las puertas del ascensor que estaba junto a las escaleras y que comunicaba con el exterior se abrieron y salieron de él Charmander y Squirtle que se acercaron sin dilación hacia donde ellos estaban. Los dos habían sido más inteligentes que su compañero Pokémon y habían optado por bajar de forma segura.

En cuanto llegaron, se quitaron las cabezas de sus disfraces, revelando su verdadera identidad. Ambos eran japoneses: uno era un chico de unos treinta años con cierto atractivo; el otro parecía ser un poco más joven y era muy guapo. Al menos, así lo debió de creer Yumi porque su rostro se iluminó al verlo.

Los dos empezaron a hablar en japonés con Hugo de forma atropellada mientras la miraban con curiosidad. Para su sorpresa, él les respondió en perfecto japonés mientras lo ayudaban a ponerse en pie. Elena le había comentado que el hermano de Diego se había integrado muy bien en el mundo nipón, pero no se había imaginado cuánto.

Al ver que parecía no haberse hecho daño, la hilaridad comenzó a abrirse paso en Lucía, sobre todo al ser consciente de que Hugo había estado todo ese tiempo dentro de Pikachu. La risa comenzó a burbujear en su interior y empezó a reflejarse en sus labios, con un amago de sonrisa. Sonrisa que intentó ocultar al ver el ceño fruncido de Hugo.

—Ni se te ocurra reírte —gruñó él.

Tal vez se hubiese podido contener sin más, pero de repente se acordó del video musical de la canción *I don't care* de Ed Sheeran y Justin Bieber, en la que los intérpretes salían disfrazados de peluches, y en su mente se imaginó a Hugo bailando con ellos. Eso la hizo estallar en una carcajada.

—¡Dios, si Elena y Diego hubiesen podido verlo! —exclamó ella entre risas—. Qué pena que no lo haya podido grabar en vídeo.

—Alguien lo ha hecho por ti —comentó Yumi con una risita mientras miraba su móvil—. Ya está colgado en YouTube —añadió con un guiño y le pasó el teléfono para que lo viera.

El vídeo se titulaba «Idiota disfrazado de Pikachu rueda por las escaleras del metro de Shibuya» y estaba consiguiendo *likes* a un ritmo vertiginoso. En cuanto le dio al *play*, los amigos de él se acercaron para verlo y también estallaron en carcajadas. Lucía pensó que Hugo se ofendería por ello, pero en cambio, exclamó: «¡Por suerte no se me ve la cara!» y se echó a reír también.

Tenía una risa bonita, un poco ronca y muy natural, de esas que invitan a unirse a la diversión y que provocan un calorillo en el estómago. Al menos, a ella así se lo parecía. Y sumaba puntos que supiera reírse de sí mismo.

—¿No nos vas a presentar? —inquirió el japonés más joven dando un codazo a Hugo al tiempo que su mirada se desviaba con interés hacia Yumi. Esta vez había hablado en inglés, supuso que por cortesía hacia Lucía.

A continuación, se produjo una ronda de inclinaciones de cabeza que formaban parte del protocolo de saludo de los japoneses y que a ella le parecían tan curiosas.

—*Konnichiwa* —atinó a decir.

Sentía la mirada escrutadora de los amigos de Hugo sobre ella, sobre todo la del chico que se llamaba Toshi, cuyos ojos se habían dilatado un poco en el momento de la presentación, como si la hubiese reconocido de alguna forma, pero no tuvo

tiempo de indagar en ello porque, de súbito, escuchó a Hugo decir:

—Prefiero mil veces saludar a la española. —Y antes de que ella pudiese reaccionar, la apretó contra su mullida coraza y le dio dos besos, uno en cada mejilla; el último fue más largo de lo normal y tan cerca de la comisura de la boca que sintió su aliento en los labios. Trastabilló hacia atrás cuando la soltó e intentó apaciguar el ritmo alocado de su corazón mientras lo escuchaba hablar.

—No sabía que estabas en Tokio, ¿has llegado hace mucho? —Aunque intentara que su tono sonara casual ella detectó cierto grado de reproche.

—Unas semanas —respondió ella de forma escueta, sin entrar en explicaciones ni justificarse por no haberle avisado. No se merecía nada más.

—Esta es la última noche de Lucía en la ciudad y quería enseñarle la zona de Akihabara —terció Yumi, que estaba empezando a ruborizarse por la atenta mirada de Katsuo sobre ella.

—¡Qué casualidad! Nosotros también nos dirigimos allí, a una fiesta *cosplay*. ¿Os apetece venir? —propuso Hugo mientras sus dos amigos asentían con entusiasmo.

Lucía dudó. Sentía curiosidad por experimentar lo que eran ese tipo de fiestas, pero a la vez sabía que estar cerca de Hugo equivalía a problemas, más aún después de lo que había pasado entre ellos en la última vez que se vieron. Además, su vuelo salía a las nueve de la mañana, no quería trasnochar demasiado. Sin embargo, una mirada al rostro esperanzado de Yumi, la obligó a decidirse.

—Está bien, pero más te vale hacer que valga la pena —advirtió con gesto desafiante.

—Te juro que no te arrepentirás. Va a ser una noche épica —aseguró Hugo con arrogancia. Después, bajó la voz solo para sus oídos al añadir, con una sonrisa seductora: —Y quién sabe, tal vez antes de que te vayas podamos repetir lo que pasó entre nosotros en Nueva Delhi.

Lucía lo miró de hito en hito, aguantando las ganas de borrarle aquella sonrisa presumida de un sopapo. ¿Pero qué se creía aquel idiota que había pasado entre ellos para sonreír así?

—No sé a qué te refieres —replicó al tiempo que componía una expresión de desconcierto digna de un Óscar de Hollywood, y tuvo el placer de ver cómo a él se le desencajaba la mandíbula.

## Capítulo 5

«No sé a qué te refieres».

Aquellas seis palabras lo estaban volviendo loco. Que ella dijera eso después de su alusión a la India solo podía significar una cosa: la mujer con la que se acostó no había sido Lucía. Entonces, ¿por qué sentía hasta el tuétano de los huesos que sí había sido ella?

Lo más sencillo hubiese sido preguntarle directamente para salir de dudas, pero descartó la idea al instante. A ninguna chica en el mundo le gustaría que un hombre le dijera: «Oye, perdona, es que no estoy seguro de si me acosté contigo el otro día. ¿Me lo puedes confirmar?»

Dos horas después, ya en la fiesta, la observaba en silencio desde la barra del bar mientras Lucía mantenía una charla animada con Yumi y Katsuo a varios metros de distancia. Todavía no había podido encontrar el momento para hablar con ella a solas. Durante los tres cuartos de hora que se habían hacinado en el vagón de metro que los había llevado hasta Akihabara habían mantenido una conversación cordial entre todos. En una ocasión, él había hecho referencia al festival Holi y ella lo había vuelto a mirar como si no supiera a lo que se refería, así que había optado por abandonar el asunto por el momento. Después, al llegar a la fiesta, había respetado la promesa que le había hecho a Toshi de que aquella era una «noche de colegas» y no se había separado de sus amigos. Juntos habían hecho honor a sus disfraces y habían desfilado por allí, tal y como se esperaba en aquella clase de eventos, haciéndose fotos con algunos de los allí presentes, Lucía incluida.

Sin embargo, ahora que ya había acabado la función y por fin se había podido quitar la cabeza de Pikachu, con el cuerpo sudoroso a pesar de que la temperatura había bajado de forma considerable y esperando a que le sirvieran las bebidas que había pedido, se dedicaba a mirarla sin saber cómo abordarla.

Ahora que la podía observar con la mente lúcida, se sentía cautivado por la energía que desprendía y por los sutiles



cambios que veía en ella: su cabello oscuro, que siempre había llevado en una melena que apenas le rozaba los hombros, ahora serpenteaba sinuoso hasta media espalda, justo como él recordaba de su *dudoso* encuentro; su piel parecía aderezada con un toque de canela y había descubierto un pequeño lunar debajo del labio inferior que no recordaba haber visto con anterioridad; sus ojos marrones se veían más profundos y vivaces, como los de una cervatilla inquieta, y a su cabeza acudió la imagen de aquellos mirada oscura clavada en él mientras se lo llevaba a la boca... Contuvo un gemido cuando sintió que la excitación invadía su cuerpo.

En aquel justo momento, sus miradas se cruzaron y Lucía, que lo había pillado infraganti devorándola con la mirada, le guiñó un ojo. Se sintió tan descolocado por el gesto que sus mejillas se ruborizaron como las de un adolescente ante la chica que le gustaba y apartó la mirada con nerviosismo. Para disimular, se llevó a la boca una pieza de *maki*, uno de los deliciosos refrigerios que servían en la fiesta.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Habían entrado en un universo paralelo y no se había dado cuenta?

Él era Hugo *Casanova*. Nunca se ruborizaba. Todo lo contrario, era capaz de sacar los colores a una mujer solo con una mirada.

Ella era Lucía, a la que había apodado Lucy Liu por su aspecto sofisticado y porque siempre se comportaba de manera fría y altanera con él, como la susodicha actriz en su papel en *Los ángeles de Charlie*. De ella esperaba ceños fruncidos, miradas de censura, bufidos de disgusto, pero ¿qué le guiñase un ojo? Nunca. Aunque tampoco esperaba que lo besara en Nueva Delhi... Si es que en verdad había sido ella.

¡Dios! Se estaba volviendo loco.

Para empeorar la situación, al desviar la mirada vio como Toshi, que lo había acompañado a por las bebidas, tenía los ojos clavados en Lucía sin ningún disimulo. Y no era la primera vez que lo hacía. Lo había encontrado observándola embelesado en varias ocasiones, y por la forma insistente en

que lo hacía, no había que ser un genio para leer su interés en ella.

Aquello lo molestó y, en represalia, le asestó un ligero codazo.

—Parece que nunca hayas visto a una mujer —ladró en voz baja.

—Es que ella es...

—Preciosa —atajó con un gruñido—, pero córtate un poco, ¿quieres?

Toshi lo miró con sorpresa y algo más que no supo identificar.

—Nunca me has hablado de Lucía. ¿Sois muy amigos?

—Creo que la definición correcta sería la de «conocidos» —masculló al recordar el término que ella había utilizado para referirse a él cuando su amiga le había preguntado.

—Así que, *solo* conocidos, ¿eh? —musitó Toshi y en sus labios afloró una sonrisilla burlona que lo extrañó.

—«Solo», tampoco. Es la mejor amiga de Elena, la novia de mi hermano Diego—aclaró.

—¿Y sueles pensar mucho en ella?

La pregunta lo descolocó.

—¿Qué? No, claro que no... No demasiado —balbució.

«Últimamente, a todas horas».

Toshi lo miró en silencio durante unos segundos, como esperando a que dijera algo más y luego puso los ojos en blanco.

—¿De verdad que no lo ves? ¿No te recuerda a alguien?

Él volvió a clavar la mirada en Lucía, tratando de dilucidar lo que su amigo pretendía decirle, pero no vio nada en ella que le trajera a la memoria a ninguna otra. Todo lo contrario, su problema es que había empezado a ver rasgos de ella en otras mujeres.

Era curioso. No tenía un recuerdo especial del día que la había visto por primera vez, tan solo fue una farmacéutica amable y atractiva que lo atendió un día que fue a comprar condones. La que sí lo impresionó a primera vista fue una de sus compañeras, Ana, una rubia exuberante y con aire de ingenuidad. Fue cuando empezó a mostrar interés por la rubia cuando Lucía dejó a un lado la amabilidad profesional y sacó las uñas. Al principio, pensó que lo hacía por celos. Luego se dio cuenta de que trataba de proteger a su amiga de lo que ella consideraba un depredador sexual. Lo irónico era que, cuanto más borde se mostraba con él, más atractiva la encontraba, hasta llegar al punto de que no conseguía quitársela de la cabeza y buscaba cualquier excusa para acercarse a la farmacia aunque fuera para ser desairado por aquella pequeña arpía.

—¿A Lucy Liu en versión española? —respondió por fin al tiempo que se encogía de hombros, sin saber a dónde quería llegar su amigo.

Toshi resopló.

—Está claro que no hay persona más ciega que la que no quiere ver —musitó por lo bajo—. Pues para tu información, te diré que esa chica es clavadita a...

—Hugo *chan*, me alegra ver que lo estáis pasando bien —dijo una voz femenina a su espalda, cortando la frase de Toshi.

No tuvo que girarse para ver de quién se trataba. Solo Aiko utilizaba el sufijo *chan* unido a su nombre, ya que era más bien usado para niños o mascotas monas. Vio que Toshi alzaba la ceja, divertido. Seguro que no se le había escapado aquel pequeño detalle.

Después de hacer las presentaciones oportunas, la muchacha se le acercó para susurrarle al oído: —Como asistente de Sugimori, tengo que interactuar con todos los invitados y quedarme hasta que termine la fiesta, pero si todavía estás por aquí cuando finalice puedo llevarte en coche a casa.

Su tono era sugerente e intencionado. Quería terminar la velada en la cama. Y él hubiese aceptado encantado la

propuesta, pero no en aquella ocasión...

—Lo siento, Aiko. Esta noche he venido con unos amigos y sería descortés si me fuera sin ellos.

—Entonces lo dejaremos para otra noche —repuso ella con un guiño, sin rastro alguno de reproche.

Era una de las cosas que más le gustaba de esa mujer. Como no tenía ninguna expectativa hacia su relación, nunca le montaba ninguna escena si la rechazaba o si pasaban semanas sin verse. Simplemente, trasladaría su propuesta a otro hombre que le interesara.

Ella le dio un beso en la mejilla y se alejó de él. Él la vio marchar y no pudo sino admirar el suave movimiento de sus caderas esbeltas embutidas en un vestido entallado. Fue al levantar la mirada cuando sus ojos se cruzaron con los de Lucía que lo observaba con la ceja levantada. Él imitó el gesto y, en aquella ocasión, fue ella la que apartó la mirada.

—Parecéis dos adolescentes jugando a las miraditas —comentó Toshi—. ¿Por qué no te acercas y hablas con ella de una vez?

—Estoy pensando en una estrategia para hacerlo.

—¿Desde cuándo necesitas una estrategia para hablar con las mujeres?

—Con las mujeres no, con ella sí —puntualizó—. Cuando hablamos, acabamos discutiendo. Siempre seguimos la misma dinámica: yo la provoco, ella se defiende provocándome, y todo estalla.

—Pues no la provoques.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. A veces creo que la provoco con solo respirar.

Toshi lo miró un segundo en silencio y luego esbozó una sonrisa burlona.

—¿Cuál es el verdadero problema?

—Creo que es la mujer con la que me acosté en Nueva Delhi, pero no estoy seguro —reconoció a regañadientes.

Su amigo lo miró con los ojos como platos y luego dejó escapar una carcajada.

—Amigo, lo tuyo con las mujeres no es normal. ¿En serio no recuerdas nada de lo que pasó?

—De forma vaga.

Lo había intentado, de veras que sí. Incluso una de las veces que había hablado con su hermano por teléfono lo había tanteado en busca de información. Sí, Elena había hablado con Lucía y esta le había dicho que había estado en la fiesta Holi aquel día, y que le había encantado la experiencia, pero no había mencionado en ningún momento que se lo hubiese encontrado.

—Pues entonces acércate a ella y acláralo. Tal vez puedas repetir la jugada y llevártela a la cama.

—Esa era la idea —admitió con un suspiro—, pero no lo voy a hacer. Te prometí que esta sería una noche de colegas.

—No digas estupideces. Haberte encontrado con ella esta noche es una señal del destino que no puedes desaprovechar —alegó Toshi con convicción—. Además, tengo curiosidad por ver cómo acaba la cosa.

Hugo iba a insistir sobre el tema, pero justo en aquel instante, el barman les sirvió las bebidas que habían pedido. En un abrir y cerrar de ojos, Toshi cogió su copa y la vació de un trago. Eso le hizo fruncir el ceño. Su amigo estaba bebiendo mucho, aunque también era cierto que aguantaba muy bien el alcohol. En eso lo envidiaba, él no toleraba más de tres cervezas sin acabar a gatas.

—A por ella, tigre —exhortó Toshi mientras cabeceaba hacia Lucía, que se había separado del grupo en dirección hacia uno de los extremos de la gran terraza, donde habían colocado varias hamacas encaradas hacia las espectaculares vistas que había de la ciudad.

A excepción de ella, la zona estaba desierta. Era su oportunidad.

—Está bien —concedió por fin, tras unos segundos de indecisión, pues se sentía reacio a separarse de Toshi aquella

noche—, deséame suerte.

—Un hombre como tú no la necesita —replicó Toshi con un bufido. Después, el japonés cogió las bebidas de Yumi y Katsuo y se alejó con un último guiño.

—Con una mujer como ella sí —musitó Hugo para sí mismo.

Con la mirada clavada en su presa, cogió su copa y la de Lucía, inspiró de forma profunda y fue hacia la española.

Su plan era sencillo: acercarse a ella con su característico andar felino; dedicarle su sonrisa más sensual, aquella que sabía que derretía a las mujeres y aprovechar la intimidad de aquel rincón para tejer su telaraña de seducción en torno a ella. No podía fallar, ¿verdad?

Cuando empezó a andar, se hizo evidente el primer fallo de su plan: con aquel dichoso disfraz el andar felino resultaba bastante patético. Así que optó por mover su mullido corpachón de la manera más digna posible y concentrarse en no derramar las dos copas que sujetaba.

Cuando estaba a solo unos pasos de ella, la encontró observándolo con una mueca divertida que se apresuró a disimular.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, claro que no —aseguró Lucía con una expresión angelical que no lo engañó ni por un segundo.

Entrecerró los ojos, gruñó y continuó bamboleándose para avanzar, mientras maldecía por millonésima vez aquel dichoso disfraz.

Al llegar a su destino, suspiró de satisfacción. Aquel rincón de la terraza era un pequeño oasis, alejado del barullo de música y risas que había en la zona donde se desarrollaba la fiesta. De hecho, parecía tener un hilo musical independiente en el que se podía escuchar una dulce balada. Alguien había colocado un montón de velitas en los rincones que creaba una atmósfera muy agradable, propicia para la seducción.

Perfecto para continuar con su plan.

Sin mediar palabra, le tendió la bebida aderezada con su sonrisa más sexy y clavó en ella toda la fuerza de su mirada. Cuando Lucía tomó la copa de su mano, se rozaron por un segundo. No había sido por casualidad, no. Él sabía lo que se hacía. Esa táctica siempre funcionaba. Tuvo la satisfacción de ver que ella se ruborizaba suavemente y posaba la mirada en su boca. Y allí se quedó, como atraída por un imán del que no se podía separar. La sonrisa de Hugo se amplió. Puede que su cabeza fuera un mar de dudas sobre lo que ocurrió en Nueva Delhi, pero tenía una cosa clara: la atracción entre ellos era real. Aquello era sin duda una muestra de deseo. Una señal de que...

—Tienes algo verde entre los dientes.

La sonrisa de Hugo se desvaneció al instante y maldijo por lo bajo mientras se frotaba los dientes con la lengua para eliminar lo que debía ser algún resto de alga del *maki* que se acababa de comer.

Ella desvió la vista hacia el horizonte con una sonrisa esquiva que trató de ocultar bebiendo de su copa y otra vez tuvo la sensación de que se estaba riendo de él. Contuvo una maldición. No quería resultarle gracioso, su intención era que lo encontrara irresistible.

—¿No te gusta? —preguntó al ver que daba un pequeño respingo al saborear su bebida.

—Es más fuerte de lo que esperaba.

—Lo siento, no soy un gran bebedor. Cuando me dijiste que te pidiera algo típico japonés tuve que recurrir a Toshi, que es el experto. Es *shochu* con té *matcha* y no sé qué más.

—¿*Shochu*?

—Es un destilado de arroz.

—¿Cómo el *sake*?

—Aquí en Japón, el término «*sake*» sirve para cualquier bebida alcohólica. Lo que en occidente se conoce como *sake*, aquí se llama *nihonshu*, que es una fermentación del arroz.

—Para no ser un gran bebedor, sabes bastante de la materia.

—A los japoneses les gusta mucho beber y es una descortesía cuando no los acompañas —dijo sin explayarse más.

Podría haberle contado que le había costado varias resacas muy desagradables conocer las bebidas que lo dejaban fuera de combate con solo un chupito. Y es que, aunque todo el mundo esperaba que un hombre de su complexión aguantara bien el alcohol, Hugo tenía algún desequilibrio químico que lo hacía muy vulnerable a sus efectos, cosa que los japoneses, grandes bebedores, habían encontrado de lo más hilarante.

—¿Tienes frío? —inquirió al ver que ella se arrebujaba en su abrigo. No era una noche especialmente fría, pero allí arriba, a quince pisos de altura sobre las calles de Tokio, la brisa soplaba fresca. Aunque él, con la coraza afelpada que lo rodeaba, estuviese casi sudando.

—No —respondió ella sin mirarle, absorta por completo en el paisaje que tenían frente a sus ojos.

Los ruidos de las calles quedaban amortiguados por la distancia y por la música de la fiesta, que ahora había pasado a ser un ronroneo latente. Allí era imposible encontrar silencio, pero de algún modo, la atmósfera se tornó relajante, como si todo se hubiese aunado para acunar sus sentidos.

Hugo se puso al lado de Lucía, casi rozando su cuerpo, y miró hacia abajo donde los vehículos creaban estelas de luz sobre el asfalto. Había carteles luminosos por doquier, plagados de anuncios de todo tipo de productos, sobre todo de videojuegos, y la gente iba de aquí para allá como hormiguitas laboriosas, cegadas por todo lo que aquella sociedad consumista les ofrecía. En el horizonte, los edificios se alzaban en un popurrí heterogéneo de estilos y formas: anchos, estrechos, algunos altísimos y de líneas modernas, otros más pequeños y viejos, y entre todos, la silueta anaranjada de la Torre de Tokio, como una llama que se alzaba hacia el cielo.

—Es una ciudad impresionante —susurró Lucía con voz reverente.



—Sí... Aunque a veces también resulta abrumadora — agregó, obligado por el sentimiento que lo revolvía por dentro de vez en cuando—. El ritmo de vida que se lleva aquí asfixia a cualquiera —explicó, consciente de que ella había posado sobre él una mirada interrogante, exhortándolo a que se explicara. Y continuó hablando con la mirada perdida en el horizonte—. Se trabaja una media de diez horas diarias y parece que nunca puedes alcanzar los objetivos que te imponen. La competitividad es brutal a todos los niveles y puede llegar a quebrar el espíritu del hombre más templado.

Su mirada se desvió hacia la zona donde alternaban los invitados y buscó a Toshi entre ellos. No le costó encontrarlo. Su amigo se había subido sobre un pequeño escenario, donde habían montado un karaoke que estaba haciendo las delicias de los invitados.

Hugo hizo una mueca al escuchar a lo lejos cómo su amigo despedazaba una de las canciones de la banda sonora de los Pokémon. Desentonaba muchísimo, aunque al público no parecía importarle demasiado viendo la forma en que lo coreaban. Al contemplarlo sintió un ramalazo de cariño hacia él solo comparable a la que sentía por sus propios hermanos.

Era un gran tipo, con una imaginación desbordante y un potencial creativo que competía con el suyo. Sin embargo, algo había cambiado en él tras el suicidio de su hermano que lo había hecho apartar a un lado todos sus sueños. Y Hugo sabía muy bien quién era el culpable: Masayoshi Sakamoto, el padre de Toshi.

Unas semanas después del suicidio del hermano de Toshi, su padre lo había convocado para una reunión familiar urgente. Hugo no tenía ni idea de lo que hablaron, pero cuando Toshi volvió a casa, la luz que siempre brillaba en sus ojos se había apagado. Sin dar más explicaciones que el deber familiar, Toshi dejó su trabajo como profesor de anime y se puso a las órdenes de Masayoshi en Sakamoto Company.

Por si aquello no fuese poco, a la semana siguiente le anunció que su padre había elegido a una esposa para él, una mujer llamada Haruka, hija de uno de sus socios, a la que solo conocía por una foto. Según decía, aquel compromiso

beneficiaría mucho a la empresa. Y aunque Hugo lo consideraba una aberración, Toshi estaba empeñado en cumplir con los deseos de su progenitor.

La determinación de Toshi por cumplir con las imposiciones de su padre cada vez lo tenía más tenso y estresado. Ahora, el único objetivo de Hugo era evitar que Toshi no siguiera los pasos de su hermano mayor y cayera en una depresión que lo llevara a la muerte. Por desgracia, los japoneses habían hecho del suicidio una tendencia.

—Pues parece que a ti te ha ido bien.

Aquel comentario lo sacó de sus lúgubres pensamientos.

—Sí, me ha ido mucho mejor de lo que nunca pude imaginar —admitió con una sonrisa ladeada—, aunque estoy deseando regresar a casa.

Lucía lo miró con sorpresa.

—¿Ha ocurrido algo? Quiero decir, creí que tu sueño siempre había sido vivir en Japón, y pensé que ahora que habías conseguido un trabajo aquí...

—A veces, cuando tus sueños se hacen realidad te das cuenta de que no te hacen tan feliz como habías pensado. Entonces tienes dos opciones: seguir viviendo ese sueño por cabezonería aunque nunca llegues a la felicidad que habías imaginado, o reconocer que no es lo que esperabas y tener el suficiente tino para volver atrás y cambiar de rumbo —explicó en un intento de que ella comprendiera la tormenta interior a la que se había enfrentado desde que había llegado a Japón.

—¿Y cuál has decidido que sea tu nuevo rumbo? —preguntó Lucía demostrando que lo había entendido a la perfección.

—Me gustaría volver a España y montar mi propio estudio de manga y animación. De hecho, me gustaría asentarme en Valencia, cerca de Diego. Hay algo en esa ciudad que me tiene enamorado —confesó y clavó la mirada en ella.

Durante unos instantes se observaron en silencio. Un soplo de aire jugueteó con un mechón del cabello de Lucía, azotando con suavidad sus mejillas que se veían rosadas por el

frío... O tal vez estaba ruborizada por su causa. Esperaba que fuera eso último.

Lo más asombroso de todo es que ella mantuvo sin flaquear su intensa mirada, afrontándolo con un brillo desafiante en los ojos.

—Todavía no me puedo creer que nos hayamos encontrado así, por casualidad. Debe ser alguna señal del destino —murmuró con voz ronca.

—¿Crees en el destino? —La voz de ella había sido tan suave que más que escucharla, había intuido sus palabras por el movimiento de sus labios. Y leyendo sus labios, dejó su mirada allí, sobre su boca.

—¿Acaso tú no crees en él? —preguntó al tiempo que acercaba el rostro hacia ella.

Mientras la suave voz de Hikaru Otada entonaba por el hilo musical *First Love*, una de sus baladas más famosas, Hugo se dejó llevar por el momento. Despacio, muy despacio, se fue inclinando hacia Lucía, y justo cuando estaba a punto de saborear sus labios, lo esquivó.

—Lo que creo es que tengo a un Pikachu a mi lado que está intentando seducirme —rezongó, juguetona. Lo miró entre las pestañas, de una forma que le hizo hervir la sangre y curvó los labios con una sonrisa sensual—. La cuestión es: ¿le sigo el juego o no?

—¿Por qué no? Recuerdo que en la fiesta Holi no tuviste reparos en jugar conmigo, ¿verdad? —murmuró Hugo cogiendo al toro por los cuernos.

Ella lo miró por un momento de forma inexpresiva y luego frunció el ceño.

—Has dejado caer en varias ocasiones que nos encontramos en Nueva Delhi, pero no me suena haberte visto allí.

Mierda, mierda, mierda. No había sido Lucía, aquello lo confirmaba. Su mente comenzó a hilvanar una nueva estrategia para salir del atolladero.

—¿No recuerdas que me disparaste agua a la cara con tu pistola y luego saliste corriendo? —inquirió, tanteando el terreno con una pregunta inocente.

Lucía lo observó en silencio y luego soltó una carcajada.

—La verdad es que aquella fiesta fue bastante caótica y lanzaba agua sin mirar a quién —respondió y se encogió de hombros de una forma encantadora.

—Fue divertido, ¿no?

—La fiesta, sí; aunque el final fue una gran decepción.

¿Eran imaginaciones tuyas o eso había sonado a reproche? ¡Joder, lo estaba volviendo loco con sus evasivas!

Daba igual. Puede que lo de Nueva Delhi no hubiese sido real y su cabeza embotada por la marihuana hubiese puesto el rostro de Lucía en otra mujer, pero allí tenía una oportunidad para enmendar las cosas y llevársela a la cama de una vez por todas, para quitarse esa espinita que tenía desde que la conoció. Y no la pensaba desaprovechar.

## Capítulo 6

Lo estaba volviendo loco y estaba disfrutando una barbaridad en el proceso, pero se lo merecía. Por lo que Lucía había podido intuir, él no recordaba bien lo que había pasado entre ellos en Nueva Delhi, y se había divertido mucho frustrando sus patéticos intentos de sonsacarle información.

Era irónico. Él tratando de recordar y ella esforzándose por olvidar aquel encuentro. Cada vez que pensaba en ello se sulfuraba, así que era mejor hacer borrón y cuenta nueva porque ante ella se presentaba una segunda oportunidad. Lo que todavía no había decidido era si dársela o no.

La verdad es que ese hombre no dejaba de sorprenderla. Conocía a Hugo en su faceta seductora, lo había visto en acción muchas veces. Miradas, gestos, palabras... Cada movimiento que hacía era calculado: rozarle la mano al darle la copa, aquella forma intensa de mirarla, sus susurros confidentes. Sin embargo, aquella noche había descubierto en él otra cara de la que no le hubiese creído capaz de interpretar: la de un hombre sin sentido del ridículo. Lo había visto metido de lleno en su papel de Pikachu, haciendo payasadas con sus amigos, incluso simulando un combate Pokémon del que había salido ganador.

Nadie la creería si contaba todo lo que le había visto hacer aquella noche. Por suerte, tenía un montón de fotos y vídeos que lo atestiguaban y que estaba deseando enseñarles a Diego y Elena.

Aquella fiesta había sido una experiencia original, diferente e inesperada, justo como a ella le gustaban. Su plan para su última noche había sido visitar el barrio de Akihabara y tomar contacto con la cultura *otaku*, como eran conocidos los frikis del manga y el anime, y aquella velada sin duda había superado sus expectativas. Hugo y sus amigos iban disfrazados, pero había muchos allí que llevaban su disfraz más allá del aspecto hasta fusionarlo con su verdadero carácter. Vivían como el personaje que interpretaban, sometiendo su propia personalidad a la de alguien ficticio. Lo curioso es que Lucía se había podido identificar con ellos en

ciertos aspectos. Al menos la versión de ella de hace unos años, la que estaba encerrada en una burbuja y vivía conforme a las expectativas de los demás.

Desde luego, la cultura nipona no la dejaba de sorprender, tan diferente a la europea, pero por lo que había visto aquella noche, parecía que Hugo se había integrado muy bien en ella.

Observó al hombre que tenía frente a sí, indecisa.

¿Darle una segunda oportunidad o pasar de él?

—Yo te deseo y tú me deseas. ¿Qué nos impide divertirnos juntos? —murmuró él volviendo al ataque.

Lo dijo con voz sedosa al tiempo que delineaba con un dedo la suave curvatura de su mentón, provocándole un estremecimiento de placer en el proceso. No pudo evitar pensar que, si la serpiente del Paraíso había sido la mitad de seductora que él, no era de extrañar que Eva hubiese caído en la tentación y hubiese terminado mordiendo la manzana.

—Ya no tienes pareja, ¿verdad? —insistió.

No, no la tenía.

Todavía recordaba la expresión de Edu cuando le planteó que quería cogerse un año sabático para viajar. Había sido justo después de hablar con su madre y, con ella la conversación había ido tan bien que no se esperaba el rechazo absoluto con el que su novio recibió la noticia. La opción de acompañarla quedaba descartada, eso, conociéndolo ya lo imaginaba, pero él tampoco tanteó la posibilidad de continuar su relación en la distancia. Sencillamente, le dio un ultimátum:

—O desistes de esta locura o lo nuestro se acaba aquí en este mismo momento.

Las siguientes palabras de Lucía fueron buscadas con mucho cuidado para que él tratase de comprenderla.

—Siempre he llevado una vida modélica, Edu. Me centré en los estudios al máximo para sacar las mejores notas y empecé a trabajar en la farmacia en cuanto me gradué en la universidad. Nunca he sido una persona dada a hacer locuras, lo sabes, y esto no lo es. Es algo que he meditado mucho,

créeme. —Con su mirada le pidió que la comprendiera, que la aceptara y que la apoyara, y musitó en un último intento por hacerse entender: —Es una necesidad interior que tengo. Siento que debo hacerlo para encontrarme a mí misma.

—No tienes pinta de estar perdida, tienes todas las comodidades que alguien pueda desear.

—A veces, las personas que tienen todas las comodidades son también las que están más perdidas.

Edu se quedó callado, mirándola en silencio con los brazos pegados a cada lado del cuerpo y los puños apretados. Luego, dio media vuelta y entró en el dormitorio. Dos segundos después, salió con algo en la mano que le tendió con una expresión inescrutable.

Una cajita. Una cajita de joyería que cualquier chica sabía lo que significaba.

Ella no hizo ningún intento por cogerla. Es más, dio un paso atrás mientras movía la cabeza de forma negativa, sintiendo el calor de las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas. Sin embargo, él no se lo iba a poner tan fácil. Abrió la caja y le mostró el contenido: un anillo de pedida con un pequeño diamante en forma de corazón.

—Lo compré hace una semana y te lo iba a dar el mes que viene en nuestro aniversario —masculló Edu con rabia—. Pero ahora... —Cerró la cajita con un golpe seco y se la guardó en el bolsillo. Después, se pasó la mano por el cabello en un gesto frustrado—. ¿En serio quieres echar a perder nuestro futuro juntos por un capricho de niña rica? ¿Tan aburrida estás de tu vida conmigo?

No lo entendía.

No la entendía.

Y nunca lo haría.

—Estás muy equivocado si piensas que esto es un capricho de niña rica o fruto del aburrimiento —murmuró, repitiendo las palabras que él le acababa de echar en cara—. Supongo que es el fin —concluyó con voz quebrada, porque sentía una opresión en el pecho que casi no la dejaba respirar.

El fin de su relación de pareja y de su amistad, pues sabía que después de aquello él rompería cualquier lazo que los uniera. Y dolía, dolía mucho porque en verdad lo quería, pero se quería más a sí misma.

Tres días después, no quedaba ni rastro de Edu en el piso que habían compartido durante un año y desde entonces no había vuelto a saber de él. En las ocasiones en que le había preguntado a su madre le había dicho que estaba bien y que había rehecho su vida. Supuso que eso significaba que estaba saliendo con alguien, y se alegraba por él.

Con el tiempo y la distancia, se había dado cuenta que Edu nunca hubiese encajado en la vida de la nueva Lucía. Ella necesitaba a alguien que estuviese dispuesto a recorrer el mundo a su lado, con la maleta siempre preparada para emprender una nueva aventura juntos. Un compañero de viaje lleno de ilusión con el que disfrutar de la vida y en el que pudiese confiar. Y hasta que encontrase a ese compañero de viaje, ¿por qué no divertirse con un hombre como Hugo?

No sería la primera vez que se liaba con alguien en uno de sus viajes. Después de superar su ruptura con Edu tuvo varios escarceos amorosos. Cuando estuvo en la Toscana, disfrutó de un tórrido romance con el dueño de unos viñedos. Y en su visita a Hawái, conoció a un atractivo surfista australiano con el que tuvo un escarceo amoroso. En cuanto a Nueva Delhi... bueno, eso era mejor olvidarlo.

El único reparo real que tenía con Hugo es que se movían en los mismos círculos y sus caminos se volverían a cruzar en más de una ocasión. No obstante, teniendo en cuenta que él estaba acostumbrado a las relaciones pasajeras, no le vio mayor inconveniente. Mientras no hubiese corazones rotos de por medio, cosa que ella descartó al instante, no habría problemas.

Cuando Lucía tomó la decisión de cambiar su vida, se hizo dos promesas: ser sincera consigo misma y vivir cada momento como si fuese el último. Dos únicas salvas que la habían hecho sentirse más viva y libre en aquellos dos años que en toda su vida. Por eso, ahora podía reconocer para sí misma que deseaba a Hugo. Así que iba a caer en la



tentación... de nuevo. Solo esperaba que aquella vez terminase mejor que la anterior.

Él la estaba mirando en aquel momento con intensidad, sin disimular el deseo que sentía por ella y, por la forma en que se oscureció su mirada, seguro que ya había intuido que cualquier reparo de ella era solo parte del juego.

—No tengo pareja, no —respondió ella al fin, mientras posaba las manos sobre el mullido pecho de Hugo—, pero tampoco sé si quiero montármelo con un dibujo animado encarnado —añadió, tonteando de forma descarada con él.

—Si lo único que te para es este disfraz, me lo quito ahora mismo —aseguró Hugo con esa sonrisa canalla que era capaz de humedecer la ropa interior de cualquier mujer.

—Ummm, qué idea más... —Se quedó callada de repente y husmeó el aire cuando un olor familiar llegó hasta ella—. ¿No hueles a quemado?

—Seguro, preciosa. Estoy que ardo —repuso él mientras la apretaba contra sí y comenzaba a bajar la cabeza con la clara idea de besarla.

—Lo digo en serio, Hugo —farfulló ella revolviéndose de su agarre—. Creo que estás ardiendo —añadió, preocupada, al ver que salía humo negro de detrás de él.

—Por ti —completó él, insistente.

—Que no, tarugo, que se te está quemando el disfraz.

El hombre se irguió sorprendido cuando entendió la situación y miró hacia atrás: la cola en forma de rayo de su disfraz había prendido con una de las velas que había en el suelo y había empezado a arder.

En un abrir y cerrar de ojos, Hugo la apartó y se puso en movimiento para apagar las llamas que se extendían lentamente, mientras gritaba alarmado, aunque su método no fue el que ella hubiese esperado en alguien con un mínimo de inteligencia: como un perro que intenta morderse la cola, empezó a dar vueltas sobre sí mismo, tratando de llegar a la zona afectada para atajar el problema.

En vista de que así no iba a llegar a ninguna parte, Lucía actuó por inercia y tiró el contenido de su copa a la cola, pensando que el líquido atenuaría el fuego. Todo lo contrario. Una intensa llamarada apareció de repente al hacerlo.

Miró la copa vacía, con los ojos como platos.

—¿Pero cuánta graduación tenía esta cosa? —inquirió estupefacta.

Hugo no respondió. Por suerte, había recuperado el sentido común y estaba concentrado en quitarse el disfraz con premura. Como era evidente que ya no había ningún peligro real para él, la atención de Lucía pudo concentrarse en el descenso de la cremallera. Más en concreto de la piel que iba descubriendo, porque Dios había hecho realidad sus pensamientos más oscuros y Hugo parecía no llevar ropa debajo de aquel disfraz.

Sabía que tenía un cuerpo de escándalo, lo había podido comprobar hacía un mes. Aun así, se le secó la boca cuando aparecieron ante ella unos pectorales macizos y ligeramente velludos, seguidos de unos abdominales surcados de músculos bien definidos, y continuar hacia abajo hasta... ¿Doraemon?

Lucía parpadeó, incrédula, cuando por fin él consiguió salir del disfraz y quedó desnudo frente a ella; pero sí, su vista no la engañaba: Hugo llevaba unos absurdos calzoncillos de Doraemon como única vestimenta. Su libido descendió de manera considerable, lo que le permitió pensar con la mente fría y, con una sonrisa maliciosa, cogió su móvil.

Si no lo hacía, Diego y Elena nunca la creerían.

## Capítulo 7

Hugo pudo rescatar a tiempo los objetos personales que tenía en el bolsillo del disfraz. Luego, se puso a la pata coja para terminar de desenganchar su pie de la tela y acabó deshaciéndose del traje de una patada dejándolo en un amasijo amarillento que comenzó a arder cada vez con más fuerza.

Al segundo siguiente, las llamas fueron ahogadas por un montón de espuma blanca. Levantó la mirada, sorprendido, para ver el origen y descubrió que uno de los miembros del personal de seguridad se había acercado con un extintor. No solo él, a su alrededor el número de personas que se aproximaban alertados por sus gritos iba en aumento. Entre ellos, sus amigos.

Masculló un taco cuando vio que Toshi estallaba en una carcajada y lo fulminó con la mirada, indignado, pero solo consiguió que él riera más. Para más inri, fue testigo de cómo Katsuo le daba un billete de dos mil yenes, que su compañero de piso aceptó con una sonrisa de satisfacción para después hacerle a Hugo un gesto de agradecimiento. Le costó un segundo entender la razón: habían hecho una apuesta entre ellos a su costa.

Sonrió a su pesar. Al menos, Toshi había ganado algo de dinero aquella noche. Se giró para buscar a Lucía y lo deslumbró el estallido de un flash. Le acababa de hacer una foto.

«Bueno, así puede disfrutar de las vistas cuando quiera», pensó con arrogancia.

Estaba orgulloso de su cuerpo. No era un adicto del deporte ni la vida sana, pero le gustaba cuidarse y tenía una buena genética, por eso no se sintió avergonzado de mostrarse medio desnudo ante ella... Ni ante las demás mujeres de la fiesta que no tardaron en cegarlo con una oleada de flashazos.

Sin mostrar vergüenza alguna, les hizo una reverencia teatral llevándose una mano al vientre inclinando el torso ligeramente y haciendo una floritura con su otra mano.

—Saluda a la cámara, Doraemon —indicó Lucía con los labios contraídos, como si estuviera conteniendo la risa.

Ahí estaba otra vez, aquella sonrisilla socarrona jugueteando en su boca. En aquel momento, se juró que algún día se vengaría de aquellos labios que no paraban de burlarse de él. Los mordería, los lamería y los haría temblar de deseo. Un justo castigo por su impertinencia. Y esperaba que aquel momento no tardase en llegar.

Fue al ver esa expresión burlona cuando las palabras de Lucía por fin incidieron en su mente.

¿Lo había llamado Doraemon?

Entonces, cayó en la cuenta. Miró hacia abajo y sí, llevaba sus calzoncillos del mítico gato azul. ¿Podía haber algo más humillante?

Para responder a su pregunta, su móvil empezó a vibrar. Lo miró y vio consternado que era un mensaje de WhatsApp de su hermano Diego.

*¿No eres un poco mayor para llevar esos calzoncillos?*

¿Cómo demonios...? Miró a Lucía con el ceño fruncido y la encontró tecleando afanosa en su móvil, entre risas.

—*Hijaputa* —masculló con los dientes apretados, pues seguro que había sido ella la que le acababa de pasar la foto a su hermano.

Ella levantó la mirada de golpe.

—¿Qué has dicho? —inquirió con los ojos entrecerrados.

—*Hi jar puda* —respondió inventándose lo primero que le vino a la cabeza—. En japonés significa: «Voy a coger un resfriado».

—En un japonés que te acabas de inventar —matizó Toshi en un murmullo bajito a su espalda para que Lucía no lo pudiese oír.

Ella lo observó unos segundos, dudosa, pero terminó aceptando su palabra y volvió a bajar la mirada para seguir tecleando.

La mochila que Toshi había cogido al salir de casa apareció ante él.

—Anda, toma. Es para ti —explicó su amigo, tendiéndosela.

Hugo la abrió, intrigado, y descubrió una muda completa de ropa. De su propia ropa. Vaqueros, un suéter y una cazadora. Lo necesario para volver a sentirse a gusto consigo mismo.

—Me imaginé que pasaría algo así y quise que tuvieras algo que ponerte encima para no congelarte —explicó Toshi con un guiño, mientras Hugo se vestía con premura para escapar del frío.

—¿Por eso apostaste con Katsuo a que terminaría la noche desnudo?

—Sabes que no puedo rechazar el dinero fácil —rezongó el japonés con una mueca.

—Al menos mi buen amigo Katsuo me da el beneficio de la duda —murmuró Hugo con reproche mientras palmeaba el hombro del susodicho.

Los dos japoneses intercambiaron una mirada divertida.

—¿Qué?

—Te equivocas. No apostamos si terminabas la noche desnudo o no —confesó Katsuo con una sonrisa de disculpa.

—Lo que nos jugamos es si te quedarías desnudo antes o después de la media noche, y como ya son las dos...

—¡¿Las dos?! —Lucía miró su móvil, contrariada—. No me había dado cuenta de lo tarde que era. Creo que será mejor que me vaya ya. Me gustaría dormir un poco para ir despejada al aeropuerto. Tengo que coger el Narita Express a primera hora de la mañana.

—Te acompaño.

—No hace falta, puedo...

—Insisto —cortó Hugo sin dejarla terminar.

Aquella sería su última oportunidad de acostarse con ella, no la iba a dejar escapar.

—Yo también me voy ya —terció Yumi

—Quédate un poco más—murmuró Katsuo, con un mohín.

La japonesa se mordió el labio, tentada. Se notaba que le apetecía continuar la velada, pero era una chica responsable y acabó negando con la cabeza al decir: —Es tarde y mañana tengo que abrir el café temprano.

—Yumi hace un café excelente —señaló Lucía con un guiño.

—Además, su café no queda lejos de tu trabajo. Podrías pasarte a tomar uno antes de entrar —apuntó Toshi al tiempo que codeaba a su amigo, pues parecía tan dispuesto a hacer de celestina como Lucía.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Yumi.

—En el TeamLab Borderless, el museo de arte digital —respondió Katsuo con orgullo.

—¿Es tan espectacular como dicen?

La pregunta de Lucía detuvo a Hugo cuando estaba terminando de ponerse las zapatillas.

—¿No has ido a verlo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Solo tenía una semana para ver Tokio, he tenido que centrarme en las prioridades.

—¿Y has considerado que la fiesta del pene era más importante que el museo? —inquirió con enfado.

Era una tontería, pero se sentía molesto. En su opinión como entusiasta del arte, aquel era uno de los lugares más mágicos de la ciudad y no entendía que ella lo hubiese descartado por una celebración que, aunque curiosa, era bastante absurda.

Lucía lo miró más desconcertada que ofendida por su ataque.

—¿Cómo sabes...?

No la dejó terminar. Su mente estaba trabajando a toda velocidad.

—Katsuo, ¿podrías colarnos en el museo esta noche?

Su amigo lo miró con sorpresa, aunque luego asintió con una sonrisa al intuir su plan.

—Está bien, iremos al museo y luego nos separaremos — propuso Hugo—, vosotros dos acompañaréis a Yumi a su casa. Mientras, yo acompañaré a Lucía al hotel para que coja las maletas —«me acostaré con ella», pensó para sí— y luego la dejaré en la estación a tiempo de tomar el tren que va al aeropuerto. Vas a pasar la noche en vela, tendrás que recuperar el sueño en el avión, pero te garantizo que valdrá la pena. Qué me dices, Lucy Liu, ¿estás dispuesta a vivir una última aventura en Japón?

Lucía se mordió el labio, indecisa, sin embargo terminó asintiendo en señal de aceptación, y Yumi no tardó en unirse a la propuesta.

—Más te vale conseguir que esta noche sea inolvidable —advirtió Lucía.

—Te lo prometo. Si de algo puedo presumir es de que siempre dejo a las mujeres más que satisfechas —rezongó él con arrogancia.

Para su sorpresa, Lucía soltó un «¡Ja!» y puso los ojos en blanco.

Frunció el ceño, sin entender a qué venía su actitud, pero Toshi lo distrajo.

—Va a ser imposible que nos dé tiempo a hacerlo todo si vamos en metro, hay que hacer varios trasbordos —señaló el japonés que ya había sacado su móvil y estudiaba la red de trenes.

Hugo comenzó a pensar en una solución cuando Aiko entró en su campo visual. La mujer, que estaba hablando con una pareja, al percatarse de que la observaba le dirigió una

mirada sensual y luego le guiñó un ojo. Entonces, tuvo una idea.

—Esperad aquí, voy a conseguir un medio de transporte alternativo.

Se acercó hasta ella, que lo recibió con una sonrisa pícaro.

—Si hubiera sabido que te gustaba hacer striptease en las fiestas te hubiese invitado antes. Pero la próxima vez asegúrate de llevar calzoncillos de Pokémon, no de la competencia — rezongó ella con humor.

—Lo tendré en cuenta —repuso él con una sonrisa ladeada, omitiendo confesar que también tenía calzoncillos con esos dibujos—. Sé que voy a abusar de tu confianza, pero necesito un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Necesitaría que me prestases tu coche por unas horas —murmuró mientras ponía su expresión más angelical.

Ella tanteó la petición por un segundo.

—Sabes que no te puedo negar nada cuando me lo pides así —dijo y chasqueó la lengua—. Estás de suerte, creo que cuando termine la fiesta me voy a ir con un amigo, así que realmente me sería de ayuda si dejas el coche en mi casa.

—Hecho —aceptó Hugo sin dudar. Con un suspiro, Aiko rebuscó en su bolso de mano—. Está en el sótano uno, aparcamiento treinta y siete —indicó mientras le tendía unas llaves con un simpático llavero en forma de Jigglypuff, un adorable Pokémon redondo y rosa.

—Eres la mejor. Te debo un favor —añadió con voz seductora en su oído, dejando caer un suave mordisquito en su lóbulo, pues sabía que era su debilidad.

Luego, se alejó de allí con una sonrisa triunfal en la cara.



## Capítulo 8

Media hora después, los cinco cruzaban la bahía de Tokio a través del puente Rainbow, embutidos en un pequeño utilitario eléctrico para llegar a la isla de Odaiba.

Lucía, situada en la parte de atrás del vehículo con Katsuo y Yumi, miraba embelesada a través de la ventanilla. Había visto aquel puente de día, aunque de noche, iluminado con los colores del arcoíris que le daban nombre, era espectacular.

En su segundo día en Tokio había hecho un cruceo fluvial por el río Sumida en un Himiko, un barco de estilo futurista que hacía un bonito trayecto desde el barrio de Asakusa hasta Odaiba. Su intención había sido visitar el museo, pero había tanta cola de acceso que tuvo que desistir de la idea o no hubiese tenido tiempo de explorar las demás atracciones que aquella isla artificial ofrecía.

Miró el reloj por décima vez. Aquello era una locura y corría el riesgo de perder el Narita Express, el tren que llevaba al aeropuerto y que tenía reservado desde hacía días.

—Deja de mirar la hora y disfruta de esta aventura.

Lucía levantó la vista y se encontró con que los ojos de Hugo la observaban a través del espejo retrovisor. No era la primera vez que sucedía, lo había pillado haciéndolo en varias ocasiones.

—Y tú deja de mirarme y céntrate en la carretera — contraatacó ella—. No querrás tener un accidente con el coche de tu *amiga*.

Se arrepintió al instante de haber recalcado la última palabra. Esperaba no haber sonado celosa; en verdad no lo estaba. Sabía cómo era Hugo y no se engañaba al respecto. Sin embargo, estaba un poco molesta porque hubiese intentado ligar con ella cuando tenía a una de sus *amigas* en la misma fiesta.

—Cuando estoy cerca de ti es difícil centrarme en nada.

Lucía bufó ante una frase tan trillada y Toshi rompió a reír al percatarse de su reacción.

—Creo que es la primera vez que veo a una mujer reaccionar así ante ti.

—Ya te dije que ella era diferente —respondió Hugo, como si Lucía no estuviera presente.

Lo miró con sorpresa.

¿Diferente?

¿De verdad él pensaba que ella era diferente?

De lejos, era lo más bonito que había escuchado salir de la boca de un hombre para el que todas las mujeres parecían iguales. Aun así, aquel piropo, porque se lo tomó como tal, no se le subió a la cabeza. No lo podía permitir. La mitad de las palabras que salían de él estaban destinadas a seducir y encandilar a las mujeres, y ella era demasiado lista para dejarse engatusar por ellas. Sin embargo, cuando por fin se adentraron en el TeamLab Borderless tuvo que admitir que Hugo sí sabía cómo impresionar a una mujer.

Guiados por Katsuo, que por el respeto con el que lo trató el personal de seguridad parecía ser algo más que un mero empleado del museo, no tuvieron ningún problema en acceder a él, y después de unos minutos programándolo todo, el japonés les indicó que ya podían acceder a la primera sala.

En cuanto Lucía se adentró en el *Borderless World*, entendió el porqué de aquella locura improvisada. Era como sumergirse en un mundo de fantasía donde las luces, colores, formas y sonidos te envolvían para despertar tus sentidos de una forma que hasta entonces no conocías. Contuvo el aliento cuando descubrió lo que parecía ser una cascada que caía sobre una gran roca. Se sentó en ella para contemplar cómo fluía y se asombró al ver que el curso del agua variaba con su presencia.

—No podía dejar que te fueras de Japón sin ver esto.

El comentario de Hugo le provocó un pequeño sobresalto. Había estado tan inmersa en la exposición que se había olvidado de que estaba con más gente. Miró a su alrededor

buscando a sus compañeros de aventura. Los tres japoneses se estaban haciendo un selfi entre risas, a unos metros de distancia. Toshi había cogido prestada de la fiesta una botella de whisky Yamazaki y parecía dispuesto a terminársela.

Sus ojos se posaron en Hugo, que se acababa de sentar a su lado. Cerca, muy cerca. Por suerte, él mantenía los ojos fijos en las luces que se proyectaban sobre la pared.

Durante unos segundos, los dos se quedaron absortos contemplando aquella obra de arte, pero luego él volvió a hablar.

—Dime una cosa. ¿Por qué no me avisaste de que estabas en Tokio?

Podía darle cualquier excusa, como que no tenía su número de teléfono, sin embargo, decidió ser sincera.

—La verdad es que no pensé que te importase.

—Pero sí que me importa —repuso él con seriedad.

—No lo podía saber. Debes reconocer que nuestra relación nunca ha sido lo que se dice demasiado afable.

—Eso era cuando tenías un palo metido por el culo y rechazabas todos mis avances —repuso él y, para su sorpresa, le cogió de la mano antes de añadir—. Ahora que parece que te has deshecho de él creo que podemos llegar a entendernos muy bien —añadió mientras jugueteaba con sus dedos de una forma que le aceleró el pulso.

Sí, ella había cambiado en muchos aspectos, pero él no lo había hecho. Continuaba siendo el mismo pícaro seductor. Sin poder contenerse le hizo una pregunta que estaba rondándole en la cabeza desde la fiesta *cosplay*.

—¿Cómo sabes que fui al festival del pene?

—Desde que Elena me contó que te habías tomado un año sabático y habías creado un blog de viajes, te espío en las redes —admitió con una sonrisa rápida que descubrió el hoyuelo de su mejilla—. Al principio no me lo podía creer: mi Lucy Liu convertida en trotamundos. ¿Qué te llevó a hacer semejante locura?

Lucía no quiso analizar el vuelco que le dio el estómago cuando lo escuchó decir «mi Lucy Liu» y se centró en darle una respuesta.

—Un cretino me dijo que nunca sería feliz si vivía para complacer a los demás en lugar de perseguir mis propios sueños. Que tenía que vivir mi propia vida. Y resultó que el cretino tenía razón y que me recordó algo muy importante que había olvidado.

—Pero eso te lo dije... yo —farfulló Hugo, asombrado.

—Pues eso, un cretino —bromeó ella con un guiño.

Sin embargo, él no le siguió la broma. Estaba tan ofuscado que le soltó la mano y se levantó

—¡Mujer! Estaba medio borracho y dije muchas tonterías, la mayoría producto de la frustración. No tenías que haberme hecho caso y tirar toda tu vida a la basura: tu trabajo, el estirado de tu novio...

—Tenías razón. No estaba viviendo la vida que quería y si hubiese seguido ese camino nunca hubiese sido feliz.

—¿Y ahora eres feliz?

—Más de lo que hubiese imaginado —respondió ella sin titubeos.

Se respuesta pareció desinflar su enfado y se volvió a dejar caer a su lado.

—Respecto a lo de tirar mi vida a la basura: el trabajo en la farmacia seguirá ahí cuando quiera retomarlo, es la ventaja de que mi madre sea la dueña, y en cuanto al estirado de mi exnovio —añadió repitiendo la expresión de Hugo, aunque con un pequeño matiz—, ahora me doy cuenta de que no encajábamos como deberíamos.

Hugo hizo amago de decir algo, pero desistió cuando Katsuo los llamó.

—Será mejor que pasemos a la siguiente sala. Vamos justos de tiempo —indicó el japonés, señalando el reloj.

Lucía miró la hora, asombrada. Habían pasado una hora entera en aquella sala, pero tenía la sensación de que habían sido solo un par de segundos.

—Ahora vamos a ir a una sala llamada *Forest of Resonating Lamps* —explicó Hugo mientras seguían a Katsuo y a los demás por unas escaleras que subían al primer piso—. Es mi parte favorita del museo.

«Y la mía también», pensó Lucía cuando entraron.

Se trataba de una sala oscura en la que parecían flotar miles de lámparas de diseño cilíndrico cuyas luces cambiaban de color y de intensidad provocando un efecto mágico y tan bello que robaba el aliento.

—Cuando vine por primera vez, pensé que era lo más bonito que había visto en mi vida. Pero contigo aquí, es todavía más hermoso —susurró Hugo con voz ronca mientras clavaba sus ojos en ella con una mirada intensa.

Hugo *Casanova* volvía al ataque.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Soltar esas frases manidas y edulcoradas. Conmigo no las necesitas.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando follemos será porque me apetece y no porque me hayas hecho sentir especial con tus palabras ni me hayas regalado los oídos con promesas de amor falsas —respondió sin rodeos—. Tú y yo sabemos que para ti solo seré una muesca más en el cabecero de tu cama.

Hugo sacó a relucir su sonrisa canalla antes sus palabras, provocándole una pequeña taquicardia como resultado.

—¿Por qué sonríes?

—Has dicho «cuando follemos» no «si follamos». ¿Tan segura estás de que va a pasar?

—¿Acaso tú no?

—Contigo estoy aprendiendo a no dar nada por sentado.

—Pasará, Hugo. Pasaré —aseguró ella con convicción y una promesa en la mirada. Y más le valía que aquella vez cumpliera sus expectativas.

Cualquier rastro de humor desapareció del semblante de él. Sus ojos se oscurecieron y se clavaron en la boca de ella. El músculo de su mandíbula empezó a temblar, súbitamente tenso. La chispa entre ellos crepitó de intensidad. Ahí estaba de nuevo esa química que los atraía sin razón y sin control.

—¡Ey, *pareeja!* —El grito de Toshi los sorprendió cuando sus labios estaban a punto de rozarse—. *Vamosss* a la siguiente *ssala* —señaló y por la forma en que arrastraba las letras, parecía que estaba cogiendo una buena cogorza.

Lucía comenzó a andar hacia él, pero Hugo la detuvo cogiéndole la mano y con un ligero estirón la atrajo hacia su cuerpo. Esta vez, sin el mullido disfraz, pudo distinguir la dureza de sus músculos y lo que parecía ser una incipiente erección.

—¿Cuándo pasará? —preguntó él retomando la conversación.

—Tendrás que esperar a que llegemos a mi hotel —respondió ella cuando la voz de Yumi los apremió para que los siguieran—. A no ser que quieras un polvo rápido en algún rincón íntimo.

—Ni hablar. Nada de polvos rápidos. Cuando tú y yo nos acostemos será lento, caliente e intenso —murmuró él con la voz enronquecida.

Lucía sintió que su vientre se tensaba y su ropa interior se humedecía en respuesta a aquella promesa. Por desgracia, no pudieron continuar la conversación, pues se vieron arrastrados de sala en sala por sus amigos.

Aquella fue una de esas noches en las que te haces una expectativa de lo que va a pasar, y por diferentes giros del destino, acaba siendo imprevisible, caótica e inolvidable.

Cuando por fin salieron del museo, se hicieron evidente un par de cosas: la primera era que, por la actitud acaramelada

de Katsuo y Yumi, lo de ellos había sido un flechazo en toda regla que parecía avanzar rápido. La segunda era que Toshi estaba como una cuba.

—La noche *esss* joven. ¿Dónde *vamosss* ahora? —inquirió con voz pastosa.

—Si no os importa, Yumi y yo nos despedimos aquí —declaró Katsuo, confirmando las sospechas de Lucía.

—Mi café no queda lejos y allí tengo una habitación para descansar. Creo que podré dormir más si voy directamente allí en lugar de pasar por casa, y Katsuo se ha ofrecido a acompañarme —explicó Yumi con una sonrisa tímida.

—Supongo que para asegurarte de que descansa bien, ¿verdad?

Katsuo solo sonrió ante la insinuación burlona de Hugo.

Aquella era la peor parte de un viaje: el momento de decir adiós a sus compañeros temporales de aventuras. Se despidió de la pareja con lágrimas en los ojos. Puede que no hubiesen pasado mucho tiempo juntos, pero su recuerdo la acompañaría siempre. Lo único que la consolaba era que, gracias a la tecnología, podía mantener el contacto con ellos en la distancia.

Minutos después, los tres volvían a recorrer el puente Rainbow, pero esta vez en sentido contrario.

—El apartamento que compartimos Toshi y yo está en Shibuya, cerca de la estación. ¿Te importa si antes de llevarte al hotel lo dejamos en casa? —pregunto Hugo, cabeceando hacia atrás.

Lucía, sentada al lado de Hugo en el coche, miró hacia donde indicaba. El japonés se había quedado dormido despatarrado en el asiento con la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta. Si se tenía en cuenta que todavía iba vestido de Charmander, y que la cabeza de su disfraz estaba a su regazo, la estampa era bastante graciosa.

—No me importa, mi hotel no queda lejos de allí.

Hugo le dirigió una rápida mirada y frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Las despedidas suelen resultarme difíciles —musitó y se secó la que esperaba fuera la última lágrima de la noche.

—Pensé que estarías acostumbrada. Ya sabes... Vas de aquí para allá y nunca te quedas demasiado tiempo en el mismo lugar.

—Uno nunca se acostumbra a tener que decir adiós a la gente que te importa.

—¿Pero realmente la gente que conoces en tus viajes te llega a importar tanto para que te duelan las despedidas?

—Conocí a una chica en Rusia, cerca de los montes Urales. Se llama Nadia. Vive a kilómetros de distancia de cualquier otra persona, en una cabaña sin luz eléctrica en medio del bosque. El agua que tienen la sacan de un pozo que está a unos metros de distancia.

—¿Sin internet? —preguntó Hugo con fingido espanto.

—Aunque no lo creas, me he encontrado con muchas personas que viven alejadas de las nuevas tecnologías, algunos porque no tienen otra opción y otros por decisión propia. —Rio ante el gruñido de incredulidad que dejó escapar él al escuchar sus últimas palabras, como si pensase que era imposible que alguien en su sano juicio no quisiese tener internet—. La cuestión es que me torcí un tobillo cuando exploraba un bosque, nada grave que no pudiese arreglarse con un poco de reposo, pero como estaba en medio de la nada y sin cobertura... Ya sé, no fue demasiado inteligente aventurarme sola por allí, sin un guía ni un acompañante —murmuró al leer su ceño fruncido—. Nadia oyó mis gritos de auxilio y vino en mi ayuda. Imagínate mi sorpresa cuando la vi. Yo imaginando que me rescataría algún guapo montañero fornido y apareció ante mí una muchachita de dieciocho años tan embarazada que no se podía ver los pies. Ella me ayudó a llegar a su cabaña y me estuvo cuidando durante varios días. —No pudo evitar una sonrisa de cariño al recordar a su amiga—. Su marido es leñador y la había tenido que dejar sola por dos semanas porque le habían ofrecido un trabajo en una cuadrilla al otro lado del país.



—No me digas que se puso de parto —adivinó él, abriendo mucho los ojos.

—Justo.

—Pensé que ese tipo de casualidades solo sucedía en las películas.

—Y yo. Imagínate. Estábamos las dos solas en medio de la nada y yo no tenía ni idea de qué hacer. Ni siquiera podía buscar en Google cómo atender un parto.

—¿Y qué pasó?

—Hice memoria de las películas que había visto: calenté agua y me hice con varias toallas. Por suerte no hubo complicaciones y tuvo un parto natural. Una niña preciosa. No te puedes ni imaginar lo que sentí cuando la cogí entre mis manos, toda ensangrentada y se la di a su madre. La llamó Masha Lucía, el primer nombre por su madre, que había muerto hacía poco, y el segundo por mí.

Todavía se emocionaba al recordarlo. El marido de Nadia llegó dos días después, un chaval que no tendría más de veinte años, y rompió en llanto al saber que su hija había nacido mientras él no estaba. Estaba tan agradecido porque Lucía hubiese estado allí para ayudar a su mujer que solo le faltó besarle los pies.

—Nunca pensé que yo pudiese ser capaz de enfrentarme a aquella situación, pero durante el tiempo que pasé con Nadia descubrí mucho de mí misma. Imagina lo que fue para mí separarme de ellos —murmuró ella y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

Les había dejado escritas sus señas de contacto con la esperanza de que algún día pudiese saber de ellos, pero no estaba segura de que eso fuese a suceder.

—Debió ser una experiencia increíble —murmuró él mientras ponía la mano sobre su rodilla y se la apretaba con suavidad. Un gesto de consuelo que la entibió por dentro.

—Lo fue. ¿Sabes lo más increíble de todo? Que Nadia no hablaba ni pizca de inglés, mucho menos español. Solo ruso —confesó ella entre risas.

—¿Y cómo os comunicabais? —preguntó Hugo, sorprendido.

—Gestos, dibujos... Lo que se nos ocurría. Cuando dos personas quieren entenderse encuentran la forma de hacerlo, aunque no hablen el mismo idioma.

Y eso, en cierta forma, supuso que también se les podía aplicar a ellos.

## Capítulo 9

Hugo no podía dejar de observar a Lucía. Algo que suponía un gran problema ya que estaba conduciendo. Tenía que conformarse con lanzarle miradas rápidas de tanto en tanto. Ella permanecía en silencio, mirando a través de la ventanilla, supuso que sumida en los recuerdos de la increíble historia que le acababa de contar.

Él todavía estaba asimilándola. Con aquella anécdota había descubierto una nueva dimensión de lo que suponía viajar para ella. Había supuesto que lo hacía para descubrir nuevas culturas, paisajes remotos, por la adrenalina de la aventura, incluso había pensado que parte de su entusiasmo por viajar era compartir sus vivencias con la gente que la seguía por las redes sociales. Y, sí, puede que también fuese un poco de todo aquello. Pero en gran parte lo hacía por conocerse a sí misma, por saber lo que era capaz de hacer en situaciones que escapaban de su zona de confort.

La admiró por ello. La mayoría de las personas nacían, vivían y morían sin probar de qué pasta estaban hechas. Era irónico, con lo mucho que se esforzaba la mayoría por conocer a otras personas y lo poco que hacían por conocerse a sí mismas.

No hablaron mucho más después de aquello. La tensión sexual era palpable entre ellos y parecía que tuviesen miedo a decir algo que pudiese estropear lo que sabían que iba a pasar. Lo que ambos querían que ocurriese. Así que prosiguieron el viaje sumidos en un silencio expectante llenos de miradas que, sin palabras, expresaban el deseo que los removía por dentro.

Por suerte, no tardaron en llegar al apartamento. Hugo condujo a su amigo hasta la habitación y Toshi se dejó caer sobre su cama con un suspiro de satisfacción.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —balbuceó y esbozó una sonrisa ebria.

—Si de verdad me quieres, duérmete y no molestes —murmuró Hugo mientras lo arropaba con el edredón y, con una

última mirada de cariño propia de un padre, apagó la luz y entrecerró la puerta.

Encontró a Lucía en el comedor, delante de su mesa de dibujo observando concentrada el trabajo que estaba haciendo para Studio Ghibli. Estudió su figura con admiración. Se había quitado el abrigo negro que llevaba y lucía un suéter granate que dejaba al descubierto su hombro derecho y unos vaqueros de pitillo que se ajustaban a sus piernas como una segunda piel, modelando un trasero en forma de corazón que era una delicia, para acabar con unos botines de tacón cómodo. Ni de lejos era un atuendo seductor ni elegante como el que habían lucido otras chicas de la fiesta, como Aiko y, sin embargo, él solo había tenido ojos para ella.

Tal vez Hugo hizo algún sonido o ella solo intuyó su presencia, porque habló sin girarse y sin levantar la mirada del dibujo.

—Elena me había dicho que dibujabas muy bien, pero esto es... magnífico.

La última palabra escapó de sus labios con un suspiro entrecortado cuando Hugo cayó en la tentación y depositó un beso en el hombro que tenía descubierto. A continuación, la abrazó desde atrás y presionó su cuerpo contra su espalda, mostrándole el grado de excitación que ya sentía hacia ella. Despacio, muy despacio, le retiró el cabello para dejarle libre el costado derecho del cuello. Después, hundió el rostro en aquella tierna zona, aspirando su aroma, para luego recorrerla con los labios hasta llegar al lóbulo de su oreja.

Sintió el estremecimiento que la recorrió y contuvo una sonrisa. Puede que con sus palabras siempre presentara resistencia, pero su cuerpo hablaba de aceptación, incluso se atrevería a decir que de anhelo.

—Lento, caliente e intenso —le recordó en un susurro ronco—. ¿Estás preparada?

No esperó a que respondiera, la cogió por la barbilla y le giró el rostro lo suficiente para poder besarla.

¡Joder, qué bien sabía! Y qué bien se sentía entre sus brazos. A pesar de que el cuerpo de la mujer era mucho más menudo que el suyo, se adaptaba a él con naturalidad.

Comenzó a besarla despacio, saboreándola con mimo, disfrutando de las sensaciones que ella le despertaba y tratando de enloquecerla de deseo.

Sabía cómo hacerlo.

Tenía experiencia sobrada.

Tenía el control.

Y entonces ella se dio la vuelta entre sus brazos y dejó de ser una gatita sumisa para convertirse en una tigresa hambrienta, y todas sus buenas intenciones de ir despacio y todo su control se volatilizaron al mismo tiempo.

El beso se hizo voraz mientras la cogía de los glúteos y la alzaba contra sí, invitación que ella no tardó en aceptar: rodeó la cintura de Hugo con las piernas y se meció contra él, buscando el roce con el bulto que constreñía sus pantalones. Aquello lo puso a mil y trastabilló en su prisa por llegar con ella en brazos hasta su habitación.

La tumbó en la cama para desnudarla, pero en cuanto lo hizo, se zafó de él y lo lanzó sobre el colchón con una mirada traviesa para empezar a quitarle la ropa entre beso y beso. Por un momento, tuvo un *dejà vu* y su mente viajó a aquella habitación de hotel de Nueva Delhi, sobre todo cuando Lucía comenzó a dejar un reguero de besos descendentes por su torso desnudo.

Era más de lo que podía soportar en aquel momento, si dejaba que ella le quitase los pantalones acabaría en cuestión de segundos. Por eso volvió a invertir las posiciones: con un movimiento veloz la dejó contra el colchón, pero esta vez se puso sobre ella y le sujetó las manos por encima de la cabeza.

—Ahora vas a ser una niña buena y mantendrás las manos quietecitas ahí —murmuró con voz ronca.

—¿Y quién te ha dicho que soy una niña buena? —repuso ella con descaro y le mordió la barbilla.

Hugo lanzó un gruñido y la besó. Un beso carnal y húmedo que pronto los hizo jadear de necesidad. Al tiempo que mantenía sujetas las manos de la mujer con una de las suyas, su otra mano comenzó a vagar por las curvas del cuerpo femenino. Uno a uno, fue descubriendo los secretos de su cuerpo mientras ella se retorcía de placer en sus brazos: los pechos, no demasiado grandes, pero sí muy turgentes, coronados por unos deliciosos pezones rosados que pronto capturó con la boca; el vientre suave y plano, con un ombliguito de lo más sexy que no dudó en acariciar, arrancándole una risita. Frunció el ceño cuando otra vez le embargó aquella sensación de familiaridad por sus reacciones, pero no perdió tiempo en indagar en el tema, tenía cosas más importantes en las que pensar, como el incitante vértice entre sus muslos que lo aguardaba húmedo de deseo.

Acarició aquellos dulces pliegues hasta dar con su clítoris y lo pellizcó con suavidad, haciendo que Lucía arqueara el cuerpo y, en el momento de más tensión, introdujo un dedo en su interior. Un fuerte gemido escapó de su boca y Hugo dejó escapar un gruñido en respuesta.

¡Joder! Si aprisionaba de aquella manera su dedo, se moría de ganas por sentir lo que haría con su miembro. Pero no, antes quería probar algo más. Salió de su interior justo cuando ella estaba al borde del orgasmo, ignorando la mirada confusa y necesitada que Lucía le dirigió y se colocó entre sus piernas para probarla.

Primero sopló con suavidad aquella zona.

—¿Es que quieres volverme loca? —masculló ella entre jadeos.

—Solo estoy cumpliendo mi promesa de darte una noche inolvidable —murmuró con voz ronca justo antes de acariciar con la lengua su centro del placer.

Lucía le regaló los oídos con un pequeño gritito entonando su nombre, y eso lo animó a continuar. Anclando las manos en sus caderas para que no tuviera posibilidad de escape, bebió de su esencia, jugó con ella, la enloqueció, la llevó al límite... y luego se detuvo.

Sonrió al escuchar el sonido de frustración que escapó de la garganta de la mujer.

—¿Por qué vuelves a parar?

—Quiero que llegues al orgasmo conmigo dentro — barbotó mientras se desabrochaba los pantalones, todavía de rodillas entre sus piernas.

La idea era quitárselos, enfundarse un condón y penetrarla sin descanso hasta que consiguiera eliminar esa insana obsesión que tenía por ella, pero todas sus buenas intenciones se fueron a la mierda cuando Lucía se incorporó, lo cogió con una de sus manos para masturbarlo con decisión y luego se lo llevó a la boca.

La noche en Nueva Delhi volvió a inmiscuirse en su memoria. La forma en que ella lo absorbía... Los ojos se le nublaron por el placer y dejó escapar un gruñido digno de un cavernícola. A eso lo había reducido ella, a un hombre primitivo preso por el deseo carnal. Sin poder aguantar más preámbulos, la empujó hacia atrás, se puso sobre ella y la penetró de una sola estocada.

No supo qué fue, si la exquisita calidez que lo envolvió o el recuerdo de aquella noche o tal vez la excitación acumulada durante horas, días y semanas, pero no hizo falta más: en cuanto se enterró en ella, se corrió sin necesidad de más estímulos.

Solo atinó a dejarse caer a un lado para no aplastarla con el cuerpo debilitado por el orgasmo más potente que recordaba haber tenido en toda su vida.

## Capítulo 10

Estaba cerca, tan cerca...

Cuando la lanzó sobre el colchón, besándola con pasión y tanteando su abertura con la punta de su miembro, contuvo el aliento con el cuerpo tembloroso y expectante.

Llevaba semanas aguardando aquel momento, y por fin había llegado.

Él entró con una potente embestida que la hizo morderse el labio de gusto.

¡Sí! Un par más como esas y alcanzaría el dulce orgasmo.

Cerró los ojos, esperando la siguiente, pero no llegó. En cambio, sintió el cuerpo masculino estremecerse sobre ella para después caer desmadejado a su lado, entre resuellos.

Abrió los ojos, incrédula.

—No puede ser, otra vez no —musitó y sintió como toda la excitación que la había invadido solo un segundo antes se transformaba en furia.

Él la fue a rodear con el brazo, pero ella lo apartó de una sacudida.

—No te atrevas a tocarme de nuevo —gruño, iracunda.

Hugo levantó la cabeza de la almohada con el ceño fruncido. Parecía realmente sorprendido.

—Lo siento, no sé lo que me ha pasado, pero si me das una segunda oportunidad...

—Esta era tu segunda jodida oportunidad —masculló ella mientras se levantaba de la cama—. ¡Flipo contigo! Te paras justo cuando voy a tener un orgasmo porque quieres que llegue contigo dentro y al segundo siguiente te corres sin esperarme. —En ese momento sintió algo pegajoso entre los muslos y se miró, horrorizada—. ¿No te has puesto condón?

Hugo soltó un taco mientras se tapaba la cara con las manos.



—¡Mierda! No tenía ninguno a mano y...

—Vaya, eso es nuevo —cortó con tono irónico—. *El follador de la pradera* sin preservativos. ¿Has acabado con el suministro de las farmacias cercanas?

Él no dio señales de acusar la pulla, solo la miraba con seriedad.

—Dime que tomas la píldora.

—Tomo la píldora.

—Genial, entonces estamos a salvo —murmuró Hugo y dejó escapar un suspiro de alivio que no hizo más que azucar su enfado.

—¿A salvo? —La voz de Lucía subió una octava—. Sífilis, gonorrea, clamidia, sida, herpes genital... —enumeró mientras se limpiaba con un pañuelo de papel y se comenzaba a vestir con movimientos bruscos, reflejo de su estado de ánimo—. Conociendo tu promiscuidad, puedes haberme pegado cualquier cosa.

—Para tu información, estoy limpio, siempre uso condón —señaló él y, por su tono de voz, parecía que se estaba enfadando.

—Ya, discúlpame si no te creo. Todavía retumba en mis oídos el «si de algo puedo presumir es de que siempre dejo a las mujeres más que satisfechas» —repitió con voz de falsete, recordando sus palabras.

—Te repito que no sé lo que me ha pasado. Cuando he entrado en ti ha sido...

—Ahórrate lo de que ha sido una experiencia única y yo soy diferente a todas las mujeres con las que has estado. No me lo trago.

—Si te calmases un poco y me escuchases...

—Llevo escuchándote toda la noche. Me dijiste que sería lento, caliente e intenso, y has durado menos que Flash corriendo los cien metros lisos. Ahora entiendo tu fama de que no te acuestas dos veces con la misma mujer. No es porque tú no las vuelvas a llamar, es porque ellas quedan tan frustradas

sexualmente que no quieren repetir contigo —espetó con enfado y, ya vestida, se dispuso a salir por la puerta de la habitación.

Él la llamó, pero Lucía lo ignoró y ni siquiera se giró. Sí lo hizo cuando escuchó un golpe fuerte. Se volvió y observó la escena: el pie de Hugo se había enganchado en la sábana, había tropezado y había quedado despatarrado en el suelo.

Igual que la fantasía sexual de Lucía.

«Justicia divina», aplaudió su vocecita interior, aquella que una vez fue miembro destacado del «Hugo Team» y ahora solo quería que Lucía se acercase a patearlo.

Satisfecha por ver que había obtenido su merecido, salió de la habitación. No había avanzado ni un metro cuando Hugo la detuvo cogiéndola por el brazo.

—Un momento. ¿Qué has querido decir antes con lo de que esta era mi segunda oportunidad?

Lucía se giró y lo miró con una ceja arqueada, sin decir nada, para dejar que él solo llegase a la verdad. Y Hugo no tardó más de un par de segundos en hacerlo.

—Sí que eras tú la chica de la fiesta Holi —descubrió con los ojos como platos y luego frunció el ceño—. ¡Joder, Lucía! ¿Por qué has estado negándolo toda la noche? Me estabas volviendo loco.

—Porque quería olvidarlo.

—¿Por qué? —inquirió él con una expresión de perplejidad—. ¿Por qué querrías olvidarlo?

—Porque fue humillante y muy frustrante —confesó ella entre dientes.

—¿Frustrante? Por lo que recuerdo, te hice gritar de placer.

Ella se quedó con la boca abierta.

—No grité de placer —bufó cuando se recuperó de la sorpresa—. Te corriste antes incluso de penetrarme y luego te

quedaste dormido encima de mí. Si grité fue para tratar de despertarte porque me estabas aplastando.

Todavía se enfadaba al recordarlo.

Cuando se encontró con Hugo en Nueva Delhi, en medio de la fiesta Holi, casi no se lo pudo creer. Aquella era una celebración en la que se reivindicaba el amor, un día para olvidar y perdonar, un día para dejar atrás el pasado y empezar de nuevo.

Lo tomó como una señal.

Él siempre había sido una fantasía oculta en su interior y pensó, ¿por qué no? No le importaba ser una más en la extensa lista de las mujeres con las que se había acostado. Solo quería disfrutar. Por eso lo besó. Simplemente, porque lo deseaba y le apetecía. Y él no la defraudó, por lo menos al principio. Aunque le fastidiaba reconocerlo, entre ellos siempre había habido mucha química.

La pasión surgió de forma natural: besos y caricias que pronto los llevaron a un estado de necesidad incontenible. Cuando Hugo murmuró que su hotel estaba cerca no dudó en arrastrarlo hasta allí. Él parecía un poco embotado —Elena le comentó en una ocasión que no aguantaba bien la bebida—, pero el aliento no le olía a alcohol y pensó... Bueno, para qué negarlo, en aquellos momentos no pensaba. Solo sentía, y se sentía muy bien con él.

Si algo le podía conceder a Hugo es que se le daban bien los preliminares. En eso sí que se notaba su experiencia. Aquella noche la volvió loca de excitación. Tal vez le defraudara un poco su miembro. No por el tamaño, en ese aspecto ya sabía que iba sobrado pues sabía que usaba preservativos de la talla XL, sino porque no parecía llegar a una erección completa. Por eso se esmeró en hacerle reaccionar, y cuando por fin pareció conseguirlo, cuando estaba con él entre las piernas deseosa por recibir la primera estocada, expectante, él solo atinó a frotarse un par de veces contra ella, sin llegar a penetrarla. Después, lo escuchó jadear y estremecerse mientras susurraba un nombre en su oído.

El nombre de una mujer que no era el suyo.

Al segundo siguiente, él dejó emitir un sonido que se parecía de forma sospechosa a un ronquido. Que dejara caer su peso sobre ella de inmediato confirmó sus sospechas: se había quedado dormido dejándola al borde del orgasmo, y si la humedad que sentía entre sus cuerpos era lo que pensaba, él sí que había logrado su final feliz.

Trató de despertarlo a gritos y no lo consiguió. Al final, logró salir de debajo de él con mucho esfuerzo, se limpió, se vistió y se fue de la habitación, insatisfecha, frustrada y humillada. Él se quedó allí tendido, desnudo y con una sonrisa bobalicona en la cara.

Encontrárselo un mes después en Tokio fue el colmo de las coincidencias. Lo sorprendente fue que él parecía no recordar bien lo ocurrido en la fiesta Holi, ni siquiera parecía estar seguro de si había estado con ella.

No supo en qué momento de la noche decidió darle una segunda oportunidad, pero lo hizo. No porque él la hubiese seducido con sus miradas o sus palabras. Lo hizo por ella misma, porque no quería que continuara siendo aquella espinita clavada en su interior. Quería acostarse con él y poner punto final a su historia con Hugo. Sin embargo, había resultado ser un punto final desastroso.

Lo miró. Su expresión de turbación ante lo que le había revelado era más que cómica.

Hugo fue a decir algo, pero en aquel momento la puerta de la habitación de Toshi se abrió, y el japonés apareció trastabillando y con el rostro blanquecino.

—Creo que voy a... —No había terminado de decirlo cuando comenzó a vomitar.

—Será mejor que cuides a tu amigo —dijo Lucía, y después de dirigirle a Toshi una mirada de compasión, se encaminó hacia la puerta.

—No puedes irte así, tenemos que aclarar esto —farfulló Hugo.

Parecía indeciso entre perseguirla o socorrer a Toshi, pero con un suspiro resignado se acercó a su amigo, preso de las

arcadas.

—Al menos espera un poco y deja que te acompañe al hotel —rogó mientras sujetaba al japonés.

—No te preocupes, sé llegar sola. Adiós, Hugo. ¡Ah! Y tranquilo, no voy a decirle a nadie que el infame Hugo *Casanova* es de gatillo rápido —agregó justo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Escuchó que él gritaba su nombre y sonrió. Al menos se había quedado satisfecha con aquella despedida. Y en cuanto a no decírselo a nadie... Bueno, tal vez se lo dijera a Elena y si ella se lo contaba a Diego, ya no era su problema.

La ocasión llegó antes de lo esperado, cuando estaba en el aeropuerto aguardando el acceso a la zona de embarque. Sonó su móvil y vio que era una llamada de Elena.

—¿Puedes explicarme cómo has conseguido esa foto de Hugo medio en bolas que le mandaste a Diego? —inquirió su amiga en cuanto cogió la llamada.

—¿Te refieres a la de los calzoncillos de Doraemon?

—¿Es que hay alguna más?

—No, quiero decir, sí. Nos encontramos por casualidad aquí, en Tokio, y Hugo me invitó a una fiesta. Luego una cosa llevó a la otra y...

—¿Os habéis acostado?

—Bueno, sí, pero...

Un gritito agudo no la dejó acabar.

—¡Lo sabía! —exclamó Elena con entusiasmo—. Desde que Ana dijo que Sagitario y Aries podían ser una pareja explosiva tuve el presentimiento de que vosotros dos acabaríais juntos —comenzó a explicar de forma atropellada—. Ya conoces el dicho: «los que se pelean se desean».

—Para, para, para... —cortó Lucía, divertida—. Creo que te estás confundiendo. Solo ha sido un polvo de aquí te pillo y aquí te mato, y ya está.

—¿Nada más? —preguntó Elena con clara desilusión—. Pues yo creo que hacéis muy buena pareja.

—Primero, no estoy en posición de tener ninguna relación con nadie porque paso más tiempo viajando que en casa —adujo Lucía—. Y segundo, ¿en serio crees que podría tener una relación con Hugo?

—¿Por qué no?

Se le ocurrían mil razones pero la principal es que era clavadito a Alberto, su primer amor. Los hombres como él, como Hugo estaban enamorados del amor, del reto de la seducción y de la euforia de la conquista. Eran capaces de hacer o decir cualquier cosa para derribar tus defensas y conseguir su premio.

—Ya te conté sobre Alberto, mi primer amor, y Hugo es igual que él. Es el tipo de hombre a tener en cuenta para una noche de sexo sin compromiso, pero no sirve para una relación estable porque es incapaz de mantener el interés por mucho tiempo en la misma mujer —respondió con sinceridad.

—Tal vez estás equivocada.

—¿Con cuantas mujeres lo has visto desde que lo conoces?

—He perdido la cuenta —reconoció Elena con un suspiro.

—¿Y cuál es la relación más larga que ha tenido?

—Creo que una semana, y porque eran gemelas —admitió Elena a regañadientes—. Pero eso no quita que tú puedas ser diferente.

—Tengo más posibilidades de convertirme en una más que en marcar la diferencia —farfulló con realismo—. Además, solo quería una noche de sexo, ¿crees que es algo malo?

—No, no lo es. Lo malo es subestimar a un Montoya.

—¿Subestimar? ¿En serio? —No pudo evitar soltar una carcajada—. Te puedo asegurar que al menos este Montoya está muy, pero que muy sobrevalorado respecto al sexo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que su fama es totalmente infundada. De hecho, el sexo con él ha sido un chasco total —afirmó con rotundidad.

—Lucía Marqués Suárez, quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales —ordenó Elena y su tono no admitía réplica.

Y ella accedió encantada y así obtuvo su pequeña venganza.

# Capítulo 11

Flash.

Makkari.

Quicksilver.

Una semana después, Hugo tenía su móvil lleno de memes que hacían alusión a personajes de ficción célebres por su velocidad. Toshi y Katsuo se estaban despachando a gusto con él. Eso lo esperaba; era su culpa por haberles contado la vergonzosa escena con Lucía. Sin embargo, lo que no se esperaba fue el mensaje de WhatsApp que recibió una mañana justo cuando se acababa de despertar para ir a trabajar:

*No sabía que mi hermano fuera la pistola más rápida del Oeste.*

Gimió mientras alzaba los ojos al techo. Aquello solo podía significar una cosa: Lucía se lo había contado a Elena. Tomó aire y, antes de arrepentirse, buscó el contacto de su hermano y lo llamó.

—Muy gracioso —espetó a modo de saludo.

Rechinó los dientes al escuchar una carcajada al otro lado.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —gruñó con hosquedad después de varios segundos esperando a que terminase de reír.

—Perdona, es que cada vez que me imagino la escena... —Diego no puedo terminar la frase, atacado por otra carcajada.

—Voy a colgar —amenazó, con la paciencia al límite.

—Anda, pásame el teléfono —se oyó decir a Elena de fondo.

—Mejor pongo el manos libres, que no me quiero perder ni una palabra —repuso Diego, socarrón.

—No creo que eso sea buena idea —susurró su futura cuñada.



—No pasa nada, Elena. No me importa que ponga el dichoso manos libres —barbotó Hugo, impaciente.

—Hola, cielo, ¿qué tal estás? —preguntó poco después Elena con tono maternal.

—¿Qué te ha contado la arpía de tu amiga? —inquirió sin rodeos.

—Bueno, la pobre Lucía estaba un poco afectada y necesitaba desquitarse con alguien —escuchó que decía la voz de Elena, excusándola—. Solo me dijo que os encontrasteis por casualidad en Nueva Delhi y después en Tokio, y que... Bueno, que las cosas entre vosotros no habían terminado tal y como ella esperaba.

—Y tú tenías que contárselo a Diego, ¿no?

—Te puedo asegurar que he intentado no decírselo y, teniendo en cuenta que lo sé desde hace una semana, debes reconocer que he aguantado bastante, pero... Ya sabes que entre tu hermano y yo no hay secretos —repuso Elena sin rastro alguno de arrepentimiento.

—Y tampoco hay secretos entre Diego y Jacobo, ni entre Jacobo y Ana... —continuó diciendo Hugo—. Y a este paso todo vuestro barrio sabrá que he tenido un pequeño «desliz».

—Uno, no. Dos —terció Diego, entre risas.

—Diego, deja de meterte con tu hermano.

A Hugo casi se le cae el teléfono de la mano cuando escuchó aquella voz de mujer.

—¿Mamá?

—Hola, cariño.

—¿Qué haces ahí?

—Hemos venido a Valencia para visitar a Diego y Elena. Justo has llamado cuando nos acabábamos de sentar a la mesa para cenar todos juntos.

—¿Todos?

—Hola, hijo.

—Hola, papá —musitó Hugo con voz ahogada—. ¡Mierda, Diego! ¿No podías ser un poco más discreto con este tema? —inquirió indignado en cuanto se recuperó de la impresión.

—Has dicho que no te importaba que pusiera el manos libres.

—Porque no sabía que me iba a escuchar toda la familia —farfulló y se llevó una mano a la cara, muerto de vergüenza.

—Todos, no. Los mellizos se han quedado en Cuenca, que tienen que estudiar —explicó su madre, solícita.

—Pero no dudes que se enterarán —aseguró Diego y por el quejido que soltó después se imaginó que Elena le había dado un codazo o una patada por debajo de la mesa.

—Bueno, cariño, lo importante es que no te agobies, todo tiene solución. ¿Has ido ya al médico?

—¿Al médico para qué? —preguntó confuso.

—Para tratar tu problema de eyaculación precoz —respondió su madre.

—Mamá, no tengo ningún problema de eyaculación precoz —articuló intentando que su voz sonara serena.

—Lucía no dice eso —adujo Diego entre risas.

¡Lo que daría por poder teletransportarse y darle una buena colleja!

Se escuchó un quejido y luego la voz de Diego farfullar: —¡Joder, Elena! Deja de pegarme patadas por debajo de la mesa o luego me las pagarás —añadió y por el tono ronco con el que lo dijo, dejó bien claro cómo pensaba hacérselo pagar.

—Diego, deja en paz a la niña que parece que te hayan dado viagra para desayunar —se oyó la voz cascada de una anciana.

Hugo contuvo un gemido y se tapó de nuevo con la colcha, sintiéndose totalmente humillado, mientras susurraba: —Hola, abuela.

—Hola, tesoro. Tú no te preocupes que encontraremos algún remedio para ayudarte con ese problemilla.

—Y dale, que no tengo ningún problema.

—Hijo, la primera fase es la negación —terció Matilde—. Pero cuanto antes aceptes que tienes un problema, antes podrás solucionarlo. Hazme caso y ve a uno de esos médicos especializados en disfunción eréctil.

—Está bien —concedió al final. Hubiese dicho cualquier cosa por finalizar aquella conversación.

—No te olvides de preguntarle lo de la niña —se oyó decir a la abuela.

—¿Qué niña? —inquirió Hugo, temiéndose lo peor.

—Tu prima Pilar —aclaró Matilde, confirmando sus sospechas—. Ha conseguido un trabajo en un tablao flamenco de Tokio. Será cosa de un par de meses. Ha estado mirando alojamiento y todo lo que ha visto es carísimo. Además, ya sabes cómo es tu tía, no se quedaría tranquila si su niña viviera sola en otro país. —Hugo cerró los ojos, como si de esa forma pudiese evitar escuchar lo que sabía que le iba a pedir su madre—. Cuando me lo comentó, se me ocurrió que tal vez se pudiese quedar contigo. ¿Qué te parece?

Le parecía una idea nefasta. Su prima Pilar era demasiado... todo. Un torbellino de energía inagotable con tendencia a meterse en la vida de la gente.

—Mamá, se te olvida que comparto piso. Tendría que consultarlo con Toshi.

—¿Qué tendrías que consultarme?

La voz de Toshi lo sobresaltó. Estaba parado en el vano de la puerta con cara de recién levantado.

—¿Ese es Toshi? —inquirió la voz de Matilde desde el teléfono.

—Sí, mamá.

—Anda, pásamelo.

—Pero mamá...

—Me dijiste que hablaba español, ¿no?

—Sí, mamá, pero...

—Hugo Montoya Hidalgo, pásame a tu amigo —insistió la mujer en un tono que no admitía réplica y que, aun a sus veintisiete años, le imponía obediencia absoluta como cuando era un crío.

Hugo le pasó el teléfono a su amigo mientras le susurraba muy bajito: —Diga lo que diga, contesta que no.

Toshi tomó el teléfono con una expresión de perplejidad y se lo llevó a la oreja con un «hai», que era el equivalente al «dígame».

El japonés escuchó en silencio durante varios segundos con una expresión inescrutable.

—No, señora —respondió de repente Toshi y Hugo sonrió de alivio.

Se quedó callado de nuevo, atento a lo que Matilde decía, y otra vez respondió con firmeza:

—No, señora.

Lo miró con una mezcla de asombro y respeto, eran pocos los que se atrevían a negarse a Matilde de aquella forma tan categórica. Él, al menos, nunca había podido. Y ya puestos, ni su padre ni el resto de su familia tampoco. Que la familia Montoya estuviese compuesta por hombres en su mayoría no quitaba que fuese ella la que llevara la voz cantante. El japonés se despidió y le devolvió el teléfono mascullando «me debes un favor». Luego dio media vuelta y se marchó.

—¿Satisfecha? —inquirió al retomar la conversación con su madre.

—Sí, la verdad es que sí —respondió la mujer para su absoluto asombro—. Toshi es un chico muy amable, me ha dicho que tu prima se puede quedar con vosotros sin problema.

Hugo se quedó estupefacto al escuchar aquello. Teniendo en cuenta que su amigo solo había hablado dos veces y había

sido con dos escuetas negativas, no sabía cómo su madre había llegado a semejante conclusión.

En cuanto se despidió de ella, fue en busca de Toshi. Lo encontró en la cocina, preparando café.

—¿Por qué se supone que te debo un favor?

—Por dejar que tu prima se quede aquí con nosotros. Tú más que nadie sabes lo pequeño que es esto. Vamos a estar muy apretados.

Hugo se llevó las manos a la cara con un gemido.

—Te dije que le contestaras que no.

—Y eso he hecho. Tu madre me ha preguntado: «¿No te importa que mi sobrina se aloje con vosotros durante un par de meses, ¿verdad?», a lo que yo le he dicho que no, tal y como tú me habías pedido —aclaró Toshi—, y luego ha dicho «Espero que no sea una molestia para vosotros», a lo que yo le he vuelto a responder que no.

Hugo soltó un taco. Seguro que Matilde le había oído pedir a su amigo que dijera que no a todo y había modificado las preguntas para salirse con la suya. Lo dicho, esa mujer tenía el oído demasiado fino.

—¿No era eso lo que querías? —preguntó Toshi, confundido al ver su expresión adusta.

—¡No!

—¿Y por qué me dijiste que le contestara a todo que no?

—Porque... ¡Ufff! Da igual, ahora ya está hecho.

Hugo buscó una taza gruñendo por lo bajo.

—Tampoco creo que lo de tu prima sea una cosa para estar de ese humor.

—No la conoces —murmuró Hugo—, pero no, estoy cabreado por otra cosa —reconoció a regañadientes—. Lucía le ha contado a Elena lo que pasó entre nosotros, Elena a Diego, y... Ahora lo sabe toda mi familia —reveló con voz seca—. Mi madre me acaba de aconsejar que busque ayuda

profesional para solucionar la eyaculación precoz, ¿te lo puedes creer?

Toshi soltó una risotada que disimuló con una tos ante la mirada asesina que le dirigió Hugo.

—¿Y lo vas a hacer?

—Sabes de sobra que no tengo ningún tipo de problema sexual. Hace tres días me acosté con Aiko y todo fue bien. Todavía no entiendo lo que me pasó con Lucía pero no se ha repetido con otra.

Así como tampoco había vuelto a sentir aquella intensidad de emociones que le había provocado tenerla entre sus brazos. Nunca una mujer lo había excitado tanto haciendo tan poco.

—Creo que esa chica te obsesiona.

—Pues claro que me obsesiona, la cagué hasta el fondo con ella. No dejo de darle vueltas a aquella noche, repasando cada uno de mis movimientos para encontrar el momento en que perdí el control. —Y cada vez que lo recordaba, se excitaba a su pesar—. ¿Sabes qué es lo peor? Que dentro de unos meses será la boda de mi hermano y ella estará allí. Y conociéndola, no va a desaprovechar la oportunidad de humillarme delante de mi familia y amigos.

—La solución a tu problema es fácil: enmienda tu error antes de que llegue ese momento.

—¿Qué quieres decir?

—Que vayas a buscarla y le demuestres lo buen amante que eres.

—No digas tonterías, no puedo hacer eso.

Porque no podía, ¿verdad? Claro que no. Era una completa locura.

—¿Por qué no? Si no recuerdo mal, Lucía dijo que después de Japón iba a Indonesia. No es que esté muy cerca de aquí, pero tampoco está al otro lado del mundo. Con el corto que vendiste tienes dinero de sobra para poder darte algún capricho. Ese y muchos otros más —señaló el japonés con

tono persuasivo—. Además, ¿qué mejor forma de darte un capricho que restaurar tu orgullo y echarle un polvo a una mujer preciosa?

Visto así, no parecía una mala idea.

—¿Y mi prima?

—¿Qué pasa con ella?

—Vendrá dentro de unos días así que tengo que estar aquí para recibirla.

—Puedo hacerlo yo. La recogeré del aeropuerto y la ayudaré a instalarse —aseguró Toshi y le restó importancia con un ademán de la mano.

—¿Estás seguro?

—Claro, sin problema —afirmó el japonés, poniendo final a aquel tema.

El otro inconveniente era el trabajo, pero tenía flexibilidad laboral que le permitía dibujar desde casa. Y quien dice desde casa... Segundo a segundo, aquella idea comenzó a madurar en su cabeza y a tomar consistencia, provocándole una sensación de mariposillas en el estómago por la idea de volver a encontrarse con Lucía. Cogió su móvil y la buscó por las redes sociales. Cuando el rostro sonriente de ella apareció en una foto, sintió que esas mariposillas que tenía en su interior revoloteaban con más fuerza.

Ahí estaba, un reguero de pistas en Instagram y Facebook del itinerario que seguía. Incluso había una foto colgada del hotel en el que se estaba alojando en aquel momento y en donde, según decía, estaría allí durante una semana más.

—¿Y bien? —insistió Toshi.

—Me voy a hacer la maleta.

—¿Próximo destino?

—¡Bali!

## Capítulo 12

El suave sonido de las olas la adormecía, pero Lucía se resistía a dejarse llevar por aquella dulce nana. No quería dormir. Lo que quería era sexo. Y ya tenía claro quién iba a ser el afortunado: Sandro, diminutivo de Alessandro, un instructor de buceo italiano que había conocido en una visita guiada por las islas Gili.

Su visita a Indonesia estaba siendo una de las experiencias más satisfactorias que había vivido. Isla de Java, Sumatra, Borneo... Aquellas regiones de Indonesia tenían un encanto especial y en ellas había encontrado escenarios de lo más variopintos: desde selvas tropicales, volcanes y bancales de arroz a paradisíacas playas de arena blanca.

En una de ellas estaba en aquel momento, en Bias Tugel Beach, a pocos minutos de Padang Bai, una pequeña población pesquera al sur de la isla de Bali donde se situaba su hotel. Se incorporó sobre los codos en la tumbona y admiró el paisaje que se presentaba ante ella. Más en concreto, a Sandro que estaba saliendo del mar después de un chapuzón como el mismísimo dios Neptuno encarnado. Se le secó la boca al observar todos aquellos músculos bronceados y húmedos que relucían al sol y tuvo que darle un trago al coctel de frutas que estaba tomando.

—El agua está estupenda, deberías de haberme acompañado, *bella* —comentó Sandro al llegar junto a ella. Se sentó en el borde de la tumbona donde estaba Lucía y sacudió la cabeza con fuerza salpicando gotitas en el proceso que la hicieron dar un gritito cuando alcanzaron su piel calentada por el sol.

—¿No te han dicho nunca que bañarse después de comer puede provocar un corte de digestión? —repuso ella con un mohín—. Ahora solo me apetece descansar y, tal vez, dejar que algún hombre guapo me mime un poco —añadió con una expresión seductora mientras le acariciaba el hombro.

—Pues creo que conozco al chico adecuado —repuso él con un murmullo ronco.



Menos mal que lo había pillado a la primera. Llevaba todo el día lanzándole indirectas y parecía no percatarse de ellas. Sin embargo, esta vez sí que había entendido su insinuación.

Justo cuando se iba a inclinar hacia él para darle un beso en la boca, Sandro se levantó y emitió un silbido mientras hacía señas a algún punto por detrás de Lucía.

Un muchacho que no tendría más de dieciséis años se acercó presuroso hasta ellos.

—Este es I Wayan Aditya. Es uno de los mejores masajistas que puedes encontrar en la isla —explicó Sandro y el chico sonrió orgulloso ante el halago, un destello de dientes blancos sobre su piel morena—. Yo me tengo que ir ahora a hacer unas gestiones, pero ¿qué te parece si te quedas aquí un rato más mientras él te hace un masaje balinés y luego vamos a hacer snorkel a Blue Lagoon? En esa misma playa hay un restaurante estupendo con vistas al mar. Después podríamos tomar algo allí.

Bueno, no era exactamente lo que ella deseaba —con gusto hubiese ido directa a la habitación de su hotel con Sandro sin entrar en preliminares, así de falta de sexo estaba —, pero aceptó su propuesta con una sonrisa, pues tampoco era una mala opción. Así que se despidió del guapo italiano y se tumbó siguiendo las indicaciones del muchacho, que hablaba bastante bien en inglés.

—¿Le parece bien que empiece por un masaje de cabeza, *madam*?

—Me parece perfecto, *Iwayaditya* —respondió y cuando vio la mueca que hizo él, supo que no había pronunciado bien su nombre.

—I Wayan Aditya —rectificó el chico con una sonrisa mientras empezaba el masaje—. «I» se utiliza para indicar el sexo masculino. «Wayan» hace referencia a que soy el primogénito —explicó a continuación—. Aquí en Bali, lo normal es poner a los hijos un nombre compuesto. El primero hace referencia al orden de nacimiento. Putu, Gede o Wayan se utilizan para los primogénitos; Made, Kadek o Nengah se usa

para los segundos; Komang o Nyoman para los terceros y Ketut para el cuarto. El segundo nombre es el real, en mi caso Aditya significa «dios del Sol» —añadió con orgullo.

—¿Y si una pareja tiene cinco?

—El ciclo se repite. Mi hermano pequeño se llama Wayan Balik, que significa Wayan de nuevo.

—I Wayan Aditya —volvió a decir ella con esmero.

—Mucho mejor —aprobó él—, pero si quieres puedes llamarme Aditya para abreviar.

Lucía cerró los ojos cuando las manos de Aditya comenzaron a obrar su magia. Sandro no había mentido, ese chico tenía un don. Le masajeó el cuero cabelludo, el nacimiento del pelo y las sienes, mezclando movimientos circulares con puntos de presión que la hacía suspirar de gusto. Perdió la noción del tiempo y se mantuvo en un limbo en el que solo escuchaba el latido pausado de su propio corazón.

—Tumbese boca abajo, *madam*, voy a darle un masaje relajante en la espalda.

Lucía no discutió, sonaba demasiado bien, así que se dio la vuelta y se encomendó a las hábiles manos de Aditya. Lo primero que despertó sus sentidos fue el suave olor a coco, para un segundo después sentir que se derramaba sobre su piel un líquido caliente que dedujo que era aceite de coco. Después, el muchacho comenzó a masajear su espalda. Estiraba los músculos con el movimiento de sus manos sobre la piel, presionaba en zonas estratégicas y luego acariciaba con suavidad. Despacio, muy despacio...

No supo cuándo se quedó dormida ni cuánto tiempo estuvo abrazada por Morfeo, cuando de repente algo en su interior tiró de ella para despertarla de su inconsciencia, como un sexto sentido que se activa ante una situación de peligro. Se revolvió, pero las manos del muchacho la instaron a permanecer boca abajo y después empezaron a masajear sus pies calmando aquella sensación de alarma que se había apoderado de ella por un segundo.

Con un suspiro de satisfacción, se derritió sobre la tumbona. Si el masaje de cabeza y el de espalda habían sido relajantes, ahora se sentía en el Nirvana. Nunca hubiese imaginado que podía tener tanta sensibilidad en los pies ni que un simple adolescente supiera manejar de esa forma las manos. Unas manos fuertes y hábiles que parecían tener un don para activar los puntos sensibles de su cuerpo. Poco a poco, el muchacho fue subiendo por las pantorrillas, después las corvas y luego comenzó a masajear sus muslos, cada vez más arriba, más y más... Lucía levantó la cabeza de golpe.

—Como sigas yendo más al norte, tendré que cortarte las manos y tal vez algo más —advirtió con voz seca.

—Sería una pena que lo hicieras sin haberme dado una tercera oportunidad.

Aquella voz ronca, justo detrás de su oreja le provocó un estremecimiento por todo el cuerpo. Abrió los ojos como platos al reconocerla, incrédula y se sobresaltó de forma que, al girarse con ímpetu, cayó de culo en la arena.

Sus oídos no la habían engañado, ahí estaba Hugo Montoya en persona. Puede que fuese una decepción en la cama, pero nadie podía discutir que estaba como un tren. Sus ojos recorrieron con avidez el cuerpo alto y musculoso tan solo cubierto por un bañador estampado con palmeritas, desde el cabello revuelto por la brisa marina hasta los pies, apreciando la perfección de cada una de sus partes. Sin embargo, junto a la excitación de ver semejante monumento masculino también sintió el amargo sabor de la decepción.

Su experiencia con él había sido como cuando ves una tarta de chocolate de aspecto delicioso de esas que solo con verla se te hace la boca agua, pero que, al probarla, descubres que es totalmente insípida.

—¿Hugo? ¿Qué narices haces aquí? ¿Dónde está Aditya? —inquirió mientras se ponía de pie y se sacudía la arena del trasero.

—Le di una propina para que me dejara continuar con su trabajo y desapareciera —explicó Hugo con descaro mientras

ella se levantaba con torpeza—. No podía dejar pasar la oportunidad de...

Sin mediar palabra, Lucía le dio una bofetada, cortando sus palabras.

—Escúchame bien, capullo. No sé a qué tipo de chicas estás acostumbrado a tratar, pero que sea la última vez que me pones una mano encima sin mi consentimiento.

Si no hubiese estado tan enfadada, tal vez le hubiese resultado cómica su cara de perplejidad, pero es que estaba furiosa con él.

—Bueno, puede que tal vez me la merezca —concedió por fin Hugo—. Para ser tan poquita cosa sabes dar buenas hostias —añadió mientras se frotaba la mejilla con una mueca de dolor bastante exagerada.

—¿Poquita cosa? —repitió ella con voz sedosa y tuvo que reprimir las ganas de darle otra bofetada.

Él hizo una mueca al percatarse de su error y se apresuró a rectificar.

—Me refería a que como eres bajita y delgada...

Lucía levantó una ceja.

—No me entiendas mal, estás muy buena. Tienes dos tetas que... Y un culo... ¡Joder! Solo de verte con ese minúsculo bikini se me está poniendo dura.

Ella parpadeó. ¿Aquel hombre balbuceante y bocazas en verdad era Hugo? ¿Qué había sido del hábil seductor que soltaba halagos que hacían suspirar a las mujeres con la misma facilidad con la que respiraba?

Hugo pareció darse cuenta de que estaba metiendo la pata cada vez más hondo porque cerró la boca de golpe.

—Empecemos de nuevo —murmuró. Se giró de repente y luego la volvió a encarar—. ¡Lucía! ¡Qué casualidad encontrarte aquí! —exclamó componiendo una expresión cargada de sorpresa—. Venga, mujer. Sígueme la corriente —murmuró con un guiño cómplice que, unido a su sonrisa desvergonzada, consiguió que sonriera a su pesar.

—¿Se puede saber qué haces en Indonesia?

—Te podría decir que necesitaba unas vacaciones y se me ocurrió venir a Bali porque llevo años queriendo conocer esta isla o que me ha tocado este viaje en un sorteo y que el destino ha vuelto a unirnos por tercera vez, pero supongo que quieres saber la verdad.

—Por favor.

—He visto por tu blog y por las redes que estabas en Bali y he decidido venir para que aclaremos nuestra situación.

—¿Nuestra situación? ¿Qué situación?

—Venga, Lucy Liu. Ya sabes de lo que te hablo: vas diciendo por ahí que soy un eyaculador precoz —acusó él con tono de reproche.

—Porque lo eres.

—Pues por eso estoy aquí, para demostrarte que no es cierto.

Ella lo miró de hito en hito.

—¿En serio has hecho siete horas de vuelo para tratar de echarme un polvo? —inquirió, incrédula.

—Bueno, llámame optimista, pero si voy a estar una semana por aquí espero que sea más de uno.

Lucía contuvo una carcajada. El orgullo masculino nunca dejaba de sorprenderla, pero Hugo se llevaba la palma. Desde luego, la desfachatez de ese hombre era increíble.

—Así que quieres una tercera oportunidad, ¿eh? —murmuró con coquetería mientras daba un paso hacia delante y le acariciaba los duros pectorales.

Él tragó saliva de forma visible y luego asintió. Sus ojos se habían oscurecido y su expresión se había tornado seria. Por un segundo, quedó hipnotizada por aquella mirada cargada de deseo.

«Espabila, mujer. Recuerda que no es más que una tarta insípida y que te debe dos orgasmos», la reprendió su voz interior.

Aquella regañina mental la hizo reaccionar y, con un movimiento veloz puso el pie por detrás de los suyos y, con las manos todavía apoyadas en su pecho, lo empujó hacia atrás tirándolo de culo en la arena.

—Pues tendrás que empezar así, arrastrándote por el suelo —espetó con los brazos en jarras—. ¿Qué? ¿Asombrado de que esta poquita cosa haya podido derribarte? Tú mejor que nadie deberías de saber que el tamaño no es lo más importante —añadió con retintín.

—Me las pagarás —masculló él con los ojos entrecerrados.

—Para eso tendrás que atraparme —replicó ella y se le escapó un gritito cuando él soltó un gruñido y se lanzó a por ella.

Echó a correr por la arena, en dirección al mar, pero a los pocos metros la alcanzó. Lo suyo fue un placaje digno de un jugador de rugby, aunque en el último momento, cuando ella pensaba que se iba a chocar con la arena de forma dolorosa, él viró el cuerpo y recibió todo el impacto de la caída protegiéndola entre sus brazos. Entonces sí, rodó hasta tenerla aprisionada bajo su cuerpo y retuvo las manos de Lucía con las suyas contra la arena para inmovilizarla.

—Dime lo que tengo que hacer para que me des otra oportunidad —insistió.

Era difícil hablar cuando sentía su cuerpo presionando el de ella de una forma tan deliciosa. ¡Dios, estaba salida! Y su cuerpo era un tonto porque volvía a derretirse ante su contacto, como si ya hubiese olvidado la decepción que suponía acostarse con Hugo. Aquello la enfadó un poco, lo suficiente para no dejarse encandilar por aquella mirada penetrante.

—Pierdes el tiempo.

—Pruébame.

—Para empezar, déjame libre.

Al instante, él se puso de pie con un movimiento ágil y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Hecho. ¿Qué más?

Ella lo miró desconcertada al darse cuenta de que él iba muy en serio.

Sin saber la razón, le vino a la mente una película de dibujos que vio de pequeña titulada *Las doce pruebas de Astérix*, en la que el personaje en cuestión tenía que salir victorioso de doce retos para conseguir su objetivo. Aquello le dio una idea. Miró a su alrededor en busca de inspiración y luego lo encaró.

—Para que yo te diese una tercera oportunidad tendrías que traerme un tesoro del fondo del mar, escalar una montaña y caminar por el interior de un volcán. Y después de todo eso, aún tendrías que hacer algo que me impresionara todavía más para convencerme de volver a acostarme contigo —declaró con arrogancia.

—¿Estás loca? —bufó él.

—El que está loco eres tú si piensas que te voy a dar una oportunidad así sin más.

Hugo fue a decir algo, pero en aquel momento apareció Sandro y la cogió por la cintura con naturalidad.

—*¡Ciao, bella!* ¿Has disfrutado del masaje? —inquirió el italiano y le dio un suave beso en la boca.

Aquello la desconcertó un poco, pues era la primera vez que Sandro daba un paso tan íntimo con ella. Se le ocurrió que tal vez hubiese visto a Hugo como un posible competidor y estuviese marcando terreno. Aquello le gustó, pero disfrutó todavía más al ver la expresión que oscureció el semblante de Hugo ante aquella inesperada aparición. ¿Acaso creía que él era el único hombre en la Tierra?

—¿Te está molestando? —murmuró el italiano cerca de su oído.

Vio que Hugo fruncía el ceño, señal de que había oído a Sandro y estuvo tentada a responder que sí, pero tampoco quería provocar una pelea entre ellos así que optó por ser razonable. Iba a decir que era un conocido de España, sin embargo Hugo se le adelantó.

—Hola, soy Hugo, un amigo de Lucía —explicó y ella detectó cierta insinuación en la forma en que pronunció la palabra «amigo»—. De España —aclaró.

Sandro repasó con la mirada a Hugo y luego los miró a uno y otro de forma alternativa.

—¿Solo amigos o algo más? —inquirió el italiano un poco tenso.

—No hay nada entre él y yo, te lo aseguro —bufó Lucía.

Su declaración pareció relajar a Sandro porque soltó su cintura y estrechó la mano de Hugo con una sonrisa amigable.

—Los amigos de *Lucia* son también mis amigos —afirmó usando la pronunciación italiana de su nombre de esa forma sensual que a ella le encantaba—. Vamos a ir a bucear con snorkel a Blue Lagoon, ¿quieres venir?

—Seguro que está ocupado —se apresuró a decir ella.

—Me encantaría —sentenció Hugo.

—¡Estupendo! —exclamó Sandro con una sonrisa entusiasmada—. Ya veréis lo que nos vamos a divertir. Tienes experiencia, ¿verdad?

Lucía lo miró con una ceja arqueada, esperando su respuesta.

—Por supuesto —respondió Hugo sin dudar.



## Capítulo 13

Por supuesto que Hugo no tenía experiencia en bucear con aquel ridículo trasto.

Él se había criado en Cuenca y las vacaciones de verano las pasaba en Buendía, el pueblo natal de su padre, donde había un embalse para bañarse. Sus visitas al mar habían sido escasas y el snorkel nunca había figurado entre sus intereses.

¿Por qué le había dicho que sí? Pues básicamente por orgullo, aunque la mirada burlona de Lucía también había sido un factor decisivo. Y ahora estaba allí, mordiendo el extremo del dichoso tubo como si fuese el bocado de un burro, calzando unas aletas con las que andaba como un pato y con aquellas gafas de bucear que comenzaban a provocarle una sensación de asfixia. Solo le faltaba el flotador en la cintura con la cabeza de un patito para llegar a la cumbre del ridículo.

Se encontraban en una pequeña cala de ensueño llamada Blue Lagoon, a unos minutos de Padang Bai, donde se situaba su hotel. Arena blanca, aguas cristalinas y de un vívido tono azul, palmeras... Un trocito de paraíso en la tierra.

Con disimulo, escuchó con avidez cada uno de los consejos que Sandro le dio a Lucía, la cual, gracias a Dios, había comentado sin tapujos que era una novata en aquel deporte y necesitaba instrucción. Aquello lo salvó.

Apretó los dientes por la forma gutural en que el italiano pronunciaba el nombre de Lucía, transformando la «c» en una «ch» tal y como marcaba el acento italiano. Era evidente que a ella le encantaba, pero Hugo tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no hundirle la cabeza en el agua cada vez que lo oía.

Su mirada estaba perdida en el horizonte cuando su visión se empezó a nublar. ¿Qué estaba pasando? Miró a su alrededor y descubrió con asombro que una espesa neblina lo cubría todo.

—Chicos, creo que debemos dejar el buceo para otro día, el tiempo se está estropeando. Hay mucha niebla.

Pudo vislumbrar las caras consternadas de Sandro y Lucía y, para su asombro, los dos dejaron escapar una carcajada.

—¡Me encanta tu sentido del humor! —exclamó el italiano entre risas—. Como muy bien nos está ilustrando Hugo, las gafas se suelen empañar cuando te las pones — escuchó que explicaba Sandro a Lucía a continuación—. Si no quieres que eso suceda, debes escupir por dentro del visor y restregar la saliva en el cristal. Es un poco desagradable, pero es un antivaho natural muy efectivo.

—Todo sea por haceros reír —masculló Hugo mientras se quitaba las gafas.

Al instante, el sol volvió a brillar lo que hizo que se sintiera como un estúpido al darse cuenta de que, en efecto, solo tenía el visor empañado. Al menos, sus compañeros de aventura habían pensado que estaba bromeando y no la verdad, que era un tonto de remate.

Minutos después, los tres estaban inmersos en el Océano Índico. En cuanto Hugo sumergió la cabeza y descubrió el fondo marino, se le olvidó la sensación de ridículo y la tontería de golpe. Aquello era una maravilla. Su espíritu artístico se embebió de aquel entorno de ensueño: los vibrantes colores de los peces que pululaban por allí contrastando con los suaves matices de azul y gris del entorno; las formas redondeadas y voluptuosas de los corales; los lirios de mar que se mecían en un baile silencioso al ritmo de las corrientes... Todo allí desprendía paz. Buscó con la mirada a Lucía. La vio sacar la cabeza a la superficie en busca de aire, y luego con un golpe de riñón, bucear hacia abajo, hasta el fondo situado a unos dos metros de profundidad atraída por algo que le había llamado la atención. Para ser una novata la condenada se desenvolvía muy bien bajo el agua, tenía la elegancia de una sirena.

Hugo, en cambio, se sentía como una vaca intentando bucear. Imitó el movimiento de Lucía y la siguió hasta el fondo con torpeza. Entonces, vio lo que le había llamado la atención: una impresionante estrella de mar de un vívido tono escarlata. Ella le señaló su hallazgo, entusiasmada, y los dos la observaron durante unos segundos con reverencia. Sin

embargo, pronto se quedaron sin oxígeno y decidieron volver a la superficie.

—¿Has visto qué color tenía? —inquirió Lucía emocionada en cuanto se quitó las gafas—. ¡Era preciosa!

Sí, la estrella era bonita, pero Lucía con los ojos brillantes por la emoción y aquella luminosa sonrisa, era magnífica. Sintió que su corazón se saltaba un latido al observarla.

—¡Joder, Lucía! Tú sí que eres preciosa —musitó con voz ronca y sus palabras brotaron de algún sitio muy en su interior.

La sonrisa de ella vaciló y su expresión se tornó pensativa, como si estuviese valorando la sinceridad de su comentario. Por un momento, se observaron en silencio, los dos flotando uno frente a otro a menos de un metro de distancia. Estaban tan cerca. Sería tan fácil tomarla de la cintura, acercarla a su cuerpo y apoderarse de su boca. Sabía que tenía experiencia suficiente para seducirla con un beso, pero quería que ella diese el primer paso. Y eso solo pasaría si cumplía con sus cuatro estúpidos retos.

—Deja de distraerme, quieres —farfulló mientras se volvía a colocar las gafas—. Tengo que encontrar un tesoro marino.

Tiempo después, cuando el sol ya empezaba a ponerse en el horizonte, había conseguido reunir un montón de conchas y trocitos de coral que le habían llamado la atención y que había ido recogiendo del fondo del mar, pero nada que pudiera ser digno de llamarse tesoro a simple vista. Aun así, se acercó a Lucía y le mostró la bolsa con todo lo que había recogido.

—Tal vez aquí haya alguna moneda de oro oculta —murmuró mientras agitaba el contenido.

—Claro que sí, o tal vez un cáliz con rubíes de algún galeón que naufragó tiempo atrás por estas costas —añadió ella con la voz cargada de ironía.

—¿Hay restos de naufragios por aquí? —inquirió Hugo, intrigado.

—El único naufragio conocido por esta zona es el del Liberty, un barco de la Segunda Guerra Mundial, pero está más al este, en Tulamben —explicó Sandro—. Si estáis interesados, mañana por la mañana he organizado una excursión en barco hasta allí para explorar los restos.

—Yo no puedo, me voy de excursión al volcán Batur, ¿recuerdas?

—Es verdad, ¿qué me dices ti, Hugo? ¿Te apetece venir?

Hugo se extrañó por aquel interés que mostraba el italiano en que lo acompañase. Una de dos, o estaba intentando captar un nuevo cliente o lo que buscaba era mantenerlo lejos de Lucía. Se decantó por la segunda opción y sonrió. Lo llevaba claro si pensaba alejarlo de ella.

—Lo siento, pero yo también voy a esa excursión del volcán.

Por el rostro del italiano cruzó una expresión de auténtica decepción que lo desconcertó.

—Bueno, otra vez será. Esperadme aquí un minuto que voy a guardar el equipo en el coche y vengo —añadió Sandro y los dejó solos.

Hugo sintió la mirada penetrante de Lucía sobre él.

—¿Qué?

—La excursión al volcán Batur la organiza mi hotel —aclaró ella con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Y?

—¿Te alojas en mi hotel?

Él asintió a regañadientes.

—¿Casualidad?

A modo de respuesta, Hugo se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa.

—¡Esto es increíble! —resopló ella—. Eres consciente de que estás comportándote como un maldito acosador, ¿verdad?

Sí, era consciente de ello, pero todo lo hacía en pos de restituir su hombría, no porque tuviese sentimientos enfermizos hacia ella.

—¿Y tú eres consciente de que compartiendo cada uno de tus pasos por las redes sociales das pie a que cualquier maldito acosador pueda localizarte con facilidad? —contraatacó él—. Hablo en serio, Lucía —añadió al ver que ella elevaba una ceja—. Deberías tener un poco más de cuidado en lo que publicas en Instagram. Sin ninguna dificultad he podido seguir cada uno de tus pasos desde que llegaste a Indonesia.

—Soy una *travel blogger*, debo mantener a mis seguidores al tanto de mis movimientos.

—Pues podrías hacerlo de una forma más sensata.

—Hablas como mi madre.

—Pues me lo voy a tomar como un cumplido porque seguro que es una mujer muy inteligente.

Se miraron en silencio con la respiración acelerada. Mientras discutían, se habían ido acercando paso a paso, hasta quedar separados por unos escasos centímetros, nariz contra nariz.

—*Ragazzi*, ¿todo bien por aquí?

La inesperada intervención de Sandro hizo que rompieran el contacto visual.

—Todo perfecto —farfulló Lucía—. Tengo hambre, ¿qué tal si nos vamos ya, Sandro? Habías reservado para dos, ¿verdad?

Estaba intentando deshacerse de Hugo, pero el tiro le salió por la culata cuando el italiano respondió:

—Claro, ¿quieres venir con nosotros, Hugo? Vamos a tomar una cena ligera en ese restaurante —explicó mientras señalaba hacia un local que había a unos metros, justo en la orilla de la playa—. Puedo cambiar la reserva sin problema.

La actitud del hombre lo confundió. Pensaba que estaría más que dispuesto a quedarse a solas con Lucía, pero en cambio, daba pie a que él continuara haciéndoles compañía.

Desde luego, si Hugo estuviese en su piel ya se habría deshecho de la posible competencia hacía horas.

—Pues no te voy a decir que no —respondió antes de que Lucía pudiese hablar—, porque yo también estoy hambriento —añadió y clavó sus ojos en ella sin esconder el deseo que lo devoraba por dentro.

Lucía frunció el ceño como si estuviese disgustada porque se hubiese vuelto a acoplar a su plan, pero no pudo ocultar el rubor de sus mejillas ante la intensidad con la que la miró.

Los tres ocuparon una mesa rectangular dispuesta de forma perpendicular a las magníficas vistas. Sandro y Lucía se sentaron uno al lado del otro y Hugo se sentó frente a ellos. Que ella prefiriese situarse al lado del italiano no lo desanimó, todo lo contrario: así podía contemplarla mucho mejor.

—¿Qué es lo que llevas ahí? —preguntó Sandro señalando su bolsa.

—Medio fondo marino —respondió Hugo con una risa—. Espero tener suerte y encontrar algún tesoro para hacer feliz a una sirena.

Lucía, que en aquel momento estaba bebiendo agua, se atragantó.

—A ver, enséñame lo que has encontrado —pidió Sandro con curiosidad—. El concepto de «tesoro» es muy relativo y completamente subjetivo. Tal vez esto no te parezca gran cosa —dijo mostrando una bonita concha nacarada—, pero para un niño te garantizo que no tiene precio.

Hugo dirigió a Lucía una sonrisa esperanzada, sin embargo, ella le respondió con una negativa silenciosa. Estaba claro que no se lo iba a poner tan fácil.

—Pero mira aquí —dijo de pronto Sandro, señalando una especie de piedra de forma ovalada, textura rugosa y color pardo—. ¡Has encontrado una ostra! Esto sí que puede tener un tesoro oculto.

—¿Te refieres a una perla?

—¡Claro! Indonesia es uno de los principales productores de perlas del mundo. Yo mismo he encontrado varias durante mis inmersiones. Las ostras no siempre llevan una, pero es muy emocionante descubrirlo. Venga, ábrela —dijo y le tendió una pequeña navaja que se sacó del bolsillo.

En la mesa se hizo un silencio expectante mientras Hugo manipulaba con torpeza aquel molusco. Contuvo el aliento cuando por fin pudo abrirlo y... nada, no había ninguna ostra a la vista.

Incluso Lucía dejó escapar un sonido de decepción.

—Bueno, otra vez será. Ya puesto, ¿os apetece que pidamos unas ostras de entrante? Son autóctonas.

—Por mi perfecto.

—¿Pueden llevar perlas? —preguntó Hugo, que no pensaba cejar en su empeño por encontrar un tesoro marino.

—Las perlas comestibles rara vez llevan. La probabilidad de encontrar una es de uno entre diez mil, sería como que te tocara la lotería.

—El año pasado escuché la noticia de un hombre que había encontrado una en un restaurante de Nueva York mientras comía un plato de ostras —explicó Lucía—. ¿Te imaginas?

—Pues entonces pide dos raciones —sentenció Hugo, haciéndolos reír.

—Te olvidas de otro pequeño detalle que hacen de las ostras un plato célebre: que son afrodisíacas —comentó Sandro y lo miró de una forma que lo puso un poco nervioso cuando añadió: —¿Estás seguro de que quieres dos?

¿Era una advertencia? ¿Un reproche? Iba a indagar al respecto, pero entonces Lucía lo distrajo.

—Hugo *Casanova* no necesita afrodisíacos, ¿verdad? —murmuró con tono insinuante.

En aquel instante, sintió la caricia de un pie por debajo de la mesa. Clavó los ojos en la mujer y ella le devolvió la mirada con expresión desafiante.

—Todo depende del estímulo que tenga —adujo él.

Ella levantó una ceja y al instante sintió que su pie subía poco a poco. De repente, presionó su entrepierna y él dio un pequeño respingo. Golpeo la mesa con la rodilla, provocando el sobresalto de sus dos acompañantes.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Lucía con el ceño fruncido.

—En la gloria —murmuró Hugo y le sonrió de forma cómplice mientras disfrutaba de las atenciones que le estaba dando por debajo de la mesa.

Minutos después, estaba tan excitado que tuvo que revolverse en la silla para acomodar la erección que tensaba su bañador fruto de las caricias del pie de Lucía, y ella lo debió de tomar como alguna señal porque apartó el pie.

—Si me disculpáis, tengo que ir al baño —anunció Sandro de repente y se puso de pie dejándolos por fin solos.

—Te lo estás pasando bien provocándome, ¿verdad? —inquirió en cuanto el italiano se perdió de vista.

—¿Por qué lo dices?

«Y ahora simulaba extrañeza», pensó Hugo, divertido.

—¡Joder, Lucía! Me tienes más salido que el pico de una mesa.

—Creo que no deberías de comer más ostras —bufó ella entre risas.

—No son las ostras y lo sabes, eres tú que no paras de acariciarme por debajo de la mesa.

—Yo no te he acariciado por debajo de la mesa.

—¿Cómo que no? Si llevas un buen rato sobándome el paquete con el pie.

Lucía cesó de reír al instante y lo miró con expresión inescrutable.

—Hugo, te aseguro que no he sido yo.



Él la miró totalmente confundido porque parecía que hablaba muy en serio.

—Entonces, ¿quién...?

Cerró la boca al instante cuando vio que Sandro salía del baño y le guiñaba un ojo antes de ponerse a hablar con el barman que estaba detrás de la barra.

—Bueno, creo que eso responde a tu pregunta — balbuceó Lucía con expresión incrédula.

Los dos se miraron, impactados por el descubrimiento, y rompieron a reír al unísono. Ahora entendía el interés del italiano porque Hugo los acompañase a bucear, su propuesta sobre la excursión y su invitación a cenar.

—¡Joder! Llevo media hora empalmado pensando en que eras tú la que me estaba haciendo esas cosas con el pie y... ¡Qué corte! —gruñó y sintió que las mejillas se le enrojecían—. De verdad, no sé lo que pasa cuando estoy cerca de ti que nada sale como espero.

—Si te sirve de consuelo, yo llevo dos días enteros soltándole indirectas para tratar de llevármelo a la cama. Cuando nos vio hablando en la playa y me dio un beso, pensé que estaba marcando terreno, pero no, seguro que pensó que eras un moscón que me estaba molestando y te quiso espantar con un gesto posesivo. ¡Qué tonta! —admitió ella y soltó una carcajada—. Esto me pasa por estar cerca de un hombre que es más guapo que yo.

Le gustó mucho eso de ella, que no tuviese reparos en reírse de sí misma y que lo hiciese con aquella naturalidad.

—Con la primera indirecta que me lanzases a mí, estaría con los pantalones bajados en cuestión de un segundo — murmuró con voz ronca.

—Ya, y otro segundo después habrías llegado al orgasmo y yo me habría vuelto a quedar con las ganas —replicó ella con voz seca—. No, gracias.

—Te aseguro que esta vez será diferente.

—¡Claro que sí! —exclamó ella con sarcasmo—. Si quieres que te dé otra oportunidad ya sabes lo que tienes que hacer.

—Un tesoro submarino, una montaña, un volcán y algo que te impresione de verdad —repitió Hugo con los ojos en blanco.

Frustrado, cogió la última ostra que quedaba en el plato, la abrió con el cuchillito que le habían dado y se la llevó a la boca.

—¡Au! —exclamó cuando mordió algo tan duro que casi le rompe una muela.

Se lo sacó de la boca y parpadeó ante su descubrimiento: una bonita perla del tamaño de un guisante.

—No puede ser —masculló Lucía con los ojos muy abiertos—. Sandro dijo que era una probabilidad de uno entre diez mil.

—Diría que el destino no para de mandarnos señales, Lucy Liu —musitó Hugo con asombro—. Aquí tienes tu tesoro submarino —añadió y se la dio con una sonrisa triunfal—. Después de esto, la montaña y el volcán son pan comido.

—Me alegra que pienses eso ya que el autobús saldrá del hotel a las dos de la mañana. ¡Ah! Y ponte ropa cómoda, es una buena caminata.

## Capítulo 14

Todavía era noche cerrada cuando Lucía salió de su habitación. Pese a que se fueron a dormir en cuanto salieron del restaurante, a eso de las ocho de la tarde, solo había descansado seis horas. Aun así, se sentía con las energías cargadas a tope, entusiasmada por la nueva aventura que iba a emprender.

Mientras se aseguraba que la puerta quedaba bien cerrada, escuchó un ruido a su lado y vio a Hugo salir de la habitación de al lado. No contento con hospedarse en el mismo hotel, había conseguido que lo pusieran en la estancia contigua a la suya.

—¡Buenos días!

Él respondió con un gruñido y una mirada hosca. Fue a cerrar la puerta, pero se le cayó la llave y soltó una maldición mientras se agachaba a recogerla.

Lucía apoyó el hombro en la pared y lo observó divertida.

—No me digas que eres una de esas personas que se comportan como ogros cuando se levantan.

—Cuando no me despierto como me hubiese gustado, sí —masculó él mientras se acercaba a ella.

—¿Y cómo te hubiese gustado despertarte?

No lo vio venir, en cuestión de un parpadeo estaba con la espalda contra la pared y el cuerpo de Hugo apretado contra ella con una saludable erección matutina entre los dos.

—Bien enterrado dentro de ti —susurró él contra sus labios y meció las caderas contra las suyas para que no tuviese dudas de a lo que se refería.

El cuerpo de Lucía reaccionó al instante ante su cercanía. Nadie le podía negar que sabía cómo calentar a una mujer, el problema es que luego no sabía apagar la hoguera. Con todo, no se resistió cuando él la cogió por la barbilla y la besó de forma perezosa. Su lengua entraba y salía de ella en una

parodia de lo que su cuerpo se moría por hacer. Lo que ella se moría porque le hiciera.

«¿De verdad vas a dejar que te lie otra vez para que después te vuelva a dejar a dos velas?», azuzó su vocecita interior.

Antes de que pudiese reaccionar, Hugo puso fin al beso con un mordisquito en su labio inferior que la hizo jadear. Después, enterró el rostro en el hueco de su cuello y aspiró con fuerza su olor mientras Lucía trataba de recuperar el aliento.

—Con gusto te desayunaría entera —musitó él con una voz tan ronca que hizo que su estómago se encogiera de excitación. De repente, se separó de ella. Un pequeño paso hacia atrás que pareció costarle un mundo—. Será mejor que bajemos antes de que cambie de opinión y te arrastre hasta mi cama.

La observó con intensidad, como buscando algún indicio de que ella estuviese mínimamente dispuesta a seguirlo al dormitorio pero Lucía se mantuvo en sus trece.

—Sí, será mejor que bajemos. El autobús no nos esperará.

Un par de horas después, el minibús en el que viajaban les dejó en la falda del volcán, donde se reunieron con otros grupos que también iban a hacer el ascenso. Durante el trayecto hasta la cima, guiándose con linternas puesto que a su alrededor todo era oscuridad, descubrió varias cosas de Hugo.

Una era que era un hombre atento, pero sin ser atosigante. Estaba pendiente de ella, y al mismo tiempo no la trataba como a una damisela desvalida.

También era un buen compañero de viaje, muy sociable con la gente que tenían alrededor y curioso por cuanto lo rodeaba. Después de la pequeña escena en la puerta de su habitación, no había tardado en recuperar el ánimo y estaba tan entusiasmado como ella por aquella aventura.

Otra cosa curiosa es que no parecía ser el devorador de mujeres que había pensado que era. De hecho, había un par de chicas suecas que parecían modelos de pasarela y no había

babeado por ellas como estaban haciendo otros hombres de la excursión, algunos incluso con pareja. Y eso que una de ellas se le había insinuado de forma descarada; no obstante, él había mantenido las distancias mostrando un trato afable, pero sin dar pie a familiaridades. Todo lo contrario, con su comportamiento había hecho saber que la única mujer que le interesaba era Lucía.

Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la facilidad que tenía para hablar con él y lo mucho que parecía comprenderla. Ya lo había notado en Japón, y ahora era una evidencia indiscutible.

En conclusión y por mucho que le costase reconocerlo, Hugo le caía bien. Incluso empezaba a gustarle como persona, algo muy peligroso para ella y para su salud mental.

—Creo que ya queda poco —comentó él, sacándola de sus pensamientos.

Lucía miró alrededor, pero todavía estaba demasiado oscuro para ver nada. Solo se podían apreciar un montón de estrellas que relucían con fuerza sobre la negrura del firmamento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo he oído decir al guía —respondió Hugo con un guiño.

No mentía. Minutos después, el hombre les informó que acababan de llegar a su destino. Se sentaron en una roca para dar cuenta del desayuno que les sirvieron como recompensa a su esfuerzo, compuesto por té y dos huevos duros que habían calentado en una de las muchas chimeneas por las que salía vapor del interior del volcán.

—Da un poco de miedo estar sobre el cráter de un volcán que está activo, ¿no crees?

—Supongo que es parte del encanto de este lugar —comentó Lucía, distraída, mientras sacaba de su mochila su amuleto de la suerte. A simple vista parecía un reloj de bolsillo antiguo de color plateado con un árbol de la vida grabado en la tapa.

—¿Qué es eso?

—Es una brújula. Me la regaló mi padre cuando cumplí los dieciocho años. En aquel momento no la supe apreciar, me hubiese gustado más que me regalase un coche, la verdad —reconoció con una mueca al recordar el desengaño que se había llevado al abrir la cajita, pensando en que iban a ser las llaves del Peugeot 107 que quería—. Tampoco entendí muy bien lo que él me dijo al dármele: «Ahora eres una adulta, hija, y ser adulto no es algo fácil. Habrá veces en que te sentirás perdida y confusa, habrá ocasiones en que te dejes deslumbrar por cosas que no necesitas y que descuides lo que en verdad importa, pero pase lo que pase, no pierdas de vista tu Norte». Me limité a darle las gracias intentando disimular mi desilusión y después la guardé en un cajón.

—Apuesto a que también te regalaron un coche.

—La verdad es que sí —admitió ella con una sonrisa—. Aquel día, por la noche, me hicieron una fiesta sorpresa con toda la familia y amigos y me dieron las llaves de mi flamante coche —explicó recordando aquel momento como uno de los más felices de su vida—. Pensarás que soy una niña mimada, ¿verdad?

—Si mis padres hubiesen tenido medios, también nos hubiesen dado todo lo que hubiésemos querido dentro de lo razonable. No te veo como a una niña mimada y caprichosa. Te veo como a una persona inteligente, preciosa y muy, muy valiente.

—¿Valiente?

—Se necesita mucho valor para dejar atrás el comfortable mundo en el que vivías y lanzarte a la aventura.

—Lo que yo he hecho es como saltar al vacío con un arnés de seguridad. Todo lo que tenía seguirá ahí cuando decida volver: mi casa, mi coche, mi trabajo...

—¿*Cuándo* decidas volver o *si* decides volver? —inquirió Hugo con sagacidad al percatarse de la palabra que había utilizado.

—Esta forma de vida es fabulosa, pero también llega a ser agotadora. Además, siempre he tenido claro que quería que fuese temporal. En un futuro quiero formar una familia y sí, también trabajar en la farmacia. ¿Te puedes creer que a veces siento que la echo de menos? Los chascarrillos de los clientes, la complicidad con Elena y Ana, a mi madre... No me entiendas mal, me gustaría continuar viajando, pero quiero encontrar la forma de compaginarlo con una vida convencional —explicó y se encogió de hombros—. Mis padres intentaban viajar todo lo posible, aprovechaban mis vacaciones escolares para organizar los viajes en familia.

—Así que sois una familia de trotamundos.

—Bueno, a mi madre le gustaba viajar, pero no sentía una verdadera necesidad. El del espíritu viajero era mi padre y parece que yo lo he heredado —agregó y se encogió de hombros—. Recuerdo que antes de ir a dormir, en lugar de cuentos infantiles prefería que mi padre me leyese guías de viaje. Era estupendo escucharle hablar de lugares lejanos y de otras culturas.

Acarició con ternura la tapa plateada de la brújula y luego pulsó el botón que la abría. En la parte trasera de la tapa se podía leer una inscripción que su padre había hecho grabar: «Nunca dejes que otros te digan por dónde ir, busca tu propio camino. Solo así serás feliz».

—Durante un tiempo la dejé olvidada en un cajón, ¿sabes? Pero aquella noche, la de tu despedida en casa de Diego... Lo que me dijiste... Era justo lo que él me quería decir cuando me regaló esto, aunque en su momento no lo entendí —explicó mostrándosela.

Le gustó la forma reverente con la que él cogió la brújula y la minuciosidad con la que la estudió, como si de veras intuyese el valor que tenía para ella aquel pequeño objeto.

—Es preciosa —murmuró Hugo mientras se la devolvía.

—Sí, se ha convertido en mi amuleto de la buena suerte y me acompaña allá donde voy.

—¿Y qué son esos botecitos que llevas dentro de la mochila? Antes te he visto llenar uno de tierra. ¿Tomas muestras para algo?

Aquella era una pregunta que no estaba dispuesta a contestar porque era demasiado íntima y sentía que ya se había abierto a él demasiado en aquellos últimos minutos, así que optó por una respuesta evasiva:

—Demasiadas confesiones por un día. Si te cuento todos mis secretos a las primeras de cambio, perderás el interés — bromeó y le guiñó un ojo. El abrió la boca para insistir y ella buscó algo que lo distrajera—. ¡Oh, pero mira allí! —exclamó de repente al mirar hacia adelante—. Es realmente precioso.

Habían estado tan ensimismados en la conversación que no se habían dado cuenta de que el cielo comenzaba a clarear. Debido a la altitud a la que se encontraban, las nubes se extendían bajo ellos y daba la sensación de que el suelo se había convertido en un manto de algodón sobre el que se erigía orgulloso en el horizonte la figura del monte Agung, creando una imagen espectacular.

Hicieron varias fotos y selfis. Después, se sentaron expectantes a que el sol hiciera su aparición. Un pequeño punto rojo asomó de repente en el horizonte, tiñendo de tonos cálidos el cielo.

Lucía cogió el móvil de nuevo, pero Hugo la detuvo antes de que se pudiese levantar a grabar.

—Llevas meses compartiendo tu vida por las redes sociales —dijo mientras tomaba el móvil y lo montaba sobre un pequeño trípode que llevaba en la mochila—. Este es un momento único y especial, ¿por qué no te sientas a disfrutarlo como se merece? El móvil puede grabar solo.

Así lo hizo. Se quedaron allí sentados, hombro con hombro, en silencio, viendo cómo la esfera solar iba emergiendo entre el lecho de nubes en su eterna batalla contra la oscuridad. En algún momento del proceso, Hugo pasó el brazo sobre sus hombros con naturalidad, y ella se recostó contra él dejando que la abrazara. Y sí, fue un momento único y especial.



Un momento de esos que se quedan grabados en el alma.

Un pequeño instante en la vida de los que componen la felicidad.

## Capítulo 15

Después de ver el amanecer y explorar el cráter del volcán durante un rato, descendieron para acabar la excursión en un lago que había a los pies del volcán y del que, según decían, sus aguas termales tenían propiedades curativas.

Un rato después, con ropa seca y con las energías recargadas tras un succulento almuerzo, Hugo pensó que ya era hora de volver al ataque.

—Bueno, Lucy Liu, son las once de la mañana y ya he subido una montaña y he caminado por el interior de un volcán.

—No has escalado una montaña, esto es un volcán —adujo Lucía.

—Según Wikipedia, y cito textualmente: «El monte Batur es un volcán», así que con la escalada de hoy he matado dos pájaros de un tiro. Ahora solo que queda hacer algo que te impresione y te garantizo que, si te acuestas conmigo, esta vez quedarás más que impresionada —añadió con un guiño descarado.

—Buen intento, pero no.

Hugo la miró en silencio. Ninguna mujer, nunca, se le había resistido de aquella manera y ninguna otra, jamás, había despertado en él un deseo tan intenso. Le había sorprendido a bien el vestuario que había elegido para aquella excursión. A diferencia de otras turistas que habían subido la montaña mal equipadas, incluso alguna había ido con sandalias, Lucía se había decantado por ropa deportiva cómoda. Vamos, lo razonable. Parecía toda una profesional del senderismo con aquella camiseta de tirantes, el pantalón de montaña y la coleta con la que se había recogido el cabello. Le recordó a Alicia Vikander en su interpretación de Lara Croft en *Tom Raider 2*.

—Inteligente, preciosa, valiente... y muy cabezota —añadió con los ojos en blanco.

—Me remito a los hechos, y los hechos no es que jueguen mucho a tu favor, la verdad —repuso ella con voz seca—. Si

quieres que te dé otra oportunidad, tendrás que hacer algo que me impresione de verdad.

—Bueno, todavía estaré aquí cuatro días, encontraré algo —aseguró con arrogancia.

En aquel momento, el guía comenzó a llamarlos para que acudieran al autobús de vuelta a Padang Bai. Con miedo a que, llegados al hotel, Lucía se separase de él y reacio a poner fin a aquella aventura, tuvo una idea. Como había comenzado a conocerla bien, la tentó con algo que sabía que le resultaría irresistible.

—He oído a una pareja decir que el Parque Natural de Aling Aling no queda lejos de aquí y que hay varias cascadas que valen la pena ver. Creo que aquel es el autobús que lleva hasta allí —añadió, señalando un pequeño y cascado autobús—. ¿Te apetece que vayamos?

Un destello cruzó los ojos de Lucía, pero no supo interpretarlo.

—¿Qué te hace pensar que sigo queriendo viajar contigo? —preguntó y alzó la barbilla de una forma muy digna, como si ella fuese una reina y él un simple mendigo.

—Porque te has dado cuenta del maravilloso compañero de aventuras que soy. Venga, Lucy Liu, dime que sí.

Contuvo el aliento mientras ella lo observaba con los ojos entrecerrados como si estuviese valorando su proposición.

—¿Me prometes que mantendrás las manos quietas?

—Eres una aguafiestas —gruñó él—. Está bien, tú ganas: manos quietas —concedió al final con desgana.

Con una reverencia teatral, la invitó a que lo precediera. Lucía le dirigió una última mirada de desconfianza, se echó la mochila al hombro y comenzó a andar hacia el autobús que él le había señalado. Después de bañarse en el lago había cambiado los pantalones largos por otros cortos y no pudo menos que admirar el suave balanceo de sus caderas y las piernas delgadas y bien torneadas.

Hora y media después, llegaron al Parque Nacional de Aling Aling. Él propuso unirse a un grupo liderado por un guía, pero Lucía le dijo que no iba a ser necesario porque lo más seguro es que estuviese bien indicado. Así que siguieron el sendero que bordeaba un río y se adentraron, poco a poco, en la selva tropical.

Hugo miraba a su alrededor, embelesado por la exuberante vegetación y la forma es que la luz se filtraba a través de las hojas creando halos que irradiaban magia. Se giró hacia Lucía y lo asombró que, en lugar de estar pendiente del entorno, tuviese la vista clavada en él con una suave sonrisa.

—¿No te impresiona todo esto?

—Claro que sí —respondió ella, aunque sus ojos no tenían aquel destello especial que los iluminaba cuando se encontraba ante una nueva aventura. Su mirada brillaba, sí, pero de una forma diferente, como si se hubiese dado cuenta de algo.

—Supongo que, al haber recorrido medio mundo, una cosa así ya no se valora igual —susurró, sintiéndose un poco tonto porque a él le parecía todo fascinante.

—No estoy de acuerdo —repuso ella, sorprendiéndolo—. Cada rincón del mundo tiene una magia especial y cada vez que lo recorres puedes encontrar algo diferente que te cautive. Es cierto que la primera vez que vas a algún lugar te impresiona la novedad y la emoción por adentrarte en lo desconocido, pero no tiene por qué dejar de ser excitante cada vez que lo visitas. Todo depende de la actitud que tengas ante lo que te rodea.

Hugo la miró, sin entender muy bien sus palabras. Ella debió de percatarse de su mirada de desconcierto porque sus ojos se entrecerraron con una expresión de determinación. Entonces, dejó su mochila en el suelo y comenzó a acercarse a él despacio hasta quedar a un suspiro de distancia. Luego, apoyó las manos en su pecho y alzó el rostro hacia él, provocando que su corazón se paralizara por un segundo.

—Es como un beso —susurró ella y él contuvo la respiración al sentir su aliento sobre sus labios—. La primera

vez que se lo das a alguien sientes una excitación incomparable, pero eso no quita que la siguiente vez que lo beses no sea igual de emocionante —añadió y lo sorprendió al alzarse sobre las puntas de los pies para alcanzar sus labios en un dulce beso que lo hizo gemir de hambre.

—Me hiciste prometer que mantendrías las manos quietas —masculló con voz ahogada y tuvo que apretar los puños para contener el impulso de tocarla.

—Pero eso no quita que yo pueda tocarte a ti —musitó Lucía antes de volver a posar los labios sobre su boca.

El Cielo y el Infierno a la vez, eso fue aquel beso en el que pudo saborear el paraíso pero sin poder tocarlo. La lengua femenina exploró su boca con osadía robándole el aliento y la cordura. ¡Joder! Solo era un hombre de carne y hueso, no de piedra. Bueno, una parte de él no había tardado en endurecerse como una roca. Y justo cuando iba a sucumbir a la tentación y rodearla con los brazos, ella se apartó.

—Será mejor que prosigamos el camino, todavía queda mucho por delante —comentó Lucía como si nada mientras se volvía a poner la mochila en el hombro y comenzaba a andar.

Hugo observó cómo se alejaba y parpadeó.

—¡Mujer, eso ha sido muy cruel! —exclamó y salió en pos de ella, que dejó escapar una carcajada traviesa antes de huir de él.

Así pasaron varias horas, retozando entre risas y jugueteos mientras hacían el recorrido compuesto por cuatro cascadas: se tiraron por un tobogán natural, se zambulleron en el agua helada mientras saltaban desde las rocas e hicieron cientos de fotos.

En una de las cascadas se encontraron con un cartel que rezaba así:

*Never try, never know.*

*Tunjukkan nyali anda...*

*Test your adrenalin!*

*Ligh on your spirit.*

—Si nunca lo intentas, nunca lo sabrás. Muestra tus agallas... Pon a prueba tu adrenalina. Ilumina tu espíritu — tradujo Lucía, sorprendiéndolo.

—No sabía que hablastes balinés —comentó Hugo al ver que conocía el significado de «Tunjukan nyali anda».

Lucía solo respondió con un encogimiento de hombros. Quiso insistir, pero ella lo distrajo al acercarse al borde de la roca desde la que la gente se tiraba.

—Impresiona, ¿verdad? —comentó mirando hacia abajo.

—¿Qué caída crees que tendrá? —inquirió Hugo.

—Unos diez metros. Vaya, eso ha sido flipante —silbó ella al ver que un chico se lanzaba dando una voltereta para luego caer en picado.

—¿Te impresionaría si me tirara desde aquí?

—Si también haces una voltereta con caída en picado, sí.

Hugo quiso decir que sí, pero conocía sus limitaciones y se impuso la realidad.

—¿Te serviría si me tiro en bomba? —tanteó él, esperanzado.

—Eso lo puede hacer cualquiera.

—Mujer, cualquiera no, hay que tener huevos para tirarse desde allí.

—También se pueden tener ovarios —replicó ella.

Después, alzó la barbilla de aquella forma desafiante que tenía y se tiró con el grito de: «¡Towanda!».

¿Qué carajo es «Towanda»? se preguntó Hugo antes de lanzarse tras ella.

Fue lo primero que le preguntó en cuanto salieron del agua.

—¿No has visto *Tomates verdes fritos*?

—No, los del supermercado son rojos. Bueno, alguno está un poco verde, pero...

—No, tonto, es el título de una película —cortó Lucía con una carcajada—. De hecho, es una de mis películas preferidas —explicó—. *Towanda* es el grito de guerra de una de las protagonistas y lo enarbola cuando que se enfrenta a las adversidades. Siempre que me encuentro ante algún desafío lo repito en mi cabeza y eso me da fuerza.

—¿Y siempre funciona?

—No siempre —admitió ella.

De hecho, cuando llegaron a la última cascada situada en un precioso rincón de ensueño rodeado de una frondosa vegetación, el talante de Lucía cambió. Su expresión se volvió tensa y su mirada inescrutable al observar a un pequeño grupo de turistas que, siguiendo las indicaciones del guía, se iban lanzando de uno a uno desde lo alto de la catarata.

—¿Qué ocurre?

—¿Has visto lo alta que es?

Hugo miró hacia abajo. ¡Mierda! Aquello acojonaba de verdad, ya no solo por la caída, sino porque había unas rocas a los pies de la catarata en las que parecía muy fácil partirse la crisma si dabas un mal salto.

Por enésima vez se preguntó por qué razón estaba allí. Por qué no podía dejar pasar el tema y seguir con su vida. Había un montón de mujeres más que dispuestas a acostarse con él. ¿Qué necesidad tenía de estar rondando a Lucía de aquella manera? ¿De perseguirla en aquella loca aventura?

«Lo haces por restituir tu orgullo masculino», le recordó su vocecita interior. Pero no, él sabía muy en el fondo que había algo más. Algo que todavía no sabía identificar.

—Calculo que serán unos quince metros

—Dieciséis —corrigió ella con la vista perdida hacia abajo.

La verdad es que la altura impresionaba y parecía que no todos tenían el valor para tirarse, algunos estaban bordeando la cascada para descender andando, peor él no era de los que se achantaban ante un reto.

—Bueno, ya que hemos llegado hasta aquí, qué menos que lanzarnos, ¿no? —comentó con una sonrisa pensando que Lucía aceptaría el desafío, pero ella comenzó a andar hacia atrás con una mirada asustada.

—No puedo, Hugo. Yo... creo que será mejor que baje por...

—*Madam*, me alegra verla otra vez por aquí —interrumpió el guía de pronto.

Hugo miró con asombro como Lucía saludaba al hombre con amabilidad.

—¿Qué quiere decir con «otra vez»? —inquirió, confuso.

—Visité este lugar unos días antes de que vinieras a Bali —reconoció Lucía con un murmullo.

Todo encajó de repente. Que no hubiese querido coger guía, que se desenvolviera tan bien por allí, que en lugar de mirar a su alrededor embobada estuviese más pendiente de él, que supiese el significado de aquella frase en balinés...

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué has actuado como si vinieses aquí por primera vez? —preguntó porque no entendía nada.

—Porque después de la excursión al volcán Batur sentí la necesidad de pasar más tiempo a tu lado —confesó con un murmullo—. Ver este lugar a través de tus ojos y compartirlo contigo ha sido como vivirlo de nuevo, eso es lo que te quería hacer entender antes.

Sus palabras fueron un bálsamo para su orgullo, no lo podía negar, pero también despertaron emociones en él que no era el momento de analizar. Había algo en la mirada de ella que le decía que aquella no era toda la verdad.

—¿Qué más? —insistió.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te propuse venir aquí podrías haberme dicho que ya habías estado y hubiésemos buscado un lugar alternativo, Bali está lleno de cascadas. Pero cuando te dije de



venir aquí vi un destello en tus ojos. ¿Por qué has querido volver?

—Porque no me atreví a saltar —reveló Lucía después de unos segundos en silencio—. Llegué a este punto y no pude tirarme. Pensé que si volvía de nuevo más mentalizada podría hacerlo, pero no... No puedo —balbució—. Ya te lo dije, no soy valiente.

No le gustó nada verla así, con los hombros caídos y avergonzada.

—Sí que lo eres. Eres la mujer más valiente que conozco —insistió Hugo, pues de veras lo pensaba—. Te he visto nadar entre tiburones, hacer rafting por ríos embravecidos y hacer escalada vertical en los Alpes.

—Sí, pero con las medidas de seguridad adecuadas.

Aquel comentario le recordó algo.

—Me dijiste que el hecho de dejar atrás tu mundo para lanzarte a la aventura carecía de verdadero valor porque había sido como saltar con un arnés de seguridad, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que creo.

—Bueno, pues este es la oportunidad de probarte a ti misma que puedes saltar sin arnés.

—No creo que sea lo mismo.

—Tal vez no, pero es un comienzo. Venga, Lucy Liu, atrévete a saltar —susurró para insuflarle ánimo.

Ella volvió a mirar hacia abajo y luego a él.

—¿Saltarás conmigo?

—Siempre —gruñó como si le hubiese arrancado la palabra del alma.

Y los dos saltaron aullando ¡*Towanda!*

El impacto contra la superficie del lago fue doloroso y el agua helada abrasó su piel, pero el subidón de adrenalina fue tan intenso que eclipsó todas aquellas molestias. Cuando salió a la superficie y se encontró con el rostro radiante de Lucía,

todo pensamiento racional se esfumó de su cabeza y solo quedó la necesidad.

La necesidad de tocarla, abrazarla y besarla.

La necesidad de beber la risa que burbujeaba en su garganta en aquel momento.

La necesidad de entibiarse con el contacto de su piel.

La cruda y simple necesidad de ella.

## Capítulo 16

Cuando Lucía salió a la superficie dejó escapar una risa que contenía todos los nervios que habían tensado su cuerpo hasta el momento del salto.

Nunca se había sentido tan liberada como en el par de segundos que había estado en el aire, gritando ¡Towanda!, ni tan orgullosa de sí misma como en aquel instante, después de haberse atrevido a dar aquel salto.

Y todo gracias a Hugo.

Lo buscó con la mirada y allí estaba, observándola con aquella intensidad que asustaba. Sus ojos se habían mimetizado con el paisaje que lo rodeaba y se veían más verdes que nunca.

Leyó el hambre cruda en su rostro, la misma que la acuciaba a ella y que cada vez más le costaba disimular, y en un intento de resistencia, le salpicó agua en la cara y echó a nadar alejándose de él.

No pensó que sus actos pudieran parecerle más provocativos que desalentadores, por eso se sobresaltó cuando Hugo emitió un gruñido y salió detrás de ella. Con su potente musculatura no tardaría en cazarla, así que, en vista de que la orilla quedaba demasiado lejos, optó por dirigirse hacia la pared de la cascada, donde había unas rocas que sobresalían del agua formando un pequeño archipiélago, pensando que allí podría evadirle, pero no fue lo bastante rápida.

Hugo la acorraló contra una de esas rocas. Debía de hacer pie en alguna piedra porque estabilizó su cuerpo y se irguió sobre Lucía.

—Prometiste que mantendrías las manos quietas —le recordó con un susurro.

—Cierto —repuso él y apoyó las manos en la roca, acorralándola entre el hueco de sus brazos—, pero no dije nada del resto de mi cuerpo. Sujétate a mí si no quieres hundirte —advirtió, pues ella no conseguía hacer pie y al

limitar su espacio le resultaba imposible moverse para mantenerse a flote.

No tuvo más remedio que apoyar las manos en sus hombros y, en cuanto lo hizo, Hugo acercó su cuerpo todavía más hasta que la espalda de Lucía quedó apoyada contra la roca.

—El agua está demasiado fría —farfulló, apelando a lo primero que se le pasó por la mente para distraerlo.

—Pues habrá que calentarla —musitó contra sus labios antes de besarla.

Esperaba el beso, incluso lo anhelaba, lo que le sorprendió fue la rodilla que se abrió camino entre sus piernas hasta dejarla a horcajadas sobre el muslo masculino. Lo más natural en aquella posición era que le rodeara la cintura con las piernas, y así lo hizo.

Él debía de estar buscando justo eso porque sus ojos brillaron de triunfo antes de lanzarse de nuevo sobre su boca. Y ahí estaba ella, enroscada a él como un pulpo después de haberle hecho prometer que no la tocaría. ¿Se podía ser más contradictoria?

Pese a lo helada que estaba el agua, sintió que el miembro de Hugo despertaba y su cuerpo, cegado por el deseo, comenzó a frotarse contra él endureciéndolo todavía más. Debía ser la señal que estaba esperando Hugo, porque empezó a embestir contra ella empotrándola en la roca. Impactaba justo sobre ese punto entre sus piernas que más lo necesitaba en aquel momento, y Lucía no tardó mucho en comenzar a gemir contra su boca. Todavía con las palmas de las manos extendidas contra la roca, una a cada lado de Lucía, Hugo se movía con contundencia en una parodia de lo que era el acto sexual, mientras su lengua paladeaba la boca femenina con hambre.

¿Por qué? ¿Por qué se le daban tan bien los preliminares y luego era tan decepcionante a la hora de la verdad?

Como si le hubiese leído el pensamiento, Hugo puso fin al beso con aquel mordisquito en su labio inferior que la

excitaba tanto, y busco su mirada.

—Esto es un pálido reflejo de lo que pasará si me das otra oportunidad —musitó en su oído y embistió contra ella para que le quedase claro de lo que hablaba—. Imagina cómo será conmigo bien enterrado dentro de ti, llenando cada centímetro de tu carne —susurró y acompasó sus palabras con el vaivén de sus caderas—. La próxima vez te prometo que sí será lento, caliente e intenso; te penetraré una y otra vez, sin descanso, hasta volverte loca, hasta que aúlles de placer, hasta que grites mi nombre con adoración... Hasta que te des cuenta de lo mucho que te quiero.

Las palabras de Hugo incidieron en su mente como un rayo y la sacaron de su estupor sensual de golpe.

—¿Qué acabas de decir? —inquirió incrédula y con el cuerpo tenso.

Él la miró cómo si no supiese de lo que hablaba y luego dio un respingo al tomar conciencia de lo que acababa de salir por su boca.

—No quería decir eso —balbució con el rostro lívido—. Yo...

Ella no lo dejó terminar.

—Ya te dije que no quiero palabras bonitas ni promesas de amor falsas para llevarme a la cama —añadió más molesta de lo razonable ante su declaración—. Puede que esas cosas funcionen con las mujeres a las que estás acostumbrado a tratar, pero yo no soy igual.

Lo empujó con rabia. Lo inesperado de su ataque lo cogió por sorpresa y lo hizo trastabillar hacia atrás, con lo que perdió pie y acabó hundiéndose en el agua. Mientras, ella aprovechó para escapar y se dirigió hacia la orilla con brazadas furiosas.

Sí, estaba furiosa con él.

¿Cómo se le ocurría soltarle un «te quiero» de esa manera? ¿Es que acaso pretendía tomarla por tonta? Pues estaba muy equivocado si pensaba que podía ser tan estúpida como para creer en sus mentiras. Aprendió la lección de la peor manera hacía mucho tiempo.

Solo de recordar a Alberto le hervía la sangre de rabia y, al mismo tiempo, se le encogía el corazón de dolor. Había sido su primer amor y el hombre que más daño le había hecho en el mundo, aplastando su joven corazón de la manera más cruel.

Lo conoció en el último año de instituto. Su padre era militar y lo acababan de trasladar a Valencia, así que se convirtió en «el chico nuevo», y en aquellas edades todo lo nuevo causaba sensación, sobre todo si iba acompañado de un físico como el de Alberto: rubio, ojos azules, hoyuelos por todas partes en un rostro de modelo y un cuerpo fibroso por el que cualquier chica suspira y que sus compañeros envidiaban. Que además tuviese un carácter que aunaba encanto, arrogancia y cierta rebeldía lo convirtió en pocas semanas en el chico más popular. Y por si todo aquello fuera poco, encima tenía coche.

No se movían en los mismos círculos, ella era una de las empollonas de la clase y él iba con los repetidores. Así que se pasó el primer trimestre del curso admirándolo en la distancia.

Como todas.

Bueno, todas no. Las más atrevidas se acercaban a él, lo buscaban, lo perseguían... Los rumores empezaron a correr: si se había tirado a Carmen en el asiento trasero de su coche, si Rosana aseguraba que follaba como un dios, si Esther se la había chupado en el baño de chicos.

Y entonces, un día, se fijó en ella. Fue en una clase de física. El profesor la sacó a la pizarra para que resolviera, delante de todos, un ejercicio que había salido en un examen porque, al parecer, era la única de la clase que lo había hecho a la perfección. Odiaba cuando los profesores hacían aquello, por eso en cuanto terminó volvió a su sitio con la mirada gacha por la vergüenza. Cuál fue su sorpresa cuando, al levantar la vista, se encontró con que Alberto la observaba con un brillo de interés. Y por si fuera poco, le guiñó un ojo.

No era tonta ni crédula, cuando se acercó a ella al final de la clase, sabía lo que andaba buscando.

—Te llamas Lucía, ¿verdad?

—Lo siento, pero no tengo tiempo para clases particulares —espetó ella a modo de respuesta.

Él puso cara de asombro.

—¿Qué? No, no quiero clases particulares —se apresuró a aclarar él—. Es que te he visto en la pizarra y... No siempre se ve a una chica tan guapa como inteligente. ¡Joder, me has impresionado! —confesó él con una mirada de admiración que aceleró su corazón juvenil.

—Yo... perdona —farfulló ella con las mejillas enrojecidas—. Sí, soy Lucía.

A partir de aquel momento, Alberto comenzó a buscar su compañía con la menor excusa. Sus ojos comenzaron a seguirla con una mirada tan intensa que la ponía nerviosa, pero unos nervios de los buenos, de esos que parece que tengas un centenar de mariposas aleteando en el estómago, que te hacen tararear canciones y te sacan una sonrisa tonta. Lucía, que por aquel entonces se acababa de leer *Crepúsculo*, se sintió como en el principio de la historia de amor entre Bella y Edward, dos personas de mundos completamente distintos, pero que se atraen contra toda lógica y razón y acaban enamorándose.

Porque, sí, ella acabó enamorada. Enamorada después de dos meses enteros en los que Alberto le regaló los oídos con frases como «eres preciosa», «eres distinta a las demás», «contigo puedo ser yo mismo», «me haces sentir diferente», «te quiero». Para una chica inexperta en el amor y sin experiencia con el sexo opuesto, aquellas palabras tejieron un velo sobre sus ojos, cegándola ante la verdad. Y la verdad, pura y dura, es que Alberto era un cerdo.

Un cerdo que, después de aquellos dos meses, consiguió convencerla para empezar a salir con él. Un cerdo que la engatusó para que le entregara su virginidad en la parte trasera de su coche. Un cerdo que a la semana siguiente ya estaba con la mirilla puesta en otra incauta como ella.

Con todo, aquello no fue lo peor. Lo más humillante de todo fue...

Hugo la alcanzó cuando ya estaba saliendo del agua, sacándola de sus pensamientos de golpe.

—No te pongas así, mujer, ha sido solo una forma de hablar. Estaba muy excitado y ya sabes que, cuando a los hombres se nos va la sangre ahí abajo, nuestro cerebro no funciona con normalidad —adujo él con cara seria—. Siento si te he ofendido, aunque, ya puestos, ¿tan malo sería si me enamorase de ti?

Ella lo miró parpadeando porque en verdad parecía molesto-

—Que te quede bien claro, Hugo: el amor no tiene cabida entre tú y yo. De hecho, serías la última persona de la que querría enamorarme —declaró con sinceridad.

Él apretó la mandíbula ante sus palabras y en su mirada destelló una sombra de emoción que no supo identificar. ¿Dolor? Imposible. Fuera lo que fuera, lo ocultó en seguida y su expresión se volvió hermética.

—¿A qué viene esa cara? Pensé que un hombre como tú se sentiría más que feliz de que una chica le dijese que solo quería sexo con él —continuó diciendo ella, tratando de comprenderle.

—¿Un hombre como yo? ¿Qué tipo de hombre crees que soy, Lucía? —inquirió él con la voz muy, muy suave.

—¿Es que acaso no es evidente? Eres el tipo de hombre incapaz de amar a una sola mujer —respondió ella con absoluta convicción.



## Capítulo 17

Al día siguiente, las palabras de Lucía seguían atormentando la mente de Hugo hasta el punto de que casi no lo habían dejado dormir.

«Pensé que un hombre como tú se sentiría más que feliz de que una chica le dijese que solo quería sexo con él».

Y así había sido siempre, para qué negarlo. Se había pasado la vida yendo de mujer en mujer, en una sucesión de relaciones intrascendentes y pasajeras. Sin embargo, lo había hecho a conciencia, pero no porque no supiese llevar una relación estable.

¿Cómo podía culparla por pensar que era incapaz de amar a una sola mujer?

Desde que en el instituto decidió que quería estudiar Bellas Artes y hacer de su pasión por el dibujo una profesión, se marcó el objetivo de ir a Japón a especializarse en anime. No quería ataduras que obstaculizasen sus sueños y, por eso, siempre había huido de las relaciones serias y había centrado sus atenciones en mujeres de las que sabía que nunca podría enamorarse.

Sí, hasta entonces era más que feliz con mujeres que solo querían sexo con él, porque él solo quería sexo con ellas. Y ese era el kit de la cuestión, el gran problema, y es que se había dado cuenta de que Lucía le gustaba y no quería limitar su relación a un mero encuentro sexual.

No estaba enamorado de ella, al menos no lo creía. No tenía ni idea de por qué le había dicho que la quería, lo había dicho sin pensar. Sin embargo, se equivocaba al pensar que era algo que solía decir a las chicas con las que salía. De hecho, era la primera vez que se lo decía a una mujer.

Con todo, había estado totalmente fuera de lugar soltárselo así, cualquiera se hubiese sorprendido. Y eso lo llevaba a otra cuestión: ¿por qué se había molestado tanto por sus palabras? Más que molestado, se había enfurecido al escucharlas. Conocía a una decena de mujeres que se hubieran

derretido en sus brazos ante una declaración así, pero no, ella tenía que ser diferente hasta en eso.

Decidido a recuperar el terreno perdido el día anterior, Hugo buscó a Lucía en cuanto salió de la cama, dispuesto a tentarla con algo a lo que no podría negarse. Llamó a su puerta y esperó con paciencia a que abriera.

A los pocos segundos estaba ante él. Parecía recién levantada, con el pelo revuelto y la mirada cargada de sueño. Tuvo que contener las ganas de besarla.

—¿Has pasado mala noche?

—Me quedé hasta muy tarde montando un video para mi canal de YouTube. ¿Qué hora es? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es hora de ponerse en marcha. Me dijiste que todavía no habías ido a Ubud, ¿verdad?

—No, pensaba ir hoy —respondió ella con cautela.

—¡Genial! ¿Qué te parece si alquilamos una moto y vamos? Prometo tener las manos quietas y evitar cualquier declaración de amor —añadió en tono de broma antes de que ella pudiese objetar nada.

—No sé si...

—Vuelvo a Japón pasado mañana, es mi última oportunidad para impresionarte. Venga, Lucy Liu, dime que sí.

Ella lo miró durante unos segundos, indecisa, y luego soltó un suspiro.

—Está bien, dame unos minutos para...

Fiel a su espíritu impulsivo y llevado por la alegría, Hugo cortó sus palabras con un beso rápido.

—¡Hugo! —reprendió Lucía en cuanto liberó su boca.

—¡Mujer, ya he prometido mantener las manos quietas, dame un respiro! Un besito de vez en cuando tampoco te matará —protestó él con un mohín, ese que sabía que era irresistible, incluso para Lucía.

—Está bien.

Su aceptación, aunque reticente, hizo que Hugo la volviera a besar, esta vez recreándose un poco más en sus labios.

—Empiezo a arrepentirme de esto —farfulló Lucía en cuanto liberó su boca.

Si quiso que su tono fuese de censura, falló de forma estrepitosa. Todo lo contrario, tenía la mirada brillante, las mejillas sonrosadas y se veía que se esforzaba por no sonreír.

—No protestes tanto y date prisa, que nos espera una nueva aventura —rezongó Hugo.

Después de un desayuno ligero, alquilaron una motocicleta y se pusieron en camino. Con el tema *Volar* de Álvaro Soler sonando desde el móvil de Lucía, una de las preferidas de ambos, y ella abrazada a su espalda, sintió que realmente podía volar, tal y como decía la canción. Tomaron rumbo a Ubud, un pequeño pueblo situado a una hora de su hotel. A sus alrededores, pudieron visitar varios templos y las famosas terrazas de arrozales que componían una hermosa sinfonía de colores verdes. Para terminar el día, decidieron ir al célebre Sacred Monkey Forest Sanctuary, un santuario en medio de la selva en el que vivía una comunidad de monos.

—¿Te dan miedo los monos? —inquirió Hugo al ver que Lucía los miraba con recelo mientras se adentraban en uno de los caminos de piedra que recorrían el lugar.

—Digamos que tuve una mala experiencia con ellos y desde entonces les tengo respeto.

Aquella contestación tan escueta no hizo más que instigar su curiosidad. Durante el día habían recuperado la confianza, así que se sintió con la familiaridad suficiente con para pegarle suavemente con el codo y preguntar:

—¿No me lo vas a contar?

—Fue en mi visita a Lopburi, en Tailandia. La llaman la ciudad de los monos y no exageran, está plagada de ellos. Estaba visitando uno de los templos y se me ocurrió pararme a comer un sándwich que llevaba en la mochila. ¿Has visto la

película Los pájaros de Alfred Hitchcock? —Hugo asintió—. Pues imagínate la escena, pero con monos. Cuando me di cuenta estaba rodeada de ellos y me miraban sin parpadear.

—¿Qué pasó?

—Saqué el móvil con cuidado para no asustarlos y comencé a grabar un vídeo en directo porque era una experiencia muy curiosa y, en un abrir y cerrar de ojos, uno saltó sobre mí. El muy jodido no quería el sándwich, quería coger mi móvil, así que le di una palmada en la mano para disuadirlo, él me dio una palmada a mí, yo le volví a dar y, de repente, cuatro monos enormes se me acercaron chillando. Tuve que salir corriendo —concluyó ella entre risas.

Hugo soltó una carcajada al imaginarse la escena.

—Cuando vi la grabación me encontré ridícula, pero era graciosa y podía servir para prevenir a la gente sobre esos malditos monos, así que se me ocurrió colgarla en mi canal de YouTube —continuó explicando ella—. Lo que nunca imaginé es que se hiciera viral. Mis seguidores empezaron a multiplicarse de forma exponencial y *¿Próximo destino?* se convirtió en un blog de referencia en viajes.

—Pues a mí me parecen muy simpáticos —comentó Hugo al observar que se le acercaba un monito que parecía joven.

—Ten cuidado, si son como los monos de Tailandia, se las saben todas para conseguir robar comida a los turistas o quitarles cualquier cosa que llame su atención así que vigila tu móvil —advirtió Lucía. Observó a su alrededor y sus ojos brillaron de esa forma especial que tenía cuando veía algo que despertaba su interés—. ¿Me esperas aquí un segundo? Voy a subir a aquella roca para hacer un par de fotos desde arriba.

Hugo la observó alejarse, admirando la forma de sus glúteos enfundados en unos vaqueros cortos. Necesitaba acostarse con ella pronto o le iban a salir callos de tanta paja que se estaba haciendo para controlar el calentón que llevaba.

Con un suspiro, se sentó en un banquito que había a un lado del camino mientras la observaba, distraído. Justo en ese

momento, su móvil empezó a vibrar. Al cogerlo vio que era un WhatsApp de Toshi.

*Tu prima ya está aquí.*

Sonrió ante aquel mensaje tan escueto y contenido, muy propio de Toshi cuando había algo que le molestaba.

*¿Todo bien por ahí?*

La respuesta de su amigo confirmó sus sospechas:

*Solo te digo una cosa: vuelve pronto.*

Seguro que su prima ya había empezado a volverlo loco. Pilar tenía ese don.

Por el rabillo del ojo vio que el monito que los había estado mirando antes comenzaba a acercarse a él. Haciendo caso a la advertencia de Lucía, se guardó el móvil en el bolsillo y sacó un paquete de papas que tenía en la mochila para ofrecerle una. El animalito la cogió con un movimiento rápido y la devoró, para acercarse en seguida a pedir más.

—Veo que has hecho un amigo.

La voz de Lucía lo tomó por sorpresa y lo sobresaltó, lo que provocó que el mono también diera un respingo. Los dos la miraron con el ceño fruncido.

—¡Oh, pero si es un mini tú! —exclamó ella con tono dulce.

Hugo le sacó la lengua en respuesta a su burla y, para su sorpresa, el monito lo imitó, lo que provocó que Lucía estallara en una carcajada a la que se unió también él.

—¿Crees que lo podré adoptar? —preguntó Hugo cuando el animal, ganando familiaridad, se puso en su regazo.

—Parece muy joven, seguro que su madre o su padre están por aquí y no creo que les haga gracia que te lleves a su hijo lejos. Además, es una reserva protegida, no puedes robar uno de estos bichos —señaló Lucía y miró alrededor con cautela como esperando a que la familia del monito apareciese en cualquier momento.

—¡Míralo, es tan mono! —exclamó él mientras le acariciaba la cabeza.

—Porque es un mono —adujo ella con voz seca. Lo miró extrañada—. Creí que no te gustaban los animales. Por lo que yo sé, Yoda y tú os lleváis a muerte.

—El gato de Elena me tiene manía —afirmó con convicción.

Aunque omitió decir el porqué: un día, en la época en la que Diego intentaba conquistar a Elena, sin querer lo había lanzado por la barandilla de la terraza de su hermano y casi cae desde cinco pisos de altura. Por suerte, el animal había conseguido acabar en un pequeño poyete de la fachada y había resultado ileso, pero desde entonces le bufaba en cuanto lo veía.

—Pero quitando a ese gato calvo y arisco —continuó diciendo Hugo.

—No es calvo, es un gato egipcio —protestó Lucía con una risa.

—Todos los demás animales me adoran —concluyó ignorando el comentario de Lucía—, ¿ves? —Cabeceó hacia el monito, que seguía comiendo papas con total tranquilidad encima de él—. Creo que le voy a llamar King Kong.

—Un nombre demasiado pretencioso para tan poquita cosa, ¿no crees? —comentó Lucía—. ¿Qué tal Chewbacca? Lo digo por el mono ese que sale en *La Guerra de las Galaxias*.

—Chewbacca no es un mono —repuso Hugo, y como friki de la saga, se sintió ofendido en el alma ante aquella declaración—, es un wookiee del planeta Kashyyyk.

Ella lo miró parpadeando.

—Pues eso, un mono —concluyó con una sonrisa afectada.

Hugo soltó un bufido y contuvo a duras penas el impulso de borrarle aquella sonrisa con un beso. Era curioso, cuando sonreía le entraban ganas de comérsela, pero cuando lo picaba de aquella manera lo excitaba hasta lo impensable.

Como si el monito hubiese intuido su cambio de talante, saltó de su regazo y se encaramó al hombro de Lucía. Ella se quedó rígida al instante.

—Quítamelo.

—No pasa nada, solo siente curiosidad por ti. Quédate quieta y déjale que investigue.

Lucía le hizo caso a regañadientes mientras el animal se movía inquieto por sus hombros.

—Has dado por hecho que es chico, pero creo que es una hembra —observó Lucía que empezaba a relajarse ante la presencia del animal—. Chita le iría bien.

—Chita, ¿eh? Me gusta. Eso te convierte a ti en Jane y a mí en Tarzán, ¿no? —bromeó él. Vio que la monita se asomaba por la espalda de Lucía y tironeaba de la mochila—. Mira qué graciosa, está intentando quitarte la mochila.

—Hugo...

—Ahora intenta abrir la cremallera —rio Hugo, asombrado por la picardía del animal, que había abierto una pequeña rendija y metía la manita.

—Hugo, no creo que...

—Tranquila, no es más que una pequeña... ¡Hija de su madre! —farfulló al ver con asombro cómo la monita sacaba algo de la mochila y salía corriendo.

Al percatarse de lo que era, Hugo se quedó lívido.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —inquirió Lucía asustada al verle la cara.

—Ha cogido tu brújula —masculló él y al segundo siguiente salió corriendo tras el animal.

Tenía que alcanzarla, no podía permitir que Lucía perdiese aquella brújula por su culpa. Nunca lo perdonaría. Jamás se perdonaría a sí mismo.

Así que corrió, corrió y corrió detrás de aquel bicho. Llegados a un punto salió del camino de piedras y se adentró entre la maleza, pero no se detuvo. Creyó oír a Lucía detrás de

él, pero tampoco se giró para comprobarlo. No podía perder de vista a su objetivo. Un objetivo que, en aquel momento, empezó a trepar por un árbol de largas lianas.

Eso no lo amilanó: se aferró a una de ellas como si fuese una cuerda, apoyó los pies en el árbol y comenzó a trepar como si estuviese haciendo escalada sobre una roca. Los músculos de los brazos le ardían por el esfuerzo, pero no disminuyó el ritmo. Cuando llevaba recorrido un buen trecho miró hacia abajo. Se arrepintió al instante al ver que el suelo estaba a unos cinco metros de distancia. Si se caía, seguro que se rompía algún hueso. Lucía lo observaba con aprensión desde los pies del árbol.

—¡Hugo, por Dios, baja de ahí! —suplicó Lucía, nerviosa.

—Tengo que recuperar tu brújula.

—No vale la pena que te mates por eso, no es más que un objeto.

Pero él sabía que era mucho más que eso; para ella era un recuerdo muy querido de su padre y estaba dispuesta a recuperarlo, costara lo que costase. Por eso siguió escalando.

Un metro más alto encontró una rama muy ancha que se entrelazaba con la rama de otro árbol vecino, en cuyo tronco pudo ver un agujero entre varias lianas en el que se refugió la monita ladrona. Cual equilibrista sobre una cuerda, Hugo cruzó entre aquel puente improvisado hasta llegar a su destino.

—Ya te tengo —gruñó triunfal.

Se agachó, sacó su móvil y lo enfocó hacia el agujero. El haz de luz descubrió a la pequeña mona en el fondo, hecha una bola y con la brújula entre sus pequeñas manitas huesudas, y metió el brazo dispuesto a recuperarla, aunque perdiese la mano en el intento; eso sí, tuvo el tino de introducir la izquierda por si las moscas, puesto que necesitaba la derecha sana y salva para dibujar. Después de unos segundos de forcejeos y varios mordiscos, consiguió arrebatársela mientras el animalito chillaba indignado.



Se giró dispuesto a salir de allí por donde había subido, pero se encontró con el camino bloqueado por cuatro monos adultos y fornidos, que parecían haber acudido alertados por los gritos de Chita. Por el aspecto, debían de ser sus padres y dos tíos cachas. La cuestión es que lo miraban enfurecidos y comenzaron a acercarse a él, gritando.

Acojonado, buscó una vía de escape ante el inminente ataque. Entonces se hizo una luz en su mente. Miró a su alrededor hasta dar con una liana robusta que llegara hasta el suelo, se agarró a ella y empezó a deslizarse hacia abajo. Todo iba bien hasta que, cuando llevaba descendido poco más de un metro, la liana crujió y se descolgó un trozo impulsándolo hacia delante.

Gritó. No un grito poderoso como el de Tarzán, no. El suyo fue un grito agudo y aterrorizado, incluso femenino, pero al darse cuenta de que se estaba balanceando hacia Lucía dejó de gritar y hasta sonrió. Un segundo de alivio que se acabó con el chasquido siniestro de la liana justo antes de romperse.

Y entonces, volvió a chillar.

## Capítulo 18

La imagen de Hugo balanceándose hacia ella, cual Tarzán en una liana, sin duda era una de las cosas más impresionantes que había visto en toda su vida. Al principio gritó aterrorizado, cosa normal puesto que todavía le quedaban unos cinco metros para llegar al suelo, pero luego creyó ver que sonreía de medio lado... Hasta que se escuchó un crujido y la liana se rompió.

Entonces la que gritó fue Lucía.

Por suerte, su caída fue amortiguada por la espesa maleza. Observó cómo el cuerpo del hombre fue rebotando de rama en rama. Llegado a un punto, cayó sobre una de ellas a horcajadas —eso debió de doler—, pero entonces la rama se quebró y continuó su descenso hasta acabar de culo sobre unos arbustos.

Lucía fue corriendo hacia él, que estaba doblado sobre sí mismo con una mueca de dolor. En lugar de alivio al ver que estaba vivo sintió una enorme furia por lo que acaba de hacer.

—¡Mierda, Hugo! Casi te matas. No vuelvas a darme un susto así, ¿me oyes?

No pudo decirle nada más porque una manada de monos cayó sobre ellos, enfurecidos. En un abrir y cerrar de ojos, Lucía ayudó a Hugo a levantarse y salieron corriendo de allí. Él andaba encogido y apoyaba parte de su peso sobre los hombros de ella, como si las piernas no pudiesen sostenerle. Aquello le preocupó. Pensando en una forma de distraer su atención, sacó un par de plátanos que tenía en la mochila y, sin dejar de correr, los lanzó hacia atrás. Funcionó, los monos detuvieron su persecución guiados por el estómago y comenzaron a pelearse entre ellos para conseguir los dos plátanos.

Lucía y Hugo se alejaron unos metros más hasta asegurarse de que estaban a salvo y se dejaron caer en el suelo entre resuellos y las miradas asombradas de varios turistas que habían presenciado la escena.

Ver que Hugo cerraba los ojos y se encogía sobre sí mismo, pálido, le preocupó.

—¿Dónde te duele? —preguntó mientras le recorría el cuerpo con las manos en busca de alguna herida—. Dime algo, por favor, para que te pueda ayudar.

—No sé lo que me duele más, si las costillas o el *nies* —susurró él entre dientes.

—¿Qué es el *nies*? —inquirió sin comprender.

—Esa parte que *ni es* escroto *ni es* ano.

—¿Te refieres al perineo?

Hugo abrió un ojo.

—¿Esa palabra existe? —inquirió con un bufido y la alivió ver que ya estaba recuperando el color.

—La que no existe es la tuya —rio Lucía, y en su risa había sobre todo alivio.

Hugo se levantó de forma tentativa, se subió la camiseta y descubrió un buen golpe en las costillas que estaba empezando a ponerse morado. Después, se palpó el paquete con cuidado.

—¿Todo bien por ahí abajo?

—Creo que sí. Si llego a caer sobre los huevos me los rompo seguro y tendría que explicarle a mi madre que no iba a poder darle nietos por recuperar el tesoro de una preciosa mujer.

Aquel comentario le hizo contener la respiración. Desde donde estaba no había podido ver si Hugo había conseguido rescatar su brújula o incluso si al hacerlo la había perdido en la caída. Lo miró expectante y esperanzada.

Él esbozó esa sonrisa canalla suya que dejaba aflorar el hoyuelo de su mejilla y, después de hurgar en el bolsillo, le mostró el contenido de su mano. Allí, en medio de su palma, estaba la brújula, sana y salva.

Entonces, Lucía sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas que comenzaron a deslizarse de forma silenciosa por sus mejillas. No lloró por el alivio de haber recuperado su

brújula, no. Lo hizo por la cantidad de heridas que se había hecho Hugo en la mano para recuperarla. Su piel estaba sanguinolenta y se podían ver varios arañazos de diferentes tamaños y un par de cortes. Tomó con cuidado su mano izquierda para inspeccionarla: se veía incluso peor porque incluía lo que parecían un par de mordiscos en el dorso.

—Tranquila, casi no me duele. Deberías de haber visto...

Detuvo sus palabras con un beso.

Un beso que trató de transmitirle en silencio su agradecimiento.

Un beso que trató de apaciguar el tumulto de emociones que la estaba desbordando en aquel momento.

—Ha sido la cosa más estúpida y valiente que he visto hacer en mi vida —declaró en un susurro—. Hugo Montoya Hidalgo, me has dejado impresionada —añadió con solemnidad.

El rostro de Hugo se iluminó al oírla.

—¿Eso significa que me darás una tercera oportunidad?

—Una tercera, una cuarta y hasta una quinta —respondió Lucía con una sonrisa—. Anda, vamos a buscar algún centro sanitario para que te curen las manos. ¿Estás vacunado con la antitetánica?

Hugo empalideció.

—No me gustan las agujas.

—Creo recordar que a tu hermano tampoco. Será cosa de familia —comentó Lucía con los ojos en blanco—. Venga, no te comportes como un crío.

Hugo no se portó como un crío, fue peor: protestó durante el camino hasta el médico que les indicaron; no dejó de quejarse mientras le lavaban las manos, se las untaban con pomada antibiótica y se las vendaban; refunfuñó mientras le inspeccionaban las costillas magulladas y le colocaban un vendaje compresivo; y en cuanto vio la inyección que le iban a poner, cayó redondo en el suelo.

Tiempo después, regresaron al hotel en la misma motocicleta destartada, pero en aquella ocasión, la que condujo fue Lucía. Hugo permanecía detrás de ella demasiado callado, señal de que estaba agotado. El ajetreo del día, la persecución del mono y los golpes de la caída debían de haber hecho mella en él porque se había dejado caer contra su espalda y permanecía con el rostro enterrado en su cuello. Verlo así, como un niño pequeño al que se le han acabado las pilas después de un día intenso, despertó su ternura y su lado protector.

Cuando quedaban un par de kilómetros para llegar al hotel, el cielo pareció abrirse sobre sus cabezas y comenzó a llover como si se acabara el mundo. No fue de extrañar que llegaran al hotel empapados por completo. Lucía condujo a Hugo hasta su habitación, le abrió la puerta y lo metió en el interior.

Su héroe estaba agotado. Que él se dejara hacer como un muñeco de trapo y que no soltase ninguna de sus habituales pullas, era una clara señal, y por la forma en que fruncía el ceño, algo lo preocupaba.

—Déjame quitarte esa ropa antes de que cojas un resfriado —susurró y empezó a desnudarlo comenzando por las zapatillas.

Continuaba callado, y ese extraño silencio en él la estaba poniendo nerviosa. Se le aceleró el pulso cuando lo ayudó a quitarse la camiseta y aparecieron ante ella sus pectorales bronceados y ligeramente velludos, pero cuando al desabrocharle los pantalones vio sus calzoncillos, la ternura regresó junto a una sonrisa divertida.

La ropa interior de Hugo nunca dejaba de sorprenderla. En Nueva Delhi recordó que llevaba unos calzoncillos de Mario Bros, en Tokio los de Doraemon y ahora lucía unos de Sonic.

—Sonic mola —musitó él a la defensiva.

—Mola mucho —convino con un guiño.

Lo secó con cuidado y después le cambió las vendas mojadas por unas secas que habían comprado en una farmacia al lado del centro de salud. Se mantenía en silencio mientras esperaba con paciencia a que él soltara aquello que le estaba rondando por la cabeza desde que habían entrado a la habitación.

—Lucía... —empezó a decir Hugo por fin—. Sé que estás esperando a que te tire encima de la cama y que aproveche ahora mismo esa tercera oportunidad que me has dado, pero... ¡Joder! Pensé que yo nunca en mi vida diría esto —farfulló de repente. Se quedó callado y tomó aire, como si lo que fuese a decir fuese lo más difícil que había hecho en su vida: —Estoy demasiado cansado y dolorido para follar. — Parecía estar tan frustrado por ello que se le habían llenado los ojos de lágrimas y estaba a punto de llorar.

Ella parpadeó y luego soltó una carcajada.

—¡Por Dios, Hugo, mírate! Tienes las manos vendadas, el cuerpo lleno de hematomas, las costillas magulladas y te han atiborrado de calmantes y antiinflamatorios. Si pudieses echarme un polvo en estas condiciones serías Superman — afirmó ella—. Anda, métete en la cama y duerme. Mañana, si te encuentras mejor, ya hablaremos de esa tercera oportunidad —añadió mientras lo arrojaba con cariño.

—¿Te quedarás a dormir conmigo? —preguntó él con la voz cargada de sueño.

Una cosa era tener sexo con Hugo, pero ¿dormir con él? Ni hablar. Era peligroso, y más en aquellas condiciones: él tan vulnerable y ella confusa por las emociones que estaba sintiendo desde que había visto sus manos heridas por rescatar la brújula.

—Por favor —susurró él entonces.

Solo dos palabras que consiguieron echar por tierra todas sus objeciones.

—Está bien —aceptó con un suspiro de derrota.

Se secó y se aseó con el pequeño neceser que siempre llevaba en la mochila. Después, se puso una camiseta de Hugo

y se acostó a su lado. En cuanto lo hizo, él dejó pasar el brazo sobre su cintura y se acopló en su espalda con un murmullo de satisfacción. A ella, en cambio, le costó conciliar el sueño. Se sentía demasiado a gusto en sus brazos para poder hacerlo.

No supo que la despertó tiempo después, pero al abrir los ojos se encontró con la mirada atenta de Hugo sobre ella. Estaba apoyado sobre un codo y la estudiaba en silencio, como si aguardara una reacción por su parte. Sus ojos la subyugaron y se quedaron así unos segundos, solo observándose. Las alarmas de su mente estaban aletargadas y por un instante se permitió soñar. Soñar con que por fin había encontrado a su perfecto compañero de viaje y de vida, con su mismo espíritu aventurero y su emoción ante los retos. Un hombre que la hiciera crecerse ante las adversidades. Un hombre al que amar y en quien confiar. Confiar. Esa palabra hizo añicos su sueño porque nunca podría confiar en Hugo *Casanova* y sin confianza nunca podría haber verdadero amor.

Hizo ademán de moverse y entonces se percató de dos cosas:

La primera era que tenía las manos atadas por encima de la cabeza con una de las vendas que habían comprado para Hugo.

La segunda, que él había apartado las sábanas y había dejado el cuerpo semidesnudo de Lucía ante sus ojos, cubierto solo por unas braguitas de algodón azul y una camiseta que se había arrugado justo debajo de sus pechos, dejando su vientre al aire.

Aquello era justo lo que Hugo había estado esperando, que se diese cuenta de su situación. Ella entrecerró los ojos y él dejó aflorar una sonrisa maliciosa y muy sensual.

—Esta vez me aseguraré de que sea lento, caliente e intenso.

—¿Y para eso necesitas atarme?

—Está visto que sí —respondió Hugo con inesperada seriedad mientras posaba la mano derecha sobre su vientre.

Ella contuvo el aliento ante aquel cálido contacto. Él se había quitado el vendaje y podía sentir la textura áspera de los arañazos que había en su piel. Jugueteeó durante unos segundos en aquella zona, dibujando círculos con los dedos que estremecían el cuerpo de Lucía.

—No sé por qué tienes tanta facilidad para excitarme — continuó diciendo Hugo mientras agachaba la cabeza para besarle la zona que antes estaba acariciando—, pero cuando me tocas haces que pierda la razón de una forma que nadie había conseguido nunca.

Fue subiendo hasta apartar la camiseta y descubrir sus senos.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó ella con un jadeo ahogado al sentir que los dientes de él apresaban uno de sus pezones para tironear de él de forma juguetona.

—Todavía no lo sé —musitó y al segundo su boca engulló la cumbre de su pecho.

Lucía se arqueó por el placer mientras se mordía el labio para contener un suspiro. Estaba tan concentrada en ese punto de su cuerpo que no se percató que la mano masculina había incursionado a traición bajo su ropa interior. El primer roce del dedo de Hugo sobre su clítoris la hizo gemir con fuerza.

A diferencia de las otras veces en las que parecía cegado por su propio placer, en aquella ocasión parecía estar concentrado únicamente en el de Lucía. Hizo vibrar su cuerpo como un pianista experto que sabe que tecla tocar para arrancar una preciosa melodía, y la melodía brotó de la garganta femenina en forma de ronroneos.

—No sabes las veces que he imaginado cómo sería tenerte así, entregada al placer entre mis brazos.

—Ya hemos estado así otras veces, ¿recuerdas?

—La primera vez estaba embotado por las drogas, la segunda cegado por la impaciencia, pero esta vez... —Su dedo incursionó en ella de forma lenta y profunda—. Esta vez te voy a disfrutar de verdad —añadió mientras comenzaba a



penetrar en su interior una y otra vez mientras con el pulgar acariciaba su clítoris.

Atento a cada una de sus reacciones, añadió otro dedo a su ataque para incrementar el placer justo cuando más lo necesitaba. El calor empezó a concentrarse en su vientre como una llama a la que van echando leño tras leño de forma lenta, pero gradual, hasta incendiar cada partícula de su cuerpo con un orgasmo avasallador.

—Eso ha sido intenso —musitó ella con la respiración acelerada y una sonrisa de satisfacción tensando la comisura de su boca.

—Eso ha sido el principio —repuso Hugo.

Y cuando pensaba que no había nada más placentero que los dedos de Hugo acariciando los pliegues de su sexo, él se puso entre sus piernas y la tomó con la boca. Aquello la sorprendió. Pensaba que, llegados a ese punto, él buscaría su propio placer, pero no, al parecer tenía otros planes. Bebió de ella, la atormentó con la lengua y la volvió a penetrar con los dedos. El orgasmo llegó sin avisar, rápido y agudo como un rayo que la atravesó con fuerza desde el interior.

Quedó desmadejada en la cama mientras resollaba en busca de oxígeno.

—Con esto estamos en paz —oyó que decía Hugo, y si le perdonó el tono arrogante fue porque se sentía demasiado saciada—. El siguiente lo alcanzaremos juntos.

Aquello hizo que Lucía levantara la cabeza de golpe.

¿El siguiente? ¿Pero qué se creía que era, multiorgásmica? Rara vez llegaba a dos y nunca, nunca, había conseguido llegar a tres en una misma sesión de sexo. Sin embargo, cuando Hugo se enfundó el condón con una velocidad que la dejó anonadada y la penetró de una sola estocada, pensó que con él bien podía batir un récord.

Esta vez no se corrió a las primeras de cambio, todo lo contrario. La penetró una y otra vez, sin descanso. Movía las caderas de una forma deliciosa. No el típico mete saca, no.

Hugo bailaba la lambada contra sus caderas guiado por un ritmo que parecía estar marcado por el cuerpo de Lucía.

Era un espectáculo verlo de aquella manera: apoyado sobre los codos, con la cabeza echada hacia atrás, los dientes aprisionado su labio inferior y cada músculo de su cuerpo en tensión sobre ella. Sus ojos estaban cerrados, como si quisiese contenerse de alguna forma, pero entonces los abrió. Sus pupilas estaban dilatadas por el placer, lo que confería mayor profundidad a su mirada.

Por un segundo se quedó quieto, mirándola, y de repente, impulsó sus caderas en una dura penetración que la hizo jadear. Su expresión se volvió cruda y carnal, se relamió los labios de una forma que la calentó por dentro, y la volvió a penetrar hasta el fondo. Era como si se hubiese dado cuenta de que necesitaba llegar más profundo en ella, como si no tuviese suficiente, porque se impulsó una y otra vez en su interior volviendo a despertar el placer en el cuerpo de Lucía de una forma que nunca creyó posible.

Buscó su boca, hambrienta de sus besos, y él incursionó en sus labios casi con desesperación mientras incrementaba el ritmo de sus penetraciones hasta que consiguió llevarla de nuevo al orgasmo. Y, sí, aquella vez, él también se perdió en Lucía mientras gruñía su nombre.

Se dejó caer sobre ella con el cuerpo tembloroso y sudado, y una sensación de calidez inundó el cuerpo de Lucía que nada tenía que ver con el sexo. Aquello la asustó.

«Aunque te acaben de echar el polvo del siglo, no olvides quién es, no olvides qué es, y no olvides por qué ha venido», le recordó su vocecita interior. Hugo estaba allí para resarcir su orgullo y en aquel instante, ella había pasado a ser una más en la lista de forma oficial.

Ajeno al rumbo de sus pensamientos, Hugo la desató, rodó a un lado y luego la atrajo hacia su cuerpo mientras cerraba los ojos con un suspiro de satisfacción.

—Si me das un par de minutos más, lo repetimos.

—¿De verdad tienes energía para otro más? —inquirió Lucía impresionada a su pesar.

—Si piensas que he venido hasta Bali para echar un polvo en la postura del misionero, estás muy equivocada —repuso él con los ojos aún cerrados—. Te has estado resistiendo a mí durante demasiado tiempo, Lucía, necesito más para resarcirme por ello.

Las palabras de Hugo confirmaban sus sospechas: se había convertido en una espinita para él que se tenía que quitar a toda costa. Era lo que Lucía esperaba, pero oírsele decir fue sorpresivamente doloroso. Algo ilógico cuando ella estaba haciendo justo eso mismo. Si había decidido acostarse con él había sido por la misma razón: por quitarse la espinita.

Hugo tenía razón, follarían hasta la extenuación, hasta que los dos consiguiesen sacarse la dichosa espinita y luego seguirían con sus vidas sin mirar atrás. Por eso, minutos después, tras haber recuperado la respiración y las fuerzas, se puso sobre él y empezó a explorar su cuerpo con detenimiento.

Sin duda, Hugo estaba hecho para el pecado, desde el rostro de pícaro seductor hasta un cuerpo que parecía esculpido por los dioses. No sabía muy bien por qué la excitaba tanto llevarlo hasta el límite, pero así era. Por eso, se centró en acariciar cada músculo de su anatomía con los labios y las manos con la única finalidad de volverlo loco. Llegado a un punto, él intentó sujetarla, pero Lucía lo detuvo.

—Esta vez vas a ser tú el que se quede quietecito —susurró mientras lo cogía de las manos y se las guiaba por encima de su cabeza hasta el cabecero de la cama elaborado con un bonito diseño de listones de madera—. Agárrate aquí y, pase lo que pase, no te sueltes —indicó con una sonrisa maliciosa.

Ver las pupilas de Hugo oscurecerse de deseo y obedecer en un silencio expectante la hizo sentirse poderosa. Él había accedido a someterse a sus deseos y ella no desaprovechó la oportunidad. Descendió poco a poco por su torso, dejando un reguero de besos, hasta su miembro erecto y luego lo tomó con la boca. Él arqueó el cuerpo con un gruñido salvaje, y lo hizo

una y otra vez mientras ella jugaba con él: le encantaba la forma en que resollaba cuando ella se lo metía hasta el fondo de la garganta y los gemidos que escapan de sus labios cuando lo acariciaba con la lengua alrededor del glande.

Cuando sintió que él estaba a punto de llegar al orgasmo, se apartó.

Hugo dejó escapar un sonido de protesta.

—Quiero que llegues al orgasmo cuanto estés dentro de mí —afirmó ella aludiendo a las palabras que él le había dicho cuándo se acostaron en Tokio. Aquella era su pequeña venganza. Ahora sí que estaban en paz.

Se montó a horcajadas sobre sus caderas y se restregó contra él de forma que su erección de deslizase entre sus húmedos pliegues, buscando el roce contra su clítoris en un suave vaivén que los dejó a ambos jadeando de placer.

Un movimiento involuntario de su cadera hizo que el miembro de Hugo se adentrara unos centímetros en su vagina. Se quedó quieta y contuvo la respiración. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de descender un poco más para que la penetrara del todo y aquello la sorprendió. Lucía siempre era muy cuidadosa a la hora de tomar protección cuando se acostaba con un hombre, pero en aquel momento la posibilidad de sentir su carne desnuda dentro de ella la tentó. Como si se hubiese percatado de su dilema, él alzó las caderas en un golpe seco que lo llevó muy adentro.

—¡Hugo! —exclamó ella y su voz fue una mezcla de protesta y gemido de placer.

—Después del sermón que me soltaste en Tokio sobre las enfermedades de transmisión sexual me hice una prueba —farfulló él—. Estoy limpio, Lucía.

Ella vaciló.

—Ponme preservativo si quieres o móntame a pelo, lo que sea —siseó él desesperado—, pero por Dios, como no empieces pronto a moverte te juro que te pongo a cuatro patas y lo termino yo.

¿Y se suponía que aquello era una amenaza? Porque sonaba tremendamente excitante. Prevaleciendo la cordura, buscó un preservativo y se lo puso con movimientos entorpecidos por el ansia. Un segundo después, volvió a montarlo y lo guio a su interior con impaciencia. Subió y bajó sobre él, primero de forma tentativa, pero ganando confianza en cada penetración. Cerró los ojos y se concentró en su propio placer.

«Sexo. Eso era aquello. Solo una unión placentera de dos cuerpos. Nada más», aquel mantra se repitió una y otra vez en su cabeza, y cuando casi se lo había creído, Hugo lo estropeó.

Como si hubiese intuido que al cerrar los ojos quería poner un poco de distancia entre ellos, Hugo la cogió por las caderas y se incorporó hasta quedar sentado. Aquella postura siempre le había parecido demasiado íntima: rostro frente a rostro, con los torsos acariciándose y las pelvis unidas en un abrazo íntimo. No era lo que ella buscaba. Debía mantener la distancia emocional para poder pasar página después de aquella noche. Intentó ocultar la cara en el hueco de su cuello para evitar el contacto visual, pero él no se lo permitió. Enterró la mano en su cabello y alzó el rostro hacia él de forma demandante.

—¡Mírame, Lucía! —exigió con rudeza—. No cierres los ojos. No te distancias. Ábrete para mí. —Cada frase escueta iba acompañada con un movimiento contundente de sus caderas—. ¡Joder, esto es bueno! Es demasiado bueno para ser real, pero es real. Es real —insistió al tiempo que clavaba las manos en sus glúteos para profundizar en sus acometidas.

El orgasmo los alcanzó a la vez, con las miradas entrelazadas con la misma intensidad que sus cuerpos, y cuando Hugo se dejó caer hacia atrás en la cama arrastrándola con él en el proceso, sintió que la dichosa espinita que pretendía sacarse de dentro estaba clavada en ella de forma más profunda que nunca.

## Capítulo 19

Lo primero que hizo Hugo cuando despertó, aun antes de abrir los ojos, fue estirar el brazo para buscar a Lucía. Un gesto que había repetido más veces de lo era sensato en las últimas horas. Sin embargo, a su cuerpo parecía no importarle la sensatez. En lo único que podía pensar era que tenía el vuelo de regreso a Japón para dentro de cinco horas y quería aprovechar hasta el último minuto con ella.

Por mucho que lo había intentado, no conseguía saciarse de esa mujer, pero es que su conexión en la cama había sido brutal. Lucía se entregaba en el sexo igual que en la vida: de una forma entusiasta y audaz. Y tenía imaginación, vaya que sí. Incluso había ideado un par de posturas que habían sorprendido hasta a Hugo.

Solo de pensar en ello sintió que su miembro volvía a la vida.

Sin saber la razón le vino al pensamiento el reproche de su abuela a su hermano cuando lo llamaron por teléfono: «Diego, deja en paz a la niña, que parece que te hayan dado viagra para desayunar». Pues bien, parecía que a Hugo se lo hubiesen inyectado directamente en vena.

«Para que luego te llamen eyaculador precoz. ¡Ja!», se mofó su vocecita interior. Si su familia supiese del maratón sexual que acababa de tener, dejaría de insistir en que fuera a ver a un especialista en disfunción eréctil.

Frunció el ceño al percatarse de que su mano solo alcanzaba a tocar la sábana y abrió los ojos. Lucía no se veía por ninguna parte. Lo que sí vio en su lugar fue la perla que le había regalado encima de un trozo de papel garabateado. Lo leyó con un nudo en el estómago:

*Ha sido estupendo.*

*Ya nos veremos.*

Una nota impersonal y escueta. La clase de nota que él podía dejar al ligue de una noche, pero no a ella.

Nunca a ella.

Salió de la habitación hecho una furia y vio que la puerta de Lucía estaba entreabierta. Se asomó con cautela, esperanzado, y se encontró con el rostro arrugado de una mujer que parecía estar limpiando la habitación.

—Perdone, ¿sabe dónde está la joven que se alojaba aquí?

—Dejó al hotel hace un par de horas —respondió la mujer en un inglés chapurreado con dificultad.

Aquello confirmó lo que se temía.

Cogió su móvil y la buscó en las redes sociales para ver si daba algún indicio de dónde iba a viajar en aquella ocasión, pero no encontró nada. Recordó que durante la subida al volcán Batur, se lo había preguntado y ella se había mostrado esquiva diciéndole que estaba barajando varias opciones. Se metió en su blog y la última entrada que había escrito, justo hacía una hora, había sido:

*¿Próximo destino?...*

En aquellos momentos podía estar de camino a cualquier lugar del mundo, incluso de regreso a casa.

Pensó en dejarle un mensaje en el blog o en escribirle por Messenger, pero luego cambió de idea. Si ella hubiese querido que siguieran en contacto, le habría dado su número de teléfono. Pero no, Lucía había proseguido su camino sin mirar atrás.

¿Y por qué eso lo molestaba tanto? Había conseguido justo lo que quería cuando fue a Bali: restituir tu orgullo y follar con una mujer a la que le tenías muchas ganas.

«Porque ella te gusta», le recordó su mente.

Y esa certeza lo volvió a cabrear. ¡Joder! ¿Por qué había tenido que encapricharse de la única mujer en el mundo que no quería saber nada de él? Con el ánimo por los suelos, decidió recoger sus cosas y poner rumbo al aeropuerto.

Su escapada a Bali había llegado a su fin.

Llegó a su piso horas después, en un vuelo nocturno que aterrizó en Tokio a primera hora de la mañana. En cuanto entró en su apartamento Toshi fue a recibirlo.

—Por tu cara deduzco que no te ha ido demasiado bien en Bali —comentó a modo de bienvenida.

—¡Oh! Ha ido mejor de lo que pensé —masculló él con tono irónico—. Hemos follado como dos conejos en celo.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no ha acabado como yo esperaba —reconoció con voz seca.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, lo único que quiero es pasar página —musitó y lanzó un suspiro—. ¿Qué tal todo por aquí?

La cara de Toshi se ensombreció al instante.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué ha hecho mi prima? —preguntó Hugo con los ojos en blanco.

—No ha hecho nada.

—¿Entonces qué problema hay?

—El problema es ella. Es... —Toshi se quedó en silencio, como buscando la palabra indicada para describirla—. Ruidosa —concluyó al fin.

—¿Ruidosa?

—Sí, ruidosa. No para de hablar y, créeme, no habla como mi profesor de español, ni como tú. Ni siquiera creo que hable español —farfulló consternado—. Lo suyo es un batiburrillo de palabras que no consigo descifrar. Y no deja de decir *quillo*. ¿Qué demonios es *quillo*?

—Es una expresión andaluza que deriva de la palabra «chiquillo» —aclaró conteniendo la risa ante el agobio de su amigo—. Se utiliza para referirse a alguien con cierto grado de familiaridad o amistad, bueno la verdad es que los andaluces la utilizan para casi cualquier persona.



—¿Es andaluza? —inquirió Toshi con un súbito brillo de interés en la mirada.

—Sí, Pilar es de Cádiz. Y bailaora de flamenco — apostilló Hugo con un guiño—. Además, sabe hacer la mejor tortilla de patata que he probado en mi vida.

La expresión de Toshi se iluminó, pero al segundo siguiente negó con la cabeza.

—Ni siquiera eso compensa el mayor problema de todos.

—¿Qué problema?

—Que canta.

—¿Y qué tiene de malo? —inquirió Hugo sin comprender—. A ti también te gusta cantar.

—En el karaoke, sí. Pero es que ella canta en cualquier parte y en cualquier momento: en la ducha, mientras hace la comida, cuando limpia, cuando ve la televisión... Incluso la he escuchado cantar en sueños.

Aunque Hugo no estaba del mejor humor, soltó una carcajada al imaginarse la situación. Su querido y contenido amigo se había topado con un espíritu totalmente espontáneo.

—¡Shhhh! —chistó Toshi con urgencia—. No hagas tanto ruido o la despertarás —susurró el japonés y miraba la puerta de la habitación de Hugo como si el payaso asesino de *It* fuese a salir por allí en cualquier momento.

—¿Y qué pasa si se despierta?

—Que se acabará el silencio.

Justo en aquel momento, los dos vieron cómo el pomo de la puerta de la habitación de Hugo comenzaba a girarse y el japonés se puso detrás de Hugo, como si buscara su protección ante un inminente peligro. Antes de que la puerta se empezara a abrir, ya pudo escuchar los versos de una canción que no supo identificar, pero supuso que era de Niña Pastori, puesto que su prima era una fan incondicional de esa cantante.

*La música suena tirititaun*

*Y el amor me quema tirititaun*

—Ya está otra vez —masculló Toshi—. ¿Pero por qué canta?!

Pilar apareció ante ellos con el cabello hecho una maraña de rizos oscuros y los ojos verdes adormilados. Era una preciosidad y aunque su amigo no había parado de despotricar sobre ella desde que había entrado por la puerta, pudo ver el deseo en su mirada al verla aparecer con un pijama de corazoncitos que sobre sus curvas resultaba muy sexy.

El rostro de la joven resplandeció al verlo.

—¡Hugo! —exclamó y corrió a abrazarlo—. ¡Ay! *C'alegría* que estés aquí, *quillo*. Llevo dos días aquí *encerrá*, porque *no'ntiendo d'inglés* y mucho menos de japonés, y me *d'apuro* salir sola. —Miró a Toshi y bajó la voz en tono confidente como si de esa forma el japonés, que estaba a dos pasos, no pudiese escuchar lo que decía—. *Er vajio* de tu amigo me tiene frita. Es más seco que el ojo *d'un* tuerto. Mira que he intentado ser simpática con él y *l'he* intentado explicar que quería que *m'acompañara* a dar una vuelta, pero *p'a* mí que no *m'entiende*. Y tú me dijiste que sabía hablar español, ¿verdad? Así que creo que le caigo mal —concluyó y fulminó al japonés con la mirada al decirlo.

—Por Dios, Pilar. Si hablas tan rápido y te comes tantas letras hasta a mí me cuesta descifrar lo que dices. No es que le caigas mal a Toshi, es que el pobre no te entiende.

Pilar dio un paso atrás, puso los brazos en jarras y alzó el mentón.

—¿Insinúas que no sé hablar? —inquirió con los ojos entrecerrados.

—Lo que digo es que tendrás que hablar con más cuidado para que Toshi pueda entenderte. Intenta vocalizar mejor y evita las frases hechas o las palabras raras. Ni yo mismo sé lo que significa *vajio* —añadió Hugo desconcertado.

—*Vajio* es... —empezó a decir Pilar. Luego se quedó callada y frunció el ceño—. Pues eso, *vajio* —concluyó y se encogió de hombros. Luego suspiró—. Está bien, dejaré a un lado mi «castellano avanzado» —señaló en referencia al

andaluz— e intentaré hablar como una señoritinga utilizando todas las letras del abecedario para que tú y tu amigo me entendáis mejor —afirmó con una perfecta dicción—. ¿Contento? —apostilló con retintín.

—Y dile que no cante —susurró Toshi en el oído de Hugo. Lo dijo en japonés para que ella no lo entendiera.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Pilar con el ceño fruncido.

—Que se ha dado cuenta de que te gusta cantar y quiere saber si te gustaría acompañarlo a un karaoke esta noche.

—¿Todo eso ha dicho con esas pocas palabras? —inquirió su prima con desconfianza.

Hugo asintió a su prima y contuvo un gemido de dolor cuando Toshi le pisó el pie con disimulo.

—¡Ay! Mira tú que *güena 'ente es er quillo...* Quiero decir... Eres un hombre muy amable —se corrigió con una sonrisa deslumbrante que hasta hizo que Toshi la mirara embelesado.

Al menos con ella aquí, Hugo iba a estar tan entretenido que no le quedaría tiempo para pensar en Lucía.

Siguiendo el improvisado plan, reservó una sala de karaoke para aquella noche e invitó también a Katsuo. No le sorprendió que su amigo fuese acompañado por Yumi. La pareja se había consolidado y le alegró ver que los dos eran muy felices juntos. Ahora solo le faltaba conseguir la misma felicidad para Toshi.

Su amigo no dejaba de preocuparlo. Su nivel de estrés iba en aumento, entre un trabajo que odiaba y una boda no deseada, y parecía que cada vez que salían de fiesta su única finalidad era perder el sentido con el alcohol. Le resultaba imposible regresar a España dejando a Toshi en aquellas condiciones.

En aquel momento estaba cantando a voz en grito *Zero* del grupo Imagine Dragons. Llevaba un par de copas encima que le habían desinhibido lo justo para poder sentirse libre para ser él mismo. Ese era el Toshi que más le gustaba: alegre, despreocupado y feliz. Así es como debería de ser siempre sin

necesidad de beber para conseguirlo, pero aquella era la única forma que tenía de olvidar sus problemas.

—¿De qué va tu amigo? —inquirió Pilar mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es bipolar?

—¡No! ¿Por qué piensas eso?

—No sé. En vuestra casa es tan seco como la mojama y cada vez que canto me mira mal, y aquí... ¡Míralo! —exclamó y cabeceó hacia el japonés que en aquel momento daba saltos mientras movía la cabeza sin control al ritmo de la música.

—Los japoneses son un mundo aparte, Pilar. Son muy formales con los desconocidos, les cuesta muchísimo mostrar sus sentimientos y viven de una forma muy contenida.

—Pues ahora no le veo nada contenido.

—Ahora está relajado. Toshi es la mejor persona que conozco, créeme, y es muy divertido, solo que ahora no está pasando por su mejor época.

—No le gusta su trabajo, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Por la cara de sepia que se le queda cada vez que se pone el traje por las mañanas y lo frustrado que vuelve por las noches —respondió Pilar.

Hugo la miró con sorpresa. No sabía que su prima fuese tan observadora.

—¿Qué? Puede que no hablemos el mismo idioma, pero hay cosas que se pueden sentir sin palabras —explicó Pilar—, y se ve de lejos que tu amigo no es feliz.

—No, no lo es.

—¿Te cuento un secreto?

Él asintió con la cabeza mientras cogía su copa y le daba un trago.

—Toshi me pone.

Hugo se atragantó con la Coca-Cola que tenía en la boca y acabó echándola por la nariz.

—¡Qué ascazo! Anda, límpiate con esto —instó Pilar mientras le tendía un pañuelo.

—¿Qué quieres decir con que te pone?

—¿Quieres que te haga un dibujo o qué? —replicó la joven con una ceja arqueada—. No sé, lo veo tan tieso que me entran ganas de...

—¡No quiero oírlo! —exclamó Hugo y se tapó los oídos.

Pilar era como su hermana pequeña. Su padre y el padre de Hugo eran hermanos y las dos familias habían pasado todos los veranos juntos en Buendía desde siempre. Por eso, le costaba asimilar que tuviera una vida sexual, aunque lo cierto es que solo se llevaban dos años y, conociéndola, seguro que había perdido la virginidad en el instituto.

—¿Te parecería mal si...? Ya sabes —susurró ella y con esa frase cautelosa creyó entender que le estaba pidiendo permiso para tener un lío con Toshi.

Iba a decir que sí, que le parecía una idea horrible, pero luego lo pensó mejor. ¿En verdad era una idea horrible? Había visto el deseo en los ojos de Toshi y conocía la determinación de su prima, si se empeñaba en seducirlo, el japonés estaría perdido. Y tal vez, una mujer como Pilar era justo lo que Toshi necesitaba para abrir los ojos de una vez y darse cuenta de que la vida que estaba decidido a vivir nunca le podría hacer feliz. Tal vez ella le diese el empujoncito que necesitaba para convencer a su amigo de que fuera a España con él. Con todo, se vio en la obligación de advertirla.

—Toshi está casi prometido, aunque no enamorado —agregó al ver el mohín triste de su prima.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que su padre le está arreglando una boda de conveniencia con una chica que no conoce —explicó Hugo y procedió a contarle la situación en la que se encontraba su amigo para que Pilar lo entendiera mejor.

—Normal que esté tan amargado. Lo que no entiendo es por qué no manda todo a la mierda y va contigo a España si dices que sería mucho más feliz allí.

—Por el deber y el honor. Para un japonés, lo son todo.

—¿Incluso más que el amor?

—No lo sé, pero tienes mis bendiciones por si quieres averiguarlo —respondió Hugo por fin y rezó para no equivocarse.

## Capítulo 20

Toshi esperó a que la secretaria lo anunciara y a continuación entró en el despacho de su padre, una sala de buen tamaño con una decoración sobria, pero elegante, y una cristalera enorme que tenía unas preciosas vistas de la ciudad.

Masayoshi estaba sentado detrás de su regio escritorio mientras escribía unas anotaciones. Lo estudió con disimulo. Pese a que su cabello era cano, debía reconocerle que había envejecido bien, casi no tenía arrugas en la piel ni líneas de expresión marcadas. Aunque teniendo en cuenta que nunca sonreía, no era de extrañar.

—Toshimitsu, siéntate —ordenó sin ni siquiera levantar la mirada.

Toshi tomó asiento y trató de esconder sus nervios. Cuando su padre lo hacía llamar, nunca era para algo bueno.

Cuando Masayoshi terminó de escribir, se recostó en su sillón y lo observó en silencio durante unos segundos. Toshi tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar la mirada. Desde pequeño, se le había enseñado a bajarla, pero ahora era un hombre y su orgullo no se lo permitía. Al menos podía desafiarle en eso.

—Tu supervisor me ha dicho que estás aprendiendo bien, que eres trabajador y te esfuerzas —comentó su padre y aquello era lo más parecido a un halago que podía obtener de él.

Masayoshi le había obligado a conocer el oficio desde abajo, según él, para poder dirigir bien a un batallón, primero había que ser soldado. Cosa que Toshi había visto razonable con el aliciente de que así pasaba más tiempo alejado de él.

—Espero que cuando acabe el año puedas instalarte en el despacho que ocupaba tu hermano y empieces a tomar decisiones de responsabilidad en la empresa —continuó diciendo.

Toshi mantuvo una expresión imperturbable mientras asentía, aunque por dentro la sensación de ahogo lo estuviese

asfixiando.

—¿Algo más?

—Sí, Haruka llegará dentro de unas semanas, ya ha terminado el máster que estaba haciendo en Estados Unidos. En cuanto os conozcáis, decidiremos la fecha de la boda. Su padre está de acuerdo en que sea a principios del año que viene.

Toshi quiso protestar. Quiso gritar. Pero solo asintió.

Aquella tarde volvió a casa con el ánimo más hundido que nunca. Por suerte, el piso parecía estar en total silencio, señal de que Hugo y Pilar estaban fuera. Cruzó el salón con paso cansado, abrió la ventana e inspiró con fuerza. El sol empezaba a ponerse y el cielo se había cubierto de tonos rojizos. Sus ojos absorbieron aquella hermosa paleta de color mientras las manos le quemaban con las ganas de coger sus pinturas e inmortalizar en papel aquel instante en el tiempo.

Desde pequeño había sentido fascinación por la pintura y el dibujo. Su padre, más centrados en las aspiraciones que tenía hacia su primogénito, su futuro sucesor en la empresa, no había puesto demasiado impedimento en que su hijo pequeño pasara las horas muertas intentando emular los mangas que tanto lo fascinaban. Por esa razón, Toshi pudo desarrollar su faceta artística mientras que Isamu, su hermano mayor, cargaba con la responsabilidad de cumplir las expectativas que todos habían puesto en él.

Nunca había comprendido del todo la razón por la que un hombre podía llegar al suicidio y menos aún Isamu, pues siempre se había mostrado satisfecho con su vida incluso cuando se casó con una mujer que su padre también había elegido para él.

Tal vez aquel fuera el mayor problema de todos: les habían inculcado tanto desde pequeños el deber de la obediencia y que debían de mostrarse serviciales y amables, presentando un *tatamae* cordial ante cualquier circunstancia, que nunca había llegado a conocer bien a su hermano ni lo que en verdad sentía por dentro.



¿Se habría sentido tan impotente como él?

¿Tan desesperado?

¿Tan frustrado?

¿Tan atrapado?

Sí, se sentía atado de pies y manos por aquella situación y, para un japonés, la muerte era la única vía de escape honorable.

Miró hacia abajo.

Diez pisos de altura.

Un salto y todo habría acabado.

Sería tan, tan fácil hacerlo.

Su cuerpo se inclinó hacia adelante, seducido por la idea.

—*Quillo*, como sigas asomándote tanto, te vas a caer.

La voz lo sobresaltó y se apartó de la ventana trastabillando.

—¡Joder, qué susto! Creí que no había nadie en el piso.

—Estaba en la habitación leyendo y me he quedado dormida, supongo que mi cuerpo todavía se está acostumbrando a la diferencia horaria —explicó Pilar.

Toshi la miró con cautela. Su expresión era inescrutable. Eso era extraño en la española. Su cara era como un libro abierto: las emociones se reflejaban en sus rasgos sin miedo a mostrarlas: alegría, tristeza, enfado... Era un soplo de aire fresco en un mundo tan contenido como el suyo.

—Hugo me ha dicho que saldrá tarde del trabajo, así que esta noche estaremos solos tú y yo —continuó diciendo Pilar—. Había pensado en hacer tortilla de patata, mi primo me ha dicho que te gusta. ¿Quieres ayudarme?

—*Hai* —atinó a decir mientras inclinaba la cabeza en una escueta reverencia.

—Pues ve a lavarte las manos —indicó ella muy seria.

Toshi obedeció al instante. Mientras se encaminaba al baño pudo ver por el rabillo del ojo que Pilar se dirigía con paso rápido al punto donde él había estado y cerraba la ventana con un suspiro. Le pareció que las manos de ella estaban temblorosas y frunció el ceño.

¿Se habría dado cuenta de lo que él estaba a punto de hacer? Esperaba que no.

Minutos después, escuchaba fascinado a aquella singular mujer mientras la veía desenvolverse por la cocina con total naturalidad.

—Algunos dicen que el secreto de hacer la mejor tortilla de patata está en la forma de batir los huevos, otros piensan que la clave es la forma de cortar las patatas, pero yo sé la verdad —explicó en tono confidente, como si le fuese a contar el mayor enigma de la historia—. El secreto está en cantar.

Toshi parpadeó.

—¿Qué tiene que ver eso con la tortilla? —inquirió confuso.

—A la tortilla le gusta que le canten, igual que a las plantas.

—¿Les cantas a las plantas?

—¿Es que conoces a alguien que no lo haga? —repuso ella con la misma incredulidad.

—Pues, por ejemplo, yo.

—Bueno, pues ahora le vas a cantar a la tortilla.

Y entonces Toshi hizo algo que nunca pensó que haría.

—¿Me enseñarías la canción que estabas cantando el otro día? Esa que decía *tiritritaun*.

—¡Ay, que me lo como! —exclamó de repente Pilar y antes de que pudiera reaccionar le cogió el rostro entre las manos y le plantó un beso rápido en la boca. Después, empezó a parlotear a toda velocidad en aquella jerga que le resultaba incomprensible—. Si ya me dijo mi primo *qu'eras mu güena 'ente*, pero que te guste mi Niña Pastori... Eso *pa* mí es lo más

grande —añadió mientras se golpeaba el pecho con el puño. Debió de darse cuenta de que Toshi la miraba anonadado porque dejó de hablar de repente y se aclaró la garganta—. Lo que quiero decir es que estaré encantada de enseñarte esa canción.

Y así, mientras preparaban la tortilla, fue aprendiendo la letra de Amor de San Juan de Niña Pastori:

*Una moneda tiré yo al agua y mi deseo se enamoraba  
una moneda tiré yo al agua y mi deseo se enamoraba*

*Cuando salga la luna nueva la de San Juan  
se encienden los corazones con las candelas  
la música suena tirititaun  
y el amor me quema tirititaun  
y te muerdes los labios con el sabor del amor.*

Para cuando echaron la mezcla en la sartén, Toshi ya se sabía buena parte de la canción y comprendía mucho mejor a Pilar. Mientras cantaba, había liberado gran parte de la tensión que tenía en el cuerpo.

—Sienta bien —comentó.

Ella lo entendió a la perfección porque le guiñó un ojo.

—Normalmente canto cuando estoy feliz —explicó con una sonrisa—, muchas veces de forma inconsciente.

—¿Y cuándo estás frustrada o enfadada?

—Hay que dejar salir lo que llevas dentro para que no te ahogue, Toshi —respondió Pilar con solemnidad—. Puedes gritar o insultar, pero yo prefiero cantar. Cantas hasta que te quedas vacío por dentro y dejas de pensar en lo que te preocupa. Y entonces sigues cantando hasta que recuperes las ganas de ser feliz.

—Es lo que yo hago en el karaoke.

—Sí, algo parecido —respondió ella con una sonrisa.

Siguieron cocinando con esa camaradería tan inesperada y luego disfrutaron de una cena amenizada por las historias de Pilar sobre su vida. No supo en qué momento ella había

pasado de ser ruidosa y molesta a ser fascinante, pero se encontró escuchando embobado cada una de sus palabras.

—Mi madre estaba empeñada en que su niña hiciera ballet clásico, pero yo odiaba eso de llevar tutú y andar de puntillas dando saltos como un corzo *mareao* —explicó y aunque se esforzaba por hablar para que Toshi la entendiera, de vez en cuando se le colaba algún chascarrillo que solo comprendía por el contexto de la frase—. A mí lo que me gustaba era bailar flamenco como mi tía Rocío, la hermana de mi madre. Así que, durante un año las dos estuvimos en un tira y afloja constante.

—¿Y qué paso?

—Que un día estallé. Me arranqué el tutú y comencé a zapatear sobre él mientras movía los brazos como le había visto hacer a mi tía. Lo malo no fue el acto en sí, sino que lo hice en el auditorio durante la exhibición de fin de curso de ballet, delante de unas quinientas personas —rio ella y Toshi no pudo sino acompañarla al imaginarse la escena—. Por aquel entonces solo tenía cinco años, pero ya sabía lo que quería y no pensaba dejar que nadie me dijera lo que tenía que hacer.

La admiró por ello. Le impresionaba la fortaleza de su carácter y que no se dejara amilanar ante nadie. En su país, por lo general, los deseos de los padres prevalecían sobre los de los hijos. Si una madre quería que su hija estudiara ballet, la niña estudiaría ballet sin chistar, por mucho que lo odiase. La obediencia era señal de respeto y el respeto a los padres era algo intrínseco en los niños japoneses.

—¿Así que tu sueño es dedicarte al espectáculo?

—No, las exhibiciones son divertidas como complemento y sirven de promoción y para ganar dinero, pero lo que más me gusta es dar clases de flamenco. Estoy ahorrando para montar una escuela de baile, aunque todavía no he decidido dónde.

—¿Dónde te gustaría?

—Mi padre es de Cuenca y mi madre gaditana. Se conocieron cuando mi padre fue destinado a Cádiz; es policía nacional —aclaró—. Vivimos allí hasta que cumplí dieciséis años, pero luego lo volvieron a trasladar a Cuenca. Supongo que regresaré a Cádiz, tengo familia y amigos allí. Aunque si te digo la verdad, estoy barajando otras opciones, pero no se lo digas a nadie —añadió con tono confidente—. Me gusta mucho Valencia. Desde que Diego, el hermano de Hugo, se fue a vivir allí he ido un par de veces a visitarlo y me he enamorado un poco de esa ciudad, así que no descarto acabar allí.

—¿Me enseñarías a mí?

—Claro, *quillo* —afirmó Pilar con una sonrisa resplandeciente y se levantó de la mesa con ímpetu.

—No me refería a ahora mismo.

—¿Por qué no? Será divertido. Venga, ayúdame a hacer un hueco para bailar.

Después de despejar todo lo posible el pequeño saloncito, Pilar buscó en su móvil la música adecuada para comenzar la clase. En cuanto los acordes de *Cai* de Niña Pastori empezaron a sonar, se puso en posición. Aquella era la canción que la muchacha le había comentado una y otra vez que era su preferida y él había comenzado a apreciarla.

—Primero observa y luego me sigues, ¿vale?

Toshi asintió y observó. Observó cómo Pilar se entregaba al baile. Arte y fuego, eso era ella mientras movía su cuerpo. Cuando se giró, le clavó la mirada por encima del hombro y con el dedo le hizo un gesto para que se le acercara, sintió que le atravesaba el corazón de forma irremediable, y por primera vez en mucho tiempo, se permitió soñar.

No supo en qué momento el baile comenzó a ser algo más, pero con cada roce y cada giro, la fascinación se convirtió en deseo. Deseó enterrar las manos en esa maraña de rizados oscuros, besar su boca carnosa y alimentarse de sus risas. Deseó explorar aquellas curvas sensuales y perderse en ellas

de forma que escapara de lo que le rodeaba y, con suerte, tal vez se pudiese encontrar a sí mismo en ellas.

Lo más asombroso de todo fue que cuando la miró a los ojos, pudo encontrar en ellos el mismo deseo.

En aquel momento, la música se paró y los dos se quedaron abrazos y jadeantes en medio del salón. Cegado por las emociones, empezó a bajar la cabeza buscando su boca... Y justo cuando la iba a besar, Hugo regresó al apartamento.

Se separó de ella trastabillando.

—Gracias por la clase —balbuceó con una reverencia formal y se dirigió a su habitación.

Al cruzarse con Hugo pudo ver que estaba conteniendo una sonrisa.

—¿He interrumpido algo?

Toshi le pegó un empujón con el hombro al pasar y se lo dejó a Pilar, que por el tono y la rapidez con que empezó a hablarle, parecía furiosa. Cuando cerró la puerta de la habitación, estaba sonriendo.

Una hora más tarde, salió de la habitación para ir al baño. Pensaba que ya no habría nadie en el salón porque estaba a oscuras, pero se equivocó. Pilar continuaba allí. Estaba hecha un ovillo en el sofá con la mirada clavada en la ventana mientras que la luz de la luna iluminaba de una forma muy sutil su rostro.

—Toshi, ¿te puedo hacer una pregunta? —preguntó de repente en un susurro quedo, como si hubiese estado esperándole.

—*Hai.*

—¿Hubieses saltado si no llego a aparecer?

Se quedó inmóvil, sin respiración. Y después de unos segundos en silencio, respondió la verdad.

—No lo sé.

Pilar asintió, como agradeciéndole en silencio su sinceridad y volvió a dirigir la mirada hacia la ventana.

Cuando Toshi se dio la vuelta, la oyó susurrar.

—No te rindas.

Y aquellas simples tres palabras de casi una desconocida le insuflaron el ánimo que necesitaba para seguir adelante un poco más.

## Capítulo 21

Hugo tenía la mirada clavada en su portátil sin parpadear mientras trataba de dar una explicación al sentimiento que le estaba revolviendo el estómago en aquel momento.

Una Lucía sonriente y bronceada ocupaba media pantalla. La otra media estaba invadida por el rostro de un capullo de melenas rubias que la abrazaba por detrás.

En el pie de la foto se podía leer: *¿Próximo destino? Australia.*

Así que Lucía había ido a Australia y, al parecer, estaba muy bien acompañada.

—Como sigas apretando tanto la mandíbula, te vas a romper los dientes.

La voz de Toshi lo sobresaltó. El japonés se acercó a él y observó la pantalla.

—¿Esa es tu forma de pasar página?

Hugo dejó escapar un gruñido, apagó el monitor con un movimiento veloz y volvió a su mesa de dibujo. Llevaba dos semanas trabajando sin descanso en su proyecto de Dakuredi, creando escenarios y personajes secundarios. Sin embargo, había algo que no terminaba de encajar en la figura femenina de la protagonista. Era como si le faltase algo.

Por el rabillo del ojo vio que su amigo se sentaba en su mesa de dibujo y por un segundo, la alegría eclipsó su frustración. Hacía mucho que Toshi no dibujaba, su ánimo no se lo permitía o tal vez fuese su empeño en apartar todo lo que le hacía feliz. No obstante, ahí estaba, con unos auriculares puestos trazando un dibujo con su lápiz y... ¿tarareando?

—¿Qué estás escuchando? —preguntó con curiosidad pues era la primera vez que oía a su amigo tararear.

—*Deja que te bese* de Alejandro Sanz y Mark Anthony —respondió Toshi después de consultar el título en el móvil —. Pilar me ha hecho una lista de Spotify de las canciones que dice, y cito textualmente, «que levantan *l'animo hasta'l*



muerto más *resecas*» —explicó Toshi y en su boca había una tímida sonrisa al decirlo.

Esa era Pilar, tan sutil como un tsunami. Conociéndola, seguro que había agrupado canciones llenas de mensajes subliminales para derribar las barreras del japonés de forma inconsciente.

Algo había pasado entre ellos aquella noche en que los sorprendió a punto de besarse en medio del salón. Desde entonces, se habían vuelto inseparables. Pilar ya había empezado a trabajar cuatro noches a la semana y Toshi se encargaba de acompañarla hasta el lugar donde actuaba con la excusa de que así podía disfrutar del espectáculo, y luego regresaban juntos a casa. No había que ser un genio para darse cuenta de que lo que fuera que estuviese haciendo su prima para llamar la atención del japonés había dado resultado.

Hugo volvió a su dibujo, pero después de varios minutos, soltó un suspiro frustrado, hizo una bola de papel con el boceto en el que había estado trabajando y lo lanzó a la papelería. Para más inri, rebotó y se salió. Toshi lo cogió del suelo, lo desplegó y lo estudió en silencio. Luego lo puso otra vez sobre la mesa de Hugo.

—¿Qué problema tienes con tu Dakuredi?

—El problema es que ya no consigo visualizarla. Antes tenía muy clara en mi cabeza, pero ahora... No sé, la imagen se ha vuelto fría, no me convence.

—¿Qué tal si le haces el cabello más largo? —sugirió Toshi.

Ladeó la cabeza estudiando la posibilidad. La figura llevaba el pelo cortado en una melena que le llegaba a la altura del mentón. El cabello más largo, tal vez cayendo en suaves ondas alrededor del rostro hasta la altura del pecho, podía suavizar sus rasgos y dulcificar el conjunto.

—Y creo que le falta algo más a esa bonita cara, algo que la haga especial. Tal vez un lunar... no sé... ¿debajo del labio inferior?

Hugo se extrañó ante aquella propuesta tan concreta, y al visualizar la sugerencia de Toshi el rostro de Lucía apareció en su mente más vívido que nunca.

—Si lo hago así, Dakuredi será un reflejo de Lucía.

—Hugo, Dakuredi siempre ha sido un reflejo de Lucía — señaló el japonés con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que todavía no te has dado cuenta? Cuando vi tu dibujo y luego conocí a Lucía, me percaté al instante de que ella había sido la inspiración para tu dama oscura. Sin embargo, me asombró ver que tú no eras consciente de ello.

Hugo observó el dibujo como si lo viese por primera vez: el arco insolente de las cejas, la mirada oscura y profunda, la sonrisa burlona y sensual. Sin duda, era ella o mejor dicho, la versión de ella que había dejado atrás en España, con el pelo corto.

¿Cómo había podido estar tan ciego?

—Si crees que el sexo frustrado con ella es lo que te llevó a Bali, te equivocas —continuó diciendo el japonés—. Cuando viniste a Japón ya la tenías metido dentro, aunque de una forma inconsciente. Estoy seguro de que la excusa de tu orgullo herido para ir tras ella a Bali solo fue eso, una excusa —teorizó—. Puede que no te guste lo que te voy a decir, pero alguien tiene que abrirte los ojos. —Puso las manos sobre los hombros de Hugo y lo miró con fijeza—. Hugo Montoya: creo que estás enamorado.

El impacto de las palabras de su amigo fue igual al de un puñetazo en la mandíbula y tuvo un efecto similar. Lo hizo trastabillar hacia atrás y se cayó de la silla hasta quedar con el culo en el suelo.

—Ella me gusta, lo reconozco —aceptó ya que era cierto —, pero de ahí a estar enamorado... Eso son palabras mayores.

—¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con una mujer?

—Desde que volví de Bali hace dos semanas —admitió a desgana y aceptó la mano de Toshi para levantarse—, pero he estado muy ocupado dibujando para Studio Ghibli, ya lo sabes. Tenía que recuperar el trabajo atrasado y...

—Excusas —interrumpió Toshi de forma categórica—. ¿Desde cuándo el trabajo te ha supuesto un impedimento para echarle un polvo a una mujer?

Nunca.

Lo cierto es que Aiko y varias de sus «amigas» lo había llamado un par de veces y no había tenido ganas de quedar con ellas. La razón era simple: no quería acostarse con Aiko ni con ninguna otra mujer que no fuese Lucía.

Cerró los ojos y apoyó la frente sobre la mesa con un suspiro tratando de aclarar sus emociones. A su mente llegó el recuerdo de una conversación que tuvo con Diego hacía varios años, cuando él todavía no tenía claros sus sentimientos hacia Elena. En ella, su hermano le preguntó qué era lo que Hugo entendía por amor.

—Nunca he estado enamorado de una mujer más de una semana así que doy por hecho que no he estado en verdad enamorado de ninguna —respondió Hugo sin dudar—. Lo que sí te puedo decir es lo que siento cuando cojo un lápiz y me pongo a dibujar. Primero está la excitación porque sé que me enfrento a una hoja en blanco y a un montón de expectativas que espero cumplir. Después voy trazando línea a línea con cuidado y mimo. Le dedico horas y horas, el tiempo se me pasa volando porque cada segundo lo disfruto al máximo. Me olvido de todo. Solo estamos mi lápiz y yo, y todo lo que tenemos que crear juntos. Cada vez que lo cojo aprendo algo nuevo de mí mismo —musitó, con la vista clavada en su mesa de dibujo—. Hay veces en que un dibujo me sale mal y me frustró; otras, en que me parece que he hecho una obra inigualable y pienso que no voy a poder hacer otro mejor. Pero vuelvo a coger el lápiz y sigo dibujando porque es lo que me apasiona.

—No termino de comprender tu analogía —comentó Diego con el ceño fruncido.

—Algún día, encontraré una mujer que me haga sentir lo mismo que cuando tengo un lápiz en la mano —aclaró Hugo—. Se me pasará el tiempo volando a su lado y siempre querré más. Sé que viviré junto a ella momentos frustrantes y otros inigualables, pero nunca me cansaré de embarcarme con esa mujer en nuevas aventuras. Y en cada una de ellas sé que me enseñará una faceta de mí mismo que desconocía. Yo veo así el amor —concluyó con sencillez.

Pensando en aquello, se dio cuenta de que era así como se sentía en aquellos momentos respecto a Lucía y abrió los ojos de repente al comprender la verdad.

¡Joder, estaba enamorado!

Sintió una opresión en el pecho y comenzó a hiperventilar. Las piernas empezaron a temblarle y buscó a tientas la silla antes de dejarse caer en ella.

—Creo que me estoy mareando —musitó con voz débil.

—Pon la cabeza entre las piernas y respira de forma pausada y profunda —indicó Toshi mientras le ponía una mano en la espalda.

Pilar apareció en el salón y los miró con preocupación.

—¿Qué le pasa a Hugo?

—Está asimilando que se ha enamorado.

—¿Hugo? —bufó divertida—. Claro que sí, está enamorado de una mujer hasta que conoce a la siguiente. ¿Por qué te crees que todos lo llamamos Hugo *Casanova*? —inquirió y se encogió de hombros—. Venga, vamos a salir a cenar y a dar una vuelta. Seguro que al final de la noche ya estás enamorado de otra —añadió con un guiño.

—Id vosotros, a mí no me apetece —masculló Hugo.

Toshi fue a replicar, pero Pilar vio la oportunidad de estar a solas con el japonés y no la desaprovechó: con un gesto de adiós, arrastró al hombre hasta la salida.

Hugo se quedó allí en silencio con la mirada perdida en el vacío. Luego posó los ojos en el dibujo de Dakuredi pensando otra vez en Lucía. Si alguien de su propia familia reaccionaba

con esa incredulidad ante la posibilidad de que él estuviese enamorado, ¿cómo esperaba convencer a Lucía de que sus sentimientos eran auténticos?

Recordó lo furiosa que se había puesto Lucía en la cascada Aling Aling, cuando le dijo sin pensar que la quería, y las palabras que ella le había escupido aquel día fustigaron su mente y su corazón con saña:

«Eres el tipo de hombre incapaz de amar a una sola mujer».

Si le hablaba a Lucía de amor, nunca le creería.

Como siempre que se encontraba desorientado, cogió el teléfono y llamó a su hermano mayor en busca de consejo. Diego contestó al tercer pitido.

—¿Qué pasa, canijo? ¿Todo bien por ahí?

—Sí, yo... Quería preguntarte... ¿Cómo convenciste a Elena de que estabas enamorado de ella?

—No la tuve que convencer, ella sabía que yo la amaba. La que tuvo problemas en aceptar que me amaba fue ella — explicó Diego—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Creo que estoy enamorado.

Veinte segundos. Aquel fue el tiempo exacto que Diego se estuvo riendo de él. Lo supo porque lo cronometró.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Se oyó la voz de Elena.

—Es Hugo, dice que está enamorado —respondió Diego sin ocultar su hilaridad.

—¿De quién? —preguntó Elena.

—Eso, ¿de quién? —repitió su hermano.

—De Lucía —masculló.

Esta vez la carcajada duró más.

—Voy a colgar —anunció Hugo antes justo de apretar el botón que dio fin a la conexión.

Al cabo de unos segundos, su teléfono empezó a sonar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Diego en cuanto cogió la llamada y en aquella ocasión no había ni rastro de risa en su voz.

—¿Tan difícil es de creer?

—¡Sí! ¡No! —se corrigió casi al instante—. Lo que más me sorprende es que Elena tenía la loca idea de que tú y Lucía...

—De loca nada —cortó Elena muy digna, que parecía estar escuchando la conversación—. Diego ha puesto el altavoz para que yo también te pueda oír —aclaró su futura cuñada—. No sé cómo la has convencido con lo reticente que era respecto a ti, pero... ¡Me alegro tanto por vosotros! —exclamó con la voz cargada de entusiasmo.

—No hay un «vosotros», Elena. Yo estoy enamorado de ella, pero Lucía me ha asegurado que yo sería la última persona de la que querría enamorarse.

—¡Oh! —Y aquella sola exclamación contenía tanta desilusión que tuvo que sonreír—. Bueno, tiene cierta lógica. Seguro que le recuerdas a Alberto.

—¿Y quién es ese? ¿Su exnovio no se llamaba Edu?

—Alberto fue su primer amor. Ya sabes, en el instituto —explicó ella—. No entró mucho en detalles cuando me lo contó, pero al parecer el capullo simuló que se había enamorado de Lucía para llevársela a la cama y después de conseguirlo pasó de ella y se fue con otra.

Hugo masculló un taco entre dientes. Eso aclaraba muchas cosas que no había entendido hasta ahora. Ahora comprendía por qué Lucía se había puesto hecha una furia en la cascada cuando le dijo que la quería, seguro que había pensado que la estaba intentando engañar para conseguir acostarse con ella.

—¿Y qué puedo hacer? Diga lo que le diga, no me va a creer.

—El amor se demuestra con hechos, no con palabras —afirmó Elena—. Muéstrale que tus sentimientos son sinceros.

Eso era fácil decirlo, pero difícil hacerlo mientras estuviesen en países diferentes.

—Creo que en Bali tuvo que darse cuenta de que sentía algo por ella, pero ni siquiera se dignó a darme su número de teléfono —gruñó, frustrado—. Porque supongo que tú no me lo querrás dar, ¿verdad?

—Después de vuestro encuentro en Tokio me hizo prometer que no te lo daría por mucho que me lo pidieras —respondió Elena con tono de disculpa—. Y tampoco pierdas el tiempo intentando sonsacárselo a Diego. Tiene advertido que no te lo dé si no quiere pasarse un mes durmiendo en el sofá.

—Lo siento, hermanito, pero hay demasiado en juego —terció Diego que no estaba dispuesto a arriesgar la armonía de su vida sexual por nada del mundo.

—Lo que no sabía es que os habíais visto también en Bali —continuó diciendo su futura cuñada.

—¿Es que ella no te lo ha contado?

—No, de hecho, la llamé el otro día para ver qué tal le iba por Australia y no me comentó nada.

¿Tan insignificante había sido para ella su encuentro en Bali que ni siquiera se lo había mencionado a su mejor amiga? Aquello lo desanimó.

—¿Y te comentó algo sobre el guaperas rubio con el que está?

—¿Te refieres a Michael? Está tremendo, ¿eh?

Pudo oír desde allí el gruñido de Diego, reflejo del suyo propio.

—Si te gustan los rubios oxigenados... —rezongó Hugo—. ¿Quién es ese Michael?

Y lo más importante, ¿por qué Lucía le había hablado a Elena de él y no de Hugo?

—Pues es un antiguo ligue de Lucía —respondió por fin Elena confirmando sus sospechas—. Lo conoció hace un año, cuando estuvo en Hawái. Él es australiano y estaba allí

participando en una competición de surf. Lo único que sé es que tuvieron un lío breve —explicó sin entrar en detalles—. Al parecer, han vuelto a coincidir allí en Australia, en un lugar que se llama Gold Coast.

Mientras escuchaba a Elena, Hugo volvió a encender el monitor del ordenador y clavó sus ojos en la imagen de Lucía y Michael. En aquel momento, no tuvo problemas en interpretar la intensa emoción que sentía por dentro: celos.

Su cabeza empezó a elucubrar. Si todavía no se había acostado con el Ken Surfista, seguro de que no tardaría en hacerlo. A no ser que él lo impidiese, claro.

—Elena, ¿por un casual sabes en qué hotel se aloja Lucía? —inquirió.

—No sé si debería.

—Mujer, dale un poco de tregua al chico —intervino Diego—. Tu amiga te dijo que no le dieras su número de teléfono, no que no le pudieras recomendar un hotel para ir a Australia.

Tuvo que contenerse para no lanzarle un beso a su hermano mayor.

En cuanto tuvo el nombre del hotel, se puso a buscar billete de avión. Porque lo tenía decidido: si se quería quedar con la chica, no podía esperar con los brazos cruzados a que se volvieran a encontrar.

¿Ella necesitaba una demostración de su amor?

Pues se la daría.... Aunque tuviese que seguirla hasta el fin del mundo para ello.

¿Próximo destino? Australia.



## Capítulo 22

Lucía se observó en el gran espejo del baño de señoras mientras se retocaba el pintalabios. Enfundada en un vestido corto de color rojo oscuro con un escote pronunciado que realzaba la curvatura de sus senos y calzando sus tacones de aguja, los únicos que llevaba en la maleta, se sentía preciosa. Se sentía atractiva y sensual. Se sentía... ¡Joder! ¿A quién quería engañar? Pese a aquella bonita fachada que se esforzaba en presentar, por dentro estaba hecha una mierda.

Por mucho que lo intentaba no se podía quitar a Hugo de la cabeza. Era patética. ¿Cómo se había podido enganchar tanto de él en tan poco tiempo? No era solo que hubiese descubierto que en verdad era un dios del sexo —todavía le temblaban las piernas al recordar las horas que habían pasado encerrados en aquella habitación de Bali—, es que le había encantado la persona que había descubierto en él. Y para empeorar las cosas, en un intento por olvidarlo, se había puesto en contacto con Michael.

Él estaba en una competición en Gold Coast, así que Lucía aprovechó para viajar a aquella zona de Australia que le quedaba por conocer. Había ido un día a la playa donde se desarrollaba el torneo y se habían hecho fotos recordando viejos tiempos con la promesa de quedar a cenar en cuanto terminase sus compromisos. Y allí estaban dos días después, en el restaurante de su hotel que tenía fama de ser uno de los mejores de la zona.

Después de todo, seguro que Hugo había retomado su rutina en Tokio y seguía yendo de cama en cama. Lucía solo había sido una espinita que había conseguido quitarse en Bali. Era justo que ella también tuviese su diversión.

Y esa diversión no era otra que Michel Miles: surfista, cachas y un mujeriego empedernido. Así lo recordaba de su pequeño romance en Hawái. Cuando lo conoció, pensó que era una versión de Hugo, pero en rubio. Tal vez por eso se acostó con él, porque en su retorcida mente había sido un pálido sucedáneo de un deseo oculto. Sin embargo, ahora que conocía más a Hugo, se daba cuenta de que no se parecían en nada.

Empezando porque, al volver a la mesa, Michael estaba flirteando de forma descarada con la bonita camarera.

¿Cómo podía haber tenido un lío con aquel capullo?

Lucía fingió que no se percataba de cómo le pasaba una tarjeta con su número a la chica y se sentó enfrente de él con su mejor sonrisa. Incluso se dejó besar la mano que él le cogió por encima de la mesa con aparente galantería, por muchas ganas que tuviese de darle una bofetada.

—¿Te he dicho lo preciosa que estás esta noche?

Palabras vacías y una mirada banal. Había deseo en sus ojos, sí, pero nada más. Allí había otra gran diferencia entre ellos y era que las miradas de Hugo transmitían mil emociones que la envolvían hasta hacerla sentirse la mujer más hermosa del mundo.

La otra gran diferencia era el respeto: Hugo nunca hubiese ligado con otra chica estando con ella. Cuando Hugo estaba con Lucía, no había más mujeres para él.

Escuchó sin mucho interés un interminable monólogo sobre las diferentes formas de coger las olas mientras contaba en silencio las veces en que él mismo perdía el hilo de lo que estaba diciendo cuando sus ojos seguían el trasero de alguna chica que pasaba al lado de la mesa. A la tercera, se le acabó la paciencia. Fue a coger el bolso para levantarse de la mesa y dejarlo allí plantado, cuando por el rabillo del ojo vio una figura familiar que la observaba desde la barra.

La boca se le desencajó, incrédula cuando Hugo alzó su copa en un brindis silencioso mientras la miraba con expresión inescrutable como si fuera una total desconocida.

—Discúlpame un momento —atinó a decir y, dejando a Michael con la palabra en la boca, se levantó de la mesa y fue hacia su némesis particular.

Si la expresión de Hugo le pareció inescrutable unos segundos antes, en cuanto sus ojos recorrieron con lentitud el cuerpo de Lucía se llenaron de un deseo crudo que no pudo disimular y aunque sintió que el corazón se le aceleraba por la abierta admiración del hombre, se centró en lo importante.

—¿Se puede saber qué narices estás haciendo aquí? —  
siseó Lucía y se detuvo ante él con los brazos en jarras.

Él volvió a recorrer su cuerpo con la mirada y compuso una expresión confusa.

—Perdona, ¿te conozco?

Así que quería jugar, ¿no? Pues jugaría.

—No, creo que no —respondió ella, siguiéndole la corriente—. Aunque yo he oído hablar mucho de ti—confesó y esbozó su sonrisa más provocativa mientras lo miraba entre las pestañas de forma seductora.

Como era de esperar, la mirada de Hugo fue atraída hacia su boca y sus ojos se oscurecieron todavía más.

—Seguro que te han contado un montón de mentiras —  
repuso con voz ronca.

—¿Tú crees? No estoy tan segura —replicó ella y bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador—. He oído ciertos cotilleos de lo más escandalosos relacionados contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuáles?

—Dicen por ahí que gastas cantidades ingentes de condones.

—¡Exageraciones! Solo me cuido de tener sexo seguro.

—Que nunca te has acostado dos veces con la misma chica.

—¡Ridículo! Aunque admito que me gustaba la variedad.

—Que has estado con tantas chicas que incluso tú mismo has perdido la cuenta.

—¡Patrañas! Además, ¿quién lleva la cuenta de algo así? —bufó él.

—Que eres el mejor amante que se pueda desear.

—Eso no es... —comenzó a negar Hugo, por inercia, pero al asimilar sus palabras se detuvo de golpe—. Bueno, esa es la única verdad que te han contado de mí —rezongó esbozando una sonrisilla presumida.

Lucía no pudo más que reír ante su abierta arrogancia. La mirada de él descendió a su escote y allí se quedó. Entre divertida y consternada, tuvo que hacer aspavientos frente a los ojos de Hugo, pues parecía tener dificultades para apartar la mirada de sus senos.

—Joder, perdona, pero nunca te había visto tan... arreglada y tengo un serio problema de concentración —reconoció con una expresión de burla hacia sí mismo.

—Hugo, ¿qué haces aquí? —insistió Lucía, bromas aparte.

—Me apetecía hacer un poco de surf y he pensado, ¿por qué no dar una vuelta por Australia? —respondió Hugo al fin mientras se encogía de hombros.

—En Bali no diste muestra de que te gustase el surf —replicó ella con los ojos entrecerrados pues esa excusa no había nadie que se la tragase.

—Tú tampoco diste muestra de que te gustasen los capullos y ahí estas, perdiendo el tiempo con uno —gruñó Hugo.

Lucía parpadeó. ¿Eran celos lo que detectaba en su tono? No podía ser.

—Esta vez he tenido cuidado y no he puesto ninguna referencia en las redes sobre el hotel en donde me alojo. ¿Cómo me has encontrado? —Él se encogió de hombros sin abrir la boca—. Te lo ha dicho Elena, ¿verdad? —Su madre y ella eran las únicas a las que les informaba sobre dónde iba a estar alojada por si surgía algún problema.

—Tal vez si me hubieses dejado tu teléfono para que te pudiese llamar en lugar de una nota cutre, no tendría que haber suplicado a tu amiga que me ayudase a localizarte —masculló él con tono de reproche.

¿En serio se había sentido herido por aquella nota? Por un momento se puso en su lugar: si él le hubiese dejado una nota así después de los días que habían pasado juntos, sin duda ella se habría sentido herida y utilizada.

La verdad es que se había portado como una cobarde en ese aspecto, pero le había sido imposible enfrentarse a él después de todo lo que habían compartido en aquella cama. Se había sentido tan vulnerable que había huido en la oscuridad. Lo de la nota había sido un acto de supervivencia emocional, como un recordatorio para ambos de que lo suyo había sido solo un encuentro intrascendente.

—Está bien, ¿qué es eso tan importante que me quieres decir que no puede esperar a que nos veamos dentro de un par de meses en la boda de Diego y Elena y por lo que has recorrido más de siete mil kilómetros?

Hugo abrió la boca y la cerró. Así continuó varias veces, boqueando como un pez hasta que acabó soltando un taco mientras se pasaba la mano por el pelo en señal de agobio.

—Creo que este no es el momento ni el lugar —musitó al fin—, pero lo que sí te puedo decir ahora es que, si estás empeñada en tener sexo esta noche con un capullo, elígeme a mí en lugar de al Ken surfista.

Lucía no tuvo que pensarlo demasiado. ¿A quién quería engañar? Sin contar que acostarse con Michael quedaba descartado, en cuanto había visto allí a Hugo estaba teniendo problemas para evitar que el corazón se le saliera del pecho.

—Espera un momento, voy a despedirme de mi acompañante.

Fue hacia la mesa donde Michael la esperaba con el ceño fruncido. Se había puesto a tamborilear con los dedos en un gesto de impaciencia. Sin mediar palabra, Lucía sacó varios billetes del bolso que servirían para cubrir su parte de la cena y los dejó sobre el mantel. Se iba a ir sin mirar atrás, no valía la pena perder el tiempo en explicaciones, pero cambió de opinión. Con gesto tranquilo, cogió la copa en la que todavía tenía dos dedos de vino tinto y se lo lanzó a la cara.

—La próxima vez que quedes con una mujer ten la educación de mantener tu atención en ella, capullo —le espetó con enfado.

Después, con la barbilla en alto, se dio media vuelta y se alejó ante la mirada atónita de los demás comensales. No se paró cuando llegó a la altura de Hugo, solo lo cogió de la mano y lo sacó de allí rumbo al ascensor del hotel.

—Si con ese vestido que llevas ya me tenías completamente excitado, ver cómo ponías en su sitio al Ken surfista me ha puesto como una moto —masculló Hugo en cuanto las puertas se cerraron tras de ellos y la atrajo hacia sí.

Se besaron como locos, con hambre y ganas, mientras sus cuerpos se enlazaban de forma desesperada. En aquel momento no había espacio para las palabras, solo había cabida para el deseo.

Hugo la alzó y la empotró contra la pared del ascensor al tiempo que le subía el vestido hasta dejarlo enroscado en su cintura. Soltó un gruñido salvaje al descubrir el ligero negro que sujetaba sus medias a medio muslo y el delicado tanga de encaje, pero a pesar de ello no se detuvo. Se abrió hueco entre las piernas femeninas y enterró la cara en el valle que formaban sus pechos con un suspiro. Parecía estar en trance mientras aspiraba su piel, como si estuviese hipnotizado por su olor.

Lo sintió meter la mano entre sus cuerpos y abrió los ojos al escuchar el sonido de una cremallera. No pensaría en hacerlo allí, en aquel ascensor, ¿verdad? La respuesta le llegó un segundo después, cuando Hugo hizo a un lado el delicado tanga y la penetró a pelo.

La primera acometida la hizo gemir en el límite entre el dolor y el placer; en la segunda, solo hubo placer y excitación. Arqueó el cuerpo y llevó la mano hacia atrás, en busca de algo a lo que sostenerse, pero la palma de su mano solo resbaló contra el espejo de la pared.

—¡Hugo, por Dios! Puede entrar cualquiera —protestó entre jadeos.

Como única respuesta, Hugo estiró el brazo a tientas y apretó el botón de «stop», sin dejar de moverse contra ella en un ritmo incesante que la llevó con rapidez a la cima del

placer. El pitido de alarma se mezcló con sus gemidos cuando, segundos después, alcanzaron el orgasmo.

Hugo se dejó caer contra ella, sin resuello.

—No hemos utilizado protección —musitó Lucía contra su cuello.

—Ya te lo dije en Bali, estoy limpio.

—Sí, pero eso fue hace dos semanas, a saber la cantidad de chicas con las que habrás estado desde entonces —farfulló ella.

—No he estado con ninguna, Lucía.

—Sí, claro, y yo me lo creo —bufó ella con sorna.

Hugo se tensó en sus brazos y se apartó. Su ceño estaba fruncido en señal de frustración o enfado, no lo supo con seguridad. Lo que estaba claro es que algo lo había molestado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el décimo piso, al cabo de un par de minutos, los dos habían recompuesto más o menos su aspecto, eso si se obviaba que parte del pintalabios rojo de Lucía ahora estaba sobre la boca de Hugo y que ella iba con el pelo revuelto, el vestido arrugado y el rostro arrebolado.

Lucía salió del ascensor mientras sacaba la llave de su habitación del bolso, pero frunció el ceño al ver que él no la seguía.

—¿No vienes?

—Mi habitación está en el piso de arriba —respondió él con voz seca y los brazos cruzados sobre el pecho.

Aquello la desconcertó.

—¿Estás enfadado por algo?

—¿Tú que crees? ¿Tan difícil es creer que pueda estar dos semanas sin acostarme con nadie?

—Viniendo de ti, sí —respondió ella con sinceridad, pero al ver su mirada ominosa se obligó a ser un poco más diplomática—. A ver, que no digo que no puedas abstenerte

durante un par de semana en caso de necesidad imperiosa, no sé, como una enfermedad que te volviese impotente o que se hubieran extinguido todas las mujeres de la superficie terrestre, pero ¿por qué lo ibas a hacer sino?

Hugo apretó la mandíbula de forma visible. De repente, salió del ascensor y con un movimiento veloz, le quitó la llave de la mano y se la cargó al hombro, como un salvaje. Lucía soltó un chillido de sorpresa al verse de repente en aquella posición.

—¿Qué haces?

—¿Es que no es evidente? —gruñó él en respuesta mientras se encaminaba hacia la habitación a paso rápido.

Ella intentó revolverse hasta que sintió una palmada contundente en el trasero que la hizo levantar la cabeza con los ojos desorbitados.

—¿Me acabas de pegar una nalgada? —farfulló incrédula.

—No, solo ha sido una caricia cariñosa.

«Una caricia cariñosa, una mierda», gruñó su vocecita interior. Eso había sido una palmada en el culo digna de Christian Grey, y si pensaba que iba a tolerar un trato así sin presentar batalla es que no la conocía en absoluto.

En cuanto entraron en la habitación, Hugo la lanzó sobre la cama y empezó a desnudarse. Por un segundo, se quedó paralizada, mirándolo. Admirándolo. Pero luego entró en razón. Culebreó sobre la colcha en un intento por escapar, pero antes de que pudiera hacerlo él se dejó caer sobre ella y la inmovilizó con el peso de su cuerpo, reteniéndola boca abajo.

—Querías saber a qué había venido, ¿verdad? —susurró él en su oído con una voz muy, muy ronca que la hizo estremecer de expectativa—. Bien, pues ahora te lo voy a enseñar.



## Capítulo 23

Hugo se esforzó en mantener la calma, algo bastante difícil cuando tenía el cuerpo de Lucía debajo del suyo, estremecido y excitado por la expectativa. Aun así, ella se removía en un intento por escapar de él. Eso era en parte una de las cosas que le encantaban de ella: siempre se le resistía, dispuesta a presentar batalla. Sin embargo, la batalla de aquella noche la iba a ganar él costara lo que costase. Había demasiado en juego para no hacerlo.

Con una de sus manos inmovilizó las de ella por encima de la cabeza mientras con la otra le subía el vestido para dejarle las nalgas al aire. Cuando descubrió el ligero en el ascensor casi se corrió de gusto solo con los ojos. Al verlo de nuevo, esta vez con más detenimiento, la excitación lo volvió a embargar. La forma en que aquellos dos cachetes gemelos quedaban enmarcados por las tiritas de seda y encaje era lo más erótico que había visto jamás. Nunca había conocido a una mujer con tantas facetas, desde la aventurera a lo Lara Croft hasta aquella versión sensual realzada con ropa interior sofisticada, y todas lo volvían loco por igual.

No obstante, al darse cuenta de que ella se había vestido así para seducir a aquel gilipollas de melena rubia, un sentimiento salvaje se despertó dentro de él. Nunca había sido especialmente posesivo con las mujeres, pero en aquel momento se sintió como un cavernícola embravecido y, dejándose llevar por esa emoción, le volvió a dar otra palmada en el culo.

Lucía se quedó paralizada por el asombro y después resolló.

—Una la paso, dos te lo permito, pero como me des una tercera te corto los huevos —masculló con tono letal.

Hugo contuvo una carcajada ante aquella muestra de carácter y todo el enfado que había sentido segundos antes se disolvió de golpe.

—Esta es mi chica —susurró mientras acariciaba con suavidad la zona que había golpeado un segundo antes.

—No soy tu chica —rezongó ella al instante.

—Eso ya lo veremos —musitó él.

Ella fue a protestar de nuevo y para impedirlo, Hugo metió dos dedos entre sus piernas. Resultó: ella contuvo el aliento y se quedó paralizada.

Él mismo tuvo que contener un gemido al sentir los pliegues femeninos húmedos de deseo. La necesidad de enterrarse en aquella acogedora calidez fue imperiosa, pero se contuvo con determinación. Todavía quedaba mucha noche por delante.

Utilizó la rodilla para abrirle las piernas lo suficiente para poder profundizar en su exploración y atacó sin piedad su clítoris, alternando caricias en círculo con un suave vaivén hasta que ella enterró la cara en la colcha en un intento por ahogar sus gemidos.

Después, le puso un almohadón debajo de las caderas, le abrió más las piernas para ponerse entre ellas y guio su miembro en una suave estocada hasta lo más profundo de su interior. Sentirla a su alrededor, como una funda de cálido terciopelo, sin ninguna barrera que mitigase las sensaciones, lo hizo contener la respiración de gusto.

—Ponte un preservativo —susurró Lucía de repente, como si hubiese intuido el rumbo de sus pensamientos.

—Ya te lo he dicho, no me he acostado con ninguna otra desde Bali —musitó Hugo contra su cabello mientras se deslizaba muy despacio hacia afuera para luego volver a entrar con la misma suavidad—. Estoy limpio. Nunca te mentiría en algo así —insistió sin cesar de moverse. Estuvo así un par de segundos, manteniendo aquella cadencia perezosa, y luego se quedó quieto con solo la punta del glande en su interior—. ¿Quieres que pare y me lo ponga? —inquirió.

—¡No! No pares —protestó ella y alzó las caderas, instándole a que la volviese a penetrar.

Él la recompensó con una estocada rápida y profunda, muy diferente a las otras.

—Entonces, ¿me crees?

Ella se quedó en silencio y volvió a deslizarse hacia afuera hasta casi salirse de su interior.

—Contesta, Lucía, ¿me crees? —insistió implacable.

—¡Sí! —gritó rendida y él se adentró en ella con todas sus fuerzas—. Sí, sí, sí —repitió una y otra vez mientras Hugo comenzaba a penetrarla con un ritmo duro.

Cuando sintió que el cuerpo de Lucía se tensaba y comenzaba a apretar la vagina a las puertas del orgasmo, le liberó las manos y buscó su boca, bebiendo sus gemidos de placer mientras la catapultaba al éxtasis.

Él no se permitió llegar, todavía no estaba preparado, quería más de ella.

—¿Todavía no sabes a lo que he venido? —le preguntó en el oído ralentizando otra vez el vaivén de sus caderas hasta volverlo a convertir en una dulce cadencia.

—A follar.

—Si hubiese querido follar con una mujer no habría tenido que tomar un vuelo de nueve horas. No, Lucía, no he venido a follar.

Se salió de ella, le dio la vuelta hasta dejarla bocarriba y se situó de rodillas entre sus piernas. Las manos de Hugo subieron por las caderas femeninas hasta alcanzar sus pechos y luego continuaron el ascenso por sus brazos. En el momento en que entrelazó las manos con las de ella, la volvió a penetrar.

—He venido a hacerte el amor —musitó Hugo al fin mirándola con intensidad—, porque esto —señaló con un impulso de cadera que lo hizo jadear— es hacer el amor.

Los ojos de Lucía destellaron de emoción, pero luego negó con la cabeza.

—Ya te lo dije: el amor no tiene cabida entre tú y yo.

No se podía ser más terca. Estaba tan empeñada en no dejarle entrar en su corazón como él en demostrarle que había surgido algo especial entre ellos.

—Pues entonces tendremos que hacerle un hueco, porque no va a desaparecer por mucho que tú lo quieras.

—¡Estás loco! —jadeó ella.

—¡Joder, Lucía! Sí que estoy loco, sí. Eso es lo que te estoy intentando decir —masculló contra sus labios mientras la miraba con intensidad—. Estoy loco por ti.

La besó incapaz de contenerse por más tiempo, le hizo el amor hasta que Lucía se aferró a él, presa de su propia pasión; hasta que, por un segundo, se le entregó en cuerpo y alma y, solo entonces, se dejó llevar hasta alcanzar la cumbre.

Segundos después, rodó a un lado para no aplastarla y la atrajo hacia su cuerpo. Ella se recostó contra él en silencio, cobijada en el hueco de su brazo y con la cabeza apoyada en su pecho. Puede que el sexo con ella hubiese alimentado su cuerpo, pero aquella intimidad nutría su alma. Y si todavía le quedaba alguna duda de que estuviese enamorado de ella, se disolvió en aquel momento. Nunca se había sentido tan bien con una mujer entre sus brazos, tan solo sintiéndola así, junto a él.

La mayoría de las personas pensaban que los besos eran la muestra más íntima de amor. Él siempre había creído que eran los abrazos, porque, ¿qué había más hermoso que el contacto confiado de dos cuerpos que encajan a la perfección? La sensación de sentir contra ti a la persona amada era de absoluto bienestar.

De hecho, en su familia abundaban los besos, pero sobre todo los abrazos. Entre hermanos no tenían reparos en abrazarse. Sus padres los habían alentado desde pequeños a mostrar así el verdadero afecto.

Estuvo así varios minutos, acariciándola de forma perezosa mientras aguardaba con paciencia a que ella reaccionase a su confesión.

Ella levantó la cabeza de repente y lo miró de forma inquisitiva.

—Dejemos algo claro. Cuando dices que estás loco por mí, ¿lo dices como cuándo me dijiste que te volvían loco las

albóndigas de tu madre, o...?

—¿En serio crees que lo que siento por ti se puede comparar a lo que siento por una albóndiga? —cortó él entre divertido y exasperado—. Estoy enamorado de ti, Lucía —afirmó con seriedad.

Ella dejó caer la cabeza con un suspiro contrariado.

—Eso crees ahora, pero... ¿hasta cuándo?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Hugo y la cogió de la barbilla para que lo mirara.

—Eres Hugo *Casanova* —señaló Lucía como si eso lo explicase todo.

—No, soy Hugo Montoya.

—Estás acostumbrado a la variedad.

—No quiero estar con nadie más —replicó él de forma rotunda.

—Ahora puede que no, pero ¿cuánto crees que tardarás en encapricharte de otra?

—¿Tan frívolo crees que soy?

—¿Te olvidas de que era yo quien te vendía los preservativos? —replicó Lucía con una ceja arqueada.

Hugo contuvo un taco. Aquello le pasaba por haber ido a su farmacia a comprar los condones.

—¿Cuál es la relación seria más larga que has tenido, Hugo?

—Nunca he tenido una relación seria —admitió él a regañadientes—, pero tampoco le había dicho nunca antes a una chica que estaba enamorado de ella. Así que, como ves, esto es nuevo para mí en todos los aspectos. Solo te pido que confíes en mí.

—Eso es pedir demasiado —gruñó ella—. Mira, Hugo, lo que te dije en la cascada de Bali era cierto: no creo que un hombre como tú sea capaz de amar a una sola mujer, por muy buenas intenciones que tengas ahora —expuso en tono

razonable—. Ahora crees estar enamorado porque yo soy una novedad para ti, pero tarde o temprano te cansarás y buscarás una nueva presa que te suponga otro reto, porque los hombres como tú estáis enamorados de la emoción de la caza, no de la mujer en sí.

—Y supongo que esa bonita lección la aprendiste de tu primer amor, ¿verdad? —rezongó Hugo con ironía.

Lucía acusó el golpe con una exhalación.

—Te juro que cuando coja por banda a Elena... —farfulló mientras se incorporaba de golpe—. ¿Se puede saber qué te ha contado la muy traidora?

—No te enfades con ella, solo quería echarme un cable para comprenderte mejor. Lo único que me contó fue que un chico te rompió el corazón en el instituto.

Aquello pareció aplacarla un poco.

—Yo no diría que me rompió el corazón —musitó con un suspiro—. Más bien lo machacó, se lo comió y luego lo escupió.

—¿Quieres contármelo?

Hugo escuchó en silencio la historia de cómo aquel niño insensible había destrozado el corazoncito de una Lucía ingenua y confiada. Sintió enfado y rabia por cómo la había tratado, pero también se sintió dolido porque lo pudiese comparar con alguien así. Él nunca había mentido a las mujeres con las que había estado ni les había creado ilusiones de amor.

—Éramos adolescentes, podíamos pasarnos toda la noche con mensajitos y llamadas, pero a medida que fue perdiendo el interés, fue interactuando cada vez menos conmigo. Aun así, yo vivía atenta el móvil esperando alguna señal de su parte —explicó con voz dolida—. ¿Pero sabes qué fue lo peor? —No esperó a que él respondiera para continuar—. Que fui tan crédula, estaba tan ciega que no me percaté de nada. Mi mejor amiga por entonces me contó que lo había visto en el parque con otra chica y la acusé de estar celosa de nuestra relación,

¿te lo puedes creer? —Soltó un bufido amargo—. Hasta que no lo vi liándose con otra con mis propios ojos, no dudé de él.

Aquella confesión aclaró muchas cosas que él no comprendía.

—¿Por eso no me quieres dar tu número de teléfono?

—Empiezas mandando un mensajito y luego acabas contando los segundos hasta que la persona te contesta; compruebas una y otra vez que tu mensaje tiene el doble *click*, señal de que ha sido leído, y te preguntas por qué no responde al instante. Comienzas a darle vueltas a la cabeza, pensando en lo que estará haciendo la otra persona que le mantiene tan ocupada que no puede escribir —expuso Lucía—. Los segundos se convierten en minutos, los minutos en horas y las horas en días, y entonces te das cuenta de que a la persona en la que habías depositado un montón de sueños y esperanzas, le importas una mierda. Por eso no quería darte mi número de teléfono, Hugo. Porque no soportaría que tú me hicieras lo mismo en cuanto perdieras el interés.

La verdad es que Hugo nunca se había visto en una situación así, porque normalmente sus ligues respondían a sus mensajes al instante, y le costó un poco ponerse en el lugar de Lucía. Sin embargo, intuyó que aquel punto había sido muy doloroso para ella.

—Eso nunca pasará —aseguró con seriedad.

Ella lo miró con intensidad con aquellos ojazos oscuros que le robaban horas de sueño. Parecía un cachorrillo que había sido maltratado, deseoso por confiar en alguien que le tendía la mano para ofrecerle una muestra de cariño, pero, al mismo tiempo, asustado por si después de la caricia recibía otro golpe.

—Venga, Lucy Liu, atrévete a saltar —susurró utilizando las mismas palabras que le había dicho en la cascada más alta de Aling Aling para insuflarle ánimos.

Algo destelló en los ojos de ella. Un atisbo de diversión y de algo más. ¿Decisión?

—En el hipotético caso de que tus sentimientos sean reales...

—Que lo son —aseveró el.

—¿Cómo lo arreglaremos para vernos? Tengo viajes programados hasta final de año que me llevarán por todo el mundo y tú continúas viviendo en Japón.

—Mi trabajo es flexible, puedo reunirme contigo cada cierto tiempo como estoy haciendo ahora. Estoy dispuesto a perseguirte alrededor del mundo si hace falta —afirmó sin dudar—. «A donde tú vayas, iré yo» —juró él con solemnidad llevándose una mano al pecho.

Lucía lo miró con escepticismo.

—Bueno, la frase no es mía —reconoció Hugo con una sonrisa pícar—. La vi en un documental del Titanic. Había una pareja que viajaba allí, los Straus, y cuando empezaron a llenar los botes, dijeron que solo tenían espacio para la mujer. Ella se negó a subir y se quedó con su marido. «A donde tú vayas, iré yo», le dijo.

—Dime que consiguieron subir juntos a otro bote.

—No, los dos murieron en el naufragio, pero permanecieron juntos hasta el final.

Ella lo miró sin comprender. ¡Joder, normal! Estaba divagando.

—¿Me estás diciendo que si hay un naufragio...?

—Olvídate del Titánic, de Alberto y todos los preservativos que me has vendido —farfulló él con frustración—. Mírame —rogó mientras cogía su rostro entre las manos—. Lo que intento decirte es que, aunque no lo creas, tengo las mismas posibilidades que tú de acabar con el corazón roto y estoy igual de acojonado, pero no voy a permitir que el miedo me impida estar junto a ti. ¡Towanda, Lucía!

Lucía abrió mucho los ojos y, durante varios interminables segundos, él pudo ver la batalla que se estaba librando detrás de sus pupilas. Entonces, esbozó una sonrisa. La más bella que le había visto jamás.



— Towanda, Hugo!

## Capítulo 24

Pilar se llevó una mano a la frente mientras invocaba a la Virgen del Rocío. ¿Cómo un plan tan sencillo podía haberle salido tan mal? Había trazado la estrategia con cuidado: seducir a Toshi, acostarse con Toshi y regresar a España con un montón de recuerdos que la hiciesen sonreír. ¿En qué momento aquel japonés esmirriado se le había colado en el corazón? No tenía ni idea. Lo único que sabía es que se había enamorado del hombre como una tonta. ¡Y ni siquiera se había acostado con él!

La idea de ir a Tokio había sido una locura desde el principio. Tenía una amiga que acababa de regresar después de una estancia de seis meses y decía que había sido una experiencia maravillosa. Ella le dio el contacto de La bella Alhambra, uno de los muchos tablaos flamencos que había en la ciudad, con la particularidad de que cada cierto tiempo contrataban artistas españoles para sus espectáculos. Así que, ni corta ni perezosa, les mandó una solicitud adornando un poco su currículum en cuanto a lo que inglés se refería, ya que uno de los requisitos era tener buen nivel en ese idioma. Vamos, que mintió descaradamente y dijo que tenía un inglés fluido cuando en realidad chapurreaba lo básico.

Cuando La bella Alhambra respondió a su email diciendo que estarían encantados de contar con sus servicios, dio saltos de alegría. Pagaban muy bien, pero lo que más le importaba era la experiencia y anotarse un tanto en su vida laboral. Pilar Montoya, artista internacional. Eso daba mucho caché y lo iba a necesitar para que el sueño de abrir su propia academia de baile se convirtiese en un éxito.

Además, su primo Hugo, al que estaba muy unida, estaba viviendo allí, así que tendría a alguien en quien apoyarse si tenía problemas, por lo que comenzó a buscar alguna habitación para alquilar por un par de meses. La idea de vivir en su piso fue cosa de su madre y tía Matilde. Las dos mujeres decidieron que era una tontería gastar dinero en alojamiento cuando Hugo tenía un piso alquilado allí, sin contar con que se quedaban más tranquilas sabiendo que iba a vivir con él.

Lo que nadie le había dicho a Pilar es que su primo tenía un piso diminuto... Y que lo compartía con otro chico.

Toshi fue toda una sorpresa, empezando por el momento en que fue a recogerla al aeropuerto. Había hablado con Hugo antes de salir de España y él le dijo que le había surgido un «asunto» —a lo que ella tradujo de inmediato como «ligue»— que le iba a llevar fuera de Tokio por unos días y que un amigo suyo que hablaba español la estaría esperando en la terminal.

Ver a un japonés rígido y formal, con traje y corbata negra a lo *Man in black* y un cartel que decía «Señorita Montoya» la descolocó por completo. No era especialmente guapo, al menos según los cánones occidentales, pero no dejaba de ser atractivo.

La primera conversación que mantuvieron hubiese servido de guion en la película *Dos tontos muy tonto*.

—*Quillo*, yo soy Pilar —anunció ella al plantarse con su maleta frente al japonés.

—Pilar *san* —saludó él con una inclinación formal y añadió: —*Quillo*, no. Toshi.

Ella parpadeó, sin entender muy bien su acento cerrado. Tan solo había captado que había pronunciado mal su nombre.

—*Quillo*, no me llamo *Pilarsan* —comentó y procuró vocalizar al añadir—. Me llamo solo Pilar.

—*Solopilar san* —repitió él con una nueva reverencia—. Yo soy Toshi, no *quillo*.

Hablaba con golpes de voz secos que supuso que eran típicos de su idioma, pero que no terminaba de comprender.

—Escúchame bien, *Toshinoquillo* —repuso con especial cuidado en repetir el nombre que le había entendido decir—. No soy *Solopilarsan*. Llámame Pilar y punto.

—*Pilarypunto san* —reiteró el japonés con otra de aquellas absurdas reverencias.

Se pasaron un par de minutos en aquella conversación de besugos, hasta que se dieron cuenta de que los dos estaban haciendo el tonto. Toshi le explicó que «san» era un sufijo de

cortesía que los japoneses utilizaban como «señora» y Pilar le intentó explicar que *quillo* era... Pues eso, *quillo*. Aunque, por la cara que puso él mientras le hablaba, parecía que no la entendía nada.

El apartamento que Hugo compartía con aquel curioso personaje justo lo que había imaginado: pequeño. Una cocina diminuta con una mesa cuadrada y cuatro sillas que hacía también las veces de comedor; un saloncito que, si no hubiese sido por el sofá que había en un rincón, bien podía haber sido una oficina de trabajo con dos escritorios con ordenadores y un par de mesas de dibujo; dos habitaciones pequeñas y un baño con ducha. Lo que sí que no esperaba es que todo estuviese tan limpio y ordenado —vamos, que conocía a su primo y no era Mr. Proper—, pero no tardó en descubrir que era Toshi el que se encargaba de que todo estuviese así.

El primer día de su estancia en Japón lo pasó encerrada en la pequeña habitación que iba a compartir con Hugo, tratando de superar la jaqueca que le había producido el *jet lag*. Por lo que le había explicado el japonés, su primo le iba a ceder la cama y él dormiría en un futón en el suelo. Aquello le recordó a los veranos que pasaba en Buendía, cuando la abuela los dejaba acampar en el jardín trasero y todos los primos, ella incluida, compartían la única tienda de campaña que tenían.

El segundo día recuperó parte de su energía y trató de comunicarse con Toshi, aunque sin demasiado éxito. Ella hablaba y hablaba, y él la miraba con cara de incomprensión, incluso con censura cuando a Pilar le daba por cantar.

No fue hasta que llegó Hugo, al tercer día, cuando pudo comenzar a comunicarse con Toshi y a conocerlo, y lo que descubrió de él, con el tiempo, le fascinó por completo. Era como si dos personalidades diferentes conviviesen dentro del cuerpo delgado pero fibroso: una con unas ganas tremendas de vivir, apasionada, llena de curiosidad y con mucho sentido del humor; la otra, comedida y forzada, incluso artificial, empeñada en sumergirse en una vida que no lo hacía feliz por un sentido del honor que a ella le resultaba incomprensible.

Sin olvidar el pequeño detalle de su «intento» de suicidio. No habían vuelto a hablar del tema, pero Pilar no lo podía

obviar y sentía escalofríos cada vez que miraba aquella ventana.

Sí, habían pasado más de dos semanas desde su llegada a Japón, intensas y llenas de emoción, en las que había podido intimar mucho con Toshi de forma anímica, pero debido a la constante presencia de Hugo con ellos, no había habido oportunidad para avanzar en el aspecto físico de su relación. Sin embargo, eso iba a cambiar pronto. Su primo le había dado una buena oportunidad: se había ido una semana a Australia tras la chica de la que aseguraba se había enamorado, y eso la dejaba a solas con Toshi en el apartamento.

Debido a que él se pasaba todo el día en el trabajo en una jornada interminable de diez horas, solo les dejaba la noche para estar juntos, y teniendo en cuenta que ella ya había empezado a trabajar en La bella Alhambra, sus posibilidades de verse eran muy escasas y las tenía que aprovechar al máximo.

Su seducción estaba planeada a través de los cinco sentidos, para que no hubiera nada a su alrededor que no lo hiciese pensar en ella:

Por medio del oído, compartiendo con él canciones escogidas con cuidado para despertar las emociones. Música que hablaba de deseo y de amor, de esperanzas y de sueños.

A través del gusto: paella, tortilla, gazpacho, cocido, fabada, migas, arroz al horno... Se esforzó por deleitar su paladar con los mejores platos de la gastronomía española, que el japonés engullía encantado e incluso le preparaba fiambreras para que se los pudiera llevar al trabajo. Como su madre siempre decía: «Si no conquistas a un hombre con tus tetas, entonces sedúcelo a través del estómago».

Por el olfato, poniendo un toque sutil de su perfume de azahar en la ropa de Toshi, lo justo para que no se percatara de ello de forma consciente, pero sí para que lo percibiese su subconsciente.

Con la vista, pues ahora que Hugo no estaba en el apartamento, Pilar había dejado de lado los pijamas de corazoncitos y había sacado la artillería pesada: saltos de

cama, nada escandalosos, pero sí provocativos, que conseguían que los ojos del japonés la persiguiesen sin apartar la vista.

Sin embargo, con lo que más se divertía era con el tacto. Por lo que había podido observar, los japoneses eran bastante contenidos a la hora de tocarse, así que ella había optado por un asedio progresivo. Al principio, solo habían sido pequeños roces y caricias. Después, había pasado al contacto directo, por ejemplo, revolviéndole el cabello; parecía avergonzarse de él, pero a ella le encantaba la mata de pelo que tenía, suave y rebelde. También aprovechaba para tocarlo cuando bailaban, puesto que continuaban practicando baile siempre que podían. Con todo, cuando más disfrutaba era con los besos y abrazos espontáneos. Toshi parecía consternado cada vez que ella le tocaba de aquella manera, como si no estuviera acostumbrado a las muestras de afecto, pero no se apartaba. Todo lo contrario, cerraba los ojos y contenía la respiración, como si de esa forma quisiera disfrutar al máximo la sensación.

Y así, concentrada en su plan para seducirlo, había bajado la guardia y él se había colado en su corazón sin ningún esfuerzo.

Con todo, el muy condenado no tomaba la iniciativa y el orgullo de ella pedía a gritos que lo hiciera, porque una cosa era «allanarle» el camino hasta la casa y otra obligarlo a que entrara a punta de pistola. Era él el que tenía que adentrarse por propia voluntad.

Solo le quedaba una carta para hacerlo reaccionar y la iba a jugar aquella misma noche: los celos. Era arriesgada, sí, pero estaba desesperada. La idea se la había dado Hugo. Si él había estado dispuesto a recorrer más de siete mil kilómetros al ver que otro hombre rondaba a su chica, ¿qué haría Toshi si ella coqueteaba con otro?

Como todas las noches desde que ella empezó a actuar, Toshi fue a La bella Alhambra a cenar y a disfrutar del espectáculo. Se sentaba en una mesa en primera fila, solo, y no apartaba la mirada ni un segundo mientras ella actuaba. La observaba con tanta intensidad y deseo, que se sentía flotar en

el escenario y acababa bailando solo para él. Todo lo demás desaparecía a su alrededor.

La suya siempre había sido una actuación individual, pero para aquella noche en concreto, preparó un baile en pareja con Hayate, un japonés de abuela cordobesa que llevaba dos años trabajando allí. La verdad es que era un poco capullo y un pulpo de manual, pero bailaba bien, hablaba español con fluidez y era perfecto para lo que quería.

Como estaba convencida de que el fin justificaba los medios, durante los ensayos había estado alentando su interés, pero sin dejarlo avanzar. Vamos, una «calientabraguetas» en toda regla. Tal vez por eso su actuación tuvo cierto cariz apasionado y sexual que ella potenció con miradas sensuales y movimientos provocadores. Cualquier espectador que los viera pensaría que entre ellos dos había algo más que una relación profesional, y Toshi no fue una excepción.

Pilar estudiaba sus reacciones por el rabillo del ojo de tanto en tanto. La mirada de admiración con la que siempre la observaba había pasado a ser hermética y su cuerpo se veía erguido y tenso. Sujetaba los cubiertos con tanta fuerza que sus puños se veían blancos, y lo vio vaciar la copa de un trago en más de una ocasión.

Terminaron de bailar jadeantes y sudorosos y se retiraron entre los aplausos entusiastas del público. Pilar espió entre bambalinas mientras cuatro de sus compañeros tomaban el relevo en el tablao, pero Toshi ya no se veía por allí. Maldijo en silencio. Esperaba no haberse pasado en su actuación y que en lugar de celos lo que hubiese despertado en él fuese rechazo. Rezó para que estuviese esperándola en la puerta de los camerinos, como había hecho en alguna ocasión, pero el pasillo estaba desierto. Iba a entrar en el de mujeres para cambiarse de ropa, recoger sus cosas y buscarlo, cuando alguien la abrazó por detrás y la introdujo con un movimiento rápido en una puerta que daba a un almacén.

Pensó que era Toshi y la emoción la embargó. ¡Por fin había conseguido una reacción de él! Sin embargo, al girarse, se encontró cara a cara con Hayate.

—¡Menuda pareja hacemos! —exclamó él mientras cerraba la puerta.

Antes de que pudiese reaccionar, la empujó contra la pared y se echó encima de ella. De inmediato, Pilar comenzó a forcejear contra él en un intento por escapar.

—¡Suéltame, Hayate!

—¿Qué te suelte? —bufó él—. Llevas toda la noche pidiéndome sin palabras que te dé justo esto. Venga, ahora no te hagas la estrecha —masculló y la besó con violencia.

Invadió su boca mientras apesaba uno de sus pechos y lo apretaba con brutalidad. Pilar besó con saña la lengua invasora y tuvo un segundo de satisfacción al escuchar su gruñido de dolor antes de sentir como un rayo candente se estrellaba contra su mejilla, rápido y veloz, provocándole un zumbido en el oído.

Se quedó por un momento en estado de shock hasta que su cerebro asimiló lo que acababa de pasar: aquel cabrón le acababa de dar una bofetada. Y lo peor es que su ataque no se iba a parar ahí, lo pudo ver en sus ojos y en su sonrisa sádica. Pretendía violarla.

Gritó con todas sus fuerzas, pero el sonido pronto fue amortiguado cuando él le tapó la boca con la palma de la mano. La empujó hacia una pequeña mesa que había en un rincón y aplastó su torso contra la superficie. Pilar comenzó a debatirse de nuevo al sentir su dureza contra las nalgas a pesar de las capas de ropa que los separaban. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia y el miedo. Intentó chillar, pero él atenazaba su boca con fuerza y solo podía emitir gemidos lastimeros mientras sentía como su otra mano forcejeaba con la falda de volantes de su vestido.



## Capítulo 25

Toshi se lavó la cara y se la secó con una de las toallas de mano que había en el baño de caballeros. Luego se miró en el espejo y suspiró. Aquella mujer lo estaba volviendo completamente loco. La tenía rondándole el pensamiento sin descanso, como si su presencia hubiese ocupado todos los huecos de su vida: su aroma a azahar lo acompañaba a todas partes, su risa lo perseguía, sus ojos lo tentaban...

Pese a haberse refrescado, no conseguía eliminar la tensión que le había producido verla coquetear de forma tan descarada con otro, ni siquiera había podido quedarse a terminar de ver la actuación y había huido al baño.

Hasta que la conoció pensaba que lo más difícil que había hecho era alejar de su vida el dibujo. Se equivocó. Resistirse a ella sin duda era lo más arduo que había hecho jamás.

No estaba ciego: ella sentía algo por él, pero no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por las promesas que leía en sus ojos. El respeto hacia su amigo no se lo permitía. El honor y el deber para con su familia se lo impedía.

Sin embargo, lo único que había conseguido con su actitud era que Pilar se rindiese en lo que a él se refería y buscase a otro hombre. Era lo mejor para todos, ¿no? Entonces, ¿por qué sentía ese nudo en su interior que no lo dejaba respirar?

Con aquel tumulto de emociones batallando en su interior, Toshi fue a los camerinos en busca de Pilar. Llamó a la puerta del camerino de mujeres, pero no escuchó respuesta alguna. Iba a volver a llamar cuando escuchó algo parecido a un grito que salía de detrás de una puerta. Se acercó con cautela y escuchó con atención lo que parecían gemidos. En un primer momento pensó que eran los sonidos propios del acto sexual y el estómago se le revolvió al pensar que podía ser Pilar con su compañero de baile, pero luego escuchó un sollozo apagado y comprendió.

Abrió la puerta con tanta fuerza que casi la saca de los goznes, sobresaltando al hombre que estaba encima de Pilar,

intentando bajarse la bragueta del pantalón. Los ojos aterrados de la muchacha lo miraron llenos de lágrimas por encima de la mano de aquel animal, que todavía tapaba su boca, y por primera vez en su vida Toshi sintió deseos de matar a alguien.

—Suéltala, hijo de puta —gruñó fuera de sí.

No esperó a que él se apartara y le dio un empujón que lo hizo trastabillar hacia atrás, alejándolo de ella.

—¿Estás bien? —susurró lleno de preocupación mientras la ayudaba a incorporarse.

Ella asintió con la cabeza gacha. Estaba intentando mostrarse fuerte, pero la barbilla le temblaba de forma visible. La cogió con suavidad por la barbilla y le alzó el rostro para que lo mirase percatándose al instante de su mejilla enrojecida. Su mirada avergonzada se le clavó en el corazón.

—No sé qué crees que estaba pasando, pero no es lo que piensas. Ella se resistía por darle un poco de morbo al tema. Ya sabes cómo son las mujeres españolas —comentó con tono confidente, como si fuera algo consabido.

Sabía cómo era Pilar, y por eso, se lanzó contra él. Puede que el otro le sacase una cabeza y fuese más fornido, pero Toshi contó con el efecto sorpresa y la necesidad de destrozarlo por lo que había intentado hacerle a su chica.

Su puño impactó contra su mandíbula, derribándolo, y no contento con eso lo pateó con saña. Fue a darle otra vez, pero Pilar lo detuvo. El forcejeo había atraído la atención de un par de bailarinas que dieron la avisaron a seguridad y pronto se armó un revuelo.

La policía no tardó en llegar, les tomó declaración y se llevó a Hayate detenido después de que Pilar insistiese en presentar una denuncia contra él.

—Espero que pase una buena temporada detenido —masculló la muchacha con rabia cuando por fin llegaron al apartamento, horas después.

Toshi no quiso desilusionarla al respecto, pero por desgracia, las leyes en su país mantenían una postura bastante misógina respecto a las violaciones. Más aún si el acto en sí no

se había llegado a consumir ni había causado heridas a la víctima.

—¿Quieres llamar a tu familia?

—¡No! Si llamo a mi familia, mi madre es capaz de presentarse aquí en el primer avión —respondió ella mientras se abrazaba a sí misma, nerviosa—. Estoy bien, de verdad. Por suerte solo ha quedado en un susto —musitó y se estremeció de forma visible—. Solo quiero darme una ducha y olvidarme de que todo esto ha pasado —agregó antes de meterse en el baño.

Toshi esperó con paciencia en la puerta a que saliese, no pensaba dejar que pasara sola por aquello. El silencio que desprendía el cuarto de baño hablaba de dolor. Cuando Pilar se duchaba siempre cantaba, pero ahora su voz permanecía apagada y eso empezó a preocuparlo. Llamó con suavidad y al no escuchar respuesta, se decidió a entrar.

Pilar estaba hecha un ovillo en el suelo de la ducha y sus lágrimas se mezclaban con el agua que caía sobre ella. Se acercó despacio, cerró la ducha y se acucilló a su lado mientras la cubría con una toalla.

—Ha sido mi culpa. —La escuchó decir con voz rota—. Lo estuve provocando y...

—Mírame, Pilar. No ha sido tu culpa. Que hayas provocado a un hombre no le da derecho a violarte. Tú no has parado de hacerlo desde que te conozco y nunca se me ocurriría ponerte una mano encima sin tu consentimiento.

—Tampoco lo haces, aunque lo consienta —farfulló ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que te importo tan poco que nunca has intentado abrazarme, ni siquiera después de esto.

Varias gotitas se habían quedado pegadas a sus pestañas como el rocío de la mañana en una tela de araña, haciendo que sus ojos se viesen todavía más brillantes. Lo desarmaron por completo, derribando la última barrera que se había esforzado en erigir entre ellos.

—No, Pilar. Me importas tanto que tengo miedo de que, si te abrazo, no pueda soltarte jamás —confesó en un susurro quedo.

Ella lo miró con sorpresa y una sonrisa esperanzada comenzó a aflorar en sus labios. Y con un suspiro de derrota, Toshi la cogió en brazos y la sacó de allí. No la llevó al dormitorio de Hugo, sino que la condujo al suyo propio. La depositó sobre la cama, la secó con cuidado y le puso una de sus propias camisetas que, por extraño que pareciese, ya olía a ella.

Después, se tumbó junto a Pilar y la abrazó. Se sentía tan bien estrechándola entre sus brazos que lo embargó una sensación de paz y bienestar absoluta. Y así, sin darse cuenta, se quedaron dormidos.

No supo bien en qué momento de la noche empezaron los besos. Si fue él el que los buscó o ella se los robó mientras dormía. Lo único que supo fue que, en cuanto tomó conciencia de que la estaba besando, no se pudo detener. Le hizo el amor con ternura y delicadeza, transmitiéndole todo el amor que había despertado en él, y cuando el placer los dejó jadeantes y temblorosos, se abrazaron de nuevo hasta volver a quedarse dormidos.

Durante varios días, el mundo recuperó el color y Toshi la ilusión por vivir. Su trabajo continuaba siendo desmotivador, pero no podía dejar de sonreír porque sabía que, al llegar a casa, ella lo estaría esperando.

La bella Alhambra había despedido a Hayate y Pilar volvía a bailar, aunque ahora Toshi tenía la certeza de que lo hacía solo para él.

Sí, durante un tiempo rozó la felicidad.

Sin embargo, la realidad se terminó por imponer cuando ella sacó el tema del futuro mientras cenaban un guiso de ternera y patatas que sabía a gloria.

—Pues cuando vengas conmigo a España y pruebes el guiso de mi madre, vas a flipar —comentó Pilar con una sonrisa—. Por mucho que me haya dado la receta, no consigo

hacerlo igual. Y mira que le canto hasta bulerías mientras lo preparo, pero el *condenao* se me resiste.

Toshi dejó de comer al instante y se quedó con la vista pegada en el plato. Las palabras de Pilar eran su sueño, pero nunca se podrían hacer realidad.

—No puedo ir contigo a España, Pilar.

Ella lo miró y su sonrisa titubeó un poco, pero no desapareció.

—Bueno, supongo que ahora mismo no. Yo regreso la semana que viene y tú todavía tienes que dejar todo atado aquí, pero dentro de un tiempo...

—Ni ahora ni nunca. Estoy prometido, lo sabes.

—Pero estás enamorado de mí —musitó ella sin comprender y, de repente, la inseguridad nubló su mirada.

—No dudes ni por un instante de que te quiero —afirmó Toshi con pasión, pues no soportaba ver que ella tuviese aquella incertidumbre—. Pilar, *aishiteru* —susurró. Ella no lo sabía, pero aquella palabra contenía tanto sentimiento que los japoneses raramente la decían—. Te amo —tradujo, para que no le cupiese duda de sus sentimientos—. Pero no puedo deshonorar a mi familia, debo cumplir con mi compromiso.

—Habla con ellos, seguro que lo entenderán.

—No lo harán.

Ella lo miró incrédula.

—¿Qué clase de familia tienes que te condena a una vida de infidelidad?

—No lo comprendes.

—Por supuesto que no, y ya puestos, tampoco te comprendo a ti. Tienes la oportunidad de empezar una nueva vida en España, viviendo conmigo y trabajando con Hugo en algo que en verdad te apasiona. ¿Por qué prefieres quedarte aquí?

—No se trata de lo que yo prefiera, sino de lo que debo hacer.

—El honor y el deber antes que el amor, ¿verdad? —  
farfulló Pilar con rabia.

Toshi asintió en silencio con la mirada gacha.

Ella se levantó de repente con tanto ímpetu que la silla se  
cayó hacia atrás. Plantó las manos sobre la mesa y se inclinó  
sobre él con los ojos entrecerrados.

—Está bien, haz lo que debes, pero cuando explotes  
dentro de un mes o un año y decidas saltar por una maldita  
ventana igual que estuviste a punto de hacer el otro día, no  
creo que tu familia se sienta demasiado honrada al despegar  
tus restos del asfalto.

Después de soltar aquello, Pilar se encerró en su  
habitación hecha una furia.

Él apretó los puños sobre la mesa en un intento por  
contener la necesidad de ir tras ella. Había pasado antes de lo  
que hubiese querido, pero era lo que tenía que hacer. La  
acababa de echar de su vida y con ello, el mundo de Toshi  
volvió a perder el color.

## Capítulo 26

Lucía, tumbada sobre una tabla de surf, se deslizó sobre el agua impulsándose con las manos y fue cogiendo velocidad a medida que la ola se acercaba. En cuanto sintió que estaba dentro de ella, tomó aire y se puso de pie. Solo consiguió mantener el equilibrio durante cinco segundos antes de que cayera hacia un lado, pero cuando emergió dejó escapar un grito de júbilo.

—¿Me has visto? —inquirió con entusiasmo, como una niña pequeña que hace una proeza y espera el reconocimiento.

Hugo no la defraudó. Con un aullido entusiasta, se acercó a ella con fuertes brazadas y le chocó la mano como haría con un colega, con la salvedad de que luego la trajo hacia sí y la besó con ímpetu.

—Esta es mi chica.

Resultaba que Hugo sí que sabía hacer surf. Bueno, no era un profesional ni mucho menos, pero se defendía bastante bien. Por lo que le había contado, su amigo Katsuo era un forofo de aquel deporte y solían ir a practicar un par de veces al mes a la playa de Chiba, a unos cuarenta y cinco minutos de Tokio.

Después de pasar el día en el parque temático marino Sea World, en el que habían podido ver desde pingüinos hasta osos polares, y donde se habían podido bañar con delfines, algo nuevo para Hugo, habían decidido pasar las últimas horas de sol en la playa y alquilar un par de tablas de surf para divertirse.

Bueno, el que más se había divertido había sido Hugo viendo como ella se caía una y otra vez pero después de más de un par de horas practicando, parecía que ya le iba pillando el truco.

—Voy a salir ya, creo que ya he bebido bastante agua de mar por hoy.

—Yo voy a coger un par de olas más, ¿vale?

Se despidieron con un beso rápido y luego Lucía se dirigió con la tabla a la orilla. La plantó en la arena y se quitó el traje de neopreno que llevaba. Sintió un escalofrío al sentir la caricia de la brisa marina sobre su piel húmeda y se apresuró a secarse. Después se vistió con un colorido caftán de manga larga que había comprado en Marruecos y sentó en la arena.

Pese a que el mes de junio era de los más fríos del año en aquella parte del mundo, la temperatura de aquel día había rondado los veintitrés grados, aunque ahora que el sol empezaba a esconderse estaba refrescando.

El cielo empezaba a teñirse de tonos rosados en el horizonte mientras los surfistas apuraban las últimas horas de diversión. Distinguió a Hugo en la distancia y sonrió de orgullo al verlo coger una ola con maestría.

Todavía le costaba asimilar que tuviera una relación con él, pero así era.

Si alguien le preguntase cuál fue el momento exacto en que Lucía se enamoró de Hugo, no sabría responder. Tal vez empezó a sentir algo por él en Tokio, cuando compartieron confidencias durante su recorrido por el museo TeamLab Borderless. Sin duda, la cautivó los días que estuvieron juntos en Bali, compartiendo mil aventuras. Pero fue en Australia, entre amaneceres que los sorprendían con los cuerpos abrazados y noches paseando bajo la luz de la luna, cuando supo sin lugar a duda que lo que sentía por Hugo era real y auténtico.

Siempre había pensado que viajar sola era muy gratificante, pero al recorrer la Gold Coast a su lado se dio cuenta de que hacerlo con la pareja adecuada era una experiencia especial. Y sin duda, él era el compañero de viaje que siempre había deseado encontrar. Atrevido, entusiasta, divertido, optimista, apasionado y, lo que ella consideraba una de las cosas más importante: la animaba siempre a superarse a sí misma.

Nunca pensó que el amor pudiese llegar tan rápido. Bueno, había sido testigo del flechazo de Katsuo y Yumi, pero



eso sucedía en contadas ocasiones. Un *instant love* era tan difícil como... que encuentres una perla en la ración de ostras de un restaurante. Puede que el enamoramiento de Lucía no hubiese sido inmediato, pero había fluido de una forma tan impetuosa que ni una distancia de miles de kilómetros lo había podido mitigar.

Con esos pensamientos rondándole en la cabeza, abrió su mochila y sacó la libreta azul que había pertenecido a su padre. Pasó las hojas con cuidado y se detuvo en las anotaciones que su padre había hecho de Australia, uno de los países que había formado parte de su «Proyecto de jubilación».

*Si la rodilla que tengo cascada todavía me lo permite, me gustaría hacer surf en la Gold Coast. Dicen que es una de las mejores playas de Australia para ese deporte. Sé que Amparo me esperará en la orilla, animándome. A mi amor no le gusta mucho la aventura, pero siempre está dispuesta a apoyarme. Y si ya estoy muy mayor para algo así, seré feliz sentándome en la arena a su lado, pasar el brazo sobre su hombro y, simplemente, disfrutar juntos de ese momento.*

Toda la libreta estaba plagada de aquel tipo de descripciones: un cúmulo de instantes que su padre esperaba vivir con su mujer. A medida que la había ido leyendo, se había sentido más unida a él que nunca. Ahora comprendía mejor que, por muchas ganas de ver mundo que tuviese él, lo que más valoraba era los pequeños momentos que compartía con la persona amada, estuviese donde estuviese. Por eso sabía con certeza que, aunque no había podido cumplir su sueño de dar la vuelta al mundo, había sido muy feliz.

Levantó la mirada a tiempo para ver cómo Hugo salía del agua. Bebió su imagen con avaricia, admirando cada músculo de su cuerpo. Él se paró un segundo y movió la cabeza de un lado a otro, lanzando pequeñas gotitas al aire que brillaron con los últimos rayos de sol.

¡Madre mía, estaba como un tren! Y, por supuesto, no era la única que se había percatado de ello. Una chica rubia con pinta de modelo de Victoria Secret se acercó a él con una

sonrisa seductora y le dijo algo. No supo lo que Hugo le respondió, pero debió de ser digno del Club de la Comedia porque ella dejó escapar una carcajada que hizo que Lucía rechinara los dientes. Hablaron durante unos segundos que para ella fueron interminables y después vio que la mujer posaba su mano en el hombro de Hugo.

Ella apartó la mirada, era eso o levantarse y cogerla de los pelos para separarla de su chico. Los celos se enroscaron en su estómago dejándole una sensación amarga que no le gustó. Miró otra vez y vio cómo Hugo hacía un movimiento sutil para romper el contacto. ¡Bien por él! Aquello la relajó un poco, pero luego se enfadó consigo misma. Hugo era la clase de hombre que atraía a las mujeres como un imán y siempre lo estarían rondando. Debía acostumbrarse a ello... Aunque eso no significaba que le gustase verlo.

Para distraerse, cogió uno de los botecitos que llevaba en la mochila y lo llenó de arena. Después, escribió en la etiqueta: «Gold Coast. Australia».

—¿Qué es eso? —inquirió Hugo, sorprendiéndola cuando lo estaba guardando en la mochila.

—He cogido un poco de arena de la playa de recuerdo —respondió Lucía mientras se encogía de hombros.

—También te vi coger un poco de tierra cuando subimos al volcán Batur. ¿Es una especie de colección?

—Algo así —respondió ella.

Aunque no había sido su intención, su tono sonó demasiado seco para que él no se percatara de ello.

—¿Estás molesta por algo?

—¿Yo? No, ¿por qué iba a estarlo?

«Muy bien —la felicitó su vocecita interior—. No demuestres que te has puesto celosa y pase lo que pase no le preguntes por...»

—¿Qué quería la Barbie australiana? —barbotó de repente.

«Mal, Lucía. Mal», se reprendió a sí misma.

—Se ha acercado a preguntarme la hora.

—Pero si llevaba reloj —bufó Lucía.

—Lo sé, no ha sido demasiado sutil —comentó Hugo con una mueca. Por un momento la miró con sorpresa y luego un brillo intenso destelló en sus pupilas—. Lucy Liu, ¿estás celosa?

—Ya te he dicho que no —replicó ella enfurruñada—. Será mejor que vayamos ya al hotel, empieza a hacer frío —musitó mientras se levantaba y se sacudía la arena.

Volvieron en un silencio tirante, ella rabiando consigo misma por ser una estúpida celosa y él... La verdad es que no tenía ni idea lo que pasaba por la mente de él en aquel momento, porque su expresión se mantenía hermética.

Lo averiguó en cuanto llegaron al hotel. Después de la primera noche, habían decidido compartir la habitación de Lucía para reducir gastos, así que los dos traspasaron la puerta en silencio. Era una estancia espaciosa, con una cama *king size* en el centro, un bonito tocador con espejo en un lado y un sillón en un rincón. En cuanto entraron, en un abrir y cerrar de ojos, Lucía se encontró con la espalda contra la madera y a Hugo cerniéndose sobre ella con una mirada intimidatoria. No la tocaba, pero había apoyado las manos en la pared, una a cada lado de su cabeza mientras la miraba expectante.

—¿Qué?

—¿Estás celosa, Lucía?

—¡Oh, vamos! —bufó ella—. ¿Todavía sigues con eso?

—Contesta —gruñó Hugo tan implacable como un bulldog persiguiendo un jugoso hueso.

Lucía explotó y con un empujón, lo apartó de ella.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me gusta ver como una chica se acerca para intentar ligar contigo? ¿Que me es indiferente si te sonrío como una idiota o te toca? Pues no. No me gusta. No me es indiferente —siseó con rabia mientras se movía por la habitación como una leona enjaulada—. ¡Sí, estoy celosa, joder! ¿Es eso lo que querías oír?

—Quiero oír la verdad —gruñó Hugo—. No quiero que te guardes nada, porque lo único que conseguirás será amargarte. Si algo te molesta, dímelo. Chíllalo si hace falta. Pégame una hostia si me la merezco. Pero no te lo guardes.

—Porque verme celosa ensalza tu ego, ¿verdad? —inquirió con voz cargada de veneno.

El semblante de Hugo se oscureció. Pudo ver como apretaba los labios en una línea fina y comenzaba a temblar el músculo de su mandíbula. Su comentario lo había cabreado y mucho. Y cuando Hugo se cabreaba...

Contuvo el aliento cuando lo vio dirigirse a ella en silencio. No habló, solo la cogió por los hombros, la giró y la inclinó sobre el tocador, de forma que Lucía tuvo que apoyar las manos en su superficie. Después, se colocó tras de ella, con su duro torso pegado a la espalda femenina y las manos apoyadas en la cómoda al lado de las suyas.

Lucía lo miró a través del espejo que tenía delante y lo que vio no la sorprendió: deseo, puro y crudo deseo. El mismo que tensaba el vientre de ella en aquel momento. Pero también había algo más. Decisión.

—Creo que todavía no te han quedado un par de cosas claras sobre mí —susurró en su oído provocando un escalofrío que recorrió su espina dorsal—. La primera es esta. —Y como «esta» la hizo sentir su duro miembro contra ella—. No estoy empalmado por la rubia de bote de antes; me he tirado a tantas como ella que ni lo recuerdo —agregó con sinceridad—. Si estoy así es por ti. Solo por ti. Me miras y me excito. Me sonríes y me excito. Me tocas y me excito. —Con cada frase se frotaba contra ella de una forma deliciosa—. ¿Pero sabes lo que me pone más cachondo de ti? Que no solo excitas mi cuerpo, también estimulas mi mente. Me provocas, me tientas, me desafías... Me vuelves loco, Lucía —añadió y mordisqueo el lóbulo de su oreja de una forma que la hizo gemir.

La hizo incorporarse y se deshizo de su ropa entre gruñidos, para a continuación besar su boca de una manera feroz, usando la lengua y los dientes como si la quisiera

devorar. Ella hizo ademán de girarse para abrazarlo, pero él se lo impidió.

—No, Lucía, todavía no he acabado contigo — murmuró mientras la volvía a colocar en la misma posición que antes, con las manos apoyadas sobre el tocador—. Todavía queda por aclarar la segunda cuestión: mi ego. Abre las piernas —indicó con voz ronca al tiempo que se quitaba la ropa con impaciencia.

Ella se mordió el labio para contener un jadeo. Estaba más excitada de lo que recordaba haber estado nunca y lo único que había hecho él, por ahora, había sido besarla. Ni siquiera había sentido sus manos sobre la piel.

—¿Sabes lo que es halagador? —inquirió él mientras se volvía a colocar detrás de ella.

Lucía pudo sentir la punta roma de su pene indagando entre sus pliegues húmedos y se estremeció de expectativa.

—Tu deseo hacia mí —gruñó él justo antes de penetrarla de una estocada fluida que lo llevó muy adentro—. La manera en que tu cuerpo tiembla de anhelo. Esa forma en que tu vagina me aprieta intentando retenerme en su interior — continuó diciendo él.

Se salió despacio y se volvió a introducir con contundencia, una y otra vez. Pero Lucía necesitaba más. Necesitaba sentir sus manos sobre la piel, mimándola como solo él sabía hacer.

—Hugo, tócame —musitó con tono suplicante.

—Eso sí que es jodidamente halagador, Lucy Liu — farfulló él justo antes de hacer lo que ella pedía y acariciarla con pasión.

Había algo muy morboso en hacer el amor de aquella manera, frente a un espejo, sin poder ocultar ninguna de sus emociones ni ante él ni ante ella misma.

—Mírate. Mírame. Míranos —susurró Hugo en su oído, sin cesar de moverse en su interior. Una de sus manos se estaba recreando en sus pechos mientras la otra acariciaba su clítoris con suavidad—. Es real, es real —repitió como una

letanía, como si hubiese intuido que a una parte de ella todavía le costase creer en su relación—. Te amo, Lucía —jadeó en su oído sin apartar la vista de ella a través del espejo y sin ocultarle la verdad que a ella todavía le costaba asimilar.

No tardó en alcanzar el cielo entre sus brazos y él la siguió poco después, enterrando el rostro en la curva de su cuello con un suspiro entrecortado y abrazándola con fuerza.

Tenía una forma de abrazar que desarmaba por completo y aquella vez no fue la excepción. La volvió hacia sí y la apretó contra su cuerpo, como si quisiera fundir su cuerpo en uno. Después, cogió su rostro entre las manos y buscó su mirada.

—Necesito que lo entiendas, Lucía. No son tus celos. Tampoco es tu deseo por mí, aunque eso queda demostrado que me vuelve loco —añadió con una sonrisa rápida y sensual—. ¿Sabes lo único que ensalzaría mi ego de verdad? Que tú me amaras lo suficiente para confiar en mí, pasara lo que pasase.

## Capítulo 27

Cuando Hugo abrió la puerta de su apartamento un par de días después, Toshi estaba en el salón con expresión sombría.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué ha hecho Pilar ahora?

—No ha sido ella, he sido yo —susurró el japonés con los puños apretados y la cabeza baja, en esa particular forma que tenían los japoneses de mostrar vergüenza—. He deshonrado a nuestra amistad, he insultado a tu familia y, lo que es peor, le he roto el corazón a Pilar.

—Sí que te ha cundido la semana —musitó Hugo con los ojos en blanco—. ¿Puedo dejar la maleta en mi habitación sin miedo a que te hagas el *harakiri* mientras tanto?

—Hablo en serio Hugo, he metido la pata hasta el fondo.

—Déjame adivinar: te has acostado con mi prima.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque cuando le dije que me iba una semana a Australia casi me hace la maleta por las ganas que tenía de quedarse a solas contigo aquí —explicó Hugo—. La conozco. Es más, le di mis bendiciones hace tiempo para que intentara seducirte.

—Ella no ha intentado seducirme —repuso Toshi al instante.

—Seguro que no —replicó Hugo con ironía.

—Soy yo el que se aprovechó de ella en un momento en el que se sentía vulnerable —insistió Toshi.

Algo en su tono lo puso en alerta.

—¿Vulnerable por qué? —inquirió Hugo con el ceño fruncido.

—Un compañero de trabajo la intentó violar. No lo hizo —se apresuró a aclarar al ver el horror que sin duda reflejó su rostro—. Por suerte, llegué a tiempo y lo impedí.

Hugo se dirigió a su habitación con un nudo en el estómago y llamó a la puerta.

—¡Si anoche no quise hablar te puedo asegurar que hoy tampoco! —rugió la voz de Pilar desde dentro, señal de que Toshi ya había intentado comunicarse con ella.

Haciendo caso omiso, abrió la puerta con cautela y se asomó.

—¿Ni siquiera con tu primo preferido?

—¡Hugo!

Pilar tenía los ojos hinchados por las lágrimas y la nariz roja. Su expresión era tan triste como la de una niña pequeña a la que le compran un cucurucho de helado y la bola se le cae al suelo al darle el primer lengüetazo.

Hugo abrió los brazos y ella se lanzó a ellos con un pequeño sollozo lleno de congoja.

—¿Estás bien, pequeña? —musitó mientras le besaba la coronilla—. Toshi me ha contado lo que te pasó en el tablao.

Nunca se hubiese perdonado que le hubiese pasado algo estando en Japón. Se suponía que debía cuidar de ella y que era responsable de su bienestar mientras estuviese a su cargo.

—Sí, él me ayudó a superarlo; la verdad es que fue un encanto y tuvo tanta paciencia conmigo... —La voz se le quebró y no pudo terminar la frase. Se escabulló de sus brazos y se sentó en el borde de la cama con un suspiro cansado—. He sido una tonta, primo. Mira que me lo advertiste, pero ya sabes lo cabezona que soy y... Lo quiero, Hugo. Sé que es pronto para decirlo, que solo han pasado tres semanas, pero nunca nadie me había hecho sentir cosas tan bonitas. Es tan dulce, tan apasionado... Además, te puedo asegurar que eso que dicen de que todos los orientales la tienen pequeña no es cierto. Bueno, no daría la talla en una porno, pero no está nada mal y la sabe mover de una forma que...

—¡Pilar, por Dios! No me interesa saber en lo más mínimo cómo es la polla de mi amigo —protestó Hugo tapándose los oídos.



—Y lo peor de todo es que él me quiere a mí —continuó parlotando ella sin detenerse—, pero aun así se va a casar con esa chica que le ha buscado su padre.

—Ya te lo dije. Toshi viene de una familia muy tradicional. Siempre ha sido la oveja negra de su familia y, desde que murió su hermano, se está esforzando por complacerlo como lo hacía él.

—¿Aunque eso lo haga tan infeliz como para pensar en el suicidio?

—¿Qué quieres decir?

—Una tarde salí de la habitación y me lo encontré en el salón. Estaba parado delante de la ventana abierta, con la mirada perdida y una expresión tan vacía como la de la muñeca de porcelana que tiene la abuela en su casa de Buendía. ¿Te acuerdas? Siempre nos daba miedo entrar en su habitación porque esa muñeca nos daba muy mal rollo. Parecía que en cualquier momento fuese a girar la cabeza como la niña del *Exorcista* y...

—Pilar, céntrate —cortó Hugo con un suspiro exasperado.

—Sí, perdona. La cuestión es que empezó a inclinarse hacia adelante, y te juro que si no lo hubiese sorprendido en mitad de la faena, tu amigo hubiese quedado hecho una tortilla en el suelo. Fue la primera noche que nos sorprendiste bailando en el salón y, desde entonces, soy incapaz de mirar esa ventana sin que se me revuelva el estómago.

Hugo tardó unos segundos en asimilar aquello. Siempre había temido que su amigo pudiera hacer aquello, pero saber que había estado tan cerca de hacerlo...

—Gracias por contármelo —musitó.

Debía de sentirse furioso, pero en cambio, un doloroso vacío se había apoderado de su interior.

—Voy a tomarme un café, necesito despejarme. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Voy a ver si consigo dormir un poco más.

Cuando Hugo salió de su habitación, se encontró a Toshi en la cocina, sentado en la mesa, desayunando. Ya tenía puesto aquel ridículo traje con un nudo de corbata perfecto aunque su cabello continuaba resistiéndose al peine.

—He preparado una cafetera —comentó el japonés al verlo aparecer. Su mirada era cautelosa al observarlo.

Hugo se llenó una taza en silencio y luego apoyó la cadera en el banco mientras daba un sorbo.

—Quiero darte las gracias por proteger a Pilar —musitó cuando por fin encontró la fuerza para hablar con él—. Te debo una.

Toshi aceptó el agradecimiento con una sutil inclinación de cabeza.

—Entonces, ¿no estás enfadado? ¿Continuamos siendo amigos?

Hugo sujetó la taza entre las manos en un intento por atenuar el frío que se estaba apoderando de su cuerpo.

—Toshi, lo único que puede poner en peligro nuestra amistad es que te tires por esa ventana —masculló entre dientes.

El japonés dio un respingo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Te lo ha contado.

—Sí, me lo ha contado.

—Te lo puedo explicar: tuve un mal día y cuando llegué aquí creí que estaba solo —comenzó a explicar Toshi con voz atropellada mientras se ponía en pie—. Me sentía agobiado y me faltaba el aire, así que abrí la ventana para respirar mejor y...

—Y decidiste desafiar la teoría de la gravedad, ¿no? —zanjó él con voz seca.

—Relájate, ¿vale? No lo hice —adujo el japonés con voz suave en un intento por apaciguarlo.

No funcionó. Todo lo contrario. Hugo trató de controlar su temperamento para poder hablar del tema con tranquilidad y tacto, sabía que debía ser razonable y diplomático, hacerle reflexionar con sutileza, pero solo de pensar en lo que podía haber pasado...

—¡Joder, Toshi! —explotó y lanzó la taza de café contra la pared de pura rabia—. Eres mi mejor amigo y me acabo de enterar que estuviste a punto de suicidarte. ¿Cómo quieres que me relaje?

—Mira, sé cómo te sientes, pero...

—¡Ah! Me parece estupendo que sepas cómo me siento, pero ¿sabes cuál es el jodido problema? Que yo no tengo ni idea de cómo te sientes tú. Llevas meses encerrado en ti mismo y no aceptas consejos. Solo sabes hablar de deber y de honor, y no paras de decir que yo no lo entiendo. ¡Pues no, no lo entiendo! ¿Qué pasa con la amistad, el amor, la felicidad...? ¿Acaso no importan? ¿Por qué es más digno vivir obedeciendo, sin levantar la cabeza del suelo, que hacerlo luchando por tus sueños?

—¿Y qué más te da a ti? Dentro de nada volverás a España y...

Lo cogió por las solapas del traje y lo estrelló de espaldas a la pared. Sus palabras le habían machacado por dentro como dos puños de acero, y era eso o darle un puñetazo para hacerlo callar. Y puede que en aquellos momentos estuviese muy cabreado y dolido, pero no se olvidaba que Hugo era mucho más fuerte y le podía hacer mucho daño si perdía el control.

—¿Que qué más me da a mí? —siseó y lo sacudió un poco de pura rabia—. Llevo meses tratando de hacerte entrar en razón mientras busco formas para que puedas eliminar estrés: fiestas *cosplay*, karaokes, viajes... ¿Es que no lo ves? —masculló con el rostro pegado al suyo—. Si quisiera volver a España, lo podría hacer ya. Terminé mi trabajo con Studio Ghibli antes de ir a Australia, pero no me puedo ir todavía, y ¿sabes por qué? Por ti. Porque te quiero como a un hermano, porque me preocupas y me es imposible dejarte aquí sabiendo

que en cualquier momento puedas decidir saltar por esa ventana, y esa vez no tengas a nadie que te lo impida.

Toshi lo miró con los ojos muy abiertos.

—Estás llorando —susurró con asombro y, acto seguido, a él también se le deslizó una lágrima por la mejilla.

Sí, estaba llorando, porque le rompía en el alma que una persona tan especial como su amigo se echara a perder de aquella manera. Sin poder contenerse más, lo abrazó con fuerza tratando de hacerle entender que no estaba solo, que él estaba ahí, que estaría siempre. Lo abrazó mientras su amigo se rompía en mil pedazos, y continuó abrazándolo hasta que se recompuso.

—No puedo más; lo he intentado, he procurado ser un buen hijo, pero no puedo hacer lo que mi padre me pide —sollozó Toshi y su cuerpo enjuto se estremeció de pesar.

—Buscaremos una solución —aseguró Hugo—, pero tienes que dejar que te ayude. ¿De acuerdo?

Su asentimiento fue casi imperceptible, pero él lo sintió como una gran victoria.

—Esto es un poco gay, ¿no? —susurró Toshi, segundos después.

Hugo sonrió al escucharlo, porque ese chascarrillo significaba que la tormenta había pasado.

—No, dos hombres que se abrazan es algo muy macho —replicó él, y solo para fastidiarlo, lo apretó un poco más.

—Me estáis empezando a dar envidia —terció Pilar, sorprendiéndolos.

Los estaba observando desde un par de metros de distancia y por las lágrimas de emoción que mojaban sus mejillas, había sido testigo de aquella pequeña escena.

—Oí que algo se rompía y gritos, y me dio miedo que os estuvieseis zurrando —explicó confirmando sus sospechas—. ¿Hay hueco en ese abrazo para uno más?

Fue Toshi el que abrió el abrazo para dar cabida a Pilar. Un simple gesto que resultó muy significativo. Ella corrió hacia ellos y se dejó abrazar, y soltó un gritito cuando los hombres hicieron un sándwich con ella entre risas. Risas de las buenas, de esas que invaden tu cuerpo después de un momento de tensión y te hacen recordar que, aunque el cielo esté nublado, el sol está por salir.

Hugo los dejó así, abrazados, para que resolvieran sus cosas, y él se encerró en su habitación para darles intimidad y para buscar la suya propia. Sentía las emociones a flor de piel y en lo único que podía pensar es que necesitaba a Lucía, así que la llamó por teléfono.

—¿Hugo? —inquirió ella al contestar y se sintió reconfortado solo con escuchar el sonido de su voz—. Me pillas en el aeropuerto de Brisbane, creí que quedamos en que te llamaría cuando llegara a Sidney.

—Sí, lo sé, pero... me apetecía escuchar tu voz.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondió sin más. La verdad es que no le apetecía hablar, solo saber que estaba bien y abrazarla. Se moría de ganas de abrazarla y acababan de separarse. ¿Cómo iba a sobrellevar aquella distancia? —. Oye, quiero que me prometas que tendrás cuidado, ¿vale? Porque pienso en la cantidad de cabrones sueltos que hay en el mundo y una chica sola...

—Vale, ahora acabas de hablar como mi madre —rio Lucía.

—La preocupación no es exclusiva de las madres —protestó él—, también es de los novios.

—¿Eso somos ahora? —preguntó Lucía tras un segundo de vacilación, y por su tono, no le quedó claro si le gustaba la idea o no.

—Lámalo como quieras, pero eres mi media naranja, mi alma gemela, la persona que está al otro lado de mi hilo rojo, mi langosta...

—¿Tu qué?

—Mi langosta. Es una teoría de Phoebe, una de las protagonistas de *Friends*. Dice que las langostas se enamoran para toda la vida y...

—Conozco la teoría de la langosta, *Friends* es una de mis series preferidas. Lo que me ha sorprendido es que tú la conocieras.

—También es una de mis series preferidas —reconoció él con una sonrisa que ella no pudo ver—. ¿Ves? Estamos hechos el uno para el otro.

Ella soltó una carcajada y él cerró los ojos y disfrutó del sonido mientras la visualizaba en su mente, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, de aquella manera espontánea y despreocupada que tenía de reír.

—Se me va a hacer el tiempo eterno hasta que nos volvamos a ver —confesó.

Habían quedado en que él iría a reunirse con ella en su próximo destino: Nueva Zelanda. Como había dejado de trabajar en Studio Ghibli, tenía tiempo para darse aquel último capricho antes de regresar a España para la boda de su hermano.

—¿Estás seguro de que quieres venir?

—¿Estás de broma? Soy muy fan de la saga de *El señor de los anillos* —Mentira—. Estoy deseando recorrer los lugares en los que se rodaron la película. ¿Es que acaso no quieres que vaya?

—Ya sabes que sí, pero es mucho dinero para estar solo unos días juntos y, de todas formas, el mes que viene nos vamos a ver en España.

—Lucía, tengo dinero de sobra —aseguró Hugo—. Además, un segundo a tu lado tiene más valor que todo el tiempo que he malgastado con todas las demás mujeres que ha habido en mi vida.

—Bueno, yo no diría que lo has malgastado del todo —repuso ella con tono pícaro—. Has aprendido varios trucos en la cama que...

—Eso viene de serie, nena —rio él con arrogancia.

Siguieron así durante varios minutos, hablando de todo y nada, y por un instante, la distancia se hizo más corta, aunque los separasen miles de kilómetros. Por un tiempo, aquello tendría que ser suficiente. Pero solo por un tiempo. Cada vez tenía más claro que quería pasar a su lado el resto de la vida.

## Capítulo 28

Cuando Toshi llegó a la casa familiar de los Sakamoto, en el lujoso barrio de Denenchofu, un sentimiento agridulce lo revolvió por dentro. Aquella casa de construcción tradicional condensaba los mejores y los peores recuerdos de su infancia: los buenos los protagonizaba Sora, su madre, una mujer dulce y cariñosa que le había motivado a potenciar su vena artística pese a las reticencias de su padre; los malos estaban siempre relacionados con Masayoshi.

Su hermano y él habían crecido en aquella casa desarrollando personalidades muy diferentes: Isamu había sido el hijo perfecto, siempre dispuesto a complacer a su padre, con unas notas brillantes y un carácter modelable; Toshi, en cambio, había sido la oveja negra: mediocre en los estudios, con demasiada imaginación y tendencia a la rebeldía.

Tal vez por eso su padre siempre lo había ignorado, porque su primogénito ya cumplía todas sus expectativas y era el candidato perfecto para sucederle en la compañía. Pero después de su suicidio, la cosa cambió.

Un día lo convocó allí mismo y le hizo saber lo que esperaba de él en el futuro.

—Durante mucho tiempo te he permitido dedicarte a ese entretenimiento tuyo de los dibujitos, pero ha llegado el momento de que dejes de comportarte como un niño y empieces a ser un hombre. Tienes el deber de perpetuar el apellido familiar y de sucederme en la empresa. No me defraudes.

No era una propuesta a valorar, era una orden que no admitía réplica.

Toshi fue a protestar, pero una mirada suplicante de su madre lo instó a quedarse callado. Puede que no le profesara ningún cariño a su padre, pero adoraba a su madre y todos sabían que haría cualquier cosa por ella. Tal vez por eso Masayoshi la había hecho estar presente en la conversación.



Cuando después su madre se quedó a solas con él, retomó el tema de una forma más diplomática para vencer su reticencia.

—Inténtalo, hijo. Prueba la vida que te ofrece tu padre durante unos meses. Tal vez aprendas a ser feliz. Hazlo por mí —rogó Sora.

Así que Toshi se vio en la obligación de aceptar, por su madre, porque había quedado destrozada después de perder a Isamu y no quería que sufriera más por su culpa. Y lo había intentado, de veras que sí, pero ya no podía soportarlo más. Por eso había ido allí, alentado por Hugo y Pilar, con el fin de recuperar la vida que su familia le había arrebatado.

Con lo que no contaba cuando llegó allí aquella tarde fue con que sus padres tendrían invitados.

—Qué bien que hayas venido, me acabas de ahorrar una llamada —comentó su padre y parecía realmente satisfecho—. Quiero presentarte a Haruka y a su padre, mi buen amigo Hiroshi Toriyama. Acaban de llegar de Estados Unidos y han venido a saludar.

Toshi saludó con una reverencia formal, sin poder ocultar la impresión que le había causado Haruka. La foto que su padre le había enseñado no la hacía justicia. Era una mujer de una belleza exquisita: sus facciones eran perfectas, simétricas y elegantes, y su cuerpo delicado y muy femenino.

Masayoshi debió de percibir su interés porque, en aquel momento, un brillo de satisfacción destelló en sus ojos.

—Toshimitsu, enséñale a Haruka nuestro jardín, así podéis empezar a conoceros mientras Hiroshi y yo hablamos de negocios.

Con un gesto de cortesía, Toshi le indicó a la muchacha que lo precediera por el pasillo que daba al jardín. En cuanto salieron, ella dejó escapar un suspiro.

—Esto es un poco incómodo, ¿verdad? —comentó mientras lo miraba de reojo. Sus mejillas se habían sonrosado y resultaba encantador.

—Mucho.

—¿Qué te parece si te hablo un poco de mí para romper el hielo? —propuso ella.

Deambularon por el jardín mientras ella le contaba que había perdido a su madre cuando era una niña, que era la pequeña de tres hermanas y que le encantaba tocar el violín.

—¿Cuáles son tus aficiones? —quiso saber ella después.

—Me apasiona el dibujo, todo lo relacionado con el manga y el anime, y cantar en los karaokes.

—¿Cantar? —rió y hasta ese sonido era perfecto en ella.

—¿No te gusta cantar?

—La verdad es que no, disfruto más de la música clásica. Sin embargo, también me encanta el arte —declaró Haruka, y procedió a hablarle de sus obras de arte favoritas, algunas de las cuales compartían.

La muchacha tenía todo lo que un hombre podía desear, era hermosa, inteligente, culta y agradable, y eso lo planteó un gran dilema.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué estás dispuesta a casarte con un extraño?

—Mis hermanas mayores han tenido matrimonios concertados y las dos son felices, en cambio, yo lo intenté por la forma convencional, pero no fue bien. Me he enamorado dos veces y en las dos ocasiones los chicos han acabado siendo unos cerdos a los que solo les interesaba mi dinero —respondió ella con sinceridad—. Está visto que no tengo criterio a la hora de elegir hombres, así que decidí dejar la elección a mi padre. Él me quiere y confío en él. Cuando me habló de ti y me enseñó tu foto... Me gustaste —admitió y otra vez estaba ruborizada—. Puede que cuando nos casemos no estemos enamorados, pero eso no quita que el amor no pueda surgir con el paso del tiempo y podamos llegar a tener un buen matrimonio. ¿No crees?

Toshi quiso decir que sí, tal vez lo hubiese dicho si no hubiese conocido nunca a Pilar, el problema es que la había

conocido.

—Estoy enamorado de otra —confesó.

—¡Oh! —Y en ese simple sonido había un deje de desilusión—. Tu padre no nos dijo...

—Mi padre no lo sabe —atajó Toshi—. Si he venido aquí esta tarde ha sido para decírselo, aunque no creo que le haga mucha gracia.

—Esa chica es muy afortunada —terminó diciendo Haruka con suavidad. Luego suspiró—. Vamos a hacer una cosa: me voy a ir con mi padre y hasta que no lleguemos a casa no le contaré nada. Así te daré tiempo para que puedas aclarar las cosas con tu familia y evitaremos una situación que podría resultar muy incómoda, ¿de acuerdo?

—Gracias —susurró Toshi con una reverencia.

En cuanto los invitados se fueron, Masayoshi condujo a Toshi a su despacho y los dos hombres tomaron asiento arrodillados en el suelo, uno frente al otro, con la mesa entre ellos. Sora apareció con una bandeja en la que había una tetera humeante y dos tazas, y comenzó a preparar el té en silencio, intentando que su presencia resultase desapercibida a los hombres.

—Ya he cerrado el acuerdo —anunció Masayoshi y parecía muy complacido por ello—. Aunque Hiroshi me ha propuesto que se celebre dentro de tres meses y no me ha parecido mal. Los dos queremos tener nietos lo antes posible —aclaró como si aquella fuese la única finalidad de aquel enlace—. Por supuesto, será una ceremonia tradicional Shinto, algo elegante y...

—No me voy a casar.

Una de las tazas de té cayó al suelo cuando a Sora le falló el pulso. Susurró una disculpa con la mirada gacha y comenzó a limpiar el té derramado.

—¿Qué has dicho? —inquirió Masayoshi con voz suave.

—Que no me voy a casar —repitió Toshi, sin amilanarse—. He conocido a una chica y...

—No lo has comprendido —cortó Masayoshi—. Una vez que te cases, puedes tener las amantes que quieras, no tienes por qué dejar de ver a esa chica si te has encaprichado de ella.

Que hiciese aquel comentario insultante delante de su propia mujer era un claro ejemplo de lo poco que valoraba ese hombre su propio matrimonio. Esa falta de respeto hacia su madre le dio fuerzas para decir todo lo que le hervía por dentro.

—Eres tú el que no lo has entendido. No me voy a casar con la mujer que tú me has elegido, me casaré con la mujer a la que yo ame, y ya puestos, quiero presentar mi dimisión oficial.

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a seguir dedicándome a ese entretenimiento mío de los dibujitos —aclaró usando las mismas palabras peyorativas que él había utilizado para referirse a su profesión.

Masayoshi golpeó la mesa con los dos puños de forma violenta, haciendo que Sora y hasta él diesen un respingo.

—Te prohíbo que...

—No me puedes prohibir nada —afirmó Toshi sin dejarle acabar—. Por mucho que te cueste entenderlo, la época feudal ha acabado. No me puedes obligar a hacer nada que no quiera hacer.

—¡Tienes el deber de obedecer! —insistió su padre, implacable.

—¿Y sabes a dónde me llevaría ese deber? A acabar suicidándome como Isamu. ¿Sabes que hace unas semanas estuve a punto de saltar por la ventana de mi apartamento? —confesó y vio por el rabillo del ojo que su madre se llevaba la mano a la boca, horrorizada, mientras su padre permanecía inalterable—. ¿De verdad estás dispuesto a perder a otro hijo para imponer tu voluntad?

Masayoshi abrió la boca con la intención de decir que sí, pero una voz lo interrumpió.

—No.

La negativa de Sora con un tono tan contundente asombró por igual a los dos hombres.

—No —repitió y esta vez clavó la mirada en su marido para que quedase claro a quién se dirigía—. Me he callado durante demasiado tiempo, pero ya no lo voy a hacer más. He perdido a un hijo por tu culpa. No pienso perder a otro.

—Yo no tuve la culpa de que Isamu se suicidara.

—Sí la tuviste. Él se desvivía por ti y a ti nunca te parecía suficiente nada de lo que hacía. Aunque él se esforzaba por ocultarlo, te enteraste de que era homosexual y lo primero que hiciste fue obligarlo a casarse con una mujer.

Toshi contuvo el aliento ante aquella revelación. Nunca había sospechado nada. Ahora sí, todo encajó en su mente y se lamentó por no haber tenido la confianza suficiente con él para que Isamu se hubiese sentido libre de contárselo, porque tal vez lo hubiese podido ayudar de alguna manera.

—Lo hice por su bien y por el honor del apellido Sakamoto. La homosexualidad continúa siendo una lacra social en Japón.

—Lo hiciste por tu propio bien, porque te avergonzabas de él —siseó Sora con los ojos entrecerrados—. Escucha bien, Masayoshi, he aguantado este matrimonio durante cuarenta años con paciencia y resignación, tal y como me educaron, pero como no dejes que Toshi elija su propia vida, te juro que me divorcio.

Toshi estuvo a punto de lanzarse sobre su madre y comérsela a besos, algo que nunca se le hubiese ocurrido antes de conocer a Pilar.

Masayoshi apretó los puños con fuerza sobre la mesa hasta que sus nudillos se pusieron blancos. El divorcio estaba mal visto en los círculos sociales por los que se movían y Sora lo sabía. Como diría Pilar: «Lo tenía *cojío* por los huevos».

—Está bien —gruñó finalmente su padre y Toshi tuvo un segundo de alivio antes de oírlo añadir: —Pero si rompes el compromiso con Haruka, tendrás que compensar a su familia

con el mismo importe que habían pagado para formalizar el acuerdo.

—¿Así que a eso se reducía todo para su padre? Dinero.

—¿Cuánto?

—Seis millones de yenes.

Toshi empalideció. No tenía ese dinero, pero ahora no se podía echar atrás.

—Lo conseguiré —aseguró.

Cuando llegó al apartamento una hora después, se encontró a Hugo en el salón, dibujando. En cuanto lo vio entrar se acercó a él, expectante.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor de lo que esperaba, la verdad, con la salvedad de que necesito seis millones de yenes para quedar libre de mi compromiso —respondió Toshi y procedió a contarle lo que había pasado.

—Seis millones de yenes... Eso son unos cincuenta mil euros, ¿no? —calculó Hugo de cabeza. Se quedó pensativo durante unos segundos y luego sonrió—. Puedo prestarte el dinero.

—¿Qué? No, no podría aceptarlo.

—Es justo lo que me queda ahorrado de lo que me pagaron por el corto; un corto que, por cierto, tú me ayudaste a hacer y que te negaste a que compartiera mis ganancias contigo —le recordó Hugo—. Además, como sé que eres un hombre de honor, tengo la certeza de que me lo devolverás. Tómalo como señal para nuestra nueva asociación artística: Montoya & Sakamoto.

—A mí me suena mucho mejor Sakamoto & Montoya —repuso Toshi sin poder contener su sonrisa ni las lágrimas que brillaron en sus ojos. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía libre y lleno de ilusión—. Por cierto, se me ha ocurrido un personaje que puede ser la némesis de tu Dakuredi: Casanova, un tipejo pícaro y atractivo que se las da de mujeriego, pero que en el fondo es un trocito de pan y...

—Prepárate Toshi —avisó Hugo justo antes de apretarlo en un abrazo de oso que los hizo reír a ambos de pura felicidad.

Aquel era el único defecto de su amigo, que le encantaba abrazar.

—Sigo pensando que esto es demasiado gay.

—Pues tendrás que acostumbrarte —rezongó Hugo.

—¿Dónde está Pilar?

—En la habitación, preparándose para ir a trabajar. La pobre está que se sube por las paredes desde que te has ido. La he tenido que convencer para que no fuera a buscarte, porque pensaba ir ella misma a enfrentarse con tu padre.

Toshi sonrió al escucharlo.

Se dirigió a la habitación y llamó con suavidad. La puerta se abrió al instante y allí estaba ella, con sus rizos negros alborotados y el rostro lleno de incertidumbre.

—¿Has hablado con tu padre?

—Sí y también he conocido a mi prometida.

—¿Y?

—La verdad es que la foto no le hacía justicia: creo que es una de las mujeres más hermosas que he visto —reconoció con sinceridad. Ignoró el bufido de Pilar y continuó diciendo: —Estuvimos hablando y resultó que, además de guapa, era encantadora y muy culta. Incluso sabe tocar el violín.

—Y yo las castañuelas —replicó Pilar alzando el mentón.

Se había puesto con los brazos en jarras y estaba dando golpecitos con el pie, señal de que estaba a punto de perder la paciencia. Toshi tuvo la tentación de picarla un poco más, pero las ganas de besarla cuanto antes ganaron y decidió recular.

—Sí, era la mujer perfecta, pero tenía dos grandes defectos con los que no podría vivir.

El pie se detuvo al instante y los brazos cayeron a los lados.

—¿Qué defectos? —inquirió ella con voz cautelosa.

—El primero es que no le gustaba cantar.

—Los que no cantan son unos siesos —afirmó Pilar con convicción.

—Pues el segundo es todavía peor —comentó Toshi en tono confidente.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Que ella no es tú.

Y entonces, sí, la besó.



## Capítulo 29

Si había un país capaz de transmitir belleza y espiritualidad al mismo tiempo, sin duda era Nueva Zelanda. Al estar en el hemisferio sur, en julio era pleno invierno allí, y como las temperaturas solían ser más bajas que en el invierno australiano, se encontró con algunas zonas nevadas, sobre todo en la Isla Sur, donde ella estaba.

Disfrutó de cada minuto, de las montañas que se perdían en el horizonte, de los cielos infinitos cargados de nubes de algodón y de los lagos de aguas cristalinas que reflejaban el cielo. Y en cada minuto, echó de menos a Hugo.

Además, la cobertura era muy mala y apenas había podido hablar con él en esas dos semanas. Habían tenido que conformarse con intercambiar mensajes de WhatsApp cuando llegaba a una zona con wifi. Por eso no le extrañó que cuando por fin llegó a su hotel después de pasar la mañana esquiando, tuviese un mensaje de él de la noche anterior que todavía no había leído:

*Necesito hablar contigo. Llámame cuando tengas cobertura.*

No era un «tenemos que hablar», pero se le parecía mucho. Miró su reloj. La diferencia horaria con Tokio era de tres horas, por lo que allí debían de ser ya las once, así que supuso que ya se habría despertado. Con un nudo en el estómago, buscó su contacto en el móvil y lo llamó. Lo que menos esperaba fue que contestara una mujer, y menos aún en español.

—Aquí la secretaria de Hugo *Casanova* —masculló la voz en tono resignado.

—Hola, ¿puedo hablar con Hugo? —preguntó Lucía en tono titubeante.

—Pues depende. ¿Quién eres?

—Dile que soy Lucy Liu.

Lucía escuchó que la mujer gruñía a *sottovoce* algo así como «lo de este hombre es un harén» y a continuación se volvió a escuchar su voz:

—Ahora mismo no puede ponerse, está durmiendo. Anoche estuvo hasta las tantas con Dakuredi.

—¿Dakuredi?

—Sí, se pasa las horas con ella sin parar, *pim pam, pim pam*. Esa mujer lo está dejando seco. ¿Quieres que le deje algún recado cuando se despierte?

—No, déjalo, da igual.

—Mira, te voy a dar un consejo de mujer a mujer: olvídate de él, pierdes el tiempo.

Lucía cortó la comunicación y se dejó caer en la cama con la mirada perdida. Sentía el cuerpo entumecido y un frío árido se iba esparciendo poco a poco en su interior.

Dakuredi.

¿De qué le sonaba ese nombre?

Estuvo dándole vueltas en su mente durante unos segundos y entonces recordó: de la noche en Nueva Delhi. Aquel era el nombre que Hugo había susurrado justo antes de dormirse sobre ella.

Las dudas cayeron sobre ella como un tsunami demoledor. Trató de repasar la conversación que acababa de tener. La que había cogido la llamada debía de ser Pilar, su prima. Hugo le había contado que estaba pasando un par de meses allí, en Japón. Y Dakuredi... ¿quién narices era Dakuredi?

Un ligue de una noche estaba claro que no ya que Hugo llevaba meses con ella en el pensamiento. ¿Sería una chica que se le había resistido y a la que por fin había conseguido? ¿Otra incauta que había caído en las redes de Hugo *Casanova*?

Como cualquier sensata que quiere indagar sobre lo que hacía su novio cuando no estaban juntos, buscó en las redes sociales, pero no en las de Hugo, sabía que si quería ocultar algo sería cuidadoso en no dejar rastro. Lo que hizo fue revisar

los últimos posts de sus mejores amigos, Toshi y Katsuo. No tardó mucho en hallar lo que estaba buscando, pero no quería encontrar: un selfi que Toshi había colgado en Instagram, en el que aparecía con una preciosa morena de ojos verdes, pero lo que le provocó un nudo en el estómago no fue aquella imagen, sino la que se veía en segundo plano: la figura de Hugo abrazando a una mujer que no tardó en reconocer como a su «amiga» de la fiesta cosplay a la que fueron. Amplió la imagen todo lo que pudo. La verdad es que no se distinguía bien, pero desde aquel ángulo parecía que se estuviesen besando.

Una parte de ella, la que todavía arrastraba el recuerdo de su primer amor y todas las inseguridades derivadas de aquella traición, se puso en lo peor, en que había sido una estúpida y había dejado que otro hombre la engañara. Sin embargo, pronto surgió la voz de la razón, la de la Lucía que era ahora, más sensata y segura de sí misma, la que estaba dispuesta a dar un voto de confianza hacia Hugo, porque tal vez ella había malinterpretado la conversación con Pilar y a lo mejor aquella imagen que tenía delante estaba sacada de contexto.

Esa voz le recordó que él nunca le había dado motivos para la desconfianza, que siempre había sido sincero con ella y que le había dado muestras sobradas de su amor. ¿Por qué sino un hombre iba a estar dispuesto a recorrer miles de kilómetros para estar junto a ella? La había seguido a Indonesia y a Australia, y estaba dispuesto a hacer más de quince horas de avión para pasar una semana con ella en Nueva Zelanda, con el correspondiente desembolso económico que ello conllevaba. Aquel tipo de locuras solo las hacía un hombre enamorado, ¿verdad?

Con esa certeza en mente, se obligó a dejar a un lado el tema. Seguro que todo había sido un malentendido que podrían aclarar cuando viera a Hugo en un par de días. Decidida a que las dudas no hicieran mella en ella, se fue al restaurante a comer y luego se apuntó a un crucero por Milford Sound con un pequeño grupo de turistas ingleses que había conocido el día anterior.

La llamada de Hugo la sorprendió cuando estaba en la cubierta del barco, contemplando uno de los atardeceres más hermosos que había visto en su vida.

—¡Hugo, tendrías que ver esto! —exclamó entusiasmada—. Estoy haciendo un crucero por un fiordo de Isla Sur y es impresionante. He colgado un par de fotos en las redes, pero te aseguro que no les hacen justicia. ¿Y sabes cuál es el único defecto? Que tú no estás aquí. Espero que cuando vengas me compenses por...

—Lucía.

Aquella simple palabra cayó sobre ella como un jarro de agua fría. Conocía aquel tono: auguraba malas noticias.

—No vas a venir, ¿verdad? —musitó mientras las dudas resurgían en su interior unidas al desencanto.

—Me ha surgido algo y... No puedo ir.

«Algo» era un término muy vago que abarcaba muchas cosas, desde un dolor de muela a cualquiera de las mujeres con las que pasaba su tiempo, desde Aiko a la misteriosa chica que, al parecer y según lo que había comentado su prima, lo había tenido toda la noche despierto en lo que sin duda había sido una de las maratones sexuales que ella misma había vivido.

—Ya —dijo sin más

Él debió de intuir algo en su tono porque empezó a darle excusas.

—La verdad es que ahora no me puedo permitir económicamente hacer ese viaje.

—Pero me dijiste que te habían dado un buen pellizco por el corto que vendiste.

—Sí, pero ha pasado algo que... es complicado de explicar.

—Si es por dinero, yo te lo puedo prestar.

—No lo podría aceptar. Además, no es solo eso... Mira, estoy en medio de un proyecto muy importante de trabajo y...

—Creí que habías terminado tu contrato con Studio Ghibli.

—¿Sí, pero esto es otra cosa, es... Todavía no te puedo hablar de ello.

«Seguro», masculló Lucía para sí.

—Lucía, sé que te estoy pidiendo mucho —continuó diciendo Hugo—, pero necesito que confíes en mí. Te lo contaré todo en un par de semanas cuando nos veamos en España.

—No me pides mucho, Hugo, me pides demasiado. Que fuese una crédula en el instituto no significa que no lo vaya a ser ahora. He visto la foto de Toshi en Instagram.

—¿Qué foto?

—Creo que voy a seguir el consejo de tu prima y voy a dejar de perder el tiempo contigo —continuó diciendo Lucía ignorando su pregunta—. Disfruta con Aiko o con Dakuredi o con cualquier mujer con la que te acuestes, pero no te vuelvas a acercar a mí.

## Capítulo 30

Hugo miró la pantalla de su móvil sin poderse creer lo que acababa de pasar. Su mente estaba en estado de shock, incapaz de asimilar aquella conversación. Se suponía que decirle a Lucía que no iba a poder ir a Nueva Zelanda con ella iba a ser algo difícil, pero había pensado en que lo comprendería. Sin embargo, no lo había comprendido. Es más, acababa de cortar su relación acusándole de acostarse con... ¿Dakuredi?

¿Cómo sabía ella lo de Dakuredi? En ningún momento le había hablado de aquel proyecto, quería que fuese una sorpresa que compartiría con ella cuando estuviese terminado.

Cerró los ojos intentando reconstruir la conversación que acababa de tener. Vale que él no había sido muy claro al darle las razones por las que no podía ir a Nueva Zelanda, pero es que no podía contar que le había prestado a Toshi todo su dinero, era algo muy personal entre ellos que no podía soltar así por teléfono como si nada. Y en cuanto a su trabajo: Toshi y él llevaban una semana completamente volcados en Dakuredi en un intento por tener el capítulo piloto a tiempo para poder enviarlo a varias editoriales de Tokio antes de regresar a España, apenas dormían cinco horas al día.

«He visto la foto de Toshi en Instagram».

Con aquella frase en la cabeza, salió de su habitación en busca de respuestas. Salía música de la habitación, así que dedujo que estaría allí. Llamó a la puerta, pero no respondió nadie.

—¡Espero que no estéis desnudos porque voy a entrar! — anunció dos segundos antes de que abriera la puerta.

No, no estaban desnudos. Era algo mucho peor: Toshi llevaba puesto su disfraz de aquel simpático personaje mientras empujaba con entusiasmo entre las piernas bien abiertas de una Princesa Peach encarnada en Pilar, cuya peluca rubia se había descolocado un poco con el movimiento.

Cerró los ojos y se llevó las manos a la cara en un intento por eliminar de su mente lo que acababa de ver, pero no. Después de ver aquello nunca podría volver a jugar a Mario Bros sin visualizar aquella imagen.

Pilar pegó un chillido al verle, apartó a Toshi y se apresuró a cubrirse con la falda del bonito vestido rosa de corte princesa que llevaba. Mientras, el japonés cogió un almohadón y se lo llevó a la ingle, con una expresión que bailaba entre el enfado por haberlo interrumpido y el bochorno por haberlo descubierto de aquella forma con ella.

Su prima, en cambio, pasada la sorpresa y sin una pizca de vergüenza en su cuerpo, dejó aflorar la ira.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —gritó enfadada mientras se ponía sobre la cama con los brazos en jarras. Que en aquel momento la peluca se le resbalara hacia adelante hasta taparle un ojo hizo más cómica la situación.

—Llamé, pero no me contestasteis.

—Tal vez porque estábamos un poquito ocupados y no te oímos —señaló Pilar mientras se ponía la peluca en su sitio con un gesto de fastidio.

—Necesito hablar con Toshi.

Su amigo debió de detectar el tono urgente de su voz porque lo miró preocupado.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, pero todavía no entiendo qué. Acabo de hablar con Lucía para decirle que al final me iba a ser imposible ir a Nueva Zelanda con ella y... creo que me ha dejado —musitó y al decirlo en voz alta se hizo una realidad—. No lo comprendo, me ha empezado a decir un montón de cosas sin sentido que... ¿Se puede saber qué foto has colgado en Instagram que la haya podido cabrear?

—¿Yo? Las últimas que tengo colgadas son las de la otra noche, cuando salimos de fiesta para celebrar mi libertad —explicó Toshi mientras cogía el móvil y se metía en Instagram—. Míralas tú mismo, son solo tres selfis que me hice con Pilar —añadió al tiempo que le tendía el móvil.

Hugo lo tomó y observó las imágenes con detenimiento: en la primera se veía a la pareja dándose un beso; en la segunda, los dos lucían sonrientes y felices, mejilla contra mejilla. Iba a pasar al siguiente cuando se dio cuenta de que él aparecía en el fondo... y no estaba solo.

—¡Mierda, mierda, mierda! —farfulló.

—¿Qué?

—Mira lo que se ve en el fondo de esa foto —masculló y le pasó el móvil.

Toshi observó la imagen con la cabeza ladeada y soltó un suspiro. Pilar enseguida se acercó a mirar.

—¿Te enrollaste con una chica el otro día? —inquirió desconcertada.

—¡No! Esa es Aiko —explicó Hugo—. Nos encontramos allí de casualidad, es un pub que los dos frecuentamos, y me preguntó la razón por la que ya no quedaba con ella, así que le dije que estaba enamorado. Ella me dio la enhorabuena, me dio un abrazo y se fue. No hubo nada más.

—Pues parece que os estéis besando —señaló Pilar.

—¿Qué? —Se acercó para observar la imagen con ellos—. No la estoy besando, es un abrazo. Lo que pasa es que, desde ese ángulo, parece que nuestras bocas están unidas, pero no nos besamos —insistió—. ¿A ti qué te parece? —preguntó a Toshi.

—Que os estáis besando —convino Toshi.

—¡Mierda! —exclamó Hugo mientras salía de la habitación y la pareja fue tras él.

—Bueno, pero si solo está enfadada por eso, es tan fácil como que se lo expliques, ¿no? —comentó Pilar en un intento por darle ánimos—. Toshi y yo podemos corroborar que no has estado con ninguna otra mujer.

—No creo que sea tan fácil, me acusó de acostarme con Dakuredi y... —Se paró de repente en medio del salón cuando recordó algo más y miró a su prima con el ceño fruncido—.



Dijo algo sobre que tú la habías aconsejado que no perdiese el tiempo conmigo.

—¿Yo? Pero si nunca he hablado con Lucía —se extrañó Pilar.

—Haz memoria. Cuando me he despertado me has dicho que me habían llamado varias chicas, ¿no? —recordó, aunque no le había prestado mucha atención porque su prima le había dicho que ninguna de ellas era Lucía.

—Sí, ya te lo he dicho. Te llamó una tal Raquel, que dijo que era una amiga tuya de España y que estaba esperando ansiosa tu regreso — y puso especial énfasis en «amiga» y «ansiosa»—. También llamó una chica que se llamaba Maiko, a la que casi no pude entender porque mi inglés es muy limitado, pero vamos, que quería lo mismo que la otra, que le dieras una alegría al cuerpo. Y después llamó otra japonesa, que con esta sí que pude explayarme un poco porque hablaba en cristiano. Vamos, porque me dijo que se llamaba Lucy Liu, que sino la tomo por española.

Hugo dejó escapar un gemido, se fue hacia la pared, y comenzó a darse golpecitos en la frente contra ella.

—¿Y ahora qué? —inquirió Pilar sin comprender su reacción.

—Lucy Liu es Lucía —aclaró Toshi en voz baja.

—¡Oh! —exclamó ella. Luego abrió los ojos como platos y empalideció—. ¡Ay, *omá!* ¡La que he liado!

—¿Se puede saber qué le dijiste?

—Pues de todo, ¿qué querías que le dijera? Era la tercera chica que llamaba y estaba un poco harta. Lo tuyo es un harén, *quillo* —le recriminó sin parar de gesticular como siempre hacía cuando se ponía nerviosa—. Le dije que habías pasado la noche con Dakuredi y que te estaba dejando seco —admitió y lo miró consternada—. ¿Crees que eso se puede malinterpretar?

—¿Tú que crees? —bufó Hugo—. ¿Qué más?

—Le di un consejo: que se olvidara de ti, que perdía el tiempo —confesó con los hombros hundidos—, pero se lo dije porque estás enamorado de otra y yo no sabía que esa «otra» era ella. Lo siento —farfulló mientras se mordía el labio y sus ojos brillaron como los del gatito de Shrek.

—Tranquila —musitó Hugo y le dio un toquecito cariñoso en la barbilla con el dedo—. Voy a ver si consigo hablar con ella y aclarar la situación.

No obstante, Lucía no respondió a su llamada.

Probó a mandarle un WhatsApp.

*Todo ha sido un malentendido, te lo puedo explicar. Llárame.*

Sin embargo, ella no contestó ni llamó.

Pensó en acudir a Elena para que intercediera por él, pero se arrepintió al instante. Era un problema de pareja que tenían que resolver ellos, no podía meter a nadie de por medio.

Los mensajes de WhatsApp se sucedieron.

*No es lo que parece.*

*Te amo.*

*Confía en mí.*

*Por favor.*

Le vino a la mente lo que le comentó Lucía sobre la incertidumbre que suponía mandar un mensaje a alguien que te importaba y que no te respondiera. La ansiedad de mirar el móvil una y otra vez, minuto tras minuto, hora tras hora. Y poco a poco, aquel desasosiego se fue transformando en ira.

# Capítulo 31

Lucía hizo girar la llave, abrió la puerta y maniobró con las maletas hasta conseguir meterlas en el recibidor. Después, cruzó a tientas el amplio comedor y subió las persianas para que la alegre luz del mediodía iluminara el comedor.

Hogar, dulce hogar. Por fin volvía a estar en casa después de seis meses recorriendo Asia y Oceanía. La experiencia había sido inolvidable, pero estar alejada tanto tiempo de las personas que quería también había sido duro. Sobre todo, las dos últimas semanas en Nueva Zelanda. Pese a la belleza de sus paisajes, el tiempo allí se le había hecho interminable. Por primera vez, se había sentido sola en un lugar, una sensación que no le gustó nada.

Inspiró con fuerza cuando sus pulmones se llenaron de un aroma que era muy familiar y, al mismo tiempo, le resultaba extraño. Su madre velaba porque una asistenta mantuviera el piso limpio y el suave olor a cítricos que la envolvía era prueba de ello. Todo se veía impoluto y reluciente, desde el suelo de parquet natural, pasando por los muebles de estilo colonial, hasta los pequeños detalles de decoración que recopilaba de sus viajes y daban vida a la casa.

Aquel espectacular piso de ciento cincuenta metros cuadrados en Blasco Ibáñez había sido el regalo de sus padres por su veinticinco cumpleaños. Era lo que tenía ser la única hija de una familia con dinero. Y sí, era muy consciente de lo afortunada que era por ello.

Sin embargo, siempre sentía un extraño desasosiego cuando volvía de uno de sus viajes y se encontraba sola en aquel lugar. Tal vez fuese por el silencio. A lo mejor era porque, sin las cosas de Edu, lo encontraba demasiado vacío. La cuestión es que no se encontraba a gusto allí.

Edu y ella decidieron vivir juntos cuando Lucía obtuvo las llaves y se mudaron en cuanto compraron lo básico para que fuera habitable, con la ilusión de dos jóvenes enamorados que empiezan una nueva etapa. Durante un tiempo, habían sido muy felices. No sabría decir en qué punto aquella

felicidad se fue transformando en conformismo. A veces, se preguntaba qué habría pasado con sus vidas si ella no se hubiese decidido a tomar aquel año sabático. Seguro que hubiese aceptado su propuesta de matrimonio y se hubiesen casado.

Tal vez, hubiese aprendido a ser feliz, pero de otra manera, con una vida monótona y resignándose a ir al pueblo de vacaciones.

Tal vez, llegado el momento de tener niños, su modo de ver las cosas hubiese cambiado.

Tal vez...

Tal vez...

Tal vez...

Era curioso. Mientras viajaba, no tenía dudas ni pensaba en nada que no fuese en disfrutar el momento. Pero en cuanto llegaba a casa, su cabeza se convertía en un caos que la hacía replantearse todo. Era como un choque de realidad después de vivir un sueño.

Miró la pila de sobres que se amontonaban encima de la encimera de la cocina, donde su madre había puesto con diligencia el correo que había recogido de su buzón en todo aquel tiempo, y pensó en revisarlo, pero en seguida cambió de opinión. Tampoco se decidió a vaciar el equipaje para empezar a poner lavadoras. Lo dejaría para luego. En aquel momento, tenía prioridades. Y su prioridad era ir a la farmacia y dar una sorpresa a su madre y a sus amigas. Por eso, sin pérdida de tiempo, se dio una ducha rápida para sentirse limpia después de más de cuarenta horas de vuelo con escalas en Singapur y Londres, se puso un vestido cómodo, cogió la bolsa donde llevaba unos suvenires que había comprado para las chicas, y salió de casa rumbo a la farmacia.

Solía ir andando de su casa al trabajo, pues estaba a unos veinte minutos de distancia y le encantaba caminar. No obstante, siendo finales de julio y con el sol de mediodía cayendo sin piedad, optó por coger el autobús.

Era un trayecto que había hecho miles de veces, pero aun así, no pudo dejar de mirar por la ventanilla, embebiéndose de los pequeños cambios que siempre se encontraba: como que el bar por el que pasaba en aquel momento, uno de esos de toda la vida con el nombre de bar Calixto, ahora estuviese regentado por chinos; o un pequeño comercio de la calle Manuel Candela, que desde que tenía uso de razón era una pequeña mercería y luego había pasado a convertirse en inmobiliaria y más tarde en tienda de cigarrillos electrónicos, ahora era un sex shop con un cartel bien grande en el escaparate que decía: «Mujer, únete a la revolución sexual. Llévate tu Satisfyer»; y las obras. Parecía que Valencia siempre estuviera en obras, cuando no era una cosa, era otra. La cuestión era levantar una y otra vez la misma acera. Sin embargo, lo que más le llamaba la atención era la cantidad de patinetes eléctricos que se habían apropiado de las calles en el último año y que parecía una tendencia que iba a más.

Bajó en la parada que estaba en la puerta de la farmacia y entró en el que era su segundo hogar. Allí parecía no haber cambiado nada. El local había sido ampliado y reformado hacía unos años y presentaba una estampa moderna y funcional, pero al mismo tiempo tan agradable que carecía de la frialdad que a veces tenían las farmacias. Incluso habían creado una pequeña zona de entretenimiento infantil, con una mesita, varias sillas, una pizarra y muchas pinturas de colores para que los niños dejaran a sus padres un segundo de tranquilidad en sus compras.

En aquellos momentos, cuatro clientes deambulaban por la zona de Parafarmacia y otros tantos estaban en el mostrador, esperando por sus medicinas. Su atención se centró en Elena, que como estaba atendiendo a un hombre de unos sesenta años, no se percató de su presencia.

—En este momento no me queda Viagra de 50 miligramos, pero le puedo dar de 100 mg —estaba explicando ella con una sonrisa amable—. Así puede partirla en dos.

—¿A mi mujer? —preguntó el señor, escandalizado.

—¡No, hombre! La pastilla, me refería a la pastilla — aclaró Elena, azorada por que hubiese tergiversado sus

palabras de aquella manera.

Lucía contuvo a duras penas la risa mientras el hombre pagaba sus pastillas, todavía ruborizado por el malentendido, pero estalló en una carcajada en cuanto salió.

—Esa merece un puesto de honor en la sección de anécdotas del blog —comentó entre risas.

—¡Lucía! —exclamó Elena, con sorpresa, antes de correr a abrazarla.

Su grito atrajo la atención de los demás, incluidas Amparo y Ana, que salieron raudas de la trastienda y, durante unos minutos, todo fue un batiburrillo de besos y abrazos.

—Creí que no venías hasta la noche —señaló Elena.

—Decidí coger el Ave en lugar de esperar el vuelo de enlace entre Madrid y Valencia. Tenía demasiadas ganas de veros.

—Podías haberme avisado y te hubiese ido a recoger a la estación —le reprochó su madre.

—No quería ser una molestia.

A lo que las tres mujeres contestaron con un bufido al unísono.

—Tienes cara de cansada —observó Ana.

Ana era un cielo de persona. Era una rubia de aspecto sensual con un aire ingenuo que resultaba muy atractivo a los hombres. Por suerte, había seguido los consejos de sus amigas en el amor y en lugar de seguir saliendo con hombres como Hugo, que no veían en ella nada más que su físico, se había decantado por Jacobo, un chico atractivo y formal. Llevaban juntos casi tres años y se querían con locura.

—El vuelo ha sido muy largo —respondió Lucía, y era verdad. Sin embargo, su falta de sueño se debía a que no podía dejar de pensar en que se iba a encontrar con Hugo de forma inminente. Aquello la tenía de los nervios.

—Me gusta cómo te queda el pelo así de largo —comentó Elena mientras cogía uno de sus mechones—. ¿Te

has aclarado las puntas?

—Sí, encontré una peluquería en Auckland que tenía buena pinta y me apetecía cambiar un poco —respondió.

Ni loca pensaba admitir que eso había sido antes de que supiera que Hugo no iba a reunirse en Nueva Zelanda con ella y que había querido ponerse guapa para él. Hasta ese punto había hecho la idiota.

—Estás demasiado delgada —refunfuñó su madre.

Lucía puso los ojos en blanco.

—No es cierto, mamá. Peso lo mismo que cuando estuve aquí la última vez.

—Y ya estabas demasiado delgada entonces —rezongó Amparo—. Anda, vente a casa y te preparo un buen *arròs amb fesols i naps* mientras me cuentas qué tal ha ido tu último viaje.

Lucía contuvo una sonrisa tierna. Amparo lo arreglaba todo con un plato de arroz con alubias y nabos, una receta tradicional valenciana que había pasado de generación en generación en su familia. Era la típica madre que, en cuanto te descuidabas, te metía en la maleta un par de fuets como tentempié durante el viaje porque pensaba que no había lugar en el mundo en que se comiese mejor que en España.

—Chicas, ¿os apetece veniros? Haré una cazuela grande.

—Yo no puedo, he quedado a comer con Jacobo y sus padres —se excusó Ana con un mohín.

—Pues yo no voy a decirte que no —terció Elena—. Lucía nos tiene que contar un montón de cosas —añadió mientras le guiñaba un ojo con disimulo.

Lucía esbozó una sonrisa tensa. La última vez que había hablado con Elena había sido para decirle que había llegado bien a Nueva Zelanda, no sabía nada de lo que había pasado después y, por aquella sonrisa pícara que le dedicó, seguro que tampoco se había enterado por Hugo de que ya no estaban juntos. Por suerte, al estar Amparo presente, su amiga se

cortaría a la hora de preguntarle sobre Hugo porque sabía que su madre no estaba enterada de nada.

Dos horas después, las tres mujeres estaban inmersas en una animada charla mientras abrían unos botellines de cerveza bien fría y daban cuenta de la comida.

—Resulta que los padres de Diego son de un pueblecito de Cuenca llamado Buendía. Isabel, la abuela por parte de su padre, todavía vive allí, en una preciosa casa rústica rehabilitada, hemos estado allí de visita en varias ocasiones —explicó Elena con entusiasmo—. El lugar es bastante pintoresco, rodeado de campos de girasoles y cerca de un lago donde te puedes bañar.

Sí, Lucía se había podido hacer una idea de cómo era por las descripciones de Hugo. Por lo que contaba era evidente que guardaba muy buenos recuerdos de su infancia en aquel lugar y le tenía mucho cariño.

—¿Y habéis decidido hacer allí la boda?

—No hemos tenido más remedio. El salón que teníamos reservado sufrió un incendio y, con tan poco tiempo de reacción, no encontramos nada libre —explicó Elena—. Cuando la madre de Diego nos propuso la idea... Es perfecto —concluyó con la mirada brillante por la emoción—. Si te soy sincera, para nosotros es un alivio. Cuando me casé con Sergio hicimos una boda multitudinaria, con casi trescientos invitados. La boda de Diego con su ex fue muy similar. Esta vez, queríamos hacer algo distinto, más íntimo, y celebrarlo allí nos da la excusa para poder hacerlo. Tal vez no sea demasiado sofisticado, pero...

—Sabes que os apoyaremos en cualquier cosa que decidáis —afirmó Lucía con convicción.

Y no mentía. Tanto si decidían casarse en la suntuosidad de un palacio o en el ambiente bucólico de una granja o incluso si decidían hacer una ceremonia bajo el agua... Todas las personas que los querían asistirían encantados, pues sabían lo mucho que les había costado llegar a ese paso, los miedos y las dudas que habían tenido que superar para volver a enamorarse. Elena había tenido que arriesgarse a volver a



amar después de perder a su primer marido de forma prematura e imprevista, y Diego había vuelto a confiar en el sexo femenino después de divorciarse de su exmujer por culpa de sus infidelidades. El destino los había unido para que pudieran recomponerse mutuamente, enseñándoles que el amor era la mejor forma de sanar dos corazones rotos.

—Gracias —musitó Elena y cogió su mano por encima de la mesa para apretársela en un gesto de cariño—. No sabes lo mucho que te he echado de menos estos meses.

Lucía sintió un ramalazo de culpabilidad por no haber estado junto a su amiga en un momento en que debería haber estado a su lado dándole ánimos.

—Tal vez deberías descansar un poco de tanto viaje y pasar más tiempo aquí —comentó su madre, que se había mantenido en un segundo plano mientras ellas hablaban.

—Tal vez —concedió ella para sorpresa de las dos mujeres.

La verdad es que había tenido mucho tiempo para pensar en Nueva Zelanda y había llegado a la conclusión de que le apetecía volver a la rutina. Lo últimos dos años habían sido muy gratificantes, pero agotadores. Necesitaba descansar y reforzar los lazos con la gente que quería.

—¿Lo dices en serio? —preguntó su madre con cautela.

Lucía observó a su madre durante unos segundos. Su cabello castaño estaba salpicado de canas que se rebelaban a los tintes, su expresión era vivaz, pero tenía las arrugas de la frente más marcadas que nunca, tal vez fruto del estrés. La miraba con los ojos brillantes por la esperanza y estaba conteniendo el aliento a la espera de su respuesta. Amparo nunca le pediría que se quedase, pero estaba deseándolo. Y darse cuenta de ello la ayudó a decidirse.

—Sí, mamá. La verdad es que necesito un respiro de tanto viaje —declaró con una sonrisa suave—. Si te parece bien, me gustaría empezar a trabajar después de la boda de Elena. Supongo que, al irse de Luna de Miel, te vendrá bien otra mano en la farmacia.

Amparo dejó escapar un sonido inarticulado y corrió a abrazarla, seguida de Elena.

—¡Esto se merece un brindis! —exclamó Elena mientras alzaba su botellín de cerveza.

Lucía levantó su cerveza para chocarla con la de ella y entonces se percató de un pequeño detalle que le había pasado desapercibido hasta el momento. Un presentimiento la sobresaltó.

—Elena, ¿desde cuándo bebes cerveza sin alcohol? —preguntó con la mirada puesta de forma significativa en el botellín de su amiga.

Supo que su presentimiento era un acierto cuando vio que su madre y ella intercambiaban una rápida mirada de complicidad, mientras la segunda se ruborizaba hasta el nacimiento del pelo.

—¡Estás embarazada! —exclamó con una mezcla de emoción, sorpresa y alegría.

—Te dije que se daría cuenta —murmuró Amparo.

—Pero ¿qué? ¿Cómo?

—A estas alturas creo que no hace falta que te explique cómo se hacen los niños, ¿verdad?

—Este sí. Pensé que te estabas tomando la píldora.

—Y lo estaba, pero Diego y yo estuvimos hablando y los dos queríamos tener familia pronto, así que dejé de tomarla hace cosa de cuatro meses para que mi cuerpo volviese a la normalidad. La idea era ponernos a buscar en serio después de la boda y usar preservativo mientras tanto, pero una noche nos emocionamos y... Estoy de diez semanas —anunció y se la veía radiante de felicidad.

Lucía se levantó a abrazarla, feliz por su amiga, mientras un montón de preguntas se agolpaban en su mente.

—¿Cómo se tomó Diego la noticia?

—Lloró como un niño —confesó Elena con una risita—. Tendrías que verlo. Está exultante. Se ha comprado un libro

sobre los estados del embarazo y me cuida como si fuera una muñeca de porcelana. Es un amor.

—¿Y la familia de Diego? ¿Y tu padre?

—Todavía no lo sabe nadie. Lo queremos mantener en secreto hasta después de la boda para que nada haga sombra a ese día. Por ahora, la única que lo sabe es tu madre porque me pilló vomitando en el cuarto de baño de la farmacia y lo adivinó. Aunque, conociendo a Diego, supongo que se lo estará contando a Hugo ahora mismo.

Lucía mantuvo una expresión imperturbable e intentó que su voz sonara indiferente cuando preguntó: —¿Hugo está en Valencia?

—Sí, llegó anoche. Se quedará un par de días en nuestra casa y luego irá a Cuenca a ver a su familia —respondió Elena y luego la observó con el ceño fruncido. Seguro que le había extrañado que ella no lo supiera.

Lucía trató de que aquella noticia no la alterase, pero resultó inútil. Solo de pensar que Hugo y ella estaban en la misma ciudad, su estómago se cerró por los nervios y el corazón se le puso a mil.

—Como se sentía en deuda con Diego porque le prestó el dinero para su billete de avión, ha insistido en prepararle la comida —continuó diciendo Elena y puso los ojos en blanco—. Todo sea que cuando llegue a casa la cocina esté ardiendo.

Aquel comentario la descolocó.

—¿Y por qué Diego le ha tenido que prestar dinero?

—No sé los detalles, pero Hugo tuvo alguna clase de imprevisto económico en Japón y se ha quedado sin blanca.

Lucía se quedó con la vista pegada a su plato mientras trataba de asimilar aquella revelación. Así que, después de todo, él no había mentido en aquella parte. Su excusa de no tener dinero era cierta.

—Pues es una pena, espero que se recupere pronto —terció Amparo.

—Seguro que sí, Hugo tiene mucho talento. Últimamente ha estado trabajando muy duro en un proyecto que espera que tenga éxito: una heroína intergaláctica. Se llama Daredi o algo así, no lo recuerdo bien.

—¿Dakuredi? —inquirió Lucía con voz ahogada.

—Eso.

Sintió que el estómago se le revolvía y le entraron ganas de vomitar.

—Lucía, ¿te encuentras bien? —preguntó su madre de repente.

—Estás un poco pálida —observó Elena.

—Sí, me he mareado un poco. Supongo que es el *jet lag* —balbució mientras se levantaba de la mesa—. Perdonadme, voy un momento al baño.

Se encerró en el cuarto de baño y se refrescó la cara y el cuello mientras su cabeza intentaba encajar todas las piezas del puzle al tiempo de mil imágenes de Hugo acudían a su mente, y entre todas ellas, su mirada intensa aquella noche en Gold Coast cuando le dijo: «¿Sabes lo único que ensalzaría mi ego de verdad? Que tú me amaras lo suficiente para confiar en mí, pasara lo que pasase».

Con las manos apoyadas en el mueble del baño, se miró al espejo y se enfrentó a la verdad: había metido la pata hasta el fondo.

Hugo no había parado de demostrarle lo que sentía por ella, había estado dispuesto a perseguirla alrededor del mundo y solo había pedido a cambio que confiara en él. Y en cuanto había surgido un motivo de duda, en lugar de dejar que él se explicase, lo había condenado sin más.

Un golpecito en la puerta la sobresaltó.

—Lucía, ¿todo bien? —se oyó la voz de Elena al otro lado.

Lucía abrió la puerta tan rápido que hizo trastabillar a su amiga.

—No, no está bien —declaró—. Pero tú me vas a ayudar a arreglarlo.

## Capítulo 32

—Deja de llorar.

—Has empezado tú. Ya sabes que soy muy empático — musitó Diego y se sonó con estridencia.

Hugo se frotó las mejillas con los dedos para secar las lágrimas de emoción que se le habían escapado cuando su hermano le había anunciado que iba a ser tío. Había sido mientras comían en casa de Diego y Elena, en donde Hugo había pasado la noche después de su vuelta de Japón.

Los últimos días en Tokio habían sido una completa locura: habían presentado a varias editoriales el proyecto de Dakuredi, de las que dos en concreto habían quedado muy impresionadas con el capítulo piloto y habían asegurado que estudiarían su viabilidad; habían tenido que hacer maletas, despedirse de los amigos y cerrar cabos sueltos.

Viajar en avión junto a una pareja enamorada cuando tú no pasas por el mejor momento sentimental había sido un suplicio, sin contar que, aunque ellos lo hubiesen negado, estaba convencido de que Toshi y Pilar habían echado un polvo en el baño del avión.

Su amigo estaba siendo un valiente. Se había despedido de su madre prometiendo que se pondría en contacto con ella en cuanto estuviese instalado en España y se había ido de su país natal solo cargado con un par de maletas. Bueno, con las maletas y con Pilar, que valía mucho más que lo que dejaba atrás. Su prima no paraba de asegurarle que su familia lo estaba esperando con los brazos abiertos y Hugo estaba convencido de que era verdad.

Como el avión había aterrizado en Madrid, habían tomado el AVE para ir a sus respectivos destinos: Toshi y Pilar a Cuenca, en donde Toshi se quedaría por el momento en casa de Pilar hasta que se organizaran, y Hugo se dirigió a Valencia para intentar aclarar las cosas con Lucía antes de la boda.

—¿Sabes lo contentos que se van a poner nuestros padres? —inquirió Hugo, todavía asimilando la noticia de la

inminente paternidad de su hermano.

Diego esbozó una amplia sonrisa como respuesta. Se lo veía exultante de felicidad y orgullo.

—Ya verás, voy a ser el mejor tío del mundo —juró Hugo—. Lo llevaré a las Comic Con y le daré consejos sobre las chicas.

Y quién sabe, tal vez en un futuro, también podría darle un primo con el que jugar, aunque ese pensamiento no lo dijo en voz alta.

—Estás dando por hecho que va a ser un chico. ¿Qué pasa si es una niña?

—Que la llevaré a las Comic Con y le advertiré sobre los chicos como yo —respondió Hugo con un guiño.

—Va a ser difícil que hagas todo eso si vives en Tokio —observó Diego.

—¿Y si te dijera que no voy a volver?

—¿Quieres decir lo que creo que quieres decir?

—¿De verdad crees que traería dos maletas y una bolsa de mano si solo hubiese venido para la boda? —bufó Hugo.

—Yo que sé, pensé que traías regalos.

—Algún regalo hay, pero no. Mi etapa en Japón ha terminado —afirmó Hugo—. Espero tener que volver de vez en cuando por motivos laborales, eso sí. Antes de venir Toshi y yo estuvimos en varias editoriales y esperamos tener alguna respuesta positiva pronto.

—¿Y por qué no lo editáis aquí?

—Porque allí el consumo de manga es brutal, muchísimo más alto que en España. Si conseguimos consolidarnos en aquel mercado, luego ya podremos pensar en distribuirlo en otros idiomas, incluido el español —explicó Hugo—. La idea que tenemos es que Toshi y yo montemos un estudio de dibujo aquí, en Valencia. Tenemos intención de crear un universo entero alrededor de Dakuredi, incluido un personaje masculino que se le ha ocurrido a Toshi y que bien podría tener su propia

serie —agregó pensando en Casanova, el personaje que había ideado Toshi como némesis de su dama oscura.

—Entonces, ¿os vais a instalar en Valencia? —preguntó Diego sin ocultar el entusiasmo que aquella noticia le produjo.

—Sí, esa es la idea. Buscaremos algún piso barato para compartir e iremos haciendo trabajos de ilustración hasta que consigamos arrancar.

Al haberse quedado sin fondos, les iba a costar un poco más de tiempo empezar, pero lo importante es que estaban decididos y muy ilusionados por sacar adelante aquel proyecto juntos.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, tenemos espacio de sobra —propuso Diego y Hugo se lo agradeció.

La verdad es que vivían en un ático de lujo. Lo acaban de reformar de forma que habían unido el ático de Diego y el de Elena, que antes eran vecinos puerta con puerta, en uno solo, y el resultado era espectacular.

—Aunque la verdad es que pensé que te instalarías con Lucía —continuó diciendo su hermano.

—Estamos pasando por un bache —confesó Hugo con un suspiro.

—Pues espero que lo solucionéis pronto. Elena está pensando en vuestra boda desde antes incluso de que se enterara de que estabais juntos. Al parecer, los Aries y los Sagitarios hacen buena pareja —añadió ante la mirada inquisitiva de Hugo.

—Voy a hacer lo que esté en mi mano, pero no depende de mí. Es cuestión de confianza y la verdad es que tiene algunos motivos para dudar de mí —admitió y procedió a contarle sobre la foto que Toshi había colgado en Instagram y sobre la desafortunada intervención de Pilar—. Desde el principio, mi relación con Lucía ha estado llena de malentendidos —concluyó con una mueca.

—Es la maldición de los Montoya —señaló Diego con un suspiro teatral—. Cuanto más empeño ponemos en impresionar a una chica, más metemos la pata con ella.



—Eso es una chorrada. Solo han sido un cúmulo de desgraciadas coincidencias.

—Exacto. ¿Acaso no te acuerdas de las historias que nos contó mamá de cuando nuestro padre la cortejaba?

Por supuesto que las recordaba. A Matilde, su madre, le gustaba contárselas cuando eran pequeños porque les hacía reír. Y no era para menos. Su padre había sido el protagonista de varias anécdotas que se habían convertido en leyenda en el pueblo de Buendía, desde la vez en que intentó coger un ramo de girasoles y acabó hinchado a picadas de abejas como la ocasión en que tomó «prestado» el burro del señor Toribio, porque era el animal preferido de Matilde, y acabó en urgencias por una coz en el culo.

—Fue un despropósito tras otro —recapituló Hugo entre risas.

—¿Y qué me dices de la época en que intenté congraciarme con Elena?

¡Dios! La había vivido de primera mano y todavía se reía al recordar las ridículas situaciones en las que se había puesto Diego por Elena. Un malentendido había hecho que él se comportara como un verdadero capullo con ella, y cuando al fin se aclaró la verdad, intentó pedirle disculpas. Ni qué decir tiene que la mujer no se lo puso nada fácil, pero su hermano, terco como era, no desistió hasta que consiguió colarse en su vida y, más tarde, en su corazón.

—¿No te das cuenta de la relación? —continuó hablando Diego—. Los hombres Montoya están condenados a hacer el ridículo ante las mujeres que quieren conquistar.

—No es mi caso, yo he conquistado a un montón de mujeres sin accidentes de ningún tipo —rezongó con soberbia.

—Porque en verdad no significaban nada para ti. Eso demuestra que Lucía te importa de verdad.

¿Importarle de verdad? ¡Joder, eso ni se acercaba a lo que sentía por ella! Estaba enamorado de Lucía hasta el tuétano y la situación en la que se encontraban lo tenía en un sinvivir.

En cuanto terminaron de comer, Hugo se fue a la habitación de invitados a echarse una siesta que lo ayudase a recuperarse del cambio horario. Solo durmió una hora, pero fue suficiente para cargar energías hasta que llegara la noche y volver a ponerse en marcha.

—¿Diego? ¿Elena? Voy a salir de la habitación —anunció a voz en grito antes de avanzar por el pasillo—. Mi sensibilidad espiritual no podría soportar encontrarse con otra de vuestras escenas tórridas.

Parecía una tontería, pero después de haber sido testigo involuntario de la tendencia que tenía su hermano de empujar a Elena sobre la pared del comedor, en la encimera de la cocina o en el sofá, había decidido ir con pies de plomo por aquella casa.

—¡Cría fama y échate a dormir! —rezongó la voz de su hermano desde el salón.

Hugo se dirigió allí y se encontró a Diego sentado en el sofá con Elena encajada en el hueco de su brazo, con los ojos cerrados. Su hermano tenía puesto una mano protectora sobre el vientre, tal vez de forma inconsciente, mientras veía una serie en la tele. Era una escena cotidiana de pareja pero que lo llenó de ternura porque su hermano era el protagonista de aquella historia con final feliz.

—Creo que Elena se ha dormido —susurró para no despertarla.

—Últimamente está muy cansada. Según el libro que me estoy leyendo, es normal que las embarazadas duerman más por el aumento de progesterona —explicó Diego mientras besaba la coronilla de Elena con ternura.

—O tal vez sea porque cierta persona me ha despertado una hora antes de que sonara el despertador porque se sentía mimoso —rezongó ella sin abrir los ojos.

—También —admitió Diego con una amplia sonrisa y le guiñó un ojo a Hugo de una forma tan pícaro que lo hizo soltar una carcajada.

—Hugo, ¿tienes algo que hacer ahora? —preguntó Elena mientras abría un ojo.

—La verdad es que no.

—¿Te importaría hacerme un favor?

—Claro.

—¿Ves esa bolsita que está encima de la mesa? —Elena cabeceó hacia una bolsa de papel blanca con el logo de la farmacia—. Son las medicinas de una ancianita que es clienta nuestra. La mujer está mal de las rodillas y le he dicho que me pasaría por su casa a llevárselas. Vive a unos diez minutos de aquí, en Blasco Ibáñez. La dirección está escrita en la bolsa —. ¿Te importaría ir por mí?

—Claro que no. Lo que sea por la madre de mi futuro sobrino —añadió con un guiño.

Un rato después llamó a la puerta del séptimo piso de una bonita finca de diez plantas que parecía haber sido reformada hacía poco. Cuando la puerta se abrió, compuso una sonrisa amable esperando encontrarse con una ancianita de rostro arrugado, pero para su sorpresa, la que apareció ante él fue Lucía.

Decir que el corazón se le saltó del pecho no era una exageración mientras lo invadía una sensación indescriptible, como un cálido escalofrío que recorrió su cuerpo de arriba abajo tensando todos sus músculos.

Recorrió su figura con la mirada de forma lenta, bebiendo cada pequeño detalle con la sed de un hombre que lleva días asándose al sol sin una gota de agua, desde el cabello oscuro que se ondulaba sobre sus hombros, enmarcando un rostro que se le había grabado a fuego en la mente; siguiendo por el cuerpo delgado, pero muy femenino, que en aquella ocasión estaba envuelto en simpático vestido de lunares y continuando por unas piernas esbeltas y bien torneadas que acababan en un par de sandalias que se enlazaban en el tobillo.

—Creo que tú no eres la señora Filomena —señaló Hugo con voz seca y procuró disimular tras una máscara hierática la miríada de emociones que lo recorrían por dentro.

—Hola, Hugo —susurró ella con cautela—. Por favor, pasa —le pidió con un ademán.

Él no se hizo de rogar. Después de todo, estaba esperando justo aquello, que pudiesen verse cara a cara para aclarar las cosas, pero aquella pequeña encerrona lo había dejado descolocado, sobre todo porque no había sospechado nada.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una Coca-Cola Zero? —preguntó ella pues conocía sus gustos.

Asintió en silencio mientras observaba a su alrededor con curiosidad. Lucía tenía una casa impresionante, muy espaciosa y con mucha luz. Los acabados y los muebles eran de primera, eso era evidente. Y aunque estaba decorada con mucho gusto, sintió que le faltaba algo. No tenía la calidez de un hogar.

Lucía le pasó el refresco en silencio sin poder ocultar el temblor de su mano y cuando sus dedos se rozaron por un segundo, vislumbró un suave rubor en sus mejillas que ella se apresuró a ocultar bajando la mirada.

Sintió ternura al verla tan nerviosa, pero no dejó que ella lo percibiera.

—¿Puedo saber lo que hago aquí? —preguntó con voz fría.

—Le he pedido a Elena que me echara una mano para que pudiésemos hablar con tranquilidad.

Aquello lo cabreó un poco al recordar todas las llamadas y mensajes que ella no había contestado.

—¿Y por qué debería escucharte cuando tú no has querido oír lo que yo tenía que decir? —inquirió y su tono fue tan duro que hasta él mismo se pegó una patada mental. Debía dejar el orgullo a un lado si quería conseguir aclarar las cosas con Lucía.

—No tienes por qué, puedes salir por esa puerta ahora mismo y lo comprenderé —susurró Lucía, pero en sus ojos brillaba la súplica de que se quedara.

—Habla —gruñó Hugo y cruzó los brazos sobre el pecho en un intento por mostrarse distante, cuando el verdadero

motivo de hacerlo era controlar sus ganas de abrazarla.

—A veces, te obcecas en que la imagen que tienes de una persona es la verdadera y eso impide que veas cómo es en realidad —comenzó a decir Lucía—. Desde que te conozco te he encasillado en el grupo al que pertenecía Alberto.

—¿Un cabrón sin escrúpulos que no duda en mentir y engañar para acostarse con una mujer y que las colecciona como si fueran trofeos? —adivinó Hugo, pues era el concepto que él se había hecho del primer amor de Lucía.

—Sí —confesó ella en un murmullo—, pero estaba equivocada. Tú me has demostrado una y otra vez que eres diferente a todos los hombres que he conocido hasta el momento y que te importo de verdad. Cuando me llamaste para decirme que no podías reunirte conmigo en Nueva Zelanda, pensé que me estabas poniendo excusas falsas porque estabas con otra.

—Tuviste motivo para ello —admitió Hugo—. La situación era complicada de explicar, mucho más por teléfono, y yo lo empeoré con evasivas. Y tampoco ayudó la conversación que tuviste con Pilar. En cuanto a la foto que viste en Instagram, te juro que no es lo que parece, no estaba besando a Aiko, solo me abrazó para darme la enhorabuena cuando le dije... que estaba enamorado de ti.

Lucía se quedó callada por un instante, como si estuviese asimilando sus palabras, y luego asintió.

—Con todo, estuvo mal por mi parte no darte la ocasión de que pudieras explicarte, y por eso te quería decir que lo siento y quería pedirte que me dieras otra oportunidad —pidió ella con humildad.

Hugo simuló pensarlo durante unos segundos.

—Así que quieres otra oportunidad, ¿eh? —Lucía asintió con cautela—. Pues para ello tendrás que pasar por cuatro pruebas —declaró con arrogancia en una clara alusión a lo que ella había hecho con él en Bali—. Cuatro retos a cada cual más difícil y complicado que... —Se quedó callado de repente y suspiró—. ¿A quién quiero engañar? Te he perdonado en

cuanto me has abierto la puerta —admitió con una sonrisa ladeada.

Acto seguido avanzó hacia ella y la abrazó con fuerza hasta fundir sus cuerpos en uno como dos piezas de distintos puzles que encuentran la forma de encajar a la perfección. Y por fin, después de dos semanas, pudo volver a respirar.

## Capítulo 33

Si le preguntase cuál era el mejor lugar en el que se había despertado, sin duda sería aquel: entre los brazos de Hugo. No importaba en qué parte del mundo los sorprendiera el amanecer mientras lo hiciera de aquella manera, con los cuerpos entrelazados después de hacer el amor de un modo dulce y perezoso, muy diferente a la pasión que casi no los había dejado pegar ojo durante la noche.

Se apoyó sobre su duro torso, sintiendo bajo sus manos el retumbar de su corazón, y buscó su mirada.

—Eres increíble.

—Lo sé, lo has gritado varias veces durante esta noche mientras hacía que te deshicieras de placer —replicó él con una sonrisa canalla—. De hecho, has reconocido que soy el mejor amante que has tenido nunca, me has llamado dios del sexo, te has declarado mi esclava sexual de por vida y...

—Yo no he hecho nada de eso —protestó ella ante su broma y le sacó la lengua.

Bueno, lo de gritar sí que había sido cierto y puede que lo otro lo hubiese pensado, pero ya iba bastante sobradito de ego como para reconocérselo.

—Pues entonces tendré que esforzarme más para que acabes confesándome que...

—Te amo —susurró Lucía, y aquella era la primera vez que se lo decía.

Hugo se puso serio al instante mientras sus ojos destellaban de emoción. Abrió la boca para decir algo, pero ella le puso un dedo sobre los labios para que la dejase hablar.

—Amo cada trocito de tu ser, desde la sonrisa canalla hasta esas pequeñas arruguitas que se te forman en las comisuras de los ojos al sonreír, sin olvidar tu colección de calzoncillos de dibujos —señaló ella y su mirada se desvió hasta la prenda que había quedado sobre el suelo, junto al resto de su ropa.

—Son Goku mola mucho —se defendió Hugo con orgullo, como solía hacerlo y ella no pudo evitar sonreír.

—Amo ese optimismo con el que te enfrentas a todo en la vida, la fuerza de tu determinación y esa seguridad que te mueve —prosiguió recuperando la seriedad mientras le acariciaba el rostro con ternura—. Amo la bondad de tu corazón y la importancia que le otorgas a la amistad y a la familia. Te amo, Hugo —repitió mientras depositaba un suave beso sobre sus labios—. Llevo mucho tiempo buscando un compañero de viaje y sé que lo he encontrado en ti.

Hugo le cogió la mano y se la besó. Se veía claramente emocionado hasta el punto de que estuvo varios segundos sin poder hablar.

—A donde tú vayas, iré yo —prometió al fin con voz queda.

Lucía recordó la historia que le había contado de la pareja del Titanic y comprendió. Aquella era su forma de decirle que, no importaba donde fuera, él la seguiría hasta la muerte. El destino había unido sus caminos hasta convertirlo en uno solo y lo recorrerían cogidos de la mano. Y con aquella certeza supo que ya estaba preparada para abrirse a él por completo.

—¿Recuerdas que me has preguntado varias veces por los botecitos que guardo en mi mochila, los que lleno de tierra o arena?

—Claro, aunque nunca me has respondido.

—Me gustaría explicártelo, pero me vas a tener que acompañar a un lugar.

Una hora después, los dos cruzaron las puertas enrejadas de los Viveros. Como todavía era temprano el parque estaba desierto, solo se veía a algún que otro corredor que aprovechaba que el sol todavía no pegaba fuerte para poder entrenar.

Lucía le condujo hasta su árbol especial y extendió una tela para sentarse sobre el césped, puso la mochila que llevaba entre ellos y la abrió para mostrarle el contenido: primero sacó



la libreta de tapas azules y luego la docena de botecitos que había recuperado durante su viaje por Asia y Oceanía.

—Enterramos las cenizas de mi padre a los pies de este árbol y a veces siento que vive en él —explicó Lucía con la mirada perdida entre las frondosas ramas que siempre le habían dado sensación de cobijo—. Cuando leí por primera vez esta libreta y me di cuenta de que él nunca iba a poder recorrer los lugares que deseaba, se me ocurrió que tal vez pudiese traerle un trocito de cada uno aquí. Por eso, cojo un poco de tierra de cada lugar que voy y que aparece en la libreta. Se ha convertido en una especie de ritual cada vez que vuelvo de un viaje: vengo aquí y vacío los botecitos a los pies del árbol mientras le hablo a mi padre cómo son los lugares que he visitado. —Lo miró un poco avergonzada—. A lo mejor te parece un poco tonto.

—Me parece precioso, Lucía —aseguró él con voz ronca.

Permanecieron bajo aquel árbol durante un buen rato, mientras Hugo la ayudaba a vaciar los botes y escuchaba con atención cómo Lucía relataba las impresiones que le había causado cada uno de los lugares a los que pertenecía la tierra que derramaba sobre las raíces de aquel viejo ficus.

Después de aquello, Hugo dejó caer que, ya que había conocido a su padre, bien podía presentarle formalmente a su madre.

—¿Estás seguro?

—Claro, las madres me adoran —aseguró con arrogancia.

Así que Lucía acabó llevándolo a la farmacia. En cuanto traspasaron las puertas se encontraron con Elena, que al ver sus manos entrelazadas dejó escapar un chillido de alegría y corrió a abrazarlos.

—Este es el mejor regalo de bodas que me podíais hacer —aseguró y para consternación de todos, se puso a llorar—. Son las hormonas —farfulló mientras se sonaba.

Amparo salió de la trastienda y se acercó hasta ellos con curiosidad

—Mamá, te presento a Hugo —anunció con una sonrisa.

Su madre se dejó besar por él, pero frunció el ceño mientras lo estudiaba con detenimiento.

—Tu cara me suena —dijo al fin.

—Es el hermano de Diego. Se parecen mucho —se apresuró a explicar Elena.

—No, no me suena de eso —musitó Amparo pensativa. De repente sus ojos se agrandaron—. ¿Tú no venías por aquí hace unos años?

Ver a Hugo ruborizarse hasta la punta del pelo al percatarse de que la madre de Lucía lo recordaba de cuando se pasaba cada dos por tres por la farmacia a comprar condones fue digno de fotografiar para enmarcar después.

Lucía y Elena intercambiaron una mirada rápida, aguantaron la risa y observaron expectante a ver cómo se las apañaba para salir de aquel atolladero.

—Sí... Yo... Eh... Ummm... Venía a comprar pastillas Juanola —terminó por balbucir mientras se aclaraba la garganta y después compuso una sonrisa angelical mientras guiñaba el ojo a Lucía con disimulo, orgulloso de haber encontrado una excusa plausible.

—Sí, ya lo recuerdo: pastillas Juanola tamaño XL —replicó Amparo con una ceja arqueada y una mirada de censura—. Espero que ahora seas más comedido a la hora de gastarlas.

—Sí, señora —respondió Hugo al instante, contrito.

Amparo le dirigió una última mirada de advertencia y luego se giró tan digna como una reina.

Justo cuando pasaba al lado de Lucía le susurró en el oído: —Me gusta. Este sí que te hace brillar. —Y tras darle un abrazo, se volvió a meter en la trastienda.

Después de salir a la farmacia Hugo la llevó a casa de Diego y Elena porque decía que tenía una sorpresa para ella.

—Te presento a Dakuredi —anunció mientras le tendía lo que parecía un cómic.

En cuanto vio la portada abrió los ojos de par en par. No era por lo bien dibujado que estaba, que lo estaba. Sino porque la mujer que aparecía a todo color en aquella cubierta era igualita a ella.

—Supongo que es evidente en quién me he inspirado para crearla —admitió Hugo con una mueca.

Y no solo en el físico, por lo que Lucía pudo comprobar, sus historias tenían bastantes similitudes, incluyendo un guapísimo némesis de nombre Casanova que era un pirata intergaláctico pícaro y seductor.

—Espero que te guste —susurró y pudo ver que, debajo de toda la seguridad que mostraba en sí mismo, había un atisbo de incertidumbre en lo referente a su talento.

—¿Estás de broma? Me encanta —aseguró ella, entusiasmada, y lo besó.

Aquella noche decidieron pedir unas pizzas para cenar en casa e invitaron también a Diego y Elena. La velada estuvo amenizada por las mil y una batallitas de juventud que los hermanos Montoya relataban mientras las mujeres no paraban de reír al escucharlos. Daba gusto verlos juntos, se notaba que además de relación familiar, había una fuerte amistad entre ellos.

—Entonces llegó una chica nueva al pueblo —rememoró Diego entre risas—, con un par de enormes... ojos —atinó a decir en el último momento ante la mirada de advertencia de Elena—. Era la prima de uno de mis amigos y venía a pasar un par de semanas de verano. No os podéis imaginar la revolución hormonal que supuso para un grupo de chicos de quince años de media, todos estábamos locos por aquella preciosidad llena de curvas.

—Estabais más salidos que el pitorro de un botijo —sentenció Lucía.

—Pues sí, la verdad —reconoció Diego con una mueca—. Un día, mis amigos y yo hicimos una apuesta para ver quién era el primero que conseguía un beso de ella. Sí, lo sé, era una marranada y no estoy orgulloso de ello —añadió ante

la mirada de censura de las dos mujeres—, pero repito que éramos jóvenes y teníamos muy pocas luces. La cuestión es que Hugo quiso participar. Pase que era muy alto y condenadamente guapo, pero solo tenía once años, pensábamos que no tenía nada que hacer.

—Así que no lo dejasteis participar en la apuesta— dedujo Elena.

—Claro que sí le dejamos. Si era tan tonto para tirar su dinero, nosotros no se lo íbamos a impedir. Además, yo estaba seguro de que ganaría, la chica parecía bastante interesada en mí.

—Pensaste que lo tenías casi hecho —adivinó Elena.

—Pues eso creía —admitió Diego—, pero al día siguiente fue a la plaza del pueblo de la mano de mi hermanito y delante de todos, lo besó. No fue un morreo, solo un pico, pero sirvió para que ganara la apuesta.

—¡Pero si eras solo un crío! —exclamó Lucía, asombrada—. ¿Cómo lo conseguiste?

Hugo esbozó una sonrisa enigmática a modo de respuesta.

—Nunca me lo quiso decir —protestó Diego, todavía frustrado con el tema.

—Venga, Hugo, cuéntanos el secreto de tu éxito con las mujeres —azuzó Lucía retándolo con la mirada.

Él se hizo de rogar un poco, pero al final terminó cediendo.

—Sinceridad —susurró mientras se inclinaba un poco hacia adelante en un gesto confidente.

—¿Sinceridad? —repitieron los demás al unísono, sin entender.

—Sí, sinceridad. Busqué a la chica y le conté lo de la apuesta. Le dije que, si me ayudaba a ganar, nos repartiríamos el dinero entre los dos. Y aceptó.

—Enano traidor —gruñó Diego, indignado ante semejante jugarreta, mientras las mujeres reían por la picardía que había mostrado Hugo siendo tan joven.

—Sea como fuere —continuó explicando el mayor de los Montoya—, desde entonces, mi hermanito *el tramposo* —matizó con retintín—, se ganó la fama de *Casanova* y todavía no se ha desprendido de ella.

—Así que no había ninguna mujer que se te resistiera, ¿verdad? —musitó Lucía mientras lo miraba entre las pestañas.

—Hubo una —susurró él con voz ronca—. Y mientras me esforzaba por conquistarla me robó el corazón.

## Capítulo 34

Al día siguiente, los cuatro se fueron en el coche de Diego a Buendía para pasar unos días allí antes de la boda y así poder organizar los últimos detalles.

En cuanto el vehículo se detuvo en el patio del caserón de los Montoya, Matilde y la abuela salieron de avanzadilla a recibirlos. Hugo no había hecho nada más que abrir la puerta para salir cuando escuchó la voz de su madre:

—Hugo Montoya, tu prima se va dos meses a Japón y vuelve con novio y tú en más de dos años allí no has sido capaz de traerme a una sola chica. ¿No te da vergüenza?

—Mujer, no seas dura con el niño —oyó que susurraba la abuela—. Recuerda que tiene un *problemilla* ahí abajo.

Tal cual había abierto la puerta la volvió a cerrar.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía extrañada al ver que se volvía a acomodar en el asiento.

—Necesito un minuto más de preparación para enfrentarme a mi familia —explicó con un suspiro mientras observaba a través de los cristales tintados de las ventanillas cómo las dos mujeres saludaban a Diego y Elena que ya habían descendido.

—Tampoco será para tanto.

—Para ti no. A ti te van a adorar. En cambio, a mí no van a parar de vapulearme hasta que regresemos a Valencia.

Armándose de valor, respiró hondo y bajó del coche. Por un momento todo fueron besos y abrazos alternados con los típicos comentarios de «estás muy delgado» y «llevas el pelo muy largo», pero en cuanto Lucía bajó del coche con una sonrisa cautelosa la atención de las dos mujeres fue capturada de inmediato por ella.

—Mamá, abuela, esta es Lucía —anunció.

—¿Es una amiga? —inquirió su madre con cautela.

—Es mucho más que una amiga —afirmó él mientras cogía a Lucía por la cintura para acercarla contra sí y darle un beso rápido—. Es mi langosta —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Las dos mujeres parpadearon como dos búhos.

—¿Tu qué? —inquirió Matilde con franca desilusión.

—Creo que el sonotone se me está quedando sin pilas —comentó la abuela con el ceño fruncido—. No sé qué ha dicho de una langosta.

—Es el amor de mi vida —aclaró Hugo después de que Lucía le diera un buen codazo en las costillas por bromear con las mujeres.

Los rostros de ambas se iluminaron como dos faros en la noche y la alegría fue acompañada por otra ronda de besos y abrazos.

—¡Ay que mi Hugo por fin se ha echado novia! —farfulló Matilde dando una palmada de emoción—. ¡Y yo venga a ponerle velas a San Antonio!

—Ya te dije que las velas a San Antonio no eran suficiente, que necesitabas recurrir a San Judas, el de los imposibles —comentó la abuela con una sonrisa satisfecha.

—Menos mal que te hice caso.

—Y no es china como el otro —oyó que susurraba la anciana, aunque luego clavó la vista en Lucía y se ajustó las gafas con un parpadeo—. Porque no eres china, ¿verdad? No es que tenga nada en contra con los chinos, Toshi es un encanto, pero no quiero que mi nieto eche raíces allí, ¿sabes?

—Abuela, que Toshi no es chino, es japonés —protestó Hugo con los ojos en blanco.

—No se preocupe, soy de Valencia —respondió Lucía mientras guiñaba un ojo a Hugo de forma rápida—. Aunque mi padre tenía familia cerca de aquí —añadió al tiempo que entrelazaba el brazo con el de la anciana para ayudarla a andar; un gesto natural y amable que enseguida se ganó el corazón de la mujer.

—Llámame Isabel, querida —pidió la mujer mientras le palmeaba el antebrazo con cariño.

Hugo vio como las cuatro mujeres se alejaban hablando entre sí, dejándolos a Diego y a él totalmente olvidados.

—Acostúmbrate —comentó Diego con una mueca—. Que el hijo pródigo vuelva a casa después de tantos meses no es tan notorio como que lo haga acompañado por una chica, y más aún si el hijo pródigo eres tú. Nuestra madre no tenía demasiadas expectativas de que sentaras la cabeza.

—Ya lo he notado. ¿De verdad le ha puesto velas a San Judas?

—No la puedes culpar, y menos después de saber de tu problemilla sexual —adujo Diego con una sonrisa burlona.

Hugo soltó un gruñido ante la pulla y los dos hermanos procedieron a sacar las maletas del coche entre bromas. Cuando entraron, Lucía estaba siendo presentada al resto de la familia: a Íñigo, el padre de Hugo, y a los mellizos, Álvaro y Marcos, que al verlo entrar le hicieron un gesto entusiasta con los pulgares en alto señal de que aprobaban la elección, que para el idioma de dos chicos de diecinueve años equivalía a que les parecía que su novia estaba muy buena.

Aquella noche cenaron todos juntos, se pusieron al día y compartieron anécdotas. Y cuando, en un momento dado, Hugo anunció que ya no iba a regresar a Japón, brindaron de alegría por la noticia.

Después de la cena, llegó la hora del café. Hugo se sentía a gusto y relajado con el brazo sobre los hombros de Lucía mientras escuchaba a sus hermanos hablar de cómo les había ido el primer año de universidad. Entonces apareció el padre de Hugo llevando la bandeja con los cafés y comenzó a repartirlos.

Hugo frunció el ceño cuando dejó ante él una taza con lo que parecía ser una infusión.

—Yo quería un cortado.

—No sé, la abuela me ha dicho que esto era para ti.



—Nada de café antes de ir a la cama que luego pasa lo que pasa —rezongó Matilde.

—Tú bébetelo, niño, que te hará bien —instó la abuela.

Por un segundo todas las miradas se quedaron clavadas en él, algunas a la expectativa y otras con extrañeza.

—¿Se puede saber qué estoy bebiendo? —preguntó después de beber un sorbo de un líquido que fue incapaz de reconocer por el sabor.

—Es una mezcla de clavo de olor y valeriana —explicó la anciana—. El señor Florencio, el del herbolario del pueblo, me ha asegurado que te ayudará a...

—¿A qué?

Los ojos de la anciana se desviaron hacia Lucía y cabeceó en su dirección en lo que para ella debía ser un modo disimulado de hacerlo, pero que a Hugo le parecieron cabezazos dignos del Heavy Metal.

—Ya sabes, hijo, a... disparar más despacio —susurró entre dientes Matilde y la cara ruborizada en un intento por ayudar a Isabel.

De repente Diego soltó una carcajada.

—Creo que lo que intentan decirte es que te estás bebiendo un remedio para solucionar la eyaculación precoz —aclaró Diego.

Hugo, que acababa de beber un sorbo, se atragantó escupiendo el líquido parduzco hacia adelante como un geiser. Por un instante, la mesa quedó sumida en un silencio sepulcral y luego todos estallaron en risas, Lucía incluida.

—Todo esto es por tu culpa, traidora —rezongó Hugo de morros.

Con una ceja arqueada y gestos comedidos, ella cogió una cuchara y comenzó a golpear su vaso con ella, emitiendo un repiqueteo que instó a todos a guardar silencio.

—Os aseguro que Hugo no tiene ningún problema de eyaculación precoz ni disfunción eréctil —anunció de forma

solemne—. Es más, es un dios de sexo, incansable e insaciable. ¿Contento? —rezongó ella con una dulce sonrisa.

—Pues vas a tener que pregonar eso por el pueblo — indicó Álvaro, al que todos llamaban «el adoptado» porque era el único de la familia que tenía el cabello rubio y los ojos azules—, porque el señor Florencio no es precisamente discreto y los del pueblo ya te han puesto un nuevo apodo: Hugo *El rápido*.

Aquello hizo que todos volvieran a reír mientras Hugo dejaba caer la cabeza contra la mesa con un gemido dramático y Lucía le daba palmaditas de consuelo.

Más tarde, la pareja salió al jardín a pasear y disfrutar de la preciosa noche estrellada.

—Me he enamorado de tu familia —comentó Lucía con una sonrisa ladeada.

—Te la regalo. —Fue la rápida respuesta de Hugo, pero luego su expresión se llenó de un inmenso cariño—. Son estupendos, la verdad es que tengo mucha suerte. Estos encuentros son muy especiales para nosotros, sobre todo ahora que volvemos a estar todos juntos.

—¿Sabes? Los padres de Edu venían de un pueblecito de Teruel bastante parecido a este y siempre pasaban las vacaciones allí. Cada vez que me decía de pasar unos días en aquel lugar se me hacía un mundo porque me aburría muchísimo, me hacía sentir una vieja —explicó Lucía mientras jugaba con los dedos de su mano—. Ahora me doy cuenta de que no se trataba del lugar, sino de la compañía. Si tú quisieras, podríamos pasar un verano entero aquí y no me importaría porque sé que a tu lado acabaría siendo especial, único y divertido.

Aquello era una pequeña declaración de intenciones: Lucía estaba dispuesta a hacer concesiones para hacerlo feliz, incluso a dejar aparcado su espíritu viajero por un tiempo.

—Creo que podremos encontrar la forma de compaginar el pueblo con los viajes, porque no estoy dispuesto a dejar de recorrer el mundo a tu lado —declaró y entonces la besó.

No importaba dónde, lo importante era estar juntos en la que sin duda sería la aventura más emocionante de sus vidas.

¿Próximo destino? El amor.

## Capítulo 35

Durante un par de días todos contribuyeron a convertir el jardín de la casa en un rincón de ensueño para el feliz enlace. Una elegante carpa los protegía de los últimos rayos de sol, pues la ceremonia empezaba a las siete de la tarde. Las sillas de madera que habían dispuesto a los lados de la alfombra central estaban adornadas con unos bonitos arreglos de lavanda que se repetían en las mesas de manteles blancos que habían preparado para el cáterin. El conjunto era muy fresco y bucólico.

El novio se movía nervioso frente al medio centenar de personas que se habían congregado allí para ser testigos del dichoso enlace. Como estaban en agosto y la ceremonia era informal, la mayoría de los hombres habían decidido dejar a un lado los típicos trajes y habían optado por ir en mangas de camisa, algunos con chaleco y corbata, y otros con tirantes y pajarita. Diego no era una excepción: se había vestido con un chaleco y pantalón de lino beis, una camisa blanca y una corbata del mismo tono que el pequeño prendedor de lavanda que llevaba a un lado del pecho. Estaba guapísimo.

Entonces la música empezó a sonar y Diego se quedó inmóvil. La expresión de su rostro al ver aparecer a Elena al final del pasillo hizo que los ojos de Lucía brillaran por las lágrimas. Aquello era amor con mayúsculas y subrayado, y estaba dirigido a la preciosa mujer que avanzaba hacia él con una sonrisa radiante.

Elena estaba guapísima con un vestido de escote palabra de honor y de corte imperio hecho con una tela ligera y fluida y en la mano llevaba un bonito ramo de flores artificiales en tonos lilas, puesto que era alérgica al polen. El recogido que le había hecho la madre de Pilar, que era peluquera, dejaba libre varias ondas para que enmarcasen su rostro y resultaba muy favorecedor.

La música elegida para acompañarla en su recorrido no podía ser más adecuada, aunque no fuera demasiado convencional: *Alegría* una composición del Cirque du Soleil; porque aquella única palabra condensaba la emoción que

compartían todos al ver la felicidad que irradiaban Diego y Elena mientras intercambiaban sus votos matrimoniales y se decían el sí quiero.

Lucía sintió que Hugo le apretaba la mano en un gesto inconsciente y observó su hermoso perfil mientras él mantenía la vista sobre la pareja. Una lágrima se había escapado a hurtadillas y rodaba por su mejilla. Seguro que ni él mismo se había dado cuenta de ello. Ella la atrapó con una caricia, captando su atención. Él la miró y sus ojos se llenaron de ternura mientras borraba las lágrimas del rostro femenino con los dedos. Luego los dos compartieron una sonrisa lenta, conscientes de que dos de las personas que más querían en el mundo estaban viviendo uno de los momentos más felices de sus vidas.

Si la ceremonia fue dulce, la fiesta que vino después solo pudo calificarse de alocada. Toshi y Pilar los sorprendieron con un baile en honor a la pareja, que dejó a todos anonadados al ver la destreza con la que el japonés se movía. También hubo karaoke y hasta la abuela se lanzó a cantar una canción de Malú. Y baile. Y muchas risas.

Lucía se acercó por detrás a Hugo, que en aquel momento estaba hablando con Toshi.

—Has engordado, amigo —le estaba diciendo Hugo.

Toshi esbozó una amplia sonrisa mientras se palmeaba la tripa.

—La madre de Pilar me mimaba mucho. Dice que me quiere mantener contento para que no me arrepienta de haber venido a España y decida volver a Japón.

—¿Y te arrepientes?

—No. Nunca pensé que pudiese ser tan feliz —aseguró Toshi con rotundidad—. Y ahora, si me disculpas, voy a ver si consigo convencer a Pilar para que cante conmigo otra canción en el karaoke.

Lucía aprovechó para abrazar a Hugo por detrás.

—Te echaba de menos.

Hugo se giró entre sus brazos y la besó. Un beso breve, pero intenso que cortó con un gemido.

—Mujer, estoy intentando distraerme para contener las ganas de arrastrarte a algún rincón oscuro y levantarte la falda de ese bonito vestido que llevas. Así que será mejor que no me toques, ni me mires, ni sonrías...

—¿Al menos puedo respirar?

Hugo vio como los pechos de Lucía subían y bajaban acompañando la errática respiración resultante del beso y su cuerpo se crispó.

—¡No! —masculló en una mezcla de gruñido y gemido.

—¿Y si quisiera que me arrastrases a algún lugar oscuro?

Hugo la cogió de la mano y se dirigió hacia la parte trasera de la casa.

—¿A dónde me llevas?

—El lago está cerca de aquí y la luna llena brilla tanto que podremos movernos sin problema. ¿Qué te parece si vamos a darnos un baño desnudos? —sugirió en tono sensual.

—Me parece una idea estupenda.

Al llegar a la orilla se desnudaron y se metieron en el agua entre risas. La luna llena se reflejaba en la superficie del agua creando una pátina plateada que brillaba de forma irreal. Y allí, con ella como único testigo, entrelazaron sus cuerpos de forma lenta entre susurros de amor.

La magia del momento se hizo añicos cuando al salir, Hugo descubrió que su ropa no estaba donde la había dejado.

—No entiendo por qué te han quitado la tuya y me han dejado la mía —comentó Lucía mientras se ponía su vestido. Intentaba mostrarse seria, pero no lo conseguía—. ¿Quién crees que habrá sido?

—Conociendo a mi familia, cualquiera.

—Si me esperas aquí puedo ir a la casa y traerte una muda de ropa.

—No pienso dejar que vayas por ahí sola de noche, no conoces el camino.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes ir hasta allí desnudo.

Hugo alzó una ceja a modo de respuesta, la cogió de la mano y empezó a andar en dirección a la casa. No aflojó el paso ni dio muestras de vergüenza en ningún momento, ni siquiera cuando se dieron cuenta de que la puerta principal estaba cerrada y no había más camino posible que cruzar el jardín.

Intentaron ser discretos y pasar sin ser vistos, pero fue imposible. A los pocos segundos, todos los invitados los miraban, algunos con asombro y otros con diversión.

Hugo se quedó paralizado por un instante al haber sido descubierto. Lucía pensó que se sentiría azorado, pero entonces, para su sorpresa, alzó el puño y soltó el que se había convertido en su grito de guerra: «¡Towanda!». Tras lo cual, se abrió paso entre todos los invitados con el mentón bien alto.

Lucía se quedó absorta por un momento admirando la imponente retaguardia del hombre.

—¿Yolanda? ¿Quién es Yolanda? —Escuchó preguntar a Isabel que estaba a su lado.

—No, abuela. Ha dicho Towanda —respondió Álvaro—. ¿No es el nuevo fichaje del Real Madrid? —preguntó a su mellizo con el ceño fruncido.

—No, creo que es ese jugador de baloncesto serbio que está en el Estudiantes —respondió Marcos mientras se encogía de hombros—. Lo que no entiendo es por qué lo ha gritado.

—A mí me suena que es algo japonés —terció Diego.

Lucía aguantó la risa mientras escuchaba sus elucubraciones.

Nunca se supo quién había sido el responsable de quitarle la ropa a Hugo, pero aquella pequeña escena entró dentro de las anécdotas familiares que haría reír hasta las lágrimas a la siguiente generación de Montoya, junto con algunas otras más que los hermanos fueron acumulando a lo largo de los años.

## Epílogo

*Cinco años después...*

—Ayúdame a repasar el listado para comprobar que no se nos ha olvidado coger nada, ¿quieres? —propuso Hugo y obtuvo un alegre gorjeo en respuesta que interpretó como un sí—. Veamos: calcetines, bodis, pijamas, mudas de ropa, baberos, pañales... —Hugo volvió a hacer un cálculo mental de los pañales que iba a necesitar para una semana—. ¿Crees que hemos cogido suficientes?

Gabriel esbozó una sonrisa babosa y desdentada que dejó aflorar un par de hoyuelos en sus mejillas regordetas.

—Tienes razón, conociendo lo que eres capaz de hacer, mejor cojo unos cuantos más —resopló con una mueca exagerada que provocó un balbuceo feliz en el niño—. Por cierto, quiero que me prometas que te vas a portar bien durante el trayecto.

Hugo se acercó a la hamaca en la que estaba recostado Gabriel y se acuclilló frente a él. Por un momento, su corazón se llenó de orgullo y amor al contemplar aquel pequeño milagro. Todos decían que era clavadito a él: el cabello oscuro, los ojos avellana con un toque de verde y la sonrisa pícara. Su hijo.

—Sé que será tu primer viaje en avión y puede impresionar un poco, pero estoy convencido de que te encantará la experiencia. Vienes de un linaje de valientes trotamundos —señaló mientras le acercaba un dedo que el pequeño se apresuró a apretar con su manita—. Además, tu prima Sora ya ha hecho un viaje hasta Japón y se ha portado muy bien, tú no puedes ser menos.

Aquello era una fragante mentira, pero Gabriel no tenía por qué saberlo. El padre de Toshi había muerto de un ataque al corazón, y Pilar y él habían ido a Tokio para asistir al funeral y a que la madre de Toshi por fin conociera en persona a su nieta, a la que habían puesto su mismo nombre. Sora, que en japonés significaba «cielo», había estado muy inquieta durante el trayecto. Un viaje tan largo podía hacerse



interminable para un bebé de un año, sobre todo si era tan inquieta como esa niña, que había heredado el carácter de su madre y era un torbellino que volvía loco de amor a Toshi.

—Y sé que no quieres estresar a mamá, ¿verdad? —continuó diciendo Hugo—. Ya está bastante nerviosa con este viaje. Lleva varios años carteándose con Nadia, su amiga de Rusia, y por fin se van a volver a encontrar. Está muy ilusionada.

Terminó de hacer las maletas y luego preparó un biberón. Justo cuando Gabriel estaba terminándose, oyeron cómo se abría la puerta de entrada.

—¿Dónde están mis chicos?

—¡En el sofá!

Lucía apareció en el salón cargada con un par de bolsas.

—He comprado regalos para Nadia y su marido. Y para Masha, esto. —Sacó una caja grande envuelta en un alegre papel de colores—. Es una muñeca con un montón de ropita y accesorios. Espero que le guste —agregó y se mordió el labio.

—Le encantará —aseguró Hugo convencido—. Y ahora ven aquí y saludanos como corresponde.

Lucía se acercó a ellos sin hacerse de rogar, se sentó a su lado en el sofá y cogió a Gabriel para comérselo a besos, que en cuanto se percató de que su madre estaba cerca se olvidó de que Hugo existía.

—Enano traidor —musitó con un gruñido feroz que acabó en una sonrisa.

—Ha salido a su padre, le vuelven loco las mujeres.

—Las mujeres no, tú —replicó Hugo mientras apresaba la boca de su mujer en un beso apasionado.

—Me ha vuelto a pasar —susurró Lucía cuando acabó el beso—. Ha entrado una clienta en la farmacia que iba con su hijo adolescente. Al chaval casi se le salen los ojos de las órbitas cuando me ha visto, se ha puesto todo rojo y luego ha balbuceado: «Perdona, ¿te han dicho que te pareces mucho a Dakuredi?».

Hugo sonrió con orgullo. Había sido un trabajo arduo, pero Toshi y él habían conseguido que el proyecto de Dakuredi se convirtiese en realidad. Una editorial japonesa se puso en contacto con ellos poco después de la boda de Diego y Elena y se mostraron muy interesados en su publicación. Mosa Artist, la sociedad que habían creado Toshi y Hugo, se estrenó con una serie de mangas publicados por fascículos y, en poco tiempo, cosechó mucho éxito en territorio nipón.

Hace un año decidieron que había llegado el momento de distribuirlo por España y, aunque todavía no hacía furor, ya se estaba empezando a conocer por los frikis del sector. De hecho, habían recibido una invitación para asistir a la Comic Con que se iba a celebrar en unos meses en Valencia.

—¿De dónde ha salido este bodi? —inquirió de repente Lucía sacándolo de sus pensamientos.

—Lo compré en Amazon —respondió Hugo con una sonrisa.

—Y conociéndote, te habrás comprado unos calzoncillos a juego —adujo Lucía con una ceja arqueada.

—Los Caballeros del Zodiaco molan.

—Molan mucho —convino Lucía con una sonrisa y lo besó—. ¿Sabes? Creo que con este viaje voy a retomar mi *travel* blog, pero dándole un enfoque diferente —comentó Lucía y en su rostro brillaba la ilusión ante un nuevo reto—. He pensado en compartir la experiencia de viajar con un bebé. Creo que puede dar mucho juego.

Hugo solo tuvo que pensarlo un segundo antes de responder: —Me parece una idea estupenda. Sin duda, va a ser toda una aventura.

Sí, aquel iba a ser el comienzo de muchas otras correrías en familia. Y Hugo sonrió feliz ante aquella perspectiva.

¡Towanda!

## Notas de la autora

Nunca había viajado tanto al escribir una historia y precisamente en una época en la que estamos obligados a vivir confinados. Tal vez por eso me lo he pasado tan bien escribiéndola, porque cuando lo hacía podía recorrer el mundo sin salir de casa, y por unos instantes, me sentía libre. Espero que al leerla te haya pasado lo mismo, que por unas horas hayas sentido que viajabas a los diferentes lugares en los que se desarrolla la historia de Hugo y Lucía.

De las novelas contemporáneas que he escrito, esta es la que mayor documentación lleva detrás. Me lo he pasado genial viendo *Españoles por el mundo* y visitando un montón de blogs de viajes. Me ha fascinado conocer verdaderos trotamundos y ser testigo visual de su pasión por embarcarse hacia un nuevo destino.

He intentado reflejar de forma fidedigna los paisajes a los que hago referencia en la novela, pero tengo que señalar que no he estado en ninguno de los que aparecen en la novela (quitando Valencia y Buendía), así que los huecos que no he podido completar a través de Google, Google Earth y los diferentes videos que he visto por internet, los he rellenado con imaginación.

En conclusión, si he conseguido entretenerte lo suficiente para que te hayas evadido de la realidad; si has reído junto a los personajes que he creado y has llegado al final con una sonrisa, me daré por satisfecha.

# Agradecimientos

Mi primer agradecimiento es para ti por haber leído esta historia. Es todo un honor que la hayas elegido entre todas las ofertas que hay en el mercado, así que espero no haberte defraudado.

Quiero dar las gracias a mi familia, sobre todo a mis tres chicos, porque esta novela me ha tenido muchas horas absorbida y no he podido pasar tanto tiempo con ellos mientras la escribía como me hubiese gustado.

Gracias a Carmen Cayuela por el gran trabajo de corrección que ha hecho y por lo rápida que ha sido. Como dirían mis hijos: «Eres una total pro».

También quiero dar las gracias a mis dos lectoras cero para esta historia: Carmen y Rocío, porque con vuestros comentarios ha crecido y mejorado. Os dije que no tuvieseis piedad y no la habéis tenido. Jejeje.

Un agradecimiento a Pilar Fernández por haberme ayudado a construir el personaje de su tocaya, Pilar. Por asesorarme con las expresiones andaluzas y por servirme de inspiración en su carácter vivaz y alegre.

Gracias a Érika Gael porque por ella soy lo que soy.

Por último, gracias a todas las personas que me ha traído la escritura y que comparten conmigo esta ilusión.

# Biografía

Adriana Rubens nació en Valencia en 1977 y se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, dónde le concedieron diferentes becas de estudios en el extranjero, que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su afición por la escritura con un trabajo y dos niños pequeños, llamados Adrián y Rubén, de cuyos nombres sacó la inspiración para su seudónimo.

Su primera novela, *Detrás de la máscara*, fue galardonada con el VI Premio Vergara-RNR y su segunda novela, *Mi nombre es Pecado*, obtuvo una mención especial en el IV Premio Internacional HQÑ. A estas le siguen varias novelas más que han conseguido excelentes críticas entre sus lectores, entre las que se encuentran *Detrás de tu mirada*, ganadora del Premio Rincón Romántico al mejor romance histórico nacional del 2018 y *La sombra de Erin*, que consiguió el Premio Rincón Romántico al mejor romance de fantasía nacional del 2018.

Si te interesa saber más de ella, visita su web:

[www.adrianarubens.com](http://www.adrianarubens.com)

Si quieres leer más de sus historias, puedes encontrarlas en Amazon:

<https://www.amazon.es/l/B01N90RDWC>